ASHLEY ELSTON

ANATOMÍA DE UNA COARTADA



POR LA AUTORA DE LA PRIMERA MENTIRA GANA

POR LA AUTORA DE

SUMA

Ashley Elston

Anatomía de una coartada

Traducción de
Santiago del Rey

SUMA

A Dean

Coartada: argumento de defensa aducido por un acusado que alega que él o ella estaba en otro lugar en el momento de la comisión del delito del que se le acusa y que, por tanto, no pudo cometerlo.

COLEGIO DE ABOGADOS
DEL ESTADO DE LUISIANA

1

Aubrey

LA COARTADA

Sábado, 10 de octubre

Me basta hacer un gesto con la cabeza para que el camarero coja la botella de ginebra. La clientela ha ido aumentando en los cuarenta y cinco minutos que llevo en este taburete de la barra, y me alegro de que el local estuviera relativamente vacío cuando he llegado. Estos suelos de madera antigua consiguen darle un auténtico rollo de mala muerte al bar, pero me han jugado una mala pasada en cuanto he entrado. Casi me llevo por delante a un camarero con su bandeja de bebidas, así como a un par de parroquianos cuyo único error ha sido estar demasiado cerca cuando mi tacón de ocho centímetros se ha enganchado entre dos tablas del suelo. Hay algunas cosas que echaré de menos del tiempo que he pasado aquí, pero desde luego no serán estos zapatos.

El segundo negroni de la noche aparece frente a mí.

—¿Quiere pedir algo de comer?

Mirando la placa de identificación del camarero, digo:

—No, gracias, Ray. Solo voy a beber.

Él va a la nevera y saca dos cervezas Ultra para la chica que se ha embutido entre mi taburete y el de al lado, mientras que yo me armo de valor para darle el primer sorbo a mi bebida. Consigo tragarme unas gotas sin estremecerme. Vamos mejorando.

—¿Seguro que lo he preparado bien?

Ray me mira muy atento, olvidando las dos cervezas que tiene en la mano. Quizá no estoy tan imperturbable como creía.

Cuando he pedido el primer cóctel, a él le ha sorprendido mi elección. Toda esta clientela parece más bien inclinada a las bebidas clásicas y los chupitos cuando quiere algo fuerte.

—Sí, está perfecto. —Y es cierto, está preparado como es debido. No es culpa suya que yo deteste la ginebra. Alzo el vaso y doy un buen trago, rezando para no tener que tambalearme hasta el baño para devolverlo todo.

Él parece satisfecho y vuelve a concentrarse en la chica, con la que intercambia las botellas por unos billetes arrugados.

Doy unos golpecitos en la pantalla de mi teléfono móvil y veo que solo han pasado siete minutos desde la última vez que lo he mirado. Tengo que seguir aquí al menos otra hora. Ojalá pudiera agitar simplemente mi bebida tal como marearía en el plato una comida que no me apeteciera; así no heriría los sentimientos de Ray.

La pareja de mi derecha deja unos dólares en la barra y se marcha, pero el taburete que tengo al lado solo permanece vacío un par de segundos.

—Una Miller Lite —dice el hombre que lo ha ocupado cuando Ray le pregunta qué desea.

Él echa un buen trago en cuanto tiene la cerveza delante.

—Vaya día de mierda —musita para sí mismo; luego se pasa la mano por la cara.

Conozco esa sensación, ya lo creo. Podría decir exactamente lo mismo sobre el día que yo he pasado. Sé lo que ha sido más duro del mío, pero me muerdo la lengua para no preguntarle cómo ha sido en su caso. Me recuerdo a mí misma que no he venido aquí para charlar de naderías con desconocidos, por mucho que esté deseando con ansiedad que esta noche se acabe.

El hombre se vuelve hacia mí, como atraído por las preguntas que se agolpan detrás de mis labios firmemente cerrados. Me recorre con la mirada y yo retiro la mano de la barra y me la escondo en el regazo antes de que pueda ver el diamante de considerable tamaño y el anillo de platino que llevo en el anular izquierdo.

En vez de analizar el motivo de ese impulso, me giro en el taburete, dándole la espalda a la barra, y contemplo el panorama que tengo delante. El humo, sumado a la tenue luz del local, lo vuelve todo un poco brumoso.

Al cabo de solo unos segundos, él imita mi movimiento. Nos separan unos sesenta centímetros por lo menos, pero estar sentada así a su lado resulta extrañamente íntimo.

En mi desesperada necesidad de una distracción para pasar este último rato, me inclino hacia él y pregunto:

—¿Has oído alguna vez a ese grupo?

Unos focos iluminan el trío de instrumentos que hay en el diminuto escenario del rincón. Los miembros del grupo han terminado de montarlo todo justo cuando yo he llegado, pero luego se han ido al extremo de la barra y se han pasado el rato con unas

chicas que están de despedida de soltera. Tal como va la cosa, no parece que lo de la música en vivo vaya a empezar pronto.

—No, nunca —dice él. Tiene una voz profunda e intensa. Señalando con la cabeza las tres mesas de billar del otro extremo, añade—: La mayoría viene aquí a jugar al billar y a beber, no a escuchar música. —Hay hileras de monedas apiladas a lo largo de los bordes laterales de cada una de las mesas para reclamar los turnos siguientes. Parece que debes llegar aquí bastante pronto si quieres tener alguna posibilidad de jugar. El hombre acaba comentando—: El dueño, Gary, tiene un gusto musical pésimo, o sea que yo que tú no me haría ninguna ilusión de que sean buenos.

Le lanzo unas miraditas furtivas mientras él observa la partida de la mesa más cercana. Da la impresión de que somos más o menos de la misma edad, así que deduzco que le falta poco para cumplir los treinta. Es atractivo, pero aun así parece asequible, lo cual es la mejor combinación. Su cara extremadamente bronceada y sus manos curtidas me dicen que no trabaja en una oficina, pero su camisa planchada indica que le gusta tener buen aspecto cuando no está trabajando. No lleva alianza, pero sí un bonito reloj. En conjunto, tiene una pinta estupenda.

Él mira mi vaso. Aún está casi lleno, pero es evidente que el cóctel se ha aguado, ahora que se ha derretido todo el hielo, y la abundante condensación del cristal ha empapado la servilleta que hay debajo.

—¿Quieres tomar otra cosa? —Se gira un poco hacia mí y yo hago lo mismo hasta que estamos casi frente a frente.

—No puedo pedir nada más —digo, encogiéndome de hombros.

Él ladea la cabeza mientras analiza mis palabras.

—Pero yo sí puedo pedirte otra bebida. —No es una pregunta.

Bajo la mirada a la botella de cerveza que tiene entre las manos.

Él se vuelve hacia la barra al tiempo que levanta la botella y extiende dos dedos. Yo no puedo mirar a Ray cuando me pone una cerveza delante. Una vez que se ha alejado hacia otro cliente, dejo el cóctel y cojo la botella. Pero antes de que pueda echar un trago, el hombre choca el cuello de la suya con la mía.

—Espero que esto te guste más.

Nunca me he alegrado tanto de poder enjuagarme el paladar. Echo un buen trago y me seco los labios con la servilleta de papel.

—Gracias.

Él me sostiene la mirada mientras yo me repito para mis adentros una y otra vez: «¡No estás aquí para esto!». No debería estar hablando con este desconocido. Ni permitir que me invite.

—Me dan ganas de decir «Tú no eres de por aquí», porque yo conozco a todo el mundo en esta ciudad, pero me doy cuenta de que es la peor frase del mundo para iniciar una conversación.

Se me escapa una risotada antes de poder contenerme.

—Sí, no digas eso —contesto, aunque ya lo ha hecho.

Aquí es donde yo debería mencionar a Ben.

Pero estoy cansada de hablar de Ben. De Ben y de sus casos de altos vuelos. Ya estoy harta de explicar hasta qué punto puede aburrirse una esposa cuando su marido se pasa más tiempo en la oficina que en casa. Y en cuanto mencione a Ben, la mirada de este hombre buscará mi mano izquierda todavía escondida. Sus ojos recorrerán mis pendientes de diamantes y el bolso Chanel colgado del respaldo de mi taburete; luego mis ojos ahumados y mis labios pintados de rojo, que conjuntan a la perfección con mi vestido. Ya

puedo imaginarme cómo cambiará de actitud cuando me haya evaluado con ese rápido repaso: menuda mocosa malcriada debo parecer.

Así que no menciono a Ben ni a sus absorbentes clientes, y tampoco sus grandes procesos judiciales.

El desconocido no me dice su nombre ni yo le digo el mío. Quizá haya una mujer a la que tendría que mencionar, pero también prefiere no hacerlo. Quizá los dos estamos disfrutando unos minutos en los que podríamos ser cualquier otra persona, y no la que se supone que somos.

—No me creo tu farol de que conoces a todo el mundo aquí.

Sus ojos se iluminan.

—Ponme a prueba.

Me giro de nuevo hacia la multitud y él hace lo mismo. Recorro el bar con la vista hasta detenerme en un hombre de mediana edad con unos tejanos descoloridos y un chaleco de cuero negro de motorista cubierto de insignias. Sin camisa debajo, solo con el chaleco. No es un mal look, pero en mi opinión los brazos deberían ser irresistibles para que resultara eficaz y, por desgracia, los suyos no lo son. Acercándome un poco más, intento señalarle mi objetivo sin que se note demasiado.

—¿Cómo se llama ese tipo? Y dime algo interesante sobre él.

El espacio entre nosotros se reduce aún más. Él se echa a reír al ver a quién me refiero.

—Ah, empezamos con uno fácil. Ese es Kenny Hudson. Regenta la pastelería de Commerce Street. Aunque tú pensarías que en el aparcamiento hay una Harley con su nombre, en realidad ha venido con un Corolla beige. Ese chaleco lo compró por eBay. Un par de

tipos se cachondearon de él la primera vez que se presentó de esta guisa, y él se desquitó suprimiendo la tarta de manzana del menú de la pastelería durante una semana. Nadie le ha dicho nada desde entonces.

No puedo contener las carcajadas que me han entrado a mitad de su descripción.

—No te creo —digo al fin.

Él encoge un hombro.

—Es una tarta de manzana buenísima. —Su rostro permanece impasible, pero la comisura de sus labios se tuerce en una adorable sonrisita—. ¿Quizá es eso lo que te ha traído a la ciudad? ¿La tarta de manzana mundialmente famosa de Kenny?

Me da la sensación de que ahora tengo una sonrisa permanente en la cara. Este tipo tiene un encanto increíble.

—Vale, sigamos. —Examino de nuevo a la multitud—. ¿Qué me dices de la mujer apoyada en la gramola? —Está con la espalda pegada a la máquina, mirando su móvil sin parar, y parece ajena a todo lo que la rodea.

—Ah, esa es sin duda una triste historia —dice él—. Es Frieda von Samsung.

A mí casi se me atraganta la cerveza.

—¿Has dicho Frieda von Samsung?

—Sí, la heredera desaparecida del imperio Samsung. Pero es una chica sencilla en el fondo, así que se fugó y ha estado escondida aquí desde entonces para poder vivir en paz con su iPhone. —Se inclina un poco más hacia mí—. ¿Has venido para buscar a Frieda von Samsung y poder cobrar la recompensa?

Yo ya ni siquiera intento contener la risa.

—Me has pillado. He estado siguiendo su rastro desde que se largó de casa.

Los siguientes treinta minutos pasan volando mientras analizamos a una persona tras otra, cada vez con descripciones más absurdas y con hipótesis más descabelladas de su parte sobre el motivo de mi presencia aquí. Los músicos han empezado a tocar por fin y, a la segunda canción, la pista de baile ya se ha llenado a medias, pese a que este grupo es el peor que he escuchado en mi vida.

—Tenía muchas esperanzas puestas en estos tipos, pero parece ser que el gusto de Gary no ha mejorado —dice él, señalando el escenario.

—Ah, me sabe muy mal que digas eso. —Lo miro frunciendo un poco el ceño—. Yo soy su representante. Cheese Freedom tiene mucho potencial. Estoy decidida a convertirlos en los nuevos One Direction.

Durante una fracción de segundo parece que lo he pillado desprevenido; luego sus labios dibujan una sonrisa y yo debo reconocer que no solo es encantador, sino irresistiblemente atractivo.

—Solo por eso vas a tener que bailar conmigo mientras Cheese Freedom destroza esa canción de Tom Petty.

Antes de que pueda considerar siquiera la idea de aceptar su propuesta, la pantalla de mi móvil se ilumina con la alarma que he programado hace un rato y que me recuerda que mi día no ha terminado aún. Lo cojo de la barra y la apago; luego le hago a Ray la seña universal para pedir la cuenta.

—¿Ya te vas? —pregunta él, volviéndose también hacia la barra.

—Sí, lo siento. —Ha sido divertido matar el tiempo coqueteando con este hombre, pero debo irme.

Ray me trae la cuenta y yo le doy mi tarjeta de crédito sin mirar el total. Cuando vuelve, añado una generosa propina en el recibo y firmo.

Al bajarme del taburete, rezo para no torcerme el tobillo y poder salir de este bar con cierta dignidad intacta. Cuando ya me dispongo a marcharme, el hombre me pregunta:

—¿Puedo acompañarte afuera?

Yo ya estoy negando con la cabeza antes de que él termine de formular la pregunta. Le lanzo una mirada rápida y digo:

—Me hacían falta unas risas más de lo que te imaginas, así que gracias.

Me voy hacia la puerta con pasos lentos y firmes. En cuanto estoy fuera, me quito los zapatos de tacón y corro al coche.

Una vez dentro, arranco y miro el reloj del salpicadero mientras permanezco con el motor al ralentí en el aparcamiento. De repente, una pareja se apoya tambaleante en la puerta del copiloto de mi coche, sobresaltándome lo suficiente para que suelte un grito. El tipo aprieta a la chica contra la ventanilla y le está levantando la parte posterior de la blusa con ambas manos. No es posible que esto esté pasando justo ahora. Golpeo el cristal ruidosamente y les doy un buen susto, tal como ellos me lo han dado a mí. Ambos se inclinan para mirar el interior del coche y luego agitan la mano con aire beodo y se van a buscar otro rincón donde proseguir su sesión de magreo.

Parar aquí a tomar una copa no ha sido en realidad una gran idea. Meto una marcha. Pero eso ya no seguirá siendo problema mío mucho tiempo.

2

Aubrey

LA COARTADA

Sábado, 10 de octubre

A estas horas, el trayecto de vuelta a la gasolinera, la misma en la que he parado hace doce horas al entrar en la ciudad, es muy rápido. La niebla brumosa que se ha levantado distorsiona el resplandor de los neones de la marquesina que cubre los surtidores, confiriéndole a la noche un aire misterioso. El tiempo que he pasado en el bar Chantilly's ha sido una agradable distracción, pero ahora ha regresado la inquietud que he sentido durante la mayor parte del día. Cojo la bolsa de plástico del asiento del copiloto, meto el móvil dentro y me bajo del coche.

La gasolinera está más concurrida de lo que suponía, dada la hora y el tamaño de esta ciudad. La niebla me provoca un efecto engañoso, como si la gente entrara y saliera de la existencia al adentrarse en la oscuridad.

Los intensos fluorescentes resultan todo un shock al entrar en la tienda y me obligan a guiñar los ojos mientras me dirijo al pequeño

baño público.

Debo haber llegado antes que ella.

Tras dejar la bolsa de plástico sobre la tapa del váter, tiro de la palanca del dispensador de toallitas de papel que hay junto al lavamanos hasta sacar cinco o seis. Con cuidado, formo en el suelo un pequeño cuadrado lo bastante grande para colocarme encima y no pisar descalza las baldosas sucias.

Me hace falta todo un ejercicio de malabarismo para cambiarme el vestido y los zapatos de tacón por una camiseta estampada, unos pantalones de chándal y unas chancletas, pero acabo consiguiéndolo sin moverme de mi isla de papel.

Me paso la mano por la larga melena de color castaño claro antes de quitarme la peluca y el gorro, con lo que mi propio pelo casi negro vuelve a su sitio, justo por encima de los hombros. Guardo el vestido, los zapatos y la peluca en la bolsa. En cuanto lo tengo todo recogido, suena un suave golpe en la puerta.

La abro lentamente y me asomo.

Aquí está. Camille Bayliss.

El baño es angosto, pero nos las arreglamos para caber las dos dentro.

Y ahora la pregunta que me moría de ganas de hacer durante todo el día.

—¿Cómo ha ido?

—No como esperábamos.

La miro ladeando la cabeza.

—Si no ha salido como esperábamos, ¿cómo ha ido?

Ella frunce los labios mientras piensa cómo responder.

—No he tenido éxito. —Antes de que pueda seguir interrogándola, me pregunta—: ¿Y tú? ¿Algún problema?

—Todo bien por mi lado. —Hago una pausa y añado—: ¿No has descubierto nada?

Ella menea la cabeza, pero sin dar una excusa o una explicación.

Hay muchas cosas que ninguna de las dos dice, y ambas lo sabemos.

Me balanceo sobre mis pies. Este espacio es demasiado reducido para mantener esta conversación.

—Y ahora ¿qué?

Camille inspira hondo.

—Volveremos a intentarlo. Solo hemos de calcular cuándo.

Está mintiendo. Se lo veo en la cara. Algo ha cambiado hoy para ella, y me gustaría saber qué ha sido.

—Toma —le digo, tendiéndole la bolsa de plástico y el bolso. No tengo ningunas ganas de quedarme el vestido y los zapatos de tacón, aunque estoy segura de que ella no los desea recuperar. Coge ambas cosas y luego extiende la mano derecha, pero yo no entiendo qué más quiere de mí.

—Los anillos.

En cuanto lo dice, noto su peso en mis dedos.

—Ah, sí, casi se me olvidaba. —Es sorprendente lo fáciles que son de quitar, teniendo en cuenta cómo de atrapada me sentía con ellos. Dejo primero el anillo de compromiso, y luego el de boda, en su mano abierta. Ella los mira durante unos tensos segundos antes de ponérselos en el dedo anular.

—¿El móvil y las llaves? —pregunta.

—Las llaves están en el bolso; el móvil, en la bolsa de plástico. —Ya estoy lista para salir de aquí. Pero tengo que hacerle creer que seguimos en el mismo equipo, aunque nada más lejos de la realidad.

—¿Has terminado en un bar llamado Chantilly's y no en el que yo escogí? —dice Camille como si fuera una pregunta, aunque no lo es.

Me viene la imagen de la cara sonriente de aquel hombre misterioso, pero me apresuro a apartarla de mi mente.

—Sí, no he pensado que tuviera importancia dónde me tomaba una copa. —Me obligo a cerrar la boca antes de que se me ocurra disculparme por ese cambio de planes.

Ella me observa un instante y luego asiente.

—Claro, no hay problema. He observado otro par de desvíos del programa previsto. ¿Estás segura de que todo ha ido como planeamos?

Ahora me toca a mí mentir.

—Sí. Simplemente me he desorientado un poco. He pensado que no importaba mientras estuviera en Saint Francisville.

Camille mantiene la bolsa pegada a su pecho. Está tan lista para salir de aquí como yo.

—La llave del otro coche está puesta. Vete a casa. Me pondré en contacto contigo dentro de unos días para que diseñemos un nuevo plan.

Ella se escabulle del baño y yo espero un minuto más o menos antes de hacer otro tanto.

Camille y el Range Rover ya han desaparecido cuando llego al aparcamiento, pero el viejo Honda Accord con el que he venido desde Baton Rouge me está esperando ahí.

Nuestro plan era crear un rastro digital claro y definido que empezaba a mediodía y terminaba justo antes de medianoche. Cada movimiento estaba previsto de antemano.

Pero ese recorrido trazado con tanto cuidado no reflejaría mis pasos. Reflejaría los pasos de Camille Bayliss, la esposa de Benjamin Bayliss.

Camille necesitaba poder moverse sin ser rastreada ni monitorizada por su marido. Ben ha mantenido oculto un sucio secreto durante años, un secreto que nos afecta a las dos, y sería imposible obtener una prueba de ello mientras él siguiera cada uno de sus movimientos en tiempo real, como tiene tendencia a hacer.

Así, lo que él observaría sería cada uno de mis movimientos.

Ben vería la ubicación exacta del móvil de Camille, así como la del Range Rover, gracias al útil sistema Journeys. Y como Camille es Camille, habría múltiples compras que generarían notificaciones del banco, correspondientes al montón de recibos de la tarjeta de crédito que hay en su bolso de Chanel.

Y eso, en gran parte, es lo que ha sucedido.

No estoy segura de lo que implicará el nuevo plan, pero de ningún modo voy a cambiarme por ella una segunda vez. Hubo un momento en el que yo la necesitaba más que ella a mí, pero ahora ya no.

Hoy he utilizado mi tiempo siendo «ella» para asegurarme de eso.

El trayecto en coche a casa no es largo, pero me da la sensación de que tardo el doble de lo que debería. Dejo el Accord en un aparcamiento que no queda lejos del centro, el mismo donde lo he recogido esta mañana. Me entran dudas sobre si dejar las llaves bajo la esterilla. Que el coche sea más viejo que yo misma no significa

que no puedan robarlo, pero acabo siguiendo las instrucciones de Camille.

Eso tampoco es ya problema mío.

Ninguno de los objetos que había en el Range Rover era mío, así como no hay nada mío en el Honda.

Hay un corto recorrido a pie por la avenida principal hasta mi barrio. Después de llevar ropa de diseño, conducir un coche de lujo y utilizar una tarjeta de crédito que probablemente no tiene límite, la realidad de mi propia vida me golpea con un poco más de fuerza al doblar por mi calle. Es un lugar bastante decente donde vivir, pero desde luego no tiene nada que ver con las codiciadas urbanizaciones privadas de las afueras.

Me da la sensación de que cada paso que doy requiere más energía de la que tengo. Las últimas doce horas me han agotado por completo. Los malabarismos para hacer lo que se suponía que debía hacer como Camille, mientras ocultaba lo que no debía hacer, han resultado mentalmente extenuantes.

Pero saber que ella no ha tenido éxito hace que todos mis esfuerzos hayan valido la pena. Quizá el día de hoy ha sido un fracaso para ella, pero no lo será para mí.

Cuanto más me acerco a casa, más lentos se vuelven mis pasos. Las últimas dos semanas han sido un torbellino emocional, y ahora estoy notando el impacto.

A estas alturas, es probable que Camille ya esté otra vez en su hotel, profundamente dormida, mientras yo subo renqueando por el sendero de acceso. El resplandor de la luna llena arroja una densa sombra sobre nuestra casa, cubriendo el patio delantero con un manto de oscuridad. Hay el suficiente silencio como para que casi

pueda oír los crujidos y gemidos de una estructura demasiado vieja para sostener el peso de tantos residentes. En su momento había albergado a una sola familia, pero después fue dividida para crear cuatro unidades separadas. Es solo cuestión de tiempo que las costuras acaben reventando.

Esto es básicamente una casa de huéspedes de la que nadie se marcha. En teoría, tal como está concebida, debería atraer a inquilinos que solo necesitan un sitio durante un breve periodo de tiempo: personas atascadas por un tiempo entre su pasado y su futuro.

«He dejado a mi esposa, pero no nos hemos divorciado todavía».

«Me han despedido de mi trabajo y no he encontrado otro todavía».

Lo peligroso es ese «todavía», la esperanza de que vivir en un sitio como este es algo temporal y de que un cambio de vida positivo está a la vuelta de la esquina.

Un cambio de vida positivo que harás todo lo posible por alcanzar, como yo he hecho hoy.

Me trasladé a esta casa hace años porque era lo único que podía permitirme, y no he ahorrado el dinero suficiente para mudarme… todavía. Es casi seguro que todos los que viven aquí podrían decir algo similar.

Esto no es un hogar para siempre, pero de algún modo se ha convertido en eso.

Mi unidad tiene su propia entrada exterior en la parte trasera, pero al ver encendida la luz de la cocina me dirijo hacia esa puerta.

Giro el pomo y la abro.

Veo un montón de caras mirándome desde la gastada mesa de madera de la cocina. Todo el mundo está aquí.

—¿Ha habido suerte? —pregunto.

Deacon menea la cabeza y dice:

—No, él sigue allí.

—Vale, pasamos al plan B.

3

Hank

DESPUÉS DE LA COARTADA

Domingo, 11 de octubre

Mis neumáticos chirrían al doblar la curva. Estoy conduciendo más deprisa de lo que debería en una calle residencial y en un domingo por la mañana, puesto que es probable que haya críos montando en bici, pero estoy aterrorizado. Hace uno de esos días perfectos, con el cielo azul totalmente despejado, en los que buscas cualquier excusa para salir. La gente está fuera lavando el coche y arrancando malas hierbas de los parterres, y hay un puesto de limonada en la calle, pese a que estamos en pleno mes de octubre.

Pero esto solo es la calma antes de la tormenta. Toda esta gente ignora por completo que su tranquilidad está a punto de irse al garete.

Igual que la mía cuando he recibido esa llamada histérica hace siete minutos.

Reduzco la velocidad justo lo suficiente para no tomar la curva sobre dos ruedas y entro en el sendero de acceso.

Mi camioneta se detiene con un chirrido y veo que ella está esperándome donde yo le he dicho que lo hiciera. Parece que tendremos unos minutos para hablar a solas, aunque no será ni mucho menos el tiempo suficiente.

Camille está sentada en los escalones de piedra que llevan a las enormes puertas de madera de su casa, abrazándose con fuerza las rodillas. Se ha apartado el pelo de la cara, recogiéndoselo detrás, y le da de lleno el sol de media mañana, con lo que resulta fácil ver lo pálida que está.

Me acerco rápidamente y me acuclillo a su lado.

—Hank… —Se le quiebra la voz al decir mi nombre.

Tiene regueros de rímel en ambas mejillas y le gotea la nariz. Ladea la cabeza y se seca las lágrimas con la manga de la blusa, aunque otras vienen enseguida a ocupar su lugar.

—¿Hay alguien más aquí? —Señalo el Mustang rojo de 1970 que está en la zona de aparcamiento extra junto al garaje. Resulta difícil no fijarse en él y, además, aquí está completamente fuera de lugar.

Ella se vuelve a mirarlo y se pone algo más rígida.

—No…, ese coche ya estaba ahí. No hay nadie más.

Su respuesta suscita más preguntas, pero las dejo de lado por ahora.

—Espera mientras echo un vistazo dentro.

Ella me sujeta del brazo y me mira abriendo mucho los ojos.

—No…, no entres…

Le cojo la mano, dándole un apretón rápido.

—Enseguida vuelvo.

Presiono la manija hacia abajo con el codo y luego empujo la pesada puerta con el hombro.

El olor es lo primero que percibo. Se me forma un nudo en la garganta mientras me subo la camiseta para taparme la nariz. El panorama que me espera dentro hace que casi se me doblen las rodillas. Es tan espantoso como ella me lo ha descrito. Doy un paso, luego dos, pero me detengo antes de entrar en el despacho que comunica directamente con el vestíbulo.

Ben está tendido en el suelo, y el tono gris violáceo de su piel me dice que lleva muerto bastante tiempo.

No resulta fácil mirar lo que le sucede a un cuerpo en ese estado. Aunque está claro que ya no se puede hacer nada por Ben, me acerco un poco más. La sangre parece haber salido de un orificio de su pecho antes de empapar la alfombra que tiene debajo, pero sin tocarlo es imposible saber si ha sido una bala, un cuchillo u otra cosa lo que ha causado esa herida.

Me asalta una oleada de dolor, pero la reprimo con esfuerzo y la dejo para más tarde. Ahora, mientras Camille está fuera hecha polvo y la policía viene para aquí a toda velocidad, no puedo ocuparme de eso.

Me cuesta apartar la mirada del cuerpo de Ben, pero tengo que aprovechar el tiempo al máximo antes de que llegue la policía, porque entonces ya no me dejarán entrar. Recorro el despacho con la vista, asimilándolo todo, y trato de ver con objetividad lo que tengo ante mis ojos.

El escritorio es una gran pieza decorada que constituye el centro de la habitación, y él está tendido justo al lado. Intento imaginar los pasos que lo han llevado hasta ahí. Imaginármelo vivo en este espacio. La silla del escritorio está apartada hacia atrás, o sea que podría haber estado sentado y haberse levantado para rodear el

escritorio por la derecha, dejando la silla vuelta en esa dirección. Pero no logró llegar más lejos.

Hay otras dos sillas más pequeñas para los invitados frente al escritorio, y la más cercana a Ben está caída de lado. ¿Había alguien ahí sentado y la ha volcado al apresurarse a enfrentarse con él? Aparte de eso, el resto del despacho parece intacto. No hay nada que parezca haber sido registrado o que esté fuera de lugar, aunque sí veo varias carpetas de sus clientes sobre el escritorio. Ben puede haber desaparecido, pero los clientes siguen protegidos por el secreto profesional. Ni siquiera una escena de asesinato constituye una excepción que permita a la policía examinar esa información, así que tomo una nota mental para ocuparme de eso cuando lleguen aquí.

Detrás del escritorio, pegado a la pared, hay un aparador donde está el portátil de Ben abierto, aunque con la pantalla apagada. Las estanterías de la pared del fondo parecen en orden, y las puertas del armario del mueble bar están abiertas. El decantador de cristal que sé por experiencia que contiene el mejor bourbon que he probado en mi vida está un poco adelantado, fuera de su lugar habitual. Me vuelvo hacia el escritorio para buscar el vaso que Ben debe haber utilizado para servirse un trago, pero no lo veo. Al avanzar un paso y desplazarme hacia la izquierda, descubro que está en el suelo, detrás del escritorio, caído de lado, pero todavía intacto.

Echo una última mirada a su cuerpo y salgo del despacho.

¿Qué coño ha pasado aquí?

Ya habrá tiempo más tarde para llorarle; ahora lo que tengo que hacer es ocuparme de Camille.

Vuelvo afuera y me siento en el escalón junto a ella.

—Cuéntame exactamente lo que ha ocurrido cuando has llegado a casa. —Ella tiene los ojos vidriosos, como si no me viera en realidad. Como si no me oyera.

Le cuesta tomar aire.

—He entrado por la puerta del garaje como hago siempre. He llamado a Ben. He ido a buscarlo… y entonces… lo he visto. En…, en el suelo. —Se vuelve y mira la casa—. He llamado al 911. Ellos querían que me mantuviera al teléfono, pero yo estaba muy asustada. Sabía lo unidos que estabais vosotros. Ben…, Ben siempre me decía que podía llamarte en una emergencia. Así que te he llamado. Luego he salido aquí. Como tú me has dicho.

Las sirenas que suenan a lo lejos me dicen que apenas nos queda tiempo.

—Ben tenía razón al decirte eso. Escucha. La policía va a hacerte un montón de preguntas para poder encontrar al que ha hecho esto. Responde con sinceridad. Pero no hagas suposiciones. No des nada por supuesto. No aceptes nada de lo que te digan si no crees que es correcto. Si no puedes responder o no crees que debas responder a una pregunta, mírame a mí. Yo tomaré las riendas. No te preocupes por lo que eso pueda parecer. Es mejor prevenir que curar. —Nos estamos mirando a los ojos. Yo le estoy diciendo un montón de cosas y espero que asimile la mayor parte—. ¿De acuerdo?

Ella asiente.

—Necesito oírte decir «de acuerdo».

Camille vuelve a asentir y deja escapar débilmente un «de acuerdo».

—¿Tú acababas de volver a la ciudad ahora, cuando me has llamado?

Le tiembla el labio inferior y una parte del pelo se le suelta de la pinza que lo mantenía sujeto, pero ella no hace caso.

—Sí. Acabo de volver. Ahora mismo.

Le aprieto el brazo.

—Lo estás haciendo muy bien. Resolveremos todo esto. Pero ahora lo que debemos hacer es superar las próximas horas, ¿de acuerdo? ¿Has tocado algo del despacho? ¿Has visto alguna cosa fuera de lugar en la casa?

—No…, no lo creo… Solo he dejado mis cosas en la cocina…, he ido a buscar a Ben y entonces he visto… —No puede terminar la frase.

—Bien. Lo estás haciendo muy bien. —No parece lejos de cerrarse por completo.

Cuando el primer coche de policía llega al sendero, Camille se pega a mí, sollozando.

Hay muchas cosas que ignoro sobre lo ocurrido, pero mi primera prioridad es ella. Es lo que Ben querría. Ya me ocuparé del resto más tarde.

Dos agentes se bajan del vehículo y corren hacia nosotros, con las manos en las pistolas. Da la impresión de que hay una docena más de sirenas aproximándose rápidamente. Me imagino que todos los vecinos están asomándose para observar mejor lo que pasa, aunque no les resultará fácil ver gran cosa porque en este barrio las casas están muy apartadas de la calle.

Uno de los dos agentes se queda a unos pasos; el otro se detiene justo frente a los escalones.

Sin dejar de rodear a Camille con el brazo, la ayudo a incorporarse y ambos nos ponemos de pie. Me cuido de mantener mi mano libre

a la vista y pegada al cuerpo. A juzgar por sus miradas alarmadas, estos dos agentes no llevan mucho en el cuerpo, así que es mejor que piensen que no soy una amenaza antes de que, con el nerviosismo, se les vayan los dedos. De los otros coches que han llegado se bajan más agentes, aunque se mantienen a distancia.

—Estamos aquí por un aviso al 911 de que ha habido un allanamiento y un posible homicidio —dice el primer agente. Si no estuviera sujetándola con fuerza, Camille se habría desplomado al oír la palabra «homicidio». Giro el cuerpo de manera que quedo más cerca del agente y, al mismo tiempo, la sitúo a ella más atrás. Estamos un escalón por encima, así que el policía se halla muy por debajo de mí. Soy alto y no me importa utilizar mi estatura para imponer cierto dominio cuando hace falta, como ahora mismo.

—Soy Hank Landry —digo, y veo en el rostro de ambos agentes que reconocen mi nombre—. Mi cliente acababa de volver a casa, tras salir de la ciudad, y ha encontrado a la víctima. —Lo de decir mi «cliente», en lugar de referirme a Camille por su nombre, es deliberado.

Hay un montón de agentes a una docena de pasos de estos dos, aguardando órdenes. Una ambulancia entra a toda velocidad en el jardín, sin preocuparse del césped y de los parterres, dado que el sendero está lleno de coches patrulla. No se me escapa el nivel de reacción que ha provocado esta llamada.

—¿Hay alguien más en el interior de la casa? —pregunta el agente.

—No, que nosotros sepamos. Pero ninguno de los dos la ha registrado.

En unos minutos, todos los policías están recorriéndola por dentro; todos, salvo una niñera uniformada que ha recibido instrucciones para que cuide de nosotros.

Mientras esperamos, no dejo de pensar en cómo le reventaría a Ben que toda esta gente estuviera en su casa. Él se apresuró a adquirir esta propiedad cuando no llevaba ni un día en venta. No le importó que fuera vieja y anticuada, porque una parcela de este tamaño en el corazón de Baton Rouge compensaba con creces esos inconvenientes. Ben y Camille se pasaron más de un año remodelándola con un equipo de diseñadores. Él asistió a todas las reuniones, y cada decisión, por insignificante que fuera, tuvo que contar con su aprobación. Se obsesionaba con cada pequeño detalle y se aseguraba de conseguir siempre lo mejor de lo mejor, como solo lo haría un chico pobre que se ha hecho rico. Hablaba de esta casa como otros hombres hablan de la restauración de un coche antiguo o del camuflaje de su refugio para la temporada de caza de patos. Si al describir la estética que buscaba no le oí decir cien veces «estilo rústico francés», no se lo oí ninguna.

Ahora el jardín meticulosamente cuidado está siendo pisoteado tal como sin duda deben estar pisoteando las carísimas alfombras del interior.

La multitud va creciendo. Los vecinos entrometidos han bajado por la calle y están apostados en corrillos de dos o tres frente a la casa, en el borde mismo del jardín. Estoy seguro de que la policía los interrogará a todos, pero me sorprendería que saquen algún dato útil. Las docenas de encinas del sur y las plantas crecidas del jardín habrán hecho casi imposible que los vecinos puedan proporcionar

alguna pista significativa, ya que resulta difícil distinguir algo de una casa a otra entre este follaje tan denso.

Observo una a una a todas las personas, tratando de identificar a los detectives, los que van de paisano, que sin duda acabarán presentándose. La primera conversación será la más importante, y no quiero desperdiciarla con un novato lleno de granos. Finalmente, veo a un conocido que camina hacia mí.

El detective Sullivan llega a los escalones y yo levanto una mano para estrechar la suya.

—Sully, me alegro de verle, aunque desearía con toda mi alma que hubiera sido en otras circunstancias.

—Estaba a punto de terminar mi turno cuando he recibido este aviso. No he recordado de quién era esta casa hasta que he llegado y los he visto a los dos. —Se dirige a mí, pero sus ojos lo están registrando todo, en especial el modo que tiene Camille de aferrarse a mí.

Desde la puerta principal nos llegan gritos de «todo despejado». Varios agentes salen de la casa. Uno de ellos se lleva a Sullivan aparte para informarle; los otros les dicen a los sanitarios que su presencia ya no es necesaria. No se puede hacer nada por Ben.

Sullivan se aparta y suelta un silbido. Todos los uniformados se detienen y le prestan atención.

—Acordonadlo todo.

Ellos se ponen en marcha de inmediato. Uno de los agentes saca una cinta policial amarilla y empieza a desenrollarla.

El hogar de los Bayliss ya es oficialmente la escena de un crimen.

4

Hank

DESPUÉS DE LA COARTADA

Domingo, 11 de octubre

Sullivan vuelve a los escalones de la entrada, donde seguimos esperando, mientras los agentes establecen un perímetro para impedir el acceso a la escena.

—Voy a pedirles que aguarden aquí.

Yo asiento y añado:

—Ben tenía la costumbre de trabajar desde casa, así que necesitaré llevarme los expedientes de cualquier cliente que pueda haber ahí dentro. —No le digo que me consta que están ahí.

—De acuerdo. Deme unos minutos para comprobarlo.

Mientras él entra en la casa, Camille y yo volvemos a sentarnos en los escalones. Ninguno de los dos dice nada. Apenas nos movemos. El peso de lo ocurrido aquí parece haberse instalado en cada parte de mi cuerpo.

Tras unos diez minutos, Sullivan se asoma por la puerta.

—Hank, firme conforme está entrando en la escena y yo le acompañaré adentro. Voy a pedirle que no entre en el despacho. Puede presenciar cómo recogemos los expedientes del escritorio y yo se los entregaré.

Cuando me aparto de Camille, ella se asusta.

—No tardaré —le prometo, dándole un apretón en el hombro—, pero debo ocuparme de esto. Quédate aquí. Vuelvo enseguida.

Ella se sienta de nuevo, aunque obviamente no le gusta que la deje sola.

El agente de la puerta anota mis datos, incluida la hora de mi entrada, y luego me pasa unos protectores de papel para que me los ponga sobre los zapatos, al igual que todos los que han entrado en la casa, con el fin de no contaminar la escena. Solo debo dar unos pasos para llegar al umbral del despacho de Ben. Ver su cuerpo por segunda vez no me resulta más fácil.

Sullivan, evitando el cadáver, rodea el escritorio por el otro lado. Hay una carpeta abierta encima, y él examina las páginas que están a la vista, pero yo no puedo hacer nada al respecto. Está trabajando en mi presencia, cuando podría ponerme las cosas más difíciles.

—No todo lo que hay aquí son expedientes de clientes —dice, cerrando la carpeta y empezando a amontonarlo todo en sus brazos. Veo un sobre de FedEx y otros papeles que deja de lado. Luego coge el montón de expedientes que hay en el maletín de Ben. Tomo nota mental de que la carpeta que estaba abierta, en la que probablemente se hallaba trabajando Ben antes de morir, ha quedado justo en la base.

Sullivan me entrega el montón y me acompaña afuera. Confío en que no se haya dejado nada.

—Voy a tener que hacerles unas preguntas a los dos —me dice cuando ya hemos salido.

Camille se levanta de golpe al verme.

Con la mano libre, hago un gesto hacia el jardín lateral.

—Por ahí hay una zona para sentarse donde podemos hablar. Mi cliente necesita estar sentada.

Él arquea la ceja izquierda.

—Su cliente, ¿eh? ¿No tiene una relación un poquito demasiado estrecha con todo esto?

Camille no se mueve ni dice nada. Solo parpadea.

—Por ahora —digo—, yo soy su abogado.

—Les sigo —dice Sullivan.

Caminamos por el jardín y cruzamos la puerta de la valla de hierro.

En un primoroso rincón del jardín lateral hay un pequeño sofá de exterior y un par de sillas. Es una de esas zonas que solo a un diseñador se le ocurriría crear. No me imagino a nadie decidiendo sentarse aquí, pudiendo hacerlo junto a la piscina. Pero hoy nos resulta útil para nuestro propósito.

Le indico a Camille el sofá y tomo asiento a su lado, dejando el montón de expedientes en la mesita. Sullivan coge la silla más cercana, saca una libretita y un bolígrafo y se vuelve hacia ella.

—Señora Bayliss, tengo que hacerle algunas preguntas. ¿Puede contarme, por favor, lo que ha sucedido hasta que ha encontrado el cuerpo de su marido en el despacho?

Ella toma una bocanada de aire honda y entrecortada.

—Yo acababa de regresar después de pasar el fin de semana fuera. Su coche… Su coche está aquí. He sabido que él estaba en

casa por su coche. Y luego… lo he visto. En el suelo. Y la sangre. He gritado. Creo que he gritado. —Traga saliva con dificultad—. Y luego he pensado que quizá estaba bien… Ya sabe, a veces puedes sangrar mucho, pero no es tan grave. Así que he pensado que quizá era eso lo que le había pasado a Ben. Pero cuando me he acercado más y le he visto la cara, he sabido…, he sabido… que no era eso…

Camille ha pasado de no hablar casi a vomitar las palabras a borbotones, y yo me pregunto qué estará pensando Sullivan. ¿Cree que ella ha matado a su marido?

La policía siempre investiga primero a la esposa. Pase lo que pase. Y luego investigan a las otras personas que más tienen que ganar con la muerte de la víctima. Después de Camille, el siguiente en esa lista soy yo.

Como socio de Ben, yo sería quien más ganaría si el bufete Bayliss and Landry se convirtiera simplemente en el bufete Landry. No me hace falta darle a la policía el menor indicio para que sospechen que uno de nosotros dos podría ser el autor de este crimen, razón por la cual me alegro de que Sullivan se haya hecho cargo de este aviso. Es un tipo duro y tiene fama de no apresurarse a sacar conclusiones simples. Eso es lo que necesito ahora mismo, una mente abierta.

—Vamos paso a paso, señora Bayliss. ¿Puede decirme dónde ha estado este fin de semana? Ha dicho antes que lo había pasado fuera de la ciudad.

Ella se seca las lágrimas.

—He estado en Saint Francisville.

Saint Francisville es una pequeña y pintoresca población, a media hora de Baton Rouge, donde acuden los turistas en masa todos los fines de semana. Siempre hay algún festival de gastronomía, arte o

música, y es además una parada regular de los cruceros que navegan por el Mississippi.

Camille se remueve con nerviosismo. Se recoge el pelo detrás de la oreja. Se frota la mancha de rímel que le ha quedado en el dorso de la mano después de restregarse la cara.

Sullivan observa todo lo que hago. Tomando notas mentales, además de las escritas.

—¿Fue usted sola?

Ella asiente.

—Sí. Ben me reservó una habitación en un hotel de allí. Tengo una cuenta en Instagram en la que cuelgo fotos de comida y restaurantes antiguos… Viajo por los alrededores para buscar contenidos. Ben sabe que me gusta explorar las pequeñas poblaciones de la zona y me organiza esas salidas cuando él se marcha de viaje o está muy ocupado.

—¿Este fin de semana estaba ocupado o de viaje?

—De viaje.

—¿A dónde fue? ¿Y sabe cuándo volvió?

Me apresuro a responder.

—Ben y yo nos fuimos a Nueva Orleans el viernes a media tarde para asistir a un seminario el sábado por la mañana, puesto que ambos necesitábamos unas cuantas horas más de formación legal continua antes de terminar el año. Teníamos planeado pasar allí la noche para ir a ver hoy un partido de los Saints, pero Ben dijo que debía regresar, así que nos fuimos ayer al concluir el seminario.

—¿Para qué tenía que regresar?

Me encojo de hombros.

—Dijo que por trabajo. No le pregunté los detalles.

—¿A qué hora llegaron a Baton Rouge?

—Un poco después de la una de la tarde.

—¿A dónde fueron al llegar? ¿A su oficina?

—No, vinimos aquí —digo—. Yo había dejado aquí mi coche, porque fuimos con el de Ben.

—¿Usted entró en la casa cuando llegaron? —pregunta Sullivan.

Niego con la cabeza.

—No. Hablamos un momento en el sendero y me fui.

Sullivan mira a Camille.

—¿Su marido la avisó de que iba a volver antes de lo previsto?

Ella menea la cabeza.

—No.

Eso me sorprende, pero no lo demuestro. ¿Por qué no iba a avisarla Ben?

Sullivan toma unas notas.

—¿Puede explicarme lo que hizo mientras estaba en Saint Francisville?

—¿Lo que hice?

Yo me inclino hacia ella y digo:

—Hazle un resumen de cómo pasaste el tiempo. Dónde comiste, en qué tiendas estuviste… Solo necesita hacerse una idea de tu fin de semana.

—Sí, por supuesto. El viernes por la noche cené en el Restaurant 1796. El sábado di una vuelta…, había un festival. Hice algunas compras. —Señala vagamente hacia la casa—. Las bolsas… Todas mis cosas… están todavía en mi coche. —Se le escapa un sollozo y tiene que carraspear antes de proseguir—: Tenían montado un

campo de calabazas. Paré en la tienda de piensos y semillas para comprar algunas plantas de otoño. Crisantemos.

—¿Algo más? —pregunta Sullivan.

Ella reflexiona un momento y añade:

—Cené en el Waterfront Grill y luego me tomé una copa en… —Hace una pausa mientras vuelve a secarse las lágrimas—. En el bar Chantilly's. Aún no me apetecía retirarme y no quedaba lejos del hotel.

Sullivan asiente.

—¿Es posible que haya conservado algo que demuestre que estuvo allí?

—Sí, claro. Tengo todos los recibos en mi bolso, en el coche. —Camille vacila un momento y luego se pone de pie—. Voy…, voy a traérselos.

Mientras ella va a buscar el bolso, Sully me dirige una curiosa mirada. ¿También a él le parece muy oportuno que Camille tenga a mano un montón de recibos? Es casi como si se hubiera pasado el día de ayer preparando la coartada que iba a necesitar hoy.

5

Camille

LA COARTADA

Sábado, 10 de octubre

Ahora empieza la cuenta atrás. Parecía imposible que pudiera encontrar un modo de moverme sin que los ojos entrometidos de mi marido siguieran mi rastro digital, pero al final he conseguido convertirme en un fantasma. Sin un teléfono que muestre mi ubicación ni un reloj inteligente que registre la aceleración de mi ritmo cardiaco y los pasos que he dado. Incluso este coche que conduzco lo escogí porque no cuenta con un sofisticado sistema de navegación que rastree y refleje cada kilómetro que he recorrido. Compré este destartalado Honda Accord en efectivo hace unos días, cosa que me pareció en ese momento una medida exagerada, aunque pienso venderlo en cuanto hayamos terminado. Aubrey no tiene coche, y yo no podía alquilar uno sin que el móvil de Ben recibiera el aviso de ese gasto de la tarjeta de crédito, así que no había demasiadas alternativas. En todo caso, exagerado o no, era

exactamente lo que necesitaba para volver a Baton Rouge sin ser detectada.

Ben no siempre estuvo tan obsesionado con rastrear mis pasos. Ha sido un proceso gradual. Al principio parecía algo bastante inocente, porque yo también podía ver dónde estaba él en cualquier momento. Solo que a mí no se me ocurría comprobarlo con tanta frecuencia como a él. Y en realidad no creo que pretenda pillarme haciendo algo malo, o que le importe mucho lo que gasto en el supermercado. A Ben le encanta controlar, y la tecnología contribuye a alimentar ese monstruo. Cada movimiento que hago se puede detectar utilizando una aplicación.

Hace solo veinticuatro horas estaba en casa con Ben. Le hice compañía mientras él preparaba su bolsa de viaje para este fin de semana en Nueva Orleans. Ben se había tomado la tarde libre en el trabajo y desplegaba al máximo su encanto y su actitud juguetona, como si eso pudiera hacerme olvidar que me estaba mintiendo sobre sus planes.

Charlamos de naderías mientras él se movía entre el armario, el baño y el extremo de la cama, donde se hallaba la bolsa de viaje. Yo estaba sentada en el diván del rincón de nuestro dormitorio y él me hizo un breve resumen de cómo iba a pasar el fin de semana.

A lo largo de los años, hemos pasado juntos muchos momentos parecidos —Ben haciendo la maleta y yo mirándolo—, y yo siempre había creído que él iba a estar donde decía que estaría.

Pero no esta vez.

La carretera de salida de Saint Francisville es una autovía recta de dos carriles por sentido, con alguna que otra casa o caravana aislada y alguna planta industrial relacionada con la industria local del

petróleo y el gas. Es un trayecto aburrido, y mi mente revisa los hechos de los últimos meses que me han llevado a tomar la drástica decisión de dejar que una mujer a la que apenas conozco ocupe mi lugar.

Yo intuía que algo iba mal en mi relación con Ben. Echando la vista atrás, creo que esa sensación había estado presente desde hacía mucho. Era como un nudo en la boca del estómago. Lo bastante ligero como para no hacer caso en un principio. Hasta que empezó a crecer y crecer. Con los años, ese nudo se convirtió en un peso que me oprimía, que ralentizaba mis movimientos. Aunque Ben no hacía nada en concreto que me impulsara a dudar de él, ya no podía ignorar aquella sensación por más tiempo.

Pero una cosa es decidir hacer algo al respecto y otra muy distinta hacerlo de verdad.

No me enorgullece reconocerlo, pero abandonar un matrimonio es más fácil de decir que de hacer cuando va a implicar un cambio drástico en tu estilo de vida. Todo el dinero que tengo a mi disposición está en común con Ben, y gracias a la cláusula de «mala conducta» de nuestro acuerdo prematrimonial que mi padre se empeñó en incluir, el acceso a ese dinero requiere pruebas de infidelidad, maltrato, juego o cualquier delito criminal. Papá me aseguró que esa cláusula me protegería, pero solo ha servido para reforzar las cadenas que me atan a mi marido.

Ben no se convirtió en uno de los mejores abogados defensores de Baton Rouge por casualidad, de manera que yo sabía que sería muy difícil encontrar algo que demostrara lo que mi instinto trataba de decirme. Así pues, me puse a buscar algo que cayera dentro de una de esas categorías. Debía limitarme al despacho que él tiene en

casa, y sabía de antemano que las posibilidades de encontrar la proverbial pistola humeante eran muy escasas. No la encontré. Pero una vez que empecé a hurgar entre sus cosas, ya no pude parar.

Ben tenía su obsesión, y ahora yo tenía la mía.

Registré los cajones de su lado del baño. La guantera y la consola central de su coche. Los bolsillos de sus pantalones cuando los dejaba en el cesto. Su cartera. Él siempre dice que lo primero que mira un policía o un fiscal es el teléfono del sospechoso, y, aunque sabía que ahí no habría nada, también lo revisé. Y no encontré nada. Absolutamente nada por mucho que me esforcé.

Al fin, tuve que reconocer ante mí misma que ya no me daba miedo encontrar una prueba de que Ben estaba haciendo algo malo. Me daba miedo no encontrarla.

Y tal vez aquella sensación que tenía en el estómago estaba más relacionada conmigo que con él. No se trataba de Ben ni de lo que él estuviera haciendo. Se trataba de que yo quería salir de nuestro matrimonio y no tenía el valor necesario para dejarlo.

Hubo una época en la que yo amaba a Ben. Locamente.

Fue un tipo de amor joven y caótico. Un amor de los que cada roce es excitante. Cada emoción, absorbente. Cada experiencia, una novedad.

Ben y yo procedemos de la misma ciudad, una localidad pequeña, y empezamos salir en el último año de secundaria.

Al principio, mis padres no lo veían con buenos ojos. Pero de algún modo Ben consiguió ganárselos. Y entonces, en vez de tratar de separarnos, ellos empezaron a fomentar nuestra relación. El fuego que seguramente se habría extinguido por sí solo fue atizado por todos los que nos rodeaban. Él me propuso matrimonio la noche

de su graduación en la facultad de Derecho, para la inmensa felicidad de mis padres y de los suyos. Yo me vi arrastrada por el entusiasmo del momento e ignoré las reservas que pudiera albergar.

Habíamos pasado de un gran momento a otro: graduaciones de secundaria, luego de la universidad y, finalmente, en el caso de Ben, de la facultad de Derecho. Luego vino la boda espectacular que tardamos un año en planear. Pero, cuando las cosas se calmaron, quedó claro que Ben estaba al principio de una nueva y excitante carrera, mientras que se esperaba que yo fuera como mi madre, una esposa sumisa que trabajaba como voluntaria en causas encomiables y que formaba parte de la junta de fundaciones caritativas.

Y en algún punto del camino, aquellas llamas iniciales se habían convertido en cenizas mortecinas que ningún chorro de gasolina iba a reavivar.

Cuando comprendí que había cometido un error, me pareció imposible hacer nada para arreglarlo. No tenía ni idea de cómo empezar siquiera a romper las normas que había seguido toda mi vida. Mi padre me dio una educación privilegiada y luego le pasó el relevo a Ben. Yo había sido condicionada desde temprana edad para creer que si alguien te proporcionaba una buena vida, tenía todo el derecho de tomar cada decisión sobre cómo la vivías. Mis padres no estarían dispuestos a ayudarme a dejar a mi marido a menos que tuviera un motivo muy muy bueno. Para ellos, el matrimonio era hasta la muerte. Disfrutabas de los buenos momentos y soportabas los malos, pero nunca abandonabas.

Recuerdo la única vez que intenté hablar con mamá de cómo me sentía. Yo estaba pasando unos días en su casa mientras papá y Ben

se habían ido a una expedición de caza. Estábamos las dos en la mesa del desayuno cuando le dije que no quería seguir con Ben.

Su respuesta no dejó el menor margen de discusión.

—¿De qué demonios estás hablando? Claro que vas a seguir con Ben. No vas a humillarnos a tu padre y a mí convirtiéndote en una divorciada.

A juzgar por su reacción, cualquiera habría dicho que acababa de decirle que iba a ponerme a bailar en la barra de un club de striptease de Bourbon Street. En ese momento comprendí que no tenía ninguna posibilidad de que mis padres me apoyaran económicamente si dejaba a Ben.

Así que me quedé, y él hizo planes para ambos, un calendario de nuestro futuro jalonado de objetivos. A mí no me preguntó ni una sola vez si yo los compartía.

Abrir su propio bufete. *Hecho*.

Alcanzar su objetivo anual de ingresos. *Hecho*.

Construir o comprar la casa perfecta. *Hecho*.

Formar una familia.

No es una coincidencia que, en cuanto él mencionó ese siguiente paso, aquella sensación en mis entrañas empezó a aumentar.

Una vez que la reforma de la casa concluyó y que las piezas perfectas de mobiliario adornaron cada una de las habitaciones meticulosamente diseñadas, comprendí que él iba a desear ansiosamente tachar con una cruz el siguiente objetivo. Si ahora me sentía atrapada, eso no sería nada en comparación con lo que sentiría cuando tuviéramos hijos. Mi búsqueda entre las cosas de Ben se vio alimentada por el deseo de encontrar algo, cualquier cosa, que me obligara a actuar. Algo que pudiera esgrimir ante él,

ante mis padres, diciendo: «¿Veis esto? ¿Esto que él ha hecho? Este es el motivo por el que tengo que dejarlo». Algo que activara la cláusula de nuestro contrato prematrimonial.

Así que continué la búsqueda.

Y entonces, una noche, tuve suerte.

Me remuevo en el asiento del coche; mis recuerdos se dispersan porque me veo obligada a concentrarme en la carretera ahora que ha aumentado el tráfico. La salida hacia la interestatal que me llevará de vuelta a Baton Rouge se acerca rápidamente. Han pasado veinte minutos y ya solo me quedan otros quince para llegar a casa. Miro la hora. Todo sigue según el plan previsto. A estas alturas, Aubrey debería estar en el festival del parque que hay junto al hotel Saint Francisville.

Pierdo un poco de tiempo bregando con el tráfico siempre complicado de Baton Rouge. Han aparecido varias notificaciones en mi iPad, que está en el asiento del copiloto, pero una mirada rápida me dice que todas pueden esperar. Aunque he tenido que dejarle mi móvil a Aubrey, puesto que ese es el dispositivo que Ben rastrea, no confío lo suficiente en ella para dejar que lo utilice o que maneje mis comunicaciones. De eso me ocuparé yo misma con el iPad.

Finalmente, estoy entrando en el aparcamiento de un pequeño mercado de Perkins Rowe que queda cerca de nuestra calle. Aunque no es una idea perfecta, decidí que dejaría aquí el coche e iría trotando a casa. Nuestra calle da a una de las avenidas más concurridas del centro de Baton Rouge. Algunas casas de nuestro barrio se pueden ver fácilmente desde la calle, mientras que otras, como la mía, están muy retiradas hacia dentro y el denso follaje de

las encinas del sur impide verlas con claridad. Pero todas quedan separadas unas de otras y nos permiten disfrutar de privacidad.

Hay más tráfico en nuestra calle del que debería haber, teniendo en cuenta las pocas personas que vivimos aquí, pero es porque viene a ser una especie de atajo entre dos zonas muy ajetreadas que la gente utiliza cada vez más en los últimos años. Ben ha presentado incluso una petición al ayuntamiento para que bloqueen un extremo y la conviertan en una calle sin salida, pero hará falta algo más que el apoyo de los residentes para conseguirlo.

Aunque con este flujo constante de coches nadie prestaría atención si este viejo Honda pasara por delante, no ocurriría lo mismo si aparcara en la calle frente a la casa de un vecino. Me pongo una gorra de la Universidad de Luisiana y unas gafas de sol enormes antes de bajarme del coche y luego me pongo en marcha hacia mi casa. A pesar de que he aparcado en un sitio permitido y de que me dirijo a una casa en la que tengo todo el derecho a entrar, me da la sensación de que estoy infringiendo la ley.

Paso al trote las primeras casas con un ritmo regular y un ojo atento para comprobar si hay alguien en la calle que pudiera reconocerme. Después de mudarnos aquí, socializamos algunas veces con los vecinos, pero tanto Ben como yo lo encontrábamos más agotador que divertido.

La primera pregunta que me hacían todas las mujeres era: «¿Cuándo vais a formar una familia?». De verdad, era la única pregunta que me hacían. Se tomaban mis vagas respuestas como una invitación para transmitirme sus ideas al respecto. Y si no me hablaban de la procreación directamente, el resto de su

conversación era sobre niños, colegios, actividades extraescolares y deportivas… Todo sobre niños, niños y más niños.

Ben no lo tenía tan mal como yo, pero se quejaba de que la mayoría de las preguntas que le hacían estaban relacionadas con los casos de alto nivel en los que estaba trabajando en ese momento. Al parecer, ellos conocían por lo menos a uno de sus clientes de un modo indirecto y querían enterarse de todos los detalles jugosos que pudiera darles.

Los dos empezamos a quitarnos de encima con educación las siguientes invitaciones. Es una de las pocas cosas en las que coincidimos en los últimos tiempos.

Al acercarme al sendero de acceso, echo una última mirada alrededor y acelero el ritmo. No tengo necesidad de que alguien actúe como un buen samaritano y avise a la policía de que hay un intruso.

En cuanto sé que ya no estoy a la vista, dejo de correr y observo nuestra casa como si la viera por primera vez. Es una construcción espléndida de piedra sin pulir, con tejado inclinado de pizarra y canalones de cobre, reformada con mucho trabajo para devolverle su antigua gloria. Una casa que cualquiera desearía tener. Una casa que podría salir en las páginas de la revista *Southern Living*.

Pero ese es el problema.

Ben quería que fuese un gran escaparate, de manera que cada mueble, cada cuadro de la pared y cada libro de las estanterías fue escogido por un interiorista. Aunque yo estuve implicada en el proceso, él tomaba la decisión final. El resultado es bonito, pero no hay nada en esta casa que refleje mi personalidad; ni tampoco la de Ben, en realidad.

Podría ser de cualquiera.

Durante mis reflexiones, comprendí que yo no soy diferente de los diplomas y títulos colgados de las paredes y alineados en los estantes del despacho de Ben. Soy una esposa trofeo en todo el sentido de la expresión.

Sé lo que quiero conseguir hoy. Quiero encontrar una salida. Y aunque ahora soy más consciente que nunca de lo que deseo, eso no quiere decir que no me aterrorice volver a caer en el papel que he interpretado toda mi vida. Mi padre y mi marido han tenido años para modelarme y convertirme en la mujer que soy actualmente, una que hace lo que le dicen, que no se opone a sus deseos. Hoy espero encontrar algo que equilibre la balanza. Una prueba de su mala conducta que hablará con más elocuencia de lo que yo podría hacerlo jamás.

Aubrey cree que estamos juntas en esto y que yo le contaré lo que descubra.

Y quizá lo haga. Las mentiras y ocultaciones de Ben nos han hecho daño a las dos.

Pero… tal vez no lo haga. Las únicas personas que tienen que saber qué ha hecho Ben para que pueda activarse la cláusula del contrato prematrimonial son mis padres y los abogados del divorcio. Espero ser lo bastante fuerte para dejarle, pero no estoy segura de serlo para capear el inevitable escándalo que se propagará por toda la ciudad si lo que ha hecho sale a la luz.

¿Eso es justo para Aubrey?

No, no lo es. Y me siento mal por ello.

Pero, como suele decir Ben, «lo justo es para los cuentos de hadas».

6

Camille

ANTES DE LA COARTADA

Jueves, 3 de septiembre

Mi teléfono vibra con la entrada de un mensaje de texto de Hank.

¡Atención! Dejando a Ben en cinco
Está borracho
Y ha reservado una cacería en Argentina

Es tarde. Casi medianoche. Debo haberme quedado dormida mientras esperaba que volviera a casa del banquete de Ducks Unlimited. Después de darle un «me gusta» al mensaje de Hank, aparto la colcha y bajo al primer piso por si necesita ayuda para meter a Ben en casa.

En parte estoy cabreada por tener que lidiar con esto en mitad de la noche, pero sobre todo estoy impactada porque este comportamiento no es en absoluto propio de Ben. Él no es un gran bebedor. No es que no beba, pero limita la cantidad de alcohol de un modo estricto.

Con los años, sin embargo, me he dado cuenta de que esa moderación está relacionada más bien con el afán de controlar. A él le gusta el control, y emborracharse es una manera de perderlo. Cuando bebe, habla más libremente; baja la guardia y eso lo vuelve vulnerable.

Me siento más intrigada por saber por qué ha aflojado su férreo control que fastidiada por tener que ayudarlo en este estado.

Cuando llego a la cocina, unos faros destellan en la ventana. Hank está entrando en el sendero. Abro la puerta lateral y veo cómo Ben trata con dificultad de bajarse de la camioneta. Es un vehículo enorme, muy diferente del estilizado todoterreno que Ben prefiere. Pero encaja con Hank. Lo del banquete de Ducks Unlimited fue idea suya. Es una cena anual en la que los aficionados a la caza de patos recaudan dinero para apoyar la conservación de los humedales. También celebran una subasta en la que se puede pujar por un montón de cosas, incluyendo, supongo, expediciones de caza a Argentina. No es que Ben sea un gran aficionado a la caza, pero me consta que ha participado en alguna expedición para trabajarse las relaciones sociales o profesionales. No le entusiasmaba nada asistir, pero algo debe haber cambiado su estado de ánimo una vez allí, porque ahora es todo sonrisas.

—¡Cammie! ¿Te apetece ir a Argentina a cazar patos?

Uf. Ya le he dejado muy claro que detesto ese apodo.

—No especialmente. —Miro a Hank, que le ha cogido a Ben el maletín del asiento trasero y con el otro brazo lo guía hacia la puerta, y le suelto—: Debería decirte que te lo lleves a tu casa.

Hank suelta una risotada de esas que te dan ganas de reírte también.

—Por nada del mundo, *Cammie*. Ha bebido el suficiente whisky como para echarlo todo en cualquier momento.

Yo le doy un codazo en el costado cuando pasa junto a mí para arrastrar a Ben a través del umbral y él vuelve a reírse. Ben tiene los ojos vidriosos y las mejillas enrojecidas. Es muy raro verlo así y parece totalmente desconectado. En cuanto llega a mi lado, se desploma sobre mí. Me rodea con los brazos y entierra la cara en mi cuello. Sí, Ben, borracho, es muy diferente.

Hank se aparta, sosteniendo el maletín.

—Voy a dejar esto en la encimera.

Cuando consigo maniobrar para sentar a Ben en una silla de la mesa de la cocina, Hank ya está saliendo y cerrando la puerta.

—Quédate aquí. Voy a traerte agua y un ibuprofeno. ¿Has comido algo?

Doy un paso para alejarme, pero Ben tira de mí y acabo cayendo en su regazo. Sus manos se deslizan bajo mi blusa y su boca se mueve por mi cuello, dándome besos babosos mientras me toquetea.

—No te vayas —dice.

Raras veces se muestra cariñoso. En cualquier otro momento, esta actitud sería agradable, pero no ahora precisamente, cuando temo que me vaya a vomitar encima.

—¿Qué te ha pasado?

—Demasiado estrés. —Desliza las manos hasta la cinturilla de mis pantalones de pijama—. La he cagado y ahora todo se ha jodido.

Me quedo rígida en sus brazos, aunque él está demasiado ido para notarlo.

—¿Qué has hecho?

—La he cagado.

Le paso una mano por el pelo, tratando de conservar la calma. Vislumbro una chispa de esperanza al oír su confesión, puesto que ya me había dado por vencida en la posibilidad de encontrar algo en su contra.

—Sea lo que sea, podemos arreglarlo. Pero tienes que contármelo para que pueda ayudarte.

Él me atrae más hacia sí y apoya la cabeza en mi hombro.

—Lo voy a arreglar. Tengo un plan. Después iremos a Argentina y a la vuelta nos pondremos a hacer bebés.

Me levanto de golpe de su regazo y él está a punto de caerse al suelo, aunque al final recupera el equilibrio. De lo último que vamos a hablar ahora es de hacer bebés.

—Te voy a preparar un sándwich. Esperemos que el pan absorba una parte del alcohol.

Él no repara tampoco en la sequedad de mi tono. Se recuesta sobre el respaldo de la silla y extiende las piernas. Tiene la cabeza ladeada y los ojos cerrados. Poco le falta para desmayarse. Es muy probable que mañana no recuerde nada de esto.

Voy al armario, cojo un vaso y lo lleno de agua; luego saco del cajón el frasco de ibuprofeno. Mientras estoy cogiendo dos pastillas, echo un vistazo al maletín que Hank ha dejado sobre la encimera.

Y lo primero que advierto es que el pequeño pestillo de latón está hacia arriba. No lo ha cerrado.

Ese maletín nunca está abierto.

Vuelvo los ojos hacia Ben y miro de nuevo el maletín. Si alguna vez tengo la oportunidad de ver lo que oculta ahí dentro, será esta noche.

Para no desaprovechar la ocasión, empiezo a moverme con deliberación. Olvidándome del sándwich, le doy el agua y las pastillas y luego le ayudo a subir las escaleras. Avanzamos de un modo tan lento como penoso, porque Ben no acierta con los escalones y sigue tratando de meterme mano por debajo de los pantalones. Por fin llegamos al dormitorio. En cuanto apoya la cabeza en la almohada, empieza a roncar.

Y yo vuelvo a bajar corriendo las escaleras.

Me quedo mirando el maletín unos segundos antes de abrirlo. Hay un montón de carpetas y papeles; los voy sacando, uno por uno, y los examino con atención, dejándolos luego sobre la encimera. Así, cuando haya terminado, volveré a meterlo todo en el mismo orden y Ben no podrá saber que he estado fisgoneando.

Lo único que se oye en toda la casa es el zumbido del aire acondicionado y el murmullo de estos papeles, lo cual hace que el proceso resulte aún más estresante. A cada tres hojas que saco, echo un vistazo atrás para comprobar que Ben no está a mi espalda. Él ha reconocido que la ha cagado. Ahora solo debo descubrir qué clase de cagada es. Cuando ya empiezo a creer que nada de esto va a darme una clave, encuentro algo por fin.

Es la servilleta de un bar.

Hay un logo en letras negras en la esquina inferior que dice: DOUG'S TAVERN.

Pero son las palabras escritas en la servilleta las que me dan que pensar.

El nombre de una mujer, Aubrey Price, seguido de un número de teléfono y una dirección escrita con una letra que no es la de Ben. Cojo mi móvil y busco la ubicación del bar y de esa dirección. Están

bastante cerca la una de la otra, ambas en una parte de la ciudad que no frecuento.

A continuación, introduzco el nombre de la mujer en los buscadores de mis redes sociales. La encuentro fácilmente y confirmo que es la persona correcta al ver la última foto que ha colgado, donde aparece ella sirviendo copas tras la barra de un bar, con una botella de bourbon en cada mano. Debajo figura el nombre del local, Doug's Tavern.

Aubrey parece tener unos veinticinco años. Pelo oscuro hasta el hombro, quizá negro, pero es difícil distinguirlo bajo la tenue luz de la imagen. Se la ve delgada y menuda detrás de la barra, y su cara está iluminada por una gran sonrisa. Una chica seguramente divertida para salir una noche.

La rabia bulle en mi interior mientras saco una foto de la servilleta; luego vuelvo a dejarlo todo en el maletín tal como estaba.

Antes mi obsesión parecía infundada. Ahora me siento reivindicada.

7

Aubrey

ANTES DE LA COARTADA

Miércoles, 9 de septiembre

No soporto trabajar en noches como esta. Doug's está lo bastante cerca del campus como para que tengamos algunos chicos de la universidad, pero también somos populares entre los jóvenes profesionales que buscan un sitio donde tomar una copa barata y jugar un poco al billar tras una larga jornada en la oficina. El local suele estar lo bastante concurrido como para que mi turno se me pase volando, pero no esta noche. La lluvia repiquetea en el tejado metálico y los truenos son tan fuertes que sacuden las ventanas. Hoy esto viene a ser como una ciudad fantasma, pero Doug no me dejará cerrar más temprano porque hay tres personas que han desafiado los elementos para salir.

Así pues, relleno alguna que otra copa y limpio la barra ya impoluta, mirando cómo se mueve el reloj a cámara lenta.

Cuando ya estoy a punto de anunciar la última ronda, se abre la puerta y una ráfaga de viento empuja a una mujer al interior del bar.

Ella lucha para mantenerse la capucha puesta mientras el resto de su impermeable, azotado por el viento, se le enreda alrededor de las piernas, haciendo que se tambalee. Después de cerrar la puerta, se vuelve hacia el local. Todos la estamos mirando mientras ella permanece ahí parada, con el agua chorreando del impermeable y formando un charco a sus pies.

Al darse cuenta de que se ha convertido en el centro de atención, agacha la cabeza y encoge los hombros, como tratando de ocultarse. Los tres tipos de la barra la siguen con la mirada mientras ella recorre el bar y escoge el taburete más alejado de ellos. Yo le pongo una servilleta delante en cuanto toma asiento.

—¿Qué le pongo?

Ella se pasa las manos por la cara y unas gotas de agua salpican la superficie de la barra.

—Un negroni.

Arqueo una ceja, pero ella no capta mi expresión de sorpresa y se concentra en secar las gotas con las mangas de su chaqueta. Si no quiere llamar la atención, lo está haciendo fatal.

Le preparo la bebida y se la pongo delante.

—Seis cincuenta. Es la última ronda.

La mujer busca en su bolso y me pasa un billete de diez.

—Quédese el cambio.

Hago una inclinación, agradeciéndole la propina, y luego cojo la fregona para limpiar el reguero de agua que ha dejado a su paso.

Ella da sorbos a su bebida, todavía sin quitarse la capucha. Tiene un aspecto ridículo. Sujeta el vaso con ambas manos y es difícil no reparar en la joya gigantesca de su mano izquierda. Los demás

clientes se van yendo, uno a uno, hasta que solo quedamos nosotras dos. Miro el reloj y luego su vaso. Todavía lo tiene medio lleno.

Me deslizo hacia ella, limpiando la barra.

—Cerramos en diez minutos.

Ella asiente, pero no hace ademán de marcharse o de terminar su bebida.

Enciendo la luz principal y apago la música, confiando en que capte la indirecta.

Los ojos de la mujer están enrojecidos y tienen un aspecto cansado. Sea lo que sea lo que le ocurra, le está pasando factura. Le tiembla el labio inferior y, al ver que se le llenan los ojos de lágrimas, le paso un puñado de servilletas.

—¿Se encuentra bien?

Ella suelta una risa exasperada.

—No, no estoy bien. —Luego inspira hondo, como para recomponerse. Al fin, alza la cabeza y me mira—. Tenía todo un discurso preparado, y la verdad es que no hay forma de preguntarle esto sin que suene realmente embarazoso, pero… ¿usted tiene una aventura con mi marido?

Yo me quedo paralizada frente a ella.

—¿Quién demonios es su marido?

Ella finalmente se echa atrás la capucha y el largo pelo castaño se le derrama sobre los hombros.

—Benjamin Bayliss.

Un momento. Me suena ese nombre.

Pero no porque esté acostándome con él.

Cruzo los brazos sobre el pecho.

—Su marido es ese abogado de altos vuelos, ¿no?

Ella hace un gesto con la cabeza que me indica que he acertado.

—Nunca he visto a su esposo y no tengo ni idea de por qué piensa que me acuesto con él.

Me siento mal por ella. Es evidente que esto la ha afectado mucho, pero es absurdo que haya venido a acusarme a mí.

Ella se muerde los labios mientras me observa, como si tratara de decidir si creerme o no.

Pasa un minuto muy largo. Luego dice:

—Si lo que le inquieta es contármelo, yo no voy a culparla a usted. Toda la culpa es de él. Simplemente… quiero saberlo. Necesito saberlo.

Lo curioso es que la creo. Ella ha venido aquí pensando que me estoy tirando a su marido, pero no muestra ninguna rabia hacia mí. Solo tristeza y una curiosidad sincera.

—Le juro que no lo conozco.

Ella menea la cabeza lentamente.

—No lo entiendo. Él la conoce. Sabe su nombre. Estuvo aquí el pasado fin de semana.

Arrugo la frente.

—¿O sea que él se presenta en este bar y usted piensa automáticamente que está follándose a alguien de aquí? —Hago un gesto abarcando el local—. Ya sé que ahora no lo parece, pero cuando no hace un tiempo de mierda, esto está abarrotado. —Hago una pausa y añado—: Puede que la esté engañando. Puede que incluso haya conocido a otra mujer aquí, pero usted no tiene ningún motivo para dar por supuesto que soy yo.

Ella alza una ceja.

—Si él hubiera venido aquí simplemente, estaríamos de acuerdo. Pero he encontrado esto. —Saca su móvil, da unos golpecitos en la pantalla y lo vuelve hacia mí. Yo me acerco para mirar mejor. Es una foto de una servilleta nuestra en la que está escrito mi nombre, mi número y mi dirección—. Ahí es donde vive, ¿no? He… indagado un poco. Usted vive ahí con otras personas. Y según el historial del GPS de mi marido, él también ha estado allí.

Abro la boca, pasmada, mientras mi mente gira a toda velocidad, tratando de entender qué está pasando.

—No hay ningún motivo para que él haya estado en mi casa.

Nos miramos fijamente y yo detecto los primeros signos de duda que asoman en su rostro. Ella estaba convencida hasta ahora de que sus suposiciones eran ciertas.

—¿Usted cómo se llama? —Mi pregunta la pilla por sorpresa.

—Camille.

—Camille. Llámele. Hable con él y ponga el altavoz. Vamos a preguntarle por qué razón tiene mi nombre, mi número y mi dirección, y por qué ha estado en mi casa, cuando la verdad es que yo no lo he visto en mi vida.

Ella me mira atónita.

—¿Cómo?

Ahora estoy cabreada. ¿Cómo se atreve esta mujer a venir aquí a lanzarme esta clase de acusaciones?

—Ya me ha oído. No perdamos el tiempo. Vamos a llegar hasta el fondo de este asunto.

Ella se levanta bruscamente, casi derribando el taburete.

—No voy a llamarlo. No puedo. Él no puede saber que estoy aquí.

Yo meneo la cabeza.

—Ah, no. Usted ha venido aquí a encontrar respuestas, ¿verdad? Pues vamos a buscarlas.

Su rostro palidece, y yo me siento un poco mal porque es evidente que la aterroriza la idea de que su marido sepa que está aquí. Pero no me siento lo bastante mal como para dejarlo correr.

—Mire, no pretendo crearle problemas, pero tampoco voy a tolerar que se me acuse de algo que no he hecho. Está claro que su marido se trae algo entre manos, algo que me involucra a mí de algún modo, así que vamos a preguntárselo a él.

Camille sujeta el bolso sobre el pecho.

—He cometido un error viniendo aquí. Obviamente, lo malinterpreté.

—¡Pues yo no entiendo por qué él tiene mi nombre y mis datos personales! ¡Ni por qué ha estado en mi casa!

Camille se pasa la mano por el pelo.

—Debía de ser una información de su trabajo y yo interpreté que era algo personal. La creo cuando dice que no le conoce. Esto debe estar relacionado con uno de sus casos. Siento mucho haberla molestado.

Yo enderezo la espalda ante esa mención de los casos de su marido.

—¿Usted cree que es por uno de sus casos? —Se lo pregunto porque solamente hay un caso con el que está relacionado mi nombre, y es uno antiguo—. ¿Todo esto tiene algo que ver con Paul Granger? —Paul fue condenado hace diez años, pero en sus últimas cartas me ha contado que está tratando de presentar una apelación.

—¿Quién ha dicho? —pregunta, casi susurrando.

—Paul. Granger.

Si antes me ha parecido que palidecía, ahora está del todo blanca.

Ladeo la cabeza mientras la observo.

—Deduzco que mi nombre no le sonaba, pero es evidente que sí le suena el de Paul. —Ella no dice nada, pero abre mucho los ojos, así que la presiono un poco más—. Quizá debería hacer una búsqueda rápida y averiguar cómo estamos conectados.

Las dos nos sobresaltamos cuando vuelve a abrirse la puerta. Deacon entra en el bar y nos mira alternativamente a Camille y a mí. Le resulta evidente que nos ha sorprendido en mitad de una tensa situación.

Cierra la puerta y se acerca a la barra. Deacon es uno de los compañeros con los que comparto casa y puede resultar muy intimidante, sobre todo si no le conoces.

Camille lo mira y da un paso atrás.

Es verdad que es un tipo enorme, aunque de un modo natural. Tiene esos músculos por su trabajo, no porque haga pesas. Su pelo oscuro y su tez morena se los debe a su madre, que vino de Cuba cuando era pequeña. Él trabaja para su primo, Chris Ricci. Yo sé que Chris tiene varios bares, que es corredor de apuestas y que hay muchas cosas que ignoro sobre él y sobre sus negocios. Ni siquiera sé muy bien hasta dónde llegan los deberes profesionales de Deacon, pero, por algunos comentarios que ha hecho, estoy segura de que cobrar deudas debe ser una parte muy importante.

Él suele pasarse a la hora de cerrar para llevarme a casa y que no tenga que volver a pie, sobre todo en noches como esta, cuando hace un tiempo tan malo.

—¿Estás bien, Aubrey?

Yo me apresuro a asentir.

—Estoy bien.

—Lamento haberla molestado. —Camille se dirige a toda prisa hacia la puerta, dando un gran rodeo para evitar a Deacon, y desaparece en la noche.

—¿De qué iba eso? —me pregunta él.

—No lo tengo muy claro. —Me apoyo en la barra, todavía un poco aturdida—. ¿Tú conoces a un abogado llamado Benjamin Bayliss?

Deacon encoge un hombro.

—He oído hablar de él, pero no le conozco. Es el tipo que necesitas si te enfrentas a una condena grave. Dicen que puede librarte casi de cualquier acusación. —Me mira un momento y luego pregunta—: ¿Por qué?

Señalo con la cabeza la puerta por la que ha desaparecido Camille.

—Esa era su esposa. Me ha acusado de acostarme con su marido.

Deacon alza las cejas de golpe.

Yo levanto una mano y añado:

—Antes de que me lo preguntes, no. No lo he visto en mi vida.

—¿Y por qué piensa eso?

—Encontró una servilleta del bar donde estaban mi nombre, mi número y la dirección de nuestra casa. Dice que él ha estado allí, según el historial del navegador de su coche. Yo le he dicho que le llamara ahora mismo para poder confrontarme con él directamente y ella ha entrado en pánico. Se ha echado atrás diciendo que debe haberlo malinterpretado. Que él debía tener mis datos por alguno de sus casos. Yo le he preguntado si se refería al caso de Paul Granger y ella se ha estremecido.

Deacon abre mucho los ojos.

—¿Tú crees que él está haciéndose cargo del caso de Granger?

Me encojo de hombros.

—Ni idea. Pero si así fuera, ¿por qué tendría que investigarme a mí?

Deacon se acerca más a la barra. Se sienta en el taburete que Camille acaba de dejar y da unos toques en el móvil.

—Voy a poner un mensaje en el chat del grupo para preguntar si alguien conoce a ese abogado. O si lo ha visto merodear por allí.

El móvil me vibra en el bolsillo trasero al entrar su mensaje. A estas horas, es muy posible que nadie responda hasta mañana.

Todavía no puedo librarme de los escalofríos.

—Salgamos de aquí.

Deacon ha estado muchas veces en el bar a la hora de cierre, así que me ayuda a recogerlo y cerrarlo todo en un tiempo récord. Por suerte, ha dejado de llover cuando entramos con el coche en el sendero de nuestra casa.

Al disponerme a abrir la puerta, veo que él no se baja.

—¿No vienes?

Deacon menea la cabeza.

—He de terminar un par de cosas esta noche antes de retirarme.

—Debería enfadarme contigo por haber dejado el trabajo para traerme a casa, pero me alegro mucho de que lo hayas hecho porque hacía un tiempo realmente horrible. Muy amable de tu parte.

Él baja la cabeza. Le cuesta mucho aceptar cualquier cumplido.

—Cierra con llave cuando entres. Hablaremos mañana de la visita de esa señora Bayliss.

Me bajo del coche y cruzo el patio con cuidado, procurando sortear los charcos.

—Llegas más tarde de lo normal.

Me giro en redondo, llevándome las manos al pecho, y veo a Serenity, otra de nuestras compañeras, sentada en la oscuridad en una vieja tumbona de hierro forjado. Está usando como mesita un cubo de basura naranja puesto del revés para sostener su cóctel y un cenicero.

—Me has dado un susto de muerte —digo.

Ella enciende un porro, y el resplandor de la llama le ilumina el rostro unos segundos, el tiempo suficiente para ver que no es el primero que se fuma esta noche. Tiene el pelo desgreñado y la mirada perdida.

—¿Cuánto llevas sentada aquí fuera? —pregunto mientras me acerco.

Ella alza la mano, ofreciéndome una calada, pero yo la rechazo con un gesto. No sería la primera vez que fumo con ella, pero lo ocurrido esta noche me hace pensar que es importante que me mantenga despejada.

—Desde que ha dejado de llover. Estaba volviéndome loca encerrada en casa. Shane y Eddie han estado trabajando en el garaje hasta muy tarde.

Me siento en el extremo de la tumbona. No tengo ninguna prisa por llegar a mi habitación porque todavía estoy alterada por la visita de Camille. Me voy a quedar unos minutos aquí, sentada en la oscuridad, con el intenso hedor del porro flotando a mi alrededor.

—Estás disgustada. ¿Por qué? —pregunta Serenity, mirándome con un ojo guiñado, como si solo así pudiera enfocar la vista.

Me giro hasta quedar frente a ella.

—¿Cómo sabes que estoy disgustada?

—Tu aura tiene un aspecto apagado y triste.

Pongo los ojos en blanco.

—Ya sabes que no creo en esas cosas.

—¿Tiene algo que ver con el mensaje de Deacon sobre ese abogado?

Flexiono las piernas, abrazándome las rodillas.

—Más o menos. Sí. —Seguro que acabaré contándole toda la historia en algún momento, pero ahora mismo no me apetece volver a hablar de ello.

Serenity tuerce los labios.

—Yo traté de contratarlo no hace mucho. Llamé a su oficina y dejé un mensaje. Quería ver si podía ocuparse de mi caso. Pero nadie me devolvió la llamada. —Echa la cabeza atrás y contempla el cielo nocturno.

—¿Qué caso? —Ella tuvo algunos problemas legales hace un tiempo, pero yo no sabía que hubiera ahora ninguna acusación contra ella.

—Hurto en una tienda.

—Ah. —No pregunto más, aunque en realidad me muero de ganas de saber qué robó.

—Aunque conozco a esa arrogante esposa suya. Es un mal bicho —añade Serenity.

No puedo contener una exclamación de sorpresa.

—¿Qué? ¿Cómo es… que conoces… a su esposa?

—Vino a mi clase de yoga el lunes por la noche. —Aguardo a que continúe. Pero, al parecer, no piensa decir nada más.

¿Acaso se refería a esto Camille cuando ha dicho que había «indagado» un poco?

—¿En qué sentido fue arrogante?

Serenity me mira, da otra larga calada y luego exhala el humo poco a poco. Durante unos segundos queda oculta tras la nube de humo blanco.

—Muchas mujeres vienen una vez a mi clase y no vuelven. Suelen ser las mujeres con esterillas caras, botellas de agua sofisticadas y ropa de yoga de lujo. Mis clases no son lo que andan buscando.

—¿Qué quieres decir?

—Ellas quieren hacer yoga corporal, pero no yoga mental. —Cierra los ojos y echa otra vez la cabeza hacia atrás, con el porro olvidado en la mano. Todavía sigue encendido y la brasa se va acercando cada vez más a sus dedos, así que se lo quito antes de que se acabe quemando. Lo apago con cuidado, procurando salvar el trocito que queda.

Serenity da clases en un sitio llamado Goddess Divine, no lejos del bar. Es una casa antigua reconvertida en una tienda que vende de todo, desde cristales e incienso hasta cuentas de chakras; y no solo ofrece clases de goya, sino también sesiones de quiromancia y masaje. Por el modo en que iba vestida Camille esta noche, dudo que vaya a frecuentar aquello. Goddess Divine no es su ambiente.

A ver si me explico: Serenity debe de ser una profesora increíble, pero es poco convencional. Es un espíritu libre, le tiene sin cuidado lo que piensen los demás, y lo deja muy claro. No me sorprendería que su clase incluya tocar tambores y escribir tus objetivos en papeles para luego quemarlos. A juzgar por la impresión que he sacado de Camille Bayliss, me parece que las clases de Serenity son demasiado hippies para alguien como ella, que debe ir con ropa de yoga Lululemon de pies a cabeza.

Cuando ya creo que Serenity se ha quedado frita y que tendré que esperar para escuchar el resto de su historia, me dice:

—Pero volvió ayer, a pesar de que yo sabía que le reventaba estar allí. Se le notaba en esa cara tan arrogante.

Tengo un montón de preguntas en la punta de la lengua, pero me doy cuenta de que tendrán que esperar cuando a Serenity se le escapa entre los labios un suave ronquido.

La miro durante unos minutos, mientras trato de encajar esta nueva información con lo que ya sabía.

Ben Bayliss tenía mis datos personales en una servilleta del bar y su esposa está haciendo indagaciones pese a que la aterroriza que él lo descubra.

Ella me ha dicho que su marido ha estado aquí. En nuestra casa.

Incluso suponiendo que todo esto esté relacionado de algún modo con Paul, Ben Bayliss no tendría por qué haber venido aquí.

8

Hank

DESPUÉS DE LA COARTADA

Domingo, 11 de octubre

El sol ya se ha puesto cuando abandono por fin la casa de los Bayliss. Estoy cansado. Hambriento. Confuso. Y apenado por mi amigo y socio.

El hermano de Camille, Silas Everett, y su esposa, Margaret, se han presentado poco después de que ella fuera a buscar los recibos de su bolso y se los entregara a Sullivan. Este le ha dejado que sacara de su coche las bolsas con el equipaje del fin de semana, pero no le ha permitido entrar en la casa. No sé si ella lo habría hecho aunque se lo hubieran autorizado.

Hasta que la policía no haya terminado de registrar la casa, se quedará con sus padres en Corbeau, una pequeña ciudad a solo veinte minutos de Saint Francisville, la población de la que acababa de volver. Silas la ha llevado en su camioneta, casi arrollando a la mitad de los paparazzi cuando ha salido de allí a toda velocidad.

Margaret lo ha seguido con el coche de Camille para que lo tenga a mano.

Sullivan querrá interrogarla formalmente muy pronto. El único motivo por el que no ha insistido en hacerlo hoy ha sido que tanto Silas como yo hemos dicho que no se hallaba en el estado mental adecuado para responder a más preguntas. A él no le ha gustado la demora, pero quiere que ella esté dispuesta, y yo le he asegurado que Camille no le sería de ayuda si la obligaba a continuar.

Sullivan se ha marchado hace horas, sin duda para buscar pistas, aunque a mí no me ha dado ningún detalle. La policía se reservará su opinión hasta que esté preparada para hacerla pública. Yo me he quedado hasta que el forense se ha llevado el cuerpo de Ben. No me parecía correcto irme mientras él estuviera allí, sobre la alfombra manchada de sangre.

Todavía hay un coche patrulla en la rotonda situada junto a la casa y otro más en la calle. Han apagado las luces y las sirenas hace horas, pero su presencia tiene el objetivo de ahuyentar a los mirones que siguen merodeando a lo largo de la calle. Salgo marcha atrás y saludo con la mano al agente apostado en la entrada para mantener a raya a los periodistas, que se han presentado aquí casi tan aprisa como la policía.

A causa de la notoriedad de Ben en esta ciudad, los medios no van a abandonar esta historia pronto. Lo mejor que podemos esperar es que este caso no permanezca sin resolver mucho tiempo y que la policía sea capaz de atrapar al asesino.

No puedo ni imaginarme lo que Camille debe estar pasando ahora. Ella y Ben llevaban mucho tiempo juntos, desde que eran adolescentes. Ben me dijo unos meses atrás que, ahora que la

reforma de la casa había concluido, ya estaba preparado para intentar tener hijos. Y ahora… está muerto.

Sullivan no tachará de inmediato mi nombre ni el de Camille de su lista de sospechosos. Así funciona la cosa, y ni siquiera puedo enfadarme por ello. Siempre se investiga primero al cónyuge. La experiencia muestra que las posibilidades de que este sea el asesino son las más elevadas. No veo cómo podría ser así en el caso de Camille, sin embargo. Esa desolación, ese miedo, ese dolor eran auténticos.

Pero debo reconocer también que estoy mirando la situación con los ojos de un amigo, no de un abogado o un detective. Si ha sido ella, es una actriz increíble. Su interpretación merece un Oscar.

Yo veo a Camille como la mujer que ha estado intentando montarme una cita a ciegas tras otra. Como la mujer que siempre que le llevaba el almuerzo a Ben también me lo llevaba a mí. Como la mujer que se asegura de incluirme en cada festividad, a sabiendas de lo duras que son para mí esas ocasiones, dado que mis padres fallecieron, uno tras otro, hace pocos años.

Camille se ha convertido en una amiga.

Espero que Sullivan haga bien su trabajo y que tache de su lista a todos los que no han cometido este crimen, incluidos Camille y yo, para que pueda concentrarse en quien lo haya cometido. Pero estoy preparado para actuar si intenta colgarnos el asesinato a cualquiera de los dos, suponiendo que no surjan otras pistas. Me consta que él va a estar sometido a una gran presión para cerrar el caso cuanto antes.

Aunque debería volver a casa, ducharme, servirme una copa y dar por concluido este día de mierda, me dirijo a la oficina. La reunión

de mañana a las ocho con el personal será terrible y necesito prepararla.

Era importante comunicar a nuestros empleados lo que le ha ocurrido a Ben antes de que se enterasen por las noticias. Mientras esperaba a que llegara el forense, me he tomado un minuto para escribir el email más difícil que tendré que enviar en mi vida. Sully me ha dicho que no harán públicos los detalles por ahora y que se limitarán a decir que Ben ha sido hallado muerto, no asesinado, así que les he dicho a los empleados lo que he podido.

Por suerte, hay muy poco tráfico a esta hora de un domingo y llego a la oficina bien de tiempo. Aparco en mi plaza reservada y me quedo mirando el rótulo luminoso que hay en el lateral de nuestro edificio: BUFETE BAYLISS AND LANDRY. Es como un puñetazo en el estómago.

Ben y yo nos conocimos en nuestro primer año en la Universidad Estatal de Luisiana. Nos parecíamos en un montón de sentidos: dos blancos de clase baja y de un pueblo pequeño que habían entrado en la universidad con una beca, la suya académica y la mía deportiva. Él sabía desde el primer día que quería ser abogado. Qué demonios, quizá lo sabía desde mucho antes. No era mi caso. Yo tenía los ojos puestos en la liga profesional de fútbol americano y soñaba con un contrato suculento y con llegar algún día al Salón de la Fama.

Saco la ropa sucia de la bolsa del gimnasio, que lleno con los expedientes que he cogido del despacho en casa de Ben para llevarlos adentro. Abro la puerta trasera de la oficina, desconecto la alarma y vuelvo a activarla una vez que he cerrado con llave. Tengo

la imagen de Ben lo bastante fresca como para tomar precauciones que antes no tomaba.

Quien lo haya matado todavía anda suelto.

¿Será el asesino alguien que ha estado en esta oficina? ¿Alguien que Ben conocía? ¿O ha sido un robo al azar que ha acabado torciéndose?

Ahora no tiene sentido meterse en honduras. Es una pérdida de tiempo barajar posibilidades hasta que no haya analizado cada aspecto de la vida de Ben y no tenga los datos que la policía quiera comunicarme, una vez que lo hayan registrado todo.

Mi oficina está en una esquina del fondo y la de Ben, en la otra. Toda la parte central del edificio se halla dividida en sectores para los asistentes y auxiliares jurídicos, además de contener una sala de conferencias y un pequeño cuarto de descanso. A Ben le encantaba venir a trabajar después del horario normal. Le gustaba tener toda la oficina para él solo. Este silencio.

Yo lo detesto. A veces es necesario, pero yo trabajo mejor cuando está todo lleno de gente y el nivel de ruido es algo que sientes casi en la piel.

En vez de ir a mi oficina, me dirijo a la suya, renqueando más de lo que me gustaría. Después de todo el día deambulando por el jardín de Ben, me duele la rodilla.

En su momento, pensé que la lesión que sufrí en un partido entre los equipos de nuestra universidad y la de Alabama, durante mi último año, era lo peor que me había ocurrido en mi vida. Yo estaba pasando por mi mejor momento como corredor titular de la Universidad de Luisiana hasta que un placaje brutal me destrozó casi todos los ligamentos de la rodilla derecha. Hice rehabilitación y

consulté con especialistas de todo el país, pero al final todo quedó reducido a un hecho muy simple: si volvía a jugar y me lesionaba otra vez esa rodilla, había muchas posibilidades de que no pudiera volver a caminar. Así pues, abandoné el deporte que amaba mientras aún podía.

Un futuro en la liga profesional había sido mi sueño desde niño, pero verme forzado a replantearme mi vida fue una bendición oculta. ¿Cabía la posibilidad de que me ficharan después de mi temporada en el equipo de la universidad? Sí, pero tampoco había ninguna garantía de ello. Una vez que todo eso quedó descartado, tuve que idearme otro futuro.

Enciendo la luz y entro en la oficina de Ben, pero me quedo en el umbral. Parece como si él hubiera terminado su jornada y lo hubiera dejado todo para proseguir donde se había quedado. Detrás del escritorio, hay fotografías enmarcadas de él y Camille, como en un resumen de los momentos más destacados de su vida juntos. Imágenes de la universidad, de su boda, de su luna de miel, del viaje de esquí que hicieron el pasado invierno. La pared situada junto al escritorio exhibe todos sus logros académicos y profesionales. Sus diplomas de la universidad y la facultad de Derecho. El certificado de admisión en el Colegio de Abogados. Los premios y reconocimientos de una serie de organizaciones benéficas.

Ben empezó la práctica privada inmediatamente después de graduarse. Al principio de su carrera, defendió a un político del estado, el representante Wells, que había sido acusado de matar a su amante en un arrebato alcohólico. Nadie quería aceptar el caso después de que el fiscal del distrito anunciara que se haría cargo en persona de la acusación. Para este debería haber sido pan comido

obtener una condena, pero Ben lo hizo trizas. Y aquella absolución cambió radicalmente la trayectoria de su carrera. A los veintisiete años, se convirtió en uno de los abogados más solicitados de esta región.

Hay montones de carpetas alineadas a la izquierda de su escritorio y muchas más apiladas en el suelo. El peso de lo que ha ocurrido y de cómo lo cambia todo me resulta abrumador.

Pero ya habrá tiempo mañana para abordar todo el trabajo que tengo por delante. Esta noche no me quedan fuerzas para dar otro paso en esta oficina.

Apago la luz y cierro la puerta.

Tiro la bolsa del gimnasio que contiene los expedientes de Ben sobre el sofá de mi oficina y me voy directo a los armarios empotrados a lo largo de la pared. Abro el del centro, que contiene un minibar, me sirvo dos dedos de bourbon y me los bebo de un trago, disfrutando del ardor en la garganta; luego me vuelvo a servir y me llevo el vaso a mi escritorio.

Yo tengo fotografías y diplomas similares en la pared, pero me concentro en la imagen de nosotros dos tomada el día en que firmé los documentos como socio y entré en el bufete.

Eso sucedió hace solamente dos años. Cuando salí de la facultad de Derecho, yo seguí un camino distinto al aceptar una oferta de trabajo en la oficina del fiscal del distrito. Durante los dos primeros años de ejercicio profesional, Ben y yo nos enfrentamos en los tribunales: yo en la acusación, él en la defensa. Estábamos muy igualados y ambos cosechamos el mismo número de victorias y derrotas.

Tras un juicio especialmente agotador que él acabó ganando, Ben me llevó aparte y me hizo una oferta. Sabía que yo estaba quemado. En la oficina del fiscal hay un montón de abogados que pretenden hacerse un nombre y subir en el escalafón. Estábamos sobrecargados de trabajo y mal pagados, y nos trataban fatal. La oferta de Ben era buena. Muy buena, de hecho. No solo el sueldo representaba un cambio radical, sino también la idea de ser mi propio jefe. No podía dejar pasar aquella oportunidad.

Me sentí extraño la primera vez que me senté en el otro lado del tribunal para defender a un tipo que había sido detenido por robar coches. Él decía que era inocente y yo decidí creerle. La sentencia de no culpable me resultó desconcertante. Me había acostumbrado hasta tal punto a temer ese veredicto que necesité un poco de tiempo para sentirme aliviado al escucharlo.

El hecho de haber estado en los dos lados resulta útil, por descontado. Yo sé cómo funciona la fiscalía. Cómo piensan. Las estrategias que utilizan.

Y por ello sé que Sullivan llamará muy pronto para pedirme que Camille se someta a un interrogatorio formal. Tengo que despejar mi agenda y tenerlo todo en orden para poder estar a su lado cuando llegue ese momento.

Aparto mi vaso vacío.

—Maldita sea, Ben.

No soy un tipo demasiado emotivo, pero me da la impresión de tener al menos una docena de sentimientos diferentes dando vueltas en mi interior; el más intenso, el dolor.

Más allá de todas las cosas en las que Ben y yo discrepábamos o sobre las que no pensábamos igual, es un golpe muy duro que él ya

no esté. No solo que no esté, sino que haya sido asesinado. No consigo asimilar la idea. Y no puedo dejar de preguntarme quién lo habrá hecho y por qué. ¿Cuál puede haber sido el motivo? Mi mente no para de elaborar listas. Listas de posibles sospechosos. ¿Acaso ha sido un cliente al que Ben defendió y que fue condenado? ¿O se trataría más bien del caso de un cliente suyo que fue absuelto y de un familiar o amigo de la víctima que ha querido vengarse a su manera? ¿O bien de alguien ajeno a nuestra profesión con quien tenía algún negocio que ha acabado mal?

¿Habrá sido Camille?

Me sorprendo cuando esta última pregunta se abre paso en mis pensamientos. Por mucho que no quiera considerar esta posibilidad, sería un idiota si al menos no la contemplara.

Me obligo a concentrarme en el trabajo, aunque resulte abrumador pensar en ello. Empiezan a formarse más listas en mi mente. Una lista de los casos de Ben, junto con la cuestión de si es mejor incorporarlos a mi propia carga de trabajo ya sobresaturada o pasárselos a otro bufete. Una lista de los negocios y bienes de Ben, así como la cuestión de qué hacer con ellos si resulta que sigo figurando en su testamento como albacea de su patrimonio.

Muevo el ratón para activar mi ordenador. Lo primero que hago es entrar en la carpeta que creamos por si se producía una emergencia y abro el documento escaneado de la última versión del testamento de Ben, en el que descubro con cierta sorpresa que sigo apareciendo como albacea.

Una vez que he repasado sus últimas voluntades, cierro el documento. Miro la carpeta que está en la esquina de mi escritorio y decido que un trago más no habrá de matarme. Con otro vaso de

bourbon en la mano, me acerco esa carpeta. Jugueteo con el borde de cartón, tratando de decidir si realmente deseo volver a abrirla mientras me encuentro en este estado mental. Antes de que pueda pensármelo más, la abro.

No me resulta más fácil mirar esto ahora que cuando Ben me lo dio la semana pasada.

Es una sola hoja con su membrete que declara que está iniciando oficialmente el proceso para disolver nuestra sociedad. Este documento me deja bien jodido, porque, como él era el miembro fundador, yo sería expulsado de la sociedad y no podría llevarme ningún cliente.

Bueno, me dejaba bien jodido.

Como Ben ha muerto antes de que el proceso de disolución fuera más allá, es como si esta nota nunca hubiera existido. Y ahora el bufete es mío conforme al acuerdo que establecimos al crear la sociedad.

Así que hay otra emoción que ha estado bullendo por debajo de todo ese dolor.

Alivio.

9

Aubrey

LA COARTADA

Sábado, 10 de octubre

Camille se aleja con el viejo Honda justo cuando yo arranco el Range Rover. Nunca en mi vida he tenido un coche, y hoy será la primera vez que no solo me habré subido a un modelo de lujo como este, sino que además lo habré conducido. No puedo creer que ella me lo haya confiado.

Aunque la confianza es algo curioso. No ha vacilado en darme su coche o su tarjeta de crédito platino, pero su teléfono ya es otra cosa. Debo llevarlo encima todo el día, pero permanecerá siempre bloqueado. La confianza no llega hasta el punto de que pueda leer sus mensajes.

Lo entiendo, de todos modos. Yo tampoco le dejaría leer los míos.

Antes de salir marcha atrás de la plaza de aparcamiento, repaso mentalmente el programa que diseñamos en Doug's una noche de la semana pasada a la hora de cerrar. En primer lugar, hay un festival que se celebra en un parque junto al hotel Saint Francisville, en el

que ella se aloja. Desde mediodía hasta las dos de la tarde, se supone que debo pasear por esa zona y comprar cosas a tres vendedores distintos con su tarjeta de crédito.

Salgo de la gasolinera a la autovía principal que atraviesa la ciudad y me tiro un poco de la peluca al ver en el retrovisor que está algo torcida.

Pero en lugar de doblar a la derecha hacia el parque, doblo a la izquierda.

Camille no lo sabe aún, pero me voy a salir del guion. Ella tiene su iPad para responder a los mensajes, así que es muy posible que pueda ver también la ubicación de su móvil, y estoy segura de que me preguntará por ello más tarde. Pero ya me preocuparé de eso entonces.

A unos cuatrocientos metros, llego a mi nuevo destino. Hace una mañana de octubre espectacular y el aparcamiento de la tienda de piensos y semillas está lleno de camionetas y todoterrenos. Llevo el coche de Camille hasta el extremo de la izquierda y me detengo en una de las pocas plazas vacías, cerca de una hilera de puestos de caza a la venta y unos palés llenos hasta los topes de maíz para ciervos.

El reluciente Mustang rojo de 1970 se para a mi lado con toda puntualidad.

Él se baja del coche al mismo tiempo que yo.

Me quedo junto al coche de Camille mientras se me acerca con una mochila negra al hombro.

—¿Tanto hablar de no llamar la atención para esto?

Él se echa a reír.

—Eres tú la que ha escogido el sitio más concurrido de la ciudad.

Tiene razón.

Miro hacia el Mustang.

—¿Dónde está Shane?

—Nos reuniremos cuando salga de aquí. Tienes una pinta extraña con esa peluca.

Poniendo los ojos en blanco, me inclino hacia el interior del Range Rover y cojo la llave.

—Yo también te quiero, Eddie.

Eddie pone la mochila sobre el capó del coche de Camille y hurga dentro hasta sacar un pequeño dispositivo. Le paso la llave y él sujeta las dos cosas juntas. Luego pulsa un botón hasta que suena un pitido.

—¿O sea que basta con esto para copiarla? ¿Con esta maquinita?

Eddie sacude el dispositivo al terminar.

—Solo después de algunas modificaciones que Shane ha hecho. Pero sí, lo único que hago es enviar la señal para abrir el coche a este aparato, en lugar de enviarla al coche. Y el código queda grabado.

Eddie y Shane vinieron a vivir a la casa unos seis meses después de mí. Ambos se criaron en el sistema de acogida. Los enviaron al mismo hogar comunitario cuando eran adolescentes y han seguido juntos desde entonces. Tienen una serie de habilidades muy especiales: no hay motor que no puedan volver a montar ni coche que no sean capaces de robar. Y han ido evolucionando a medida que evolucionaba la tecnología del automóvil.

Ahora son ladrones de coches retirados. O casi.

Camille se pondría furiosa si descubriera que mis compañeros no solo saben lo que está pasando hoy, sino que están ayudándome

para que yo no salga jodida de esta historia.

Eddie me devuelve la llave.

—Voy a colocar el rastreador y entonces podré captar la señal de la puerta de su garaje, si es que está vinculada con el coche. Una vez que entremos en el garaje, hay muchas posibilidades de que la puerta que comunica con el interior de la casa no esté cerrada con llave.

Sí, la confianza es una cosa muy curiosa.

¿Acaso yo confío en que Camille compartirá conmigo las pruebas de las fechorías de Ben, en caso de que consiga encontrarlas?

No, en absoluto.

Así pues, mis compañeros y yo urdimos nuestro propio plan, un plan que ella no conoce.

Y el primer paso es asegurarnos de que tenemos acceso al coche y a la casa de Camille y de que conocemos su ubicación una vez que yo le devuelva el Range Rover.

Eddie señala el Mustang con la cabeza.

—Tráeme el móvil que tengo ahí dentro. Me voy a bajar la app de Range Rover y conectaré con su coche; así tendremos también eso por si falla el rastreador. Ben también tiene un Range Rover, ¿no?

Asiento.

—Sí, creo que es uno igual que este, pero negro.

—Qué monos.

Cuando le llevo el móvil, Eddie sigue los pasos para conectar con el coche de Camille.

—Hay muchas posibilidades de que sus dos cuentas estén vinculadas y de que podamos saber también dónde está él.

Me rasco la peluca.

—Todo esto parece demasiado fácil.

Eddie se encoge de hombros.

—Lo único fácil es cruzar la puerta. Espero que no haga falta llegar a eso.

—Gracias por ayudarme, Eddie. Y dale las gracias también a Shane —digo en voz baja.

Él deja de hacer lo que está haciendo y me mira.

—Somos un equipo. Si Ben Bayliss trata de jugártela, entonces nosotros se la jugaremos a él.

Por primera vez en todo el día, me sale una sonrisa.

Sí, quizá yo no confíe en Camille, pero confío a muerte en Eddie y Shane.

Él solo tarda unos minutos más en terminar.

—Vale, ya tengo todo lo que necesito.

Me acerco y le doy un fuerte abrazo.

—Gracias otra vez.

—Ya basta de dar las gracias. —Me estrecha a su vez con fuerza y me alborota la peluca, haciendo que se me deslice por la cabeza—. ¿Quieres que me quede por aquí hasta que ellos lleguen?

Niego con la cabeza.

—No. No hace falta.

Eddie monta el numerito saliendo del aparcamiento con el Mustang a toda velocidad y yo no puedo por menos que reírme.

Miro el reloj. Calculo que Camille ya ha llegado a Baton Rouge y está cerca de su casa. Arranco el coche y subo la música.

Ha llegado el momento del paso dos.

10

Camille

LA COARTADA

Sábado, 10 de octubre

Me deslizo por la puerta lateral que lleva al cuartito del vestíbulo. Unos armarios a medida se alinean a lo largo de una pared, mientras que la opuesta se halla enteramente ocupada por un banco que quiere parecer viejo y gastado. Aunque sé que no hay nada que registre mi presencia en la casa ahora mismo mientras atravieso la despensa y entro en la cocina, evito las zonas que las cámaras interiores captarían si estuvieran funcionando.

Ben me dijo hace unos días que las cámaras estaban estropeadas, y con eso me bastó para deducir que iba a reunirse con alguien aquí. Una «avería general del sistema» significaba que yo no recibiría ninguna alerta en mi móvil si alguien se acercaba a cualquiera de las puertas exteriores y que tampoco quedaría después ningún vídeo que pudiera utilizarse contra esa persona.

Lo que él no sabía es que me lo estaba poniendo fácil también a mí.

Esta casa puede ser preciosa, pero viene a ser como una prisión, una donde el carcelero puede vigilarte siempre que sea necesario.

Pero hoy no.

Hoy seré yo la que vigile, gracias a Aubrey.

Aubrey.

Ay, qué equivocada estaba sobre ella.

Cuando me presenté en el bar para obligarla a reconocer que estaba acostándose con mi marido, yo daba por supuesto que sabía perfectamente lo que estaba pasando.

Pero, en vez de obtener la prueba de la infidelidad de Ben, lo que hice fue abrir la caja de Pandora. Ahora, me guste o no, estoy encadenada a Aubrey Price.

Subiendo los escalones de dos en dos, llego al rellano del segundo piso y me dirijo a la estrecha puerta que oculta la escalera de la buhardilla. Me he pasado los últimos días llenando un contenedor enorme con todas las cosas que voy a necesitar hoy. Lo primero que cojo es la bolsa que contiene media docena de minicámaras.

Bajo otra vez a la cocina y me tomo mi tiempo para encenderlas y sincronizarlas por bluetooth con mi iPad. Después de probarlo todo hace unos días, sé que la distancia entre la buhardilla y el resto de la casa queda dentro del alcance de la tableta para captar la señal de cada cámara.

Una vez que he comprobado que la batería de cada una está del todo cargada, las distribuyo por los lugares donde creo que Ben podría estar cuando venga. Voy recorriendo la planta baja: una cámara en una maceta que mostrará el sendero de acceso y otras cuatro en la cocina, el comedor, la sala de estar y su despacho;

termino arriba, colocando la última en nuestro dormitorio, por si tiene planeado para hoy algo más de lo que yo creo.

Antes de salir del dormitorio, me detengo y contemplo la serie de fotografías que hay colgadas en la pared. Ben es guapo en un sentido clásico; le tocó esa lotería genética que hace que todas las partes tengan la proporción y la simetría adecuadas para producir un resultado óptimo. Además, posee la capacidad de ser exactamente lo que se requiere en cada situación, dependiendo de la gente que lo rodee. Es un don que le permite ganar casos y amigos. Ahí está la foto de nosotros dos de punta en blanco en el Mardi Gras de Washington D. C., él vestido con esmoquin, en lo que yo llamo el look del Ben abogado. El cabello cepillado hacia atrás, sin un pelo fuera de lugar. Lentillas. Ni la menor sombra de barba. Al lado está una de mis fotos preferidas de los dos, tomada el pasado verano en Grecia. Él está en shorts, sin camisa, en la cubierta del velero que alquilamos para salir a navegar. Ese es el look del Ben relajado. Sin gel en el pelo, con grandes rizos al aire y esa cantidad perfecta de barba incipiente que le queda cuando no se rasura durante al menos un día. Dos hombres de aspecto distinto, dos personalidades diferentes.

¿Cuál será el Ben que veré hoy?

Paso una mano por encima de esa imagen suya en el velero, como si estuviera diciéndole adiós a la versión de Ben de la que me enamoré hace tantos años, antes de que todo se complicara.

Vuelvo a subir a la buhardilla. Nos gastamos un montón de dinero en espuma aislante cuando hicimos las reformas, de manera que aquí solo hace unos grados más que en el resto de la casa. Cojo una silla de playa plegable y la coloco junto al contenedor. Ahí tengo un

par de botellas de agua, una caja de barritas de cereales, un rollo de papel higiénico y un cubo. Rezo con todas mis fuerzas para no tener que utilizar el cubo, pero estoy preparada para lo peor. Una vez que él llegue, no sé cuándo podré salir de aquí.

Después de acomodarme en la medida de lo posible en la silla, enciendo la vista en cuadrícula de la tableta que muestra la señal de todas las cámaras a la vez y me pongo los auriculares. La conferencia a la que estaban asistiendo él y Hank terminó hace casi una hora. Si viene directamente a casa, podría estar aquí pronto, aunque es imposible saberlo con certeza porque ha apagado su servicio de localización.

Justo cuando me dispongo a esperar, me llega un mensaje suyo:

> De todos los sitios en los que creía que estarías de compras, nunca se me habría ocurrido que pudiera ser en la tienda de piensos y semillas

¿Cómo?

¿De qué está hablando?

Antes de responderle, abro la aplicación que muestra la ubicación de mi móvil. Tiene razón, el puntito azul está parpadeando exactamente donde él ha dicho. Miro la hora y veo que faltan unos minutos para la una. Aubrey debería estar en el festival junto al hotel.

Pero no está allí. Está en la tienda de piensos.

—¿Qué haces, Aubrey? —musito, volviendo a la pantalla del mensaje de Ben.

> Jaja, tienen unos crisantemos preciosos aquí! No he podido resistir la tentación cuando he pasado por delante

Por suerte, compré unos crisantemos ayer al llegar a la ciudad, así que no me pillará mintiendo.

Él no responde, cosa que me irrita porque en parte pienso que me ha enviado el mensaje simplemente para que sepa que me está vigilando. Son los momentos como este los que me refuerzan en la idea de que estoy haciendo lo correcto.

Me acomodo para esperar.

Y espero.

Tras cerca de una hora en la buhardilla, cuando casi me he convencido de que lo he malinterpretado todo y él no va a venir, oigo el ruido de la puerta del garaje al abrirse. Al cabo de un minuto más o menos, Ben entra en la cocina. Observo a través de la cámara cómo deja un montón de correspondencia sobre la encimera. Todavía va vestido de Ben abogado, pero en cuanto cruza la puerta empieza a desprenderse de esa imagen y se transforma ante mis ojos. Se quita el abrigo y la corbata. Se pasa las manos por el pelo impecablemente peinado hasta que empieza a caerle alrededor de la cara. De todas formas, no se le rizará hasta que se quite todo ese gel. Se enrolla las mangas de la camisa… y ahí está el Ben relajado.

Aunque sé que no es posible, al verlo así me da la sensación de que la temperatura ha subido cinco grados en la buhardilla. Noto que me suda el labio superior y que se me enrojece la cara.

No tengo ni idea de lo que haría Ben si me sorprendiera aquí arriba. Si descubriera que he colocado cámaras por toda la casa para espiarlo.

Este es uno de esos planes que parecen perfectos y sencillos sobre el papel, pero ahora, sentada en esta silla de plástico y rodeada de cajas de adornos de Navidad y de baldosas y madera

sobrante de la reforma, me da la sensación de que es un poco demencial.

Parece algo que solo haría una persona desesperada, que es lo que soy.

Con el maletín en la mano, Ben se dirige directamente a su despacho, que queda junto al vestíbulo. Escruto los recuadros de la pantalla y observo cómo va pasando de una habitación a otra. Cada una de las imágenes es bastante pequeña y no ofrece demasiado detalle, puesto que son seis las tomas diferentes que compiten por el espacio de la pantalla; sin embargo, sé que puedo ampliarlas y volver a examinarlas por separado, si es necesario, porque hay una copia de seguridad en la tarjeta de memoria de cada cámara.

Ahora está tras su escritorio y al parecer se pone enseguida a trabajar.

Sé que se ha tomado tantas molestias para volver aquí con el fin de reunirse con alguien, pero también sé que si algo lo distingue es su eficiencia.

Pincho el recuadro y la vista de su despacho llena la pantalla.

Ben pone el maletín sobre el escritorio y lo abre. Con el ángulo de esta cámara, no veo lo que hay dentro. Se pasa unos minutos hurgando hasta encontrar un gran sobre de papel manila; luego va sacando las cosas que contiene, una a una. Unos papeles, unas fotos y uno de esos lápices de memoria.

Primero examina los papeles y las fotos. Si yo estuviera en su lugar, habría puesto música o la tele, cualquier cosa para tener un poco de compañía de fondo. Pero Ben no. A él le encanta el silencio. Dice que piensa mejor cuando no hay nada que interrumpa sus pensamientos.

Me he pasado años a su lado, pero es sorprendente lo que estoy descubriendo al observarlo cuando él ignora que lo observo.

No sabía que Ben hablaba solo. No dice nada impactante, solo va murmurando a medida que trabaja. Luego están ciertos movimientos curiosos. Hace crujir las articulaciones, carraspea con la fuerza suficiente como para sobresaltarme la primera vez que lo oigo, y estira y retuerce el cuello de un modo que parece incluso algo doloroso. Estoy casi en trance observándolo tan desarmado.

Al fin, parece terminar de leer esos papeles y coge el lápiz de memoria. Su portátil está sobre el aparador de detrás, pero, justo cuando se vuelve hacia él, algo le llama la atención.

Reviso la cámara del porche delantero porque veo que está mirando por la ventana que da a la calle.

Un coche sube por el sendero.

Ben se levanta para mirar mejor.

—¿Qué coño…? —Pone los brazos en jarras mientras menea despacio la cabeza. Deduzco que esta visita no es la que esperaba hoy.

Cambio la pantalla para poder mirar lo que sucede afuera. Es un Mustang de intenso color rojo. Aunque no uno nuevo. Es un modelo viejo, pero lo bastante reluciente como para poder deducir que acaba de ser restaurado. Aún está un poco lejos y no puedo distinguir al conductor.

Ben va a la puerta principal justo cuando el Mustang se detiene frente a la casa. El conductor se baja y se le acerca. Es un hombre negro, de la misma estatura aproximada que Ben, pero de complexión más robusta. Va con vaqueros y una camisa de vestir.

La expresión frustrada de Ben ya ha desaparecido; ahora es todo sonrisas mientras le da al tipo una palmada en la espalda y finge alegrarse de verlo.

—Eddie, me alegro de verte —dice. Realmente no sabrías que no es sincero si no hubieras presenciado su reacción ante la llegada de ese hombre.

Se estrechan las manos.

—No sabía si iba a encontrarte en casa, pero me he arriesgado a pillarte por sorpresa.

—Ah, pues le has sorprendido, Eddie —susurro ante la pantalla.

Ambos se acercan al Mustang y se pasan bastantes minutos examinándolo, incluso hasta el punto de levantar el capó. Es obvio que están hablando del coche, pero se encuentran demasiado lejos del micrófono de la cámara para que pueda escuchar la conversación.

Los observo con atención, tratando de deducir lo que pasa. ¿Acaso Ben está pensando en comprar ese coche? No creo. El aficionado a comprar y restaurar coches antiguos es Hank, no Ben. A él le gustan los coches nuevecitos, recién salidos de fábrica, así que estoy completamente perpleja.

Al cabo de unos minutos, Ben se sienta al volante, Eddie ocupa el asiento del copiloto y se alejan por el sendero.

¿Qué demonios? ¿A dónde van?

Me quedo unos minutos mirando la pantalla mientras me pregunto qué hacer. Seguro que han ido a dar una vuelta y volverán enseguida.

Poco después de que Ben haya salido con el Mustang, aparece otro vehículo en el sendero. Es una vieja camioneta de trabajo de

color marrón, con una enorme caja de herramientas montada en la trasera.

¿Quién es este?

La camioneta se detiene casi exactamente donde había aparcado el Mustang. El conductor se baja, pero tampoco lo reconozco. Es un hombre blanco alto. Desgarbado. Vestido con vaqueros y una camiseta. Aunque cuesta distinguir demasiados detalles porque lleva una gorra de béisbol con la visera que le cae sobre la cara.

El tipo saca su teléfono, cruza el jardín delantero hacia el costado de la casa donde está el garaje y desaparece del encuadre.

—¿A dónde ha ido?

Al cabo de un momento, oigo el traqueteo de la puerta del garaje al abrirse.

¡Ay, Dios mío! ¿Cómo ha podido abrirla? ¿Está entrando por la fuerza en nuestra casa?

Me levanto de golpe, con el iPad en las manos, y deambulo en círculos una y otra vez. Selecciono la cámara de la cocina, que muestra la puerta que comunica con el garaje, y aguardo para ver si el tipo entra.

Pasan casi dos minutos y ni rastro de él. Luego oigo cómo se baja la puerta del garaje.

Mi corazón palpita acelerado.

Intento volver a sentarme, pero estoy demasiado nerviosa, así que continúo deambulando mientras aguardo a que ese hombre vuelva a aparecer por la cámara del porche delantero.

Y ahí está, en efecto, cruzando tranquilamente el césped hasta su camioneta, donde se apoya en el portón trasero.

Antes de que pueda analizar qué significa todo esto, el Mustang reaparece en el sendero.

El tipo blanco hace una seña con la mano mientras el coche se acerca.

¿Acaso Ben lo conoce? ¿Él le ha dado el mando del garaje?

Ben detiene el Mustang en la zona de aparcamiento extra que hay junto al garaje, y el tipo blanco se acerca cuando los otros dos se bajan del coche. Ben le estrecha la mano, o sea que, sí, está claro que también a este lo conoce.

A continuación, los guía hacia la casa, los hace pasar al despacho y les indica las sillas que hay frente al escritorio.

—Shane, Eddie. Tomad asiento.

Vale, así que este nuevo tipo debe ser Shane.

Amplío la imagen por si reconozco a los dos hombres, ahora que tengo una toma más clara, pero no, no los conozco. Ben se apresura a poner los papeles que estaba leyendo sobre las fotos y luego se arrellana en su silla con toda la despreocupación del mundo. Subo el volumen de los auriculares para no perderme una sola palabra.

—Creía que el coche tardaría otra semana en estar listo.

Shane se encoge de hombros.

—Ya conoces a Eddie. Ahora tiene otro en camino, así que necesitábamos acabar con este.

—Bueno, no me lo esperaba hoy, pero no hay problema —dice Ben—. Me alegro de que tengáis más negocios entre manos. Y os recomendaré con mucho gusto a todo el que quiera restaurar un coche, porque realmente no estaba seguro de que fuerais a conseguirlo. Este parecía listo para mandarlo al desguace cuando os lo llevé. Es increíble lo que habéis logrado.

Eddie se ríe, aunque su risa suena forzada. Charlan unos minutos más sobre el coche y las reparaciones que le han hecho.

Shane se echa hacia delante, se saca del bolsillo trasero un trozo de papel y se lo entrega a Ben.

—Aquí tienes la factura definitiva, y ya es todo tuyo.

No puedo creer que Ben haya comprado uno de esos potentes coches restaurados. Esto no es nada propio de él. Aquí pasa algo raro, sobre todo teniendo en cuenta que el tal Shane ha estado husmeando en el garaje cuando ha llegado.

—Ah, claro. —Ben coge la factura y se toma su tiempo para revisarla. Mientras está distraído, los dos hombres observan todo lo que les rodea. Examinan el despacho. No de un vistazo superficial, en absoluto; están estudiándolo todo como si luego tuvieran que pasar un examen. Luego Shane mira directamente hacia mí. Mejor dicho, hacia la cámara.

Yo doy un respingo. ¿La ha visto oculta en el estante?

Y entonces sonríe.

Me llevo tal sobresalto que el iPad se me cae al regazo.

Es como si supiera que alguien está observando.

Que yo estoy observando.

Solo desvía la mirada por fin cuando Ben se levanta con el cheque en la mano. Ellos dos se levantan también. Ben rodea el escritorio.

—Gracias de nuevo —dice, dándole el cheque a Eddie. Estrecha las manos de ambos y luego los escolta fuera del despacho.

Shane abre la puerta principal. Pero, antes de irse, se vuelve hacia Ben.

—Te agradecemos el encargo. Pero todavía no sé cómo nos encontraste. Aunque, oye, nos alegramos de que lo hicieras.

Ben permanece un momento callado, mirándolo. Al fin dice:

—Mi socio, Hank, me pasó vuestro nombre.

—Ah, genial. No sé bien quién es, pero dale las gracias.

Y se van sin más. Ben se queda en el umbral y hace un último gesto de despedida con la mano antes de que la vieja camioneta se aleje de la casa. No se mueve de su sitio hasta que han salido del sendero.

Entonces cierra de un portazo.

Cuando regresa al despacho, su frustración ha reaparecido y resulta más evidente que nunca. Observo cada detalle, desde las pronunciadas arrugas de su frente y el cruel rictus de sus labios hasta los puños apretados con los que se apoya en el escritorio, mientras permanece inclinado examinando algo que tiene delante.

No se mueve durante mucho rato.

Finalmente, se vuelve hacia su portátil e inserta el lápiz de memoria que había sacado del sobre antes de que llegaran Shane y Eddie.

Tras unos cuantos clics, la cara de Aubrey inunda la pantalla.

11

Hank

DESPUÉS DE LA COARTADA

Lunes, 12 de octubre

Mi secretaria, Lila, ordena la montaña de documentos de mi escritorio mientras yo me restriego la cara con las manos. Anoche acabé durmiendo en el sofá, en vez de volver a casa, y, por lo agarrotado que estoy esta mañana, me temo que voy a lamentarlo todo el día.

—He recogido su ropa de la tintorería al venir, así que al menos tendrá un traje limpio que ponerse.

Cuando los becarios empiezan aquí, creen que Lila es una presa fácil porque es bajita, poco más de metro cincuenta, y parece diez años más joven de lo que es en realidad. Es más, cuando se presentó para el puesto, creí que había una errata en su currículum porque habría jurado que estaba aún en secundaria. Pero es una persona a quien hay que tener muy en cuenta, y los becarios descubren enseguida que no les conviene estar a malas con ella.

—Supongo que debemos despejar su agenda, y también mirar el calendario de Ben.

—Sí, anúleme todo lo que pueda de esta semana. Y quizá también de la próxima. Los asuntos de Ben tienen prioridad. Además, necesito que haga unas llamadas. En primer lugar, contacte con la empresa que supervisa nuestro sistema de alarma y pregunte si pueden enviarnos un guardia de seguridad. Si no ofrecen ese servicio, pida que le recomienden a alguien.

Lila se gira en redondo.

—¿Cree que es necesario? —Ella lleva aquí el tiempo suficiente como para saber leer entre líneas. No tuve que explicarle cómo había muerto Ben para que ella dedujera que fue un asesinato. La cobertura de los medios mostró un dispositivo policial que solo se despliega en la escena de un crimen.

Me encojo de hombros.

—Prefiero extremar las precauciones. —Hasta que descubramos quién mató a Ben y por qué, no quiero que corran ningún riesgo las personas que trabajan en el bufete.

Ella asiente y coge su cuaderno de notas.

—¿Quiere que estén aquí durante el horario laboral?

—Sí. Y dígale a todo el mundo que, por ahora, nadie debe quedarse en la oficina fuera de horas. Si es necesario, que se lleven el trabajo a casa. Pero no quiero que nadie se quede aquí sin la presencia de un guardia de seguridad.

—De acuerdo. ¿Qué más?

—Llame al psicólogo al que recurrimos como experto en el caso Henderson y pregúntele si está disponible para atender a cualquiera que tenga dificultades para sobrellevar esta situación. E infórmeme

si alguien necesita tomarse unos días. —El bufete cuenta con doce empleados y todos, desde el recepcionista y los auxiliares jurídicos hasta nuestras secretarias, trataban con Ben a diario. Esta oficina es como una familia, así que es de esperar que nos cueste lidiar con la pérdida de uno de los nuestros.

Ella deja de tomar notas y me mira.

—Usted también podría tomarse unos días. No tiene por qué volcarse en el trabajo menos de veinticuatro horas después de descubrir que su socio ha muerto.

Socio. Si ella supiera. Yo no le he enseñado a Lila el documento que me dio Ben, porque todavía esperaba disuadirlo de su decisión de separarnos, pero la secretaria de Ben, Tricia, sí está al corriente, porque fue ella quien mecanografió la propuesta de disolución de la sociedad. Seguramente es solo cuestión de tiempo que la noticia corra por toda la oficina.

—La idea de quedarme en casa durante unos días es un disparate y ambos lo sabemos. Me volvería loco.

—Era solo una sugerencia.

—¿Le ha dicho a Tricia que puede tomarse unos días si le hace falta?

—Sí, pero va a venir igualmente. Me ha dicho que quizá se los tome cuando esté segura de que los asuntos más urgentes están encarrilados.

—¿Usted se ha enterado de que Ben quería echarme del bufete? —Estaba dudando si decírselo o no, pero al final he pensado que, si el personal está comentándolo, es mejor que yo lo sepa.

Lila sonríe con tristeza.

—Sí, Tricia me lo mencionó la semana pasada. Creo que lo hizo para alertarme, por si tenía que ponerme a buscar otro trabajo.

Asiento.

—Está muy bien que todos se cuiden mutuamente. Resulta extraño que yo estuviera pensando lo mismo la semana pasada. Si alguien está preocupado o inquieto por el cambio en la dirección del bufete…

Ella observa cómo me cuesta levantarme del sofá y, sin decir nada, va al armario de la esquina y coge la rodillera.

—Póngasela sin discutir. Me dará las gracias más tarde, cuando pueda llegar a su coche andando, y no cojeando.

La acepto a regañadientes, aunque sé que tiene razón. Vuelvo a sentarme, me subo la pernera del pantalón, dejando a la vista las profundas cicatrices que se entrecruzan en mi rodilla, y me la envuelvo firmemente con la rodillera de neopreno.

Ella se sienta a mi lado en el sofá.

—Sea lo que sea lo que esté pensando…, olvídelo. Ben era una excelente persona y un buen jefe, pero se empeñaba en mantener una distancia profesional con los empleados. Usted, en cambio, se ha esforzado en conocer a todos los que trabajan aquí. Si él lo hubiera echado del bufete, la mitad del personal se habría ido con usted, incluida yo misma.

Sus palabras me proporcionan un cierto alivio, pero no cambian las trágicas circunstancias que han resuelto ese problema.

Después de esta breve charla para animarme, Lila se levanta y se ocupa del desbarajuste que hay en mi escritorio con una eficacia de la que yo nunca soy capaz. Una vez satisfecha con los montones que

ha apilado pulcramente, se vuelve hacia mí, que todavía sigo en el sofá.

—Vamos a liberar primero su agenda; luego Tricia y yo nos encargaremos de ordenar el escritorio de Ben. Seleccionaremos lo que puede esperar y lo que no. Ella me ha comentado que Ben tenía un juicio que empezaba el miércoles, pero que avisará esta mañana al juez y empezará a hacer el papeleo para solicitar un aplazamiento.

Lila intenta actuar con profesionalidad, pero unas lágrimas manchadas de rímel le ruedan por las mejillas.

Yo me acerco renqueando y le doy un abrazo, consciente de que no nos vendrá mal a los dos.

—Gracias por venir.

Ella asiente sobre la pechera de mi camisa.

—Todos sabemos que a usted no le gusta estar aquí solo.

Riéndome por primera vez desde que recibí la llamada de Camille, le doy un último apretón antes de separarme.

—Va a ganarse una bonificación de campeonato en cuanto todo vuelva a estar en orden.

Lila mira su reloj.

—Ya debe haber llegado todo el mundo. Vamos a pasar ese mal trago cuanto antes.

Tras una reunión llena de emoción con el personal, en la que ha habido más preguntas que respuestas, le digo a Lila que vaya a ayudar a Tricia a ordenar el escritorio y los expedientes de Ben para que podamos hacernos una idea cabal de la situación de su trabajo y sus finanzas.

Estoy trabajando en unos documentos cuando oigo que se abre la puerta de mi despacho. Doy por supuesto que debe de ser Lila, porque es la única que puede entrar aquí cuando tengo la puerta cerrada, pero al alzar la vista veo con sorpresa que es el padre de Camille, Randall Everett.

Me levanto del escritorio mientras él entra sin decir palabra. Es una impertinencia de su parte irrumpir de esta manera en mi oficina, pero le concedo el beneficio de la duda pensando que son el shock y el dolor que todos sentimos los que guían sus actos.

—Pase, señor Everett —digo, indicándole la silla situada frente al escritorio.

Nos estrechamos la mano y él toma asiento.

—¿En qué puedo ayudarle? —pregunto.

Él tuerce la boca hacia abajo, con la cara crispada.

—He querido venir a ver cómo estabas. Por si puedo ayudarte de algún modo. La muerte de Ben ha sido un golpe tremendo para nuestra familia y me imagino que también para ti.

Asiento, tragando saliva con dificultad. A mí no se me da bien hablar de mis sentimientos con nadie, y menos con un hombre al que apenas conozco.

—Para nosotros también ha sido demoledor. Todos teníamos a Ben en un pedestal. El hecho de que todo el mundo haya venido a primera hora y se haya puesto a trabajar para que sus clientes sean debidamente atendidos demuestra hasta qué punto le querían.

Me dirige una sonrisa apenada.

—Eso está bien. Me alegra saberlo. Conozco el efecto que pueden tener en una empresa los momentos difíciles como este, especialmente teniendo en cuenta que Ben era el capitán del barco,

por así decirlo. Es muy fácil que las cosas se desmoronen cuando no hay un líder fuerte capaz de cubrir ese vacío.

Aunque entiendo lo que pretende decir, no deja de irritarme su manera de expresarlo. Ben puede haber sido el fundador de esta empresa, pero yo llevo mucho más que mi propia carga de trabajo y he contribuido tanto como él al éxito del bufete.

No respondo a su pulla, sobre todo porque no se me ocurre nada que no me hiciera quedar como un cretino.

—¿Quiere tomar algo? ¿Café?

—Sí. Café está bien. Solo.

—Mi secretaria está ocupada ayudando en la oficina de Ben. Deme un segundo para ir a buscarlo.

Podría enviarle un mensaje a Lila para que ella le traiga una taza, pero decido traérsela yo mismo; así tendré unos minutos para afrontar esta visita con la actitud adecuada.

A un hombre como Randall Everett no puedes tratarlo a la ligera.

Aunque los Everett no vivan en Baton Rouge, la mayoría de la gente de aquí ha oído hablar de ellos. Durante años han circulado a media voz rumores sobre ellos. Extrañas tragedias sin resolver, antiguos empleados resentidos que desaparecen oportunamente cuando empiezan a armar demasiado alboroto y una fortuna que no ha crecido por medios legales. Todos los chismorreos importantes están relacionados de un modo u otro con los Everett.

Randall posee prácticamente toda la ciudad de Corbeau y sus alrededores, que quedan al sur de aquí, y su hijo, Silas, ha sido educado para tomar las riendas cuando llegue la hora. El grueso de sus ingresos procede de los interminables campos de caña de azúcar que rodean esa pequeña población y se extienden por todo el

municipio, y de las bolsas de gas natural que hay en el subsuelo de esos campos. El rumor que circula sobre cómo consiguió esas tierras la familia Everett en su día es una historia mucho más interesante.

Dicen que Otto Everett, el bisabuelo de Randall, ganó una pequeña granja en Corbeau durante una partida de póquer en Nueva Orleans cuando tenía poco más de veinte años. Así pues, hizo las maletas y decidió probar la vida de un hacendado. El trabajo era duro, sin embargo, y él no tardó en buscar otras formas de rentabilizar su nueva propiedad. Justo entonces entró en vigor la ley seca y Otto Everett tuvo una idea.

Hizo un trato con unos fabricantes de alcohol ilegal y, usando las vías fluviales y las líneas de ferrocarril por las que normalmente transportaba su reducida cosecha al mercado azucarero, acaparó el negocio del contrabando de licor.

A medida que creció su fortuna, fue comprando una parcela de tierra tras otra, sin preocuparse mucho de si el propietario quería vender o no. El viejo Everett colocó a sus familiares y amigos en los puestos importantes de la pequeña ciudad y se aseguró de ser él quien manejara realmente las cosas. Los agentes de la ley miraban para otro lado. Los banqueros le ayudaban a ocultar el dinero. Cuando el alcohol volvió a ser legal, el negocio cambió, pero no su dominio sobre la ciudad.

Cien años después, un Everett sigue mandando en Corbeau. Y son tan ricos como corruptos.

Yo llevaba trabajando con Ben casi un año cuando descubrí que Camille era hija de Randall. Ella nunca habla de su familia y se apresura a restar importancia a cualquier comentario cuando lo hace otra persona.

Vuelvo a mi despacho con una taza de café en cada mano y pongo una sobre el escritorio delante de Randall.

Él da un sorbo y luego se arrellana en la silla como si no tuviera ninguna prisa. El silencio debería resultar incómodo, pero ambos parecemos satisfechos permaneciendo así, observándonos. Finalmente, él toma la palabra.

—Ben me dijo, cuando te contrató en el bufete, que ambos ibais a designaros mutuamente albaceas en vuestros respectivos testamentos. ¿Todavía sigue siendo así?

Asiento.

—En efecto.

Randall se encoge de hombros.

—No sabía si él había cambiado ese acuerdo después de que decidiera pedirte que abandonaras el bufete.

Un golpe directo.

Y, una vez más, llego a la conclusión de que no hay un modo educado de responder.

Pero él no ha terminado.

—¿Te parece correcto seguir desempeñando ese papel, así como asumir sus casos como si fueran tuyos?

Es una agresiva serie de preguntas para la que no estaba preparado.

—Estoy convencido de que usted comprende mi posición —digo—. Ben me entregó un borrador para la disolución de nuestra sociedad, pero la cosa estaba lejos de estar ratificada. De hecho, yo creía que cabía la posibilidad de que encontráramos un modo de seguir trabajando juntos. En cuanto a lo demás, yo soy el albacea designado, así como el único miembro superviviente de nuestro

bufete, de modo que estoy legalmente obligado a gestionar tanto su patrimonio como los clientes representados por Bayliss and Landry.

Nos quedamos mirando otra vez un buen rato.

—Parece que la muerte de Ben, antes de que pudiera apartarte de esas responsabilidades, te ha resultado muy beneficiosa. ¿Alguien te ha preguntado dónde estabas el sábado por la noche?

Necesito todas mis energías para adoptar la misma actitud fría y calmada de Randall, porque me niego a darle el gusto de que compruebe hasta qué punto me han cabreado sus comentarios.

—Si piensa propagar insinuaciones, le sugiero que esté preparado para que yo tome medidas en defensa de mi nombre y mi reputación. Lo que está sugiriendo es repugnante.

Randall sonríe con suficiencia.

—Según el acuerdo original de la sociedad que firmasteis, Camille tiene derecho a recibir un porcentaje de los ingresos del bufete durante los próximos diez años. Entre eso y la gestión del patrimonio, tienes en tus manos su bienestar financiero en todos los aspectos. Ben creía tener motivos para apartarte de la empresa, pero su muerte le ha impedido llevarlo a cabo. Si me parece que no te tomas en serio lo que es mejor para los intereses de mi hija en cualquiera de las responsabilidades que estás asumiendo, me encargaré de que se encuentre un sustituto adecuado.

Me quedo en mi silla, totalmente anonadado, mientras Randall Everett sale de mi oficina. Al cabo de unos segundos, me vibra el móvil en el bolsillo.

Es un mensaje de Camille.

Mamá acaba de decirme que papá ha ido a verte. No tengo ni idea del motivo, pero estoy segura de que se comportará como un gilipollas. Me

disculpo por anticipado.

Leo su mensaje y dejo el teléfono sobre el escritorio. Camille siempre ha dado a entender que ellos no se veían mucho con su familia, pero está claro que su padre mantenía un estrecho contacto con Ben. Solo así se explica que estuviera tan al día de los intríngulis del bufete.

Por mucho que lo intento, no consigo concentrarme en los documentos que tengo delante. El insolente comentario de Randall Everett sobre mi paradero el sábado por la noche me ha puesto nervioso. Sullivan no me preguntó dónde estaba cuando Ben fue asesinado, pero sin duda lo hará.

Y mientras que Camille pudo mostrar un nítido rastro digital del tiempo que pasó en Saint Francisville, yo no tengo nada tan irrefutable.

Después de dejar a Ben, me fui a casa. Me puse ropa vieja, manchada de aceite y grasa, y me pasé el resto del día bajo el capó del Pontiac GTO de 1970 que he estado restaurando. Y aunque para mí es normal pasarme horas en mi garaje, no hay una sola persona que pueda verificar dónde me encontraba o qué estaba haciendo.

En cuestión de coartadas, la mía es extremadamente endeble.

Cuando se sepa que Ben quería echarme, solo harán falta unos comentarios deslizados en los oídos adecuados para catapultarme al primer puesto en la lista de sospechosos. Sobre todo teniendo en cuenta que me estoy beneficiando financieramente de su muerte.

Si Randall Everett quiere que todo el mundo crea que yo he matado a Ben, eso es exactamente lo que sucederá.

12

Aubrey

LA COARTADA

Sábado, 10 de octubre

Tengo que matar un poco el tiempo, así que voy a hacer lo que Camille me pidió mientras espero. Saint Francisville es muy pequeño y solo debo conducir un kilómetro para encontrarme frente a una de las muchas boutiques que hay aquí.

Tardo un rato en encontrar un hueco para aparcar, y las aceras están repletas de turistas y compradores que están disfrutando de este espectacular día de otoño. La tienda que escojo tiene de todo, desde ropa hasta vajillas y objetos de arte. Me doy una vuelta tratando de decidir qué voy a comprar. Espero que el pasmo que me lleve al ver el precio no se me note demasiado.

Camille y yo tuvimos una extraña conversación sobre cómo sería hacer compras en una tienda como esta. Yo no le hice mucho caso entonces, pero ahora entiendo de lo que pretendía advertirme. Me dijo que quizá me sentiría incómoda en algunas de estas tiendas. Desplazada. Y tiene razón. Dijo que eso se notaría en mi manera de

tocar las cosas, porque estaría más asustada pensando que iba a romper algo que excitada ante la posibilidad de comprarlo. Y también en esto acertaba.

Por eso decidió que yo debía tener su aspecto físico, porque pensó que era muy probable que me pidieran el documento de identidad si veían mi expresión culpable al utilizar su tarjeta de crédito. Lo último que nos hace falta a las dos es que me detengan por robo.

Yo estuve de acuerdo en que podía suceder tal cosa, pero accedí al disfraz por un motivo más personal. Si Ben se entera de algún modo de lo que estamos haciendo, no quiero ponérselo fácil para que se vuelva contra mí por el papel que he jugado. Y si recurre a las cámaras de seguridad de una de estas tiendas para comprobar quién estaba usando la tarjeta de crédito de Camille, probablemente no podrá identificarme.

Los dependientes de estos establecimientos de lujo captan el lenguaje corporal en un segundo, así que procuro relajarme y actuar como si fuese de lo más normal que un sencillo cuenco blanco cueste 475 dólares.

Me decido al fin por un pequeño jarrón de cristal porque es algo que a mi madre le habría encantado. Ni siquiera miro la etiqueta antes de llevarlo al mostrador. Mi actuación debe haber sido bastante buena porque la dependienta no me pide una confirmación de mi identidad.

Con el jarrón bien envuelto, subo al coche y regreso a la tienda de piensos. Por suerte, está libre la misma plaza de aparcamiento.

¿Estará Ben siguiendo ahora mismo mis pasos y preguntándose por qué ha vuelto Camille aquí? Ni idea. ¿Me importa que ella vaya a tener que darle una explicación si él la interroga? No, para nada.

Al cabo de unos minutos, veo que Deacon entra en el aparcamiento con su todoterreno negro y va recorriendo de punta a punta cada hilera. Al ver el coche de Camille, ocupa un hueco situado cuatro plazas más allá de donde he aparcado. Yo ya estoy junto a su coche cuando él se baja. Tiene los ojos ocultos tras unas gafas de sol. Me pregunto cómo puede conducir con esas gafas y los cristales tintados del todoterreno.

Serenity se baja de un salto por el lado del copiloto, rodea el morro del coche y arruga la nariz tras echarme un buen vistazo.

—Esa peluca es horrenda.

Yo pongo los ojos en blanco.

—Creía haberte pedido que te pusieras algo sencillo.

Serenity va con unos vaqueros acampanados y un top blanco de ganchillo que no cubre mucho más que su sujetador, y lleva un anillo en cada dedo y varios collares de distinto tamaño. Se ha recogido la melena rubia en dos gruesas trenzas que le cuelgan sobre los hombros. Aunque tiene algo más de cuarenta años, podría pasar perfectamente por una chica de treinta.

—Esto es lo más sencillo que tengo.

—Bueno, supongo que está bien para lo que has de hacer. —Les indico a los dos que vengan al coche de Camille y le abro a Serenity la puerta del conductor—. Entra y vamos a repasarlo todo.

Ella se sube y desliza las manos por el volante.

—Guau, podría pasármelo bomba con este coche —dice, antes de cerrar la puerta y bajar el cristal de la ventanilla.

Deacon y yo nos acercamos.

—Hoy no —dice él—. Hoy vamos a atenernos al plan en todos los aspectos.

—Haz el favor, Serenity. Bastante nerviosa estoy para tener que preocuparme de que vayas a actuar por tu cuenta.

Ella saca la mano por la ventanilla y me acaricia la mejilla.

—Cariño, hoy estamos todos a tu disposición, ya lo sabes. No vamos a hacer nada que ponga en peligro lo que tienes entre manos.

Sonrío y le aprieto el brazo.

—Gracias. —Saco de mi bolsillo trasero el móvil de Camille. Hay una notificación de que Ben le ha enviado un mensaje hace un rato, pero, debido a los ajustes de privacidad, no puedo leerlo.

Le doy el móvil a Serenity.

—Cuando te bajes del coche, métetelo en el bolsillo y no hagas caso de las notificaciones. Está bloqueado, así que solo debes llevarlo encima, vayas a donde vayas. Si llama alguien, sobre todo Ben, deja que suene. Camille dice que él siempre envía un mensaje cuando no le contesta, y que ella ya se ocupará de responder desde su iPad.

Serenity asiente y pone el móvil en el portavasos.

—Solo para que quede claro: yo voy a ese pequeño parque cerca del centro y simplemente me paseo por allí, ¿cierto?

—Sí. Camille quería que comprase algunas cosas, pero no vamos a hacer eso. No quiero correr el riesgo de que alguien empiece a hacer preguntas sobre su tarjeta de crédito.

Incluso con la peluca, yo podría pasar a duras penas por Camille si me comparasen con la foto de su permiso de conducir, pero sería imposible que Serenity resistiera ese escrutinio. Ella mide apenas un metro cincuenta, mientras que Camille mide un metro setenta. Además, no se parecen en nada.

—Tú limítate a pasear. Si te aburres, date una vuelta con el coche y echa un vistazo en las tiendas. Solo necesitamos que te muevas. Yo me encargaré de hacer más gastos con su dinero cuando nos volvamos a cambiar.

Camille no es la única que necesita convertirse en un fantasma durante unas horas.

Serenity asiente.

—Entendido.

Deacon y yo nos apartamos; ella sube la ventanilla, sale de la plaza de aparcamiento y nos hace un gesto con la mano mientras se aleja.

—¿Estamos cometiendo un error?

Deacon se echa a reír.

—Toda esta historia, o bien será la mejor idea que hemos tenido en nuestra vida, o bien nos explotará en la cara. En cualquier caso, ahora ya estamos en marcha y no hay vuelta atrás.

Le sigo a su coche y me subo por el lado del pasajero. En cuanto tomamos la autovía, me quito la peluca y el gorro. Bajo la visera para mirarme el pelo y descubro que lo tengo disparado en todas direcciones.

—Uf, vaya. —Me paso un par de minutos tratando de alisarlo.

—Mira a ver si hay un cepillo en la guantera.

Deacon es el compañero de la casa con el que estoy más unida. Su nombre completo es Francis Deacon, cosa que descubrí por una carta que llegó un día con el correo. Cuando yo le tomé el pelo al respecto, él puso los ojos en blanco y dijo: «Mi madre es la única persona que tiene permiso para llamarme Francis». Aunque yo creo que, si Deacon se permitiera una excepción, sería conmigo. Con los

años, he descubierto en él un lado más blando que no creo que mucha gente haya tenido la ocasión de percibir.

—¿Tú crees que Ben se habrá llevado una sorpresa al ver que Eddie se presentaba con el Mustang?

Deacon asiente.

—Apostaría a que sí. Se supone que han de llamarme cuando salgan de allí.

Al día siguiente de que Camille se largara de la Doug's Tavern en plena tormenta, Shane y Eddie nos contaron que Ben los había contratado para arreglar un Mustang antiguo. Yo confiaba en que se tratara solo de una extraña coincidencia, pero Deacon señaló que era mi nombre el que estaba escrito en la servilleta junto con nuestra dirección, no el de Shane o el de Eddie. Y después de hablar con ellos, comprendimos que allí debía haber algo más, aparte del deseo de Ben de restaurar un viejo coche deportivo.

De hecho, cuando este se pasó para ver «cómo iba la cosa», mostró muy poco interés en el coche. En cambio, hizo un montón de preguntas sobre quiénes vivían en nuestra casa. En aquel momento, los chicos pensaron simplemente que estaba fisgoneando, pero la visita de Camille al bar le dio un sentido diferente a todo el asunto.

Aquella mañana decidimos que Eddie y Shane seguirían actuando como si nada con Ben hasta que yo localizara a Camille para mantener otra conversación sobre su marido y Deacon tuviera tiempo de indagar un poco por su cuenta.

—Ella debe de estar alucinando al ver todo eso. —Camille no sabe que Shane y Eddie son mis compañeros. Y como ella no ha mencionado el Mustang ninguna de las veces que hemos hablado

desde aquella primera noche, estoy segura de que Ben le ha ocultado también esa adquisición.

Deacon se ríe.

—Sí, seguro. La verdad es que me voy a llevar una sorpresa si Camille se atiene a su parte del plan y se queda en la buhardilla todo el día. Apuesto a que será ella la que acabe jodiéndolo todo.

Me remuevo en el asiento y flexiono una pierna bajo mi cuerpo para poder volverme hacia él. Para esta parte del día, Camille me ha hecho llevar unos vaqueros de diseño y un vaporoso top de seda que debe costar más que el viejo Honda con el que he venido. Resulta sorprendentemente cómodo.

—¿Cuánto falta para llegar? —Mis nervios parecen empeorar a cada kilómetro que pasa.

—No mucho. Otros diez minutos.

Miro la hora. Van a ser las dos. Todo según lo previsto.

Deacon está arrellanado en su asiento, con una mano en el volante. Me sorprendo mirando esa mano. Y luego mirándolo a él. Realmente es muy guapo. Él me echa un vistazo, alzando una ceja, y yo me giro otra vez hasta mirar hacia delante, un poco avergonzada por el hecho de que me haya pillado observándolo.

—¿Cómo es que estás tan tranquilo? —pregunto.

Por suerte, él vuelve a concentrarse en la carretera.

—Porque no es la primera vez que hago algo que se supone que no debería hacer. —Aunque casi todos en nuestra casa han tenido sus roces con la ley, Deacon está plantado firmemente al otro lado de la legalidad y no se disculpa por ello.

Suelto un profundo suspiro y me arrellano en el asiento.

—Yo estoy muy nerviosa.

—Ya lo sé. Pero estamos todos contigo, y no voy a permitir que esto se tuerza. —Ahora el tono distendido ha desaparecido, y a mí me encantaría creer que la cosa pueda ser tan fácil. Confío en este grupo, en mis amigos, más que en ninguna otra cosa, pero eso no significa que algo no pueda salir rematadamente mal.

—Os agradezco de verdad lo que estáis haciendo todos, porque yo no habría podido conseguir nada de esto por mi cuenta.

Él me mira con expresión preocupada por primera vez en todo el día.

—No, ahora no te voy a tolerar esa actitud. Te lo noto en la voz. Estás pensando que ya la hemos cagado de algún modo. Y si de verdad lo estás pensando, será precisamente eso lo que ocurrirá.

—Vale, tienes razón. Acabamos de empezar.

Deacon reduce la velocidad y pone el intermitente.

—Ya casi estamos.

Levanto la vista y veo el cartel.

PENITENCIARÍA DEL ESTADO DE LUISIANA

Ha llegado la hora de hablar con Paul Granger, el hombre que fue condenado por matar a mis padres.

13

Camille

ANTES DE LA COARTADA

Sábado, 12 de septiembre

Camille, ¿seguro que estás bien? —me pregunta Ben por tercera vez esta noche.

Asiento con una sonrisa y procuro relajarme, aunque he estado en tensión desde mi conversación con Aubrey Price de hace unos días en aquel bar. Casi esperaba que se presentara en nuestra casa y exigiera hablar con Ben, pero por ahora no se ha puesto en contacto con él…, que yo sepa.

Me da la sensación de que Aubrey es una bomba de relojería a punto de explotar.

La culpa es mía, de todos modos. La hipótesis más sencilla era que Ben tuviera una aventura. Cuando encontré aquella servilleta, no contemplé ninguna otra posibilidad. Fue un error por mi parte presentarme en el bar, convencida de que sabía lo que estaba pasando.

Ben me pasa el brazo por la cintura y me atrae hacia sí mientras nos abrimos paso en el salón abarrotado. Mi vestido de gasa de color limón combina con todos los demás matices del amarillo que llevan las mujeres en esta gala de recaudación de fondos para la Fundación Tarver Braddock. De todos los eventos de beneficencia a los que Ben me arrastra, este es el único que realmente tengo ganas de apoyar. Su principal objetivo es hacer felices a personas desconocidas mediante buenas obras de todo tipo, en memoria del joven cuyo nombre lleva la fundación, que falleció en un incendio no provocado hace unos cuantos años. En los vídeos que cuelgan en las redes sociales, la inocente alegría que provocan cuando sorprenden a un niño con una beca o pagan las compras de una persona desprevenida justo antes de unas vacaciones resulta contagiosa.

—¡Camille! ¡Ben!

Ambos nos volvemos. Son nuestros amigos Phoebe y Wesley Heights. Phoebe se acerca y me abraza mientras Ben y Wesley se dan la mano.

—¡Estás impresionante! —me dice Phoebe al separarse.

—¡Tú también! ¡Me encanta este vestido!

Phoebe se cuelga de mi brazo y me susurra al oído:

—Sálvame de mi mesa. Son todos amigos del trabajo de Wesley, y al parecer dos de las esposas se odian. ¡Es tremendamente incómodo!

—¡No creo que la nuestra sea mucho mejor! Le dije a Riley que se sentara con nosotros, prometiéndole que le presentaría a Hank. ¡Y ya sabes cómo le gusta a él que lo meta en esa clase de encerronas!

Ella se echa a reír, porque Hank me ha dejado bien claro que no le gustan en absoluto.

Phoebe me cae bien. No la conozco desde hace mucho tiempo, pero cada vez que nos vemos pasamos un buen rato.

Con los años, me he ido alejando de mis amigas de la secundaria y la universidad. Mi círculo íntimo está compuesto ahora por mujeres a las que conozco porque sus maridos son amigos de Ben. Esto se debe en parte a que él es mucho más sociable que yo y siempre está organizando planes para los dos. Pero también se explica, por otra parte, porque a Ben no le gustaban demasiado mis antiguas amigas y ellas tampoco estaban encantadas con él, así que parecía más sencillo no obligarlos a frecuentarse mutuamente.

Charlamos unos minutos y luego Wesley se la lleva para presentarle a otra pareja.

Ben vuelve a estar a mi lado y me guía hacia nuestra mesa, pero se detiene de repente en mitad del salón.

—Hemos de hablar con tu familia, así que adelantémonos y terminemos con ello de una vez. —Me arrastra en otra dirección y vamos a donde están sentados mis padres con mi hermano, Silas, y mi cuñada, Margaret.

Ben se pone su máscara a la perfección mientras nos aproximamos a la mesa. Mis sentimientos son un poco más difíciles de ocultar. Ben se pasará la noche tratando de impresionar a mi padre, mientras que papá lanzará dardos certeros en mi dirección, desdeñando mis actividades en las redes como una pérdida de tiempo y exigiendo que los hagamos abuelos de una vez.

Ocupo la silla vacía junto a Margaret, dejándole a Ben la que está más cerca de mis padres.

—Ah, me encanta cómo te sienta ese color. El amarillo puede ser muy difícil de llevar. ¿Has visto el vestido monstruoso de la señora

Weston? Parece una mazorca de maíz.

—Aún no me la he tropezado —digo, riendo.

Margaret es rubia y delgada, y tiene un bronceado natural. El triple combo de la belleza sureña. Y su actitud ante la vida no ha cambiado desde la secundaria. Constantemente está haciéndose cosas para mejorar su belleza natural, aunque la mayoría de la gente daría cualquier cosa por estar la mitad de guapa que ella sin todas esas mejoras. Mientras da otro sorbo de vino, me hace un informe detallado de lo que llevan las demás mujeres. Por su forma de reírse, deduzco que va al menos por la tercera copa. A Margaret le gusta pasárselo bien, y es probable que esta noche salga de aquí dando tumbos.

Silas se echa hacia delante y señala a papá con la cabeza, que está enfrascado en una conversación con Ben en el otro lado de la mesa.

—Te aviso. Papá va a insistir en que vengas a casa para una cosa relacionada con la iglesia. Es de lo único que ha estado hablando mientras veníamos para aquí. —Silas es más joven que yo, pero, con esa piel extremadamente bronceada de tanto trabajar en la granja, sería fácil que lo confundieran con mi hermano mayor.

—Vale. Gracias por la advertencia.

Solo unos minutos después, papá deja de centrar su atención en Ben para dirigirse a mí.

—Camille, tu madre quiere saber si vas a venir al festival de otoño de la iglesia dentro de unas semanas.

Mi madre está sentada a su lado hablando con una señora mayor que me suena de nuestra ciudad natal. Ella me mandó un mensaje sobre eso hace un par de semanas y no ha vuelto a decirme nada

más. Papá solo quiere que asista porque siente que él no queda bien si yo no estoy presente.

Y seguramente es así, la verdad, porque él es la razón principal de que yo no vaya a estar allí.

—Ya hablaré con ella luego.

Papá me lanza una mirada, pero no dice nada más. Por suerte, Ben lo distrae preguntándole por las próximas elecciones.

Me vuelvo de nuevo hacia Margaret y Silas. Ahora hablan en voz baja con la cabeza gacha, pero su lenguaje corporal me dice que están discutiendo, cosa que no es inusual. Silas nunca lo reconocería, pero creo que es tan infeliz en su matrimonio como lo soy yo. Aunque he conseguido mantener una saludable distancia con mis padres, nosotros dos seguimos muy unidos. Quizá no nos veamos a menudo, pero él me llama regularmente para ver cómo estoy y salimos a almorzar siempre que viene a Baton Rouge. Mi hermano me preocupa, de todas formas. Yo esperaba que saldría de Corbeau y no se vería obligado a trabajar con papá, pero cada año parece más y más involucrado en los negocios de la familia.

No es un secreto que papá es un personaje muy turbio y que se sale siempre con la suya pese a que no debería ser así. Tiene a sueldo a la policía de Corbeau, y al alcalde en el bolsillo. Y Silas está siguiendo sus pasos.

—¡Camille! ¡Qué alegría verte!

Varias amigas de mi madre se acercan a la mesa para saludarla e intercambiar cumplidos con ella, y todas me dicen que llevan mucho tiempo sin verme y me preguntan cuándo voy a ir de visita.

Silas se escabulle para ir a hablar con el juez que se ha presentado para ocupar uno de los escaños vacantes del parlamento

de nuestro estado. Estoy segura de que mi familia está respaldando su campaña, pues nuestro lema es: «¡Nunca tienes demasiados amigos en puestos de poder!».

En cuanto las señoras se retiran, papá se pone de pie.

—Acompáñame a buscar una bebida.

Miro a Ben. Está hablando con Margaret y una de sus amigas, a la que reconozco de la boda de mi cuñada. Era una de las damas de honor.

—Sí, claro.

La cola es bastante larga, a pesar de que hay muchos camareros detrás de la barra. Yo ya estoy lamentando esta situación.

—Tu madre está dolida porque no vienes a vernos más a menudo.

Uf. Ahí está, el chantaje emocional. Yo estoy preparada para no dejarme acorralar por él, sobre todo después de la advertencia de Silas.

—Veo a mamá cuando viene a Baton Rouge a la peluquería o a reunirse con el Garden Club.

—Eso no es lo mismo que venir de visita. Ya no recuerdo la última vez que estuviste en casa. Y ya sabes que ella está deseando tener nietos.

Ni hablar. No voy a discutir de esto con él.

—Entonces quizá debería hablar con Margaret. Mamá verá a los hijos de Silas mucho más a menudo de lo que vería a los míos, ya que viven prácticamente en la puerta de al lado.

Antes de que papá pueda decir nada más, decido interrogarle yo. Así quizá consiga unas cuantas respuestas por mi cuenta.

—Oye, ¿recuerdas a aquel tipo de Corbeau que fue detenido por un atropello con fuga y acabó en la cárcel?

Él se inclina hacia mí.

—¿Quién?

La música suena muy fuerte y papá empieza a estar duro de oído, así que me acerco un poco más y le repito la pregunta.

Papá me mira desconcertado.

—¿Qué tipo?

Me cuesta resistir la tentación de poner los ojos en blanco. Aunque aquello sucedió hace una década, el tipo en cuestión ha sido la única persona de nuestra ciudad, que yo sepa, que ha acabado en prisión. Después de que ocurriera, fue de lo único de lo que habló todo el mundo durante meses.

—El tipo que mató a aquella pareja con su coche y se dio a la fuga. Paul Granger.

Su frente se arruga mientras asimila la pregunta.

—Paul Granger. ¿Por qué demonios me preguntas por él?

Obviamente, no voy a explicarle cuál es el motivo real.

—Lo había olvidado por completo hasta que alguien mencionó su nombre.

—¿Y por qué iba a hablar nadie de ese miserable? —Lo dice levantando la voz lo suficiente como para que la gente que tenemos delante se vuelva y le lance una mirada.

Encojo un hombro.

—Alguien comentó que está intentando que se reabra el caso y me despertó la curiosidad. Yo estaba fuera del país cuando sucedió aquello, así que no estuve tan informada entonces como el resto de la gente.

Estoy exagerando un poco. No me ha costado mucho encontrar un puñado de posts que la madre de Paul ha colgado en las redes

sociales durante los últimos meses, diciendo que él fue falsamente acusado aquel verano de hace una década y que «la verdad que se ocultó entonces saldrá a la luz». Que Paul pronto estará libre. Lo decía tan convencida que daba la impresión de que su liberación podría ser inminente.

—Yo diría que tienes cosas más productivas que hacer que cotillear. ¿Aún sigues sacando fotos de hamburguesas con queso?

Y ahí está la pulla.

—¿Randall? —El hombre que está detrás de papá le da unos golpecitos en el hombro y ambos nos volvemos.

—¡Gus! ¡Marie! —exclama papá, y me presenta a la pareja, a pesar de que la conozco desde hace años. Y así, sin más, se termina la conversación sobre Paul.

Cuando Aubrey pronunció el nombre de Paul Granger, a mí me recorrió un escalofrío, y desde entonces he estado buscando toda la información que he podido.

Aubrey tenía razón cuando dijo que a mí me sonaba el nombre de Paul Granger.

Paul nació y se crio en mi ciudad natal y me llevaba bastantes años. Cuando yo estaba en la universidad, él era un camello de treinta años que seguía relacionándose con chicos de secundaria. El tipo de camello que solo puede ser un pez gordo en un estanque muy pequeño, donde las opciones son muy limitadas. El tipo de camello que hay en cualquier población pequeña.

Hace diez años, Paul Granger conducía su camioneta borracho y colocado. Se saltó una señal de stop y embistió de lado a otro coche. Mató a sus dos ocupantes.

Seguí el consejo de Aubrey e indagué un poco para ver cómo estaba ella relacionada con Paul.

Las personas que Paul mató aquella noche eran los padres de Aubrey Price. Es algo en lo que no dejo de pensar ahora.

Papá y yo conseguimos por fin nuestras bebidas y volvemos a la mesa. Mamá se ha ido a la de al lado para hablar con el grupo de mujeres que hay allí, mientras que Silas y Margaret están en el otro extremo del salón. Ben sigue ahí esperándome y se levanta cuando nos acercamos.

—¿Nos vamos a nuestra mesa? Pronto servirán la cena.

—Claro.

Ben le estrecha la mano a papá, diciéndole que los veremos más tarde. Yo me alejo casi sin decirle nada más.

Mi amiga Riley me alcanza justo antes de llegar a nuestra mesa.

—Pensaba que no ibais a llegar nunca. ¿Hank sabe que estoy sentada con vosotros?

Ben suelta un bufido cuando yo respondo:

—¡Sí! ¡Está ansioso por conocerte!

«Ansioso» quizá sea exagerar un poquito. Al llegar a la mesa, me detengo junto a él, que ya está sentado.

—Ey, Hank. ¡Esta es la amiga de la que te hablé! Riley Murphy.

Él se levanta, lanzándome una mirada; luego pone una sonrisa postiza y se vuelve hacia ella.

—Hola, Riley. Encantado de conocerte.

Ella le dedica una sonrisa radiante y ocupa la silla que hay a su lado. Yo casi puedo oír cómo gruñe Hank por dentro.

Ben y yo nos sentamos frente a ellos justo cuando las luces se atenúan. Empieza una presentación en vídeo que muestra todas las

cosas increíbles que ha logrado este año la fundación.

Observo cómo mira Ben la pantalla y trato de ordenar mis pensamientos embarullados. Me da la sensación de que mi mente no ha parado de girar a toda velocidad desde hace días.

Después de encontrar aquella servilleta con el nombre de Aubrey, revisé el historial del navegador del Range Rover de Ben y descubrí que no solo había estado en el bar donde ella trabaja, sino también en su casa, de manera que la infidelidad parecía la única explicación lógica.

La reacción de Aubrey ante esa acusación me dejó claro que había sacado una conclusión equivocada, pero eso no cambiaba el hecho de que Ben estaba vigilándola. Y ahora, gracias a mí, Aubrey sospecha que Paul Granger y la conexión que ella tiene con su caso podría explicar la razón.

Ben debe notar mi mirada porque se inclina hacia mí.

—¿Qué te pasa? —me pregunta, disgustado—. Has estado enfurruñada toda la noche.

Enfurruñada.

—Nada. Estoy bien.

Él mira para otro lado y yo cierro los ojos, deseando saber lo que debería hacer.

Deseando ser lo bastante valiente para mantener una conversación sincera con él.

Pero la verdad es que me asusta decirle a dónde me llevan mis pensamientos. Explicarle cómo unos hechos de hace diez años están colisionando con otros recientes y llevándome a un lugar muy oscuro.

Me asusta lo que Ben haría si mis sospechas fueran ciertas, porque él tiene mucho que perder en tal caso. Y el golpe financiero, suponiendo que yo pueda activar esa cláusula del contrato prenupcial, no sería la única amenaza a la que debería enfrentarse.

Después de que Aubrey mencionara a Paul Granger y de que yo descubriera que aquel accidente la había dejado huérfana, mi mente empezó a establecer conexiones que antes nunca había considerado.

Hace diez años, en el verano del accidente, Ben y yo acabábamos de terminar nuestro segundo año en la universidad. Él tuvo que volver a Corbeau para trabajar, pero yo estaba estudiando en España. En una ciudad tan pequeña como Corbeau hay pocas distracciones para los jóvenes, así que es inevitable que la gente acabe frecuentando sitios como la casa de Paul Granger; de ahí que papá se asegurase siempre de que Silas y yo estuviéramos fuera durante los turbulentos meses estivales.

Recuerdo haberle preguntado a Ben qué había sucedido cuando volví y me enteré de la noticia. Él se negó en redondo a hablar de ello. Era un tema delicado porque Ben también iba a aquella casa en ocasiones y todo el mundo estaba entonces tratando de marcar distancias respecto a Paul.

Fue en ese mismo verano cuando las cosas cambiaron entre Ben y yo. Antes estábamos los dos unidos en nuestra frustración por el modo que tenía papá de intentar dirigir mi vida. Hablábamos sin parar de cómo íbamos a distanciarnos de mi padre y del poder que ejercía sobre mí. Nos prometimos que nos fugaríamos juntos, que nos largaríamos de Corbeau y no volveríamos nunca más, con esa cháchara sin sentido que emplean unos chicos de diecinueve años

cuando todo es de boquilla y ninguno de los dos tiene dinero para realizar tales deseos.

Pero las cosas habían cambiado cuando volví a casa al final de aquel verano. Mi padre y Ben estaban diferentes, no solo en su relación, sino en el concepto que tenían el uno del otro. Ben había desarrollado una nueva y vomitiva admiración hacia mi padre que antes no existía. Ese cambio en la dinámica entre ambos me tuvo perpleja durante años.

Y entonces Aubrey Price pronunció el nombre de Paul Granger y las cosas empezaron a encajar.

Paul siempre mantuvo que no era él quien conducía su camioneta aquella noche. En aquel momento, lanzó una docena de nombres de personas que habían estado esa noche de fiesta en su casa. La mitad de la gente con la que yo había ido a secundaria fue interrogada, puesto que la mayoría pasó el verano en la ciudad. Igual que Ben.

Yo conozco lo bastante bien a Ben para saber que él jamás asumiría el caso de Paul, sea cual sea esa verdad críptica a la que aludía la madre de este en los mensajes que ha colgado.

Pero entonces ¿por qué está investigando a Aubrey Price? ¿Acaso ella sabe algo que ayudaría a Paul a que su condena fuera revocada? Para Aubrey sería tan importante como para Paul que el verdadero autor de los hechos estuviera entre rejas.

Si Ben no está contribuyendo a que la verdad salga a la luz, ¿quiere decir que está intentando que eso no suceda?

El vídeo concluye y las luces vuelven a encenderse, sacándome de mis pensamientos.

Ben se inclina hacia mí, ahora sin la irritación de antes.

—¿Sabes qué estaba pensando?

Niego con la cabeza.

—No tengo ni idea de lo que pasa por esa cabeza.

Él se ríe y, echándose hacia delante, entrelaza sus dedos con los míos. Me revienta que mi primer pensamiento sea que ese gesto de afecto es puramente para la galería.

—Ya sé que no tienes ningunas ganas de ir a casa de tus padres para asistir a ese festival religioso, pero ambos sabemos que tu padre no va a dejarlo correr. Yo tengo que estar en Nueva Orleans con Hank ese fin de semana para un seminario de formación continua, pero ¿qué te parece si te reservo esos días fuera, en algún sitio cerca de Corbeau? Quizá en Saint Francisville. Siempre tienen cosas geniales allí. Así puedes conseguir contenidos para tu cuenta y estar lo bastante cerca como para complacer a tu padre, pero sin necesidad de quedarte con ellos.

No es la primera vez que hace algo así. Organizarme planes cuando él está ocupado. Pero, por alguna razón, esta vez parece diferente. Mi primer impulso es acceder, pero luego decido abordarlo de otro modo.

—No sé. A lo mejor me quedo en casa. Tengo algunas cosas pendientes que hacer.

Ben sonríe, pero la sonrisa no le llega a los ojos. Él puede engañar a mucha gente con su encanto y su actitud distendida, pero yo lo conozco desde hace mucho tiempo y me resulta fácil detectar ciertos signos que se le escapan a la mayoría.

—Ya sé lo que pasará si te quedas en casa. Te acabarás aburriendo y luego te enfadarás conmigo por no estar allí. Además, tu padre no va a darse por vencido. Insistirá para que vayas a

Corbeau. Yo puedo reservarte una habitación en el hotel Saint Francisville. Lo bastante cerca de tus padres, pero en realidad a mucha distancia de ellos.

Una solución perfectamente diseñada para un problema del que me acabo de enterar. Tengo la sensación de que ese nudo en mi estómago se ha doblado de tamaño. No entiendo el motivo, pero es evidente que él no quiere que esté en casa ese fin de semana.

¿Será algo relacionado con esa servilleta con el nombre de Aubrey Price que había en su maletín? ¿O se trata de otra cosa?

En todo caso, sé que se trae algo entre manos.

Y ahora me recorre otra sensación. Un diminuto destello de esperanza. Si puedo conseguir una prueba de lo que está tramando, quizá pueda encontrar una salida.

14

Hank

DESPUÉS DE LA COARTADA

Lunes, 12 de octubre

Lila llama con los nudillos a la puerta abierta de mi despacho.

—Un tal detective Sullivan quiere hablar con usted.

Me restriego la cara con las manos. Tengo los ojos cansados y, desde que Randall Everett se ha presentado aquí esta mañana, me está entrando un dolor de cabeza que temo que pueda noquearme cuando se desate del todo. Echo un vistazo al reloj y suelto un gemido. Este ha sido el día más largo de mi vida, y solo son las cuatro.

—De acuerdo. Hágalo pasar.

Ella asiente y añade:

—Ha venido un guardia de seguridad. Está aparcado ahí delante y hará rondas a pie alrededor del edificio a lo largo de la jornada. Además, hay un botón de pánico en el mostrador de recepción por si viene alguien mientras él está haciendo sus rondas.

—Muy bien. Gracias por arreglarlo tan deprisa.

Al cabo de unos minutos, reaparece con el detective.

Voy a ponerme de pie, pero él me indica con un gesto que no me mueva.

—No hace falta que se levante. Tiene aspecto de estar a punto de desmayarse.

—Gracias, Sully. Obviamente, no he dormido mucho esta noche.

—Lo supongo. —Se sienta frente a mi escritorio—. Ya hemos terminado de registrar la casa de los Bayliss.

—¿Alguna pista que pueda contarme?

Él me mira con gesto consternado.

—Hank, no hace tanto que usted estaba en el mismo lado que yo. Ya sabe que no puedo contar nada ahora mismo.

—Bueno, qué demonios, nunca está de más preguntar. Pensaba que tal vez me daría algún dato en honor a los viejos tiempos.

Él me observa, como debatiendo qué decir.

—Lo que puedo decirle es que estamos investigando todos los indicios y que vamos a ofrecer una recompensa por cualquier información.

Me echo atrás en mi silla. Cuando yo estaba en la oficina del fiscal, esta declaración significaba siempre que no habían encontrado nada sólido en la escena del crimen y que, por tanto, no había un sospechoso claro. Todas las personas relacionadas con Ben serán investigadas a fondo.

Asiento para darle a entender que me hago cargo de su posición y cambio de tema.

—Enviaré a un equipo de limpieza a la casa. —No quiero que Camille tenga que ocuparse del estropicio que habrán dejado los forenses, y menos aún de los restos de sangre de Ben.

Sé que esta visita obedece a otros motivos, puesto que para informarme de que la casa ya está disponible podría haber llamado por teléfono, así que aguardo con paciencia a que él aborde la cuestión.

Finalmente, me dice:

—Voy a tener que interrogar formalmente a la señora Bayliss lo antes posible.

—Por supuesto. Camille y yo estamos deseando hacer todo lo que podamos para colaborar. Ella está en casa de sus padres, a una media hora de aquí. Sé que hoy van a reunirse con el personal de la funeraria, y acabo de enterarme de que mañana se rezará un rosario en la iglesia por el alma de Ben. ¿Podríamos hacerlo al día siguiente? ¿El miércoles?

—Realmente yo esperaba hablar con ella más pronto. —Su expresión me dice que no le gusta nada que quiera postergarlo.

—Entiendo. Pero Camille no está comiendo. Apenas habla. Va a resultar difícil que sobrelleve la planificación del funeral, por no hablar de ese rosario, porque, como puede suponer, todo el mundo se presentará allí y le hará preguntas. Déjeme ayudarla a pasar este trago y luego será toda suya.

Ambos sabemos que puede obligarla a someterse a ese interrogatorio más pronto, pero quiere que esté dispuesta, que pueda hablar con libertad, y no encerrada en un agresivo mutismo. Considerando quién era Ben, Sullivan sabe que ella no es una testigo cualquiera a quien pueda intimidar y hacerle creer que no tiene derechos. Y considerando quién soy yo, sabe perfectamente que, si presiona demasiado, aconsejaré a Camille que no diga casi nada, lo que no contribuirá a su investigación. Poder conectar con ella

resultará sin duda beneficioso. Al fin y al cabo, él sacó ayer en la escena la suficiente información inicial como para que no pueda decir que Camille no ha cooperado. Por mucho que no le guste la idea, Sullivan me va a dejar aplazar la cita un par de días.

Yo necesito un tiempo sin interrupciones con Camille para averiguar todo lo que pueda antes de acompañarla a una reunión con él.

—De acuerdo, el miércoles. Doy por supuesto que ahora va a decirme que ella no puede venir a la comisaría para hablar conmigo.

—Veo que me conoce muy bien, Sully. Aquí estará más relajada.

Aunque un interrogatorio es un procedimiento estándar, los medios se pondrían las botas sacando fotografías de nosotros dos entrando en la comisaría. La cobertura de esta historia en los medios locales ha sido incesante, lo cual no es ninguna sorpresa.

Sullivan saca su cuaderno y su bolígrafo.

—Ya que estoy aquí, ¿tiene unos minutos para que le haga algunas preguntas?

—Por supuesto. —No es de extrañar que desee interrogarme formalmente a mí tanto como desea hacerlo con Camille.

Él saca su grabadora y, tras pulsar el botón, la coloca en el borde del escritorio.

—Detective Sullivan interrogando a Hank Landry, socio de Bayliss and Landry, acerca de los hechos ocurridos durante el fin de semana del nueve al once de octubre. —Me hace un gesto con la cabeza para comprobar que estoy listo y me lanza la primera pregunta—. Ayer, en la escena, usted declaró que regresó con el señor Bayliss de Nueva Orleans más temprano de lo previsto y que ambos llegaron a la casa de este justo después de la una del mediodía del sábado,

diez de octubre, ya que usted había dejado su vehículo aparcado allí, ¿correcto?

Asiento.

—Correcto.

—¿Le dijo el señor Bayliss cuáles eran sus planes para el resto del día? ¿Mencionó si iba a reunirse con alguien?

—No, lo único que dijo era que tenía cosas que hacer. Yo no le di más importancia.

—¿Sabía usted que él iba a recibir un Ford Mustang de 1970 que había enviado a restaurar a un grupo llamado FP Restorations?

Mi primer impulso es mostrar mi sorpresa, pero luego recuerdo el consejo que doy a mis clientes y hago un esfuerzo para mantenerme inmóvil y calmado. Aunque tomo nota mental del nombre de la empresa para después.

Negando con la cabeza, digo:

—No, no lo sabía.

—¿Había algún cliente enojado del que yo deba estar informado? ¿Alguna persona que deseara vengarse porque Ben había logrado que absolvieran al acusado de matar a un familiar de dicha persona?

—Que me venga ahora a la cabeza, no; pero estamos reuniendo todos los expedientes de sus casos y los revisaré en los próximos días. Será a usted a quien llame primero si encuentro algo que capte mi atención.

Sullivan hace unas anotaciones y luego pregunta:

—¿Qué me dice de una amante despechada?

Aunque debería haber previsto esta pregunta, me pilla desprevenido.

—No. En absoluto. Ben no es ese tipo de hombre.

Sullivan me dirige una sonrisita.

—Pero sí es el tipo de hombre que vuelve de un viaje antes de lo previsto y no se lo dice a su esposa.

Este tipo de preguntas pueden apuntar en muchas direcciones, y a mí las insinuaciones no me entusiasman.

—Conozco a Ben y conozco a Camille, y le digo que el suyo es un matrimonio feliz.

Sullivan retrocede unas páginas en su cuaderno, como buscando algo en concreto.

—Aquí está —murmura—. En el despacho de su casa, había sobre el escritorio un paquete de FedEx, uno que el señor Bayliss recibió originalmente aquí, en estas oficinas, el pasado jueves. Él mismo firmó el recibo a la una cincuenta y cinco de la tarde. Lo único que había dentro era una hoja según la cual el contenido del envío era una llave de repuesto de una caja fuerte para armas Defense Force 24. Nosotros no hemos encontrado ni rastro de una caja fuerte de ese tipo en su casa. ¿Se le ocurre por qué habría pedido una llave de repuesto para una caja fuerte que no poseía?

—No, lo lamento. No tengo respuesta para eso.

Finalmente, formula la pregunta que me estaba temiendo.

—¿Usted y Ben tenían problemas? ¿Alguna dificultad en su relación profesional?

No hay ninguna forma fácil de decirlo.

—Ben me comunicó hace poco que quería disolver nuestra sociedad.

La noticia produce el efecto que imaginaba. A juzgar por la reacción de sorpresa de Sullivan, aún no se había enterado de esto,

pero la cosa pintaría todavía peor para mí si se enterara más adelante a través de otro.

—¿Por qué quería disolver la sociedad? Si no recuerdo mal, usted vino a trabajar aquí con él hace… ¿cuánto?, ¿tres años?

—Dos. Su argumentación fue que él creía que quería un socio y luego decidió que no lo quería.

Sullivan ladea la cabeza.

—¿Nada más? ¿Sin una pelea o una discusión que lo precediera?

Meneando la cabeza, respondo:

—No. De hecho, yo me quedé consternado cuando me lo dijo. No sabía que él estaba descontento con nuestro acuerdo actual. —Eso es verdad en gran parte. Ben y yo teníamos algunas discrepancias en lo relativo a la futura orientación del bufete.

—¿Cuál fue su reacción?

Suelto una risita incómoda.

—Bueno, me pilló desprevenido. Y luego me sentí un poco irritado porque fue él quien me convenció para dejar la oficina del fiscal. La verdad es que me presentó un borrador de la propuesta de disolución la semana pasada, así que todavía lo estaba asimilando.

—¿Y aun así se fueron juntos a Nueva Orleans?

—Claro. Como he dicho, yo estaba sorprendido, pero no había un problema entre nosotros. Ninguna razón para no seguir con nuestros planes.

Me echo hacia atrás en la silla para demostrarle a Sullivan que estoy relajado y no inquieto por sus preguntas.

Él toma unas notas y vuelve a mirarme.

—¿Puede hacerme un resumen de lo que hizo desde que se marchó el sábado de la casa del señor Bayliss hasta que la señora

Bayliss le llamó el domingo por la mañana?

—Sí, después de marcharme de allí, me fui a mi casa, que está solo a unos minutos de la suya. Como sabe por mi época en la oficina del fiscal, me he dedicado durante los últimos años a reparar en mi garaje un GTO de 1970, y estoy lejos de haber terminado —digo con una risotada, confiando en aliviar un poco la tensión—. Me pasé el resto del día debajo del capó. Como creía que estaría todo el fin de semana en Nueva Orleans, no había hecho ningún plan para esa noche. Cuando ya había oscurecido, entré en casa, me duché y me fui a la cama. Todavía estaba en casa cuando, a la mañana siguiente, recibí la llamada de Camille.

Sullivan se arrellana en su silla.

—¿Alguien puede corroborar todo esto?

—No.

Se hace un denso silencio que prefiero no descifrar.

Él cierra su cuaderno y apaga la grabadora.

—Le agradezco su tiempo, Hank. Le llamaré si tengo alguna otra pregunta. De lo contrario, nos veremos aquí con la señora Bayliss el miércoles.

No me levanto para acompañarlo. Me quedo repasando toda la conversación para comprobar si he dicho algo que pudiera volverse contra mí.

Aunque tengo una montaña de trabajo delante, la visita de Sullivan me ha dejado preocupado. Gracias a ese documento de disolución de la sociedad y a mi endeble coartada, no sería descabellado que me colgaran a mí el asesinato de Ben.

Me levanto de la silla y voy a la mesa del otro lado de la oficina, que suelo utilizar cuando me apetece relajarme un poco. El maletín

de Ben y los expedientes que tenía en casa siguen donde los dejé anoche.

En condiciones normales, me relajaría y dejaría que la policía hiciera su trabajo, pero me temo que la presión que sufrirán para cerrar el caso cuanto antes podría estallarme en la cara si deciden que yo soy un blanco fácil. Así pues, quizá no me vendría mal indagar un poco por mi cuenta. Ver qué tenía Ben entre manos antes de morir.

Darle a la policía algún sospechoso en el que centrarse.

Tal como apiló Sullivan estas carpetas, la que ahora está encima debía estar en la base del montón que había sobre el escritorio de Ben.

La abro y echo un vistazo a la primera página. Este es el expediente del juicio que iba a empezar el miércoles. Es lógico que hubiera estado repasándolo este fin de semana.

Lo dejo a un lado y paso al siguiente. Tengo que examinar varias páginas para entender de qué va. Debe de ser un caso nuevo porque no me suena. Nosotros tenemos… o teníamos una reunión todos los lunes en la que repasábamos los nuevos casos, así que este era tal vez uno de los que él quería asumir.

Sigo con el resto del montón, revisando cada carpeta.

Y por fin llego a la última. La que está en la base. La que estaba abierta sobre el escritorio de Ben.

Aunque cada uno de nosotros maneja sus propios casos a su manera, ambos seguimos un mismo sistema de trabajo. Y después de revisar los expedientes anteriores, me queda claro de inmediato que este es distinto. No hay una primera página con los datos del cliente, incluyendo la dirección, los números de teléfono, el correo

electrónico, etcétera, que sí figuraba en cambio en todos los demás expedientes.

Este contiene un informe sobre una mujer llamada Aubrey Price, elaborado al parecer por un detective privado, aunque no veo el nombre de la empresa en el encabezado. Hay varias fotografías de esa mujer impresas en las últimas páginas.

Hojeo el informe y me entra una sensación inquietante. Después de la información sobre Aubrey Price, hay un documento sobre un preso llamado Paul Granger, que se encuentra actualmente en la Penitenciaría del Estado de Luisiana.

¿Qué demonios?

¿Por qué tenía esto Ben?

El caso Paul Granger me lo pasaron a mí hace varios meses. Un amigo de la facultad de Derecho es un directivo de uno de esos programas gratuitos creados para que los reclusos de la Penitenciaría del Estado de Luisiana puedan pedir que se revise su caso, bien porque se consideran inocentes, bien porque piensan que la sentencia fue injusta. Yo mencioné mientras tomábamos una copa que me interesaría participar en el programa. Como trabajamos con algunos clientes bastante turbios, no nos haría ningún daño tener un poco de publicidad positiva que compense algunos deslices. Mi amigo me envió varios casos para que los revisara, y el de Paul Granger me pareció que me ofrecía una buena oportunidad para obtener una revocación de la sentencia. La argumentación del fiscal era endeble y el trabajo de la policía, chapucero; por no mencionar que el abogado de oficio no se esforzó demasiado en defender al acusado.

Así pues, fui a la prisión y me reuní con Paul, básicamente para conocerlo y ver qué tipo de cliente podría ser. Salí de allí aún más convencido de que su caso tenía posibilidades. Se lo comenté a Ben en la siguiente reunión semanal, pero él me tumbó la idea. De hecho, se opuso de un modo inflexible a que asumiera el caso. En aquel momento, lo dejé correr porque Ben y Paul procedían de la misma pequeña ciudad y quizá había ciertos factores de política local que quería evitar, pero ahora, al ver aquí este documento y saber que estaba sobre su escritorio el día que lo mataron, noto que se me erizan todos los pelillos de la nuca.

No sé cómo estará conectado Paul con Ben, pero ahora estoy convencido de que su caso requiere un análisis más detenido.

Vuelvo a mi escritorio y empiezo a hacer una nueva lista de tareas, situando los nombres de Paul Granger y Aubrey Price en primer lugar. Luego recuerdo lo que Sullivan ha dicho sobre el Mustang aparcado en el sendero de Ben. Al parecer, se lo entregaron justo después de que yo me marchara, pero Ben en ningún momento me mencionó que había hecho que le restaurasen un coche, pese a que sabía que esa era mi gran pasión.

En el tercer puesto de la lista anoto el nombre de FP Restorations.

Aunque estoy exhausto y debería dar por concluida la jornada, me da la sensación de que esto no puede esperar.

15

Aubrey

ANTES DE LA COARTADA

Martes, 15 de septiembre

Suena un ligero golpe en mi puerta que me sobresalta. Me tranquilizo al darme cuenta de que debe de ser uno de mis compañeros, puesto que ha sonado en la puerta que lleva a la parte interior de la casa.

—Adelante —digo, porque raramente cierro esa puerta con llave.

Deacon asoma la cabeza.

—Eh, ¿te he despertado?

Me incorporo en la cama tapándome con la colcha, porque llevo una camiseta que no oculta gran cosa.

—No, aún estoy despierta. ¿Qué ocurre?

No es infrecuente que Deacon se presente en mi habitación, pero, como casi es medianoche, me da la sensación de que ha pasado algo.

Le señalo el borde de la cama, que es el único sitio donde puede sentarse en mi diminuto cuarto.

—Chris ha investigado a ese abogado, Ben Bayliss. El tipo es de lo más corrupto.

Eso me despierta del todo. Yo me he estado debatiendo sobre lo que debería hacer respecto a Camille Bayliss y lo que me dijo en el bar la semana pasada. Quería presentarme en su casa para exigir una explicación, pero Deacon me aconsejó que esperase. Que le dejara investigar un poco primero. No me cabe duda de que, si Ben Bayliss estuviera metido en asuntos sucios en esta ciudad, el primo de Deacon, Chris, lo sabría.

—¿Qué has averiguado?

—Tiene a un par de jueces en el bolsillo. También a un senador estatal. Según algunos rumores creíbles, intimida y chantajea a testigos para que se retracten de su testimonio contra sus clientes antes del juicio.

—Buf. Entonces ¿crees que su interés en mí está relacionado con Paul? —Paul Granger me ha enviado varias cartas durante los dos últimos meses, diciéndome que está intentando que se reabra su caso porque hay nuevas pruebas que demostrarán que era otro quien conducía la camioneta que mató a mis padres. No sé si eso será cierto, pero la sola idea de que el asesino de mis padres ande suelto por ahí me ha afectado enormemente. Así que cuando Camille me dijo que ese abogado defensor de altos vuelos con el que está casada tenía mis datos personales, lo primero que pensé fue que él se había hecho cargo del caso de Paul.

Deacon asiente.

—Sí. He preguntado por ahí y he encontrado al detective privado con el que trabaja Ben. Un tipo llamado Vic. Es otro pedazo de mierda, muy turbio también. Y, además, tiene una tremenda adicción

al juego. Hasta hace poco, Vic le debía a su corredor de apuestas una suma considerable.

Me quedo desconcertada.

—¿Debía? ¿Acabó pagando?

—Él, no. Nosotros.

Me echo hacia delante.

—Un momento. ¿Eso qué significa?

—Chris asumió la deuda que Vic tenía con el corredor de apuestas, de manera que ahora él debe tratar con nosotros. Y nosotros le hicimos una oferta. Si nos contaba qué se trae Ben entre manos y por qué está interesado en ti, quedaría libre de su deuda.

Esto no es para nada lo que me esperaba.

—¿Por qué ha accedido Chris a hacer algo así?

Deacon se encoge de hombros.

—Chris puede ser un hijo de puta muy duro, pero nosotros somos como una familia. Y yo le dije lo importante que era esto para mí.

Sus palabras descienden sobre mí como un cálido manto. Hace mucho que nadie se preocupaba por mí como para hacerme un favor semejante.

—¿Y el detective accedió? —Esto es increíble. Ahora podemos dejar de especular y conseguir respuestas de verdad.

—Le faltó tiempo para empezar a hablar.

Lo miro boquiabierta.

—Ay, Dios. ¿Qué dijo?

Deacon se inclina hacia mí.

—Paul contactó con uno de esos grupos que ayudan a los presos a apelar las sentencias. Y su caso acabó de algún modo en la mesa del

socio de Ben. Un tipo llamado Hank Landry.

—Entonces ¿el socio de Ben va a asumir el caso?

Él menea la cabeza.

—No. Según Vic, Ben se puso como loco cuando Hank le habló del asunto. Y dejó bien claro que nadie de su bufete iba a asumir ese caso.

Levanto la mano.

—Espera, no te sigo. ¿Por qué le importa a Ben que Paul presente una apelación?

Deacon se encoge de hombros.

—Vic dijo que Ben solo le explica lo que quiere, no por qué lo quiere. Y que lo ha contratado para que descubra cuál es y dónde está esa nueva prueba que Paul dice tener. Según Vic, la quiere encontrar «a cualquier precio».

Retuerzo la colcha entre las manos.

—Deduzco que aún no la ha encontrado.

—No. Pero algo cambió hace un par de semanas. Vic sospecha que Ben ha encontrado algunos datos por su cuenta, pero dice que no se los ha revelado a él. En todo caso, ha prometido que intentará sacarle más información.

Meneando la cabeza, sujeto a Deacon del brazo.

—No, ni hablar. ¿Y si el tipo le cuenta a Ben que sabemos lo que está haciendo y viene a por ti?

Deacon se echa a reír.

—Vic le tiene más miedo a Chris que a Ben. Y más le vale que sea así. Además, la cantidad que le debe a Chris es bastante superior a lo que Ben está pagándole. Los tipos como él solo son leales a la pasta.

Aparto la mano de su brazo y me la paso por el pelo.

—Pero no entiendo qué tengo yo que ver con todo esto.

Sus hombros descienden ligeramente.

—Tampoco saqué una respuesta clara sobre eso. Ben quería información sobre ti, pero no dijo por qué. Probablemente se enteró de que Shane y Eddie vivían aquí y pensó que, si los contrataba para restaurar ese Mustang, tendría acceso a la casa. Pero no sé para qué quería eso. Es otra de las cosas que le he dicho a Vic que averigüe.

Me abrazo la cintura.

—¿Tú qué crees que está pasando? ¿Qué significa todo esto?

Deacon se muerde el labio mientras reflexiona.

—Bueno, es solo una conjetura… Pero, qué demonios, te la voy a explicar. Ben quiere apoderarse «a cualquier precio» de una prueba que demostraría que Paul Granger era inocente. Pero no parece que pretenda utilizarla para ayudar a Paul. Así que la única explicación lógica de su actitud sería que, si esa prueba saliera a la luz, podría utilizarse de algún modo contra él. No lo sé, la verdad, pero la mayoría de la gente que actúa a la desesperada, que es lo que parece en este caso, lo hace porque está aterrorizada o porque tiene algo muy importante que perder.

Es una argumentación muy sólida.

—Me revienta haberte metido en este lío…

Aunque él da muy bien el pego como matón peligroso, yo le he visto un lado que no serviría en absoluto para eso. Deacon no solo se presenta en la Doug's Tavern la mayoría de las noches para llevarme a casa; resulta que me he encontrado cápsulas de detergente para la ropa en mi caja casi vacía que son de la misma marca que él utiliza, y también he descubierto que alguien había

repuesto comida en mi armario en múltiples ocasiones. Incluso ahora, en esta situación, no ha vacilado en ayudarme.

—Ya basta. Tú no me has metido en ningún lío. De hecho, ha sido Ben Bayliss el que nos ha metido a todos en esto. Acosándote a ti, comprando ese Mustang y contratando a Shane y Eddie para restaurarlo.

Me dejo caer sobre el cabecero de la cama sin poder contener las lágrimas.

Yo tenía dieciséis años cuando mataron a mis padres. Todo el mundo pensaba entonces que lo mejor era ahorrarme los detalles. Lo único que me dijeron fue que el canalla que había embestido el coche de mis padres estaba detenido e iba a pasar el resto de su vida en la cárcel. No fue hasta que me gradué de secundaria cuando empecé a indagar sobre lo que había sucedido aquella noche. Busqué los detalles del accidente, pero lo que encontré me dejó con más preguntas que respuestas.

Dos años más tarde, fui a hablar con el detective que llevó el caso, y él tuvo la amabilidad de explicármelo todo. La acusación contra Paul, sin embargo, parecía bastante endeble incluso para una neófita como yo. Volví al cabo de unas semanas armada con un montón de preguntas, pero él no me hizo ningún caso. Me dijo que yo era demasiado joven, que debía confiar en ellos, convencerme de que habían atrapado al tipo que lo hizo y alegrarme de que ya no pudiera hacerle daño a nadie más.

Por esa misma época, mis tíos decidieron que había llegado el momento de que me fuera de su casa. Ellos me habían acogido después de la muerte de mis padres, pero, en cuanto me gradué en

secundaria y cumplí los dieciocho, consideraron que su obligación para conmigo había concluido.

El deseo de llegar al fondo de lo ocurrido en aquella carretera oscura pasó a segundo plano ante la necesidad de sobrevivir. El poco dinero que habían dejado mis padres ya se había agotado. Mis tíos lo utilizaron supuestamente para «criarme», aunque estoy segura de que sirvió también para pagar otras cosas, como el nuevo bote de pesca de mi tío o los tratamientos estéticos a los que de tanto en tanto se sometía mi tía.

Mientras la mayoría de mis amigos entraba en la universidad, yo empecé a trabajar. Bastante duro era encontrar el modo de ganar el dinero suficiente para vivir, así que ni siquiera consideré la posibilidad de seguir estudiando. Y resulta muy fácil adaptarse a una vida rutinaria, sobre todo cuando solo ganas lo justo para seguir adelante.

Y entonces Paul empezó a mandarme cartas y Camille vino al bar.

—¿Tú crees que Ben estuvo implicado con Paul aquella noche y que por eso está esforzándose tanto para conseguir esa prueba?

Deacon se encoge de hombros.

—Es lo que me parece más probable. Hace diez años, él tenía veinte y no mucho que perder. Ahora está en una posición muy distinta.

—Como llegue a encontrarla, suponiendo que esa prueba lo implique de algún modo, la hará desaparecer para siempre. —Me revienta la idea de que alguien que jugó un papel en la muerte de mis padres no vaya a responder al final de sus actos.

Deacon me aprieta el pie a través de la colcha.

—Ey, calma. Nosotros vamos a resolverlo. Vamos a dejar que Vic nos consiga más información y luego idearemos un plan. Aunque es posible que tengamos que ser un poco creativos.

16

Camille

LA COARTADA

Sábado, 10 de octubre

Ben se arrellana en su silla en cuanto empieza a reproducirse el vídeo del lápiz de memoria. Yo solo puedo ver la pantalla del portátil por encima de su hombro derecho. Es Aubrey Price, la mujer que ahora mismo está haciéndose pasar por mí en Saint Francisville.

Fue culpa mía que Aubrey se enterase de que Ben estaba vigilándola, y a mí ya solo me quedaban dos opciones: cruzarme de brazos y dejar que Aubrey le montara un gran escándalo a Ben o prometerle que colaboraría con ella para averiguar la verdad de lo ocurrido aquella noche de hace diez años.

Obviamente, escogí la segunda opción, sobre todo porque la primera no me permitiría avanzar en mi propio objetivo de salir de mi matrimonio con una cierta estabilidad económica.

Y ahora estoy aquí en la buhardilla, espiando a mi marido.

El vídeo empieza con Aubrey sentada ante una mesa en una habitación anodina.

—Detective Walton, gracias por acceder a reunirse conmigo. Sé que está muy ocupado y que este caso ya no es de alta prioridad… actualmente. —Está nerviosa. Inquieta. No para de recogerse el pelo detrás de la oreja, aunque no consigue que se quede en su sitio.

No puedo ver al hombre con el que habla, pero su voz suena alta y clara en la grabación, como si estuviera sentado junto al micrófono de la cámara.

—Me disculpo por tardar tanto en responderle. El detective que llevó el caso inicialmente se ha jubilado hace poco. ¿Qué es lo que quería hablar con nosotros?

Aubrey inspira hondo y se yergue un poco en la silla.

—Quería saber si es posible que revisen la acusación contra Paul Granger.

—No solemos revisar los casos de quienes fueron declarados culpables merecidamente por un tribunal. —Es evidente su tono de censura—. Pero lo que es más importante, ¿por qué quiere que lo revisemos?

—Recibí una carta de Paul en la que me decía algunas cosas que están haciendo que me lo cuestione todo.

—Él no debería contactar con usted. En ningún caso. Llamaré al alcaide… —Su voz retumba con tal fuerza que tanto Ben como yo nos sobresaltamos.

—¡No! Espere, por favor. Escúcheme antes de llamar y meterlo en un aprieto. —Aubrey extiende las manos. Parece al borde de las lágrimas—. Escúcheme primero. Por favor.

Se la ve desesperada. Sus palabras y sus gestos están muy lejos de la actitud de la mujer que vi en el bar, tan decidida a obtener respuestas.

Es una Aubrey muy distinta de la que yo he conocido.

—Él no debería contactar con usted —dice el detective con una severidad que resuena alta y clara en la grabación—. Y usted debería haberlo notificado a la penitenciaría de inmediato.

Ella se encoge de hombros.

—No he venido a hablar de cómo he tenido noticias de Paul, sino de lo que he descubierto gracias a él. Su argumentación resulta convincente.

—Todos dicen que no fueron ellos. —La irritación con la que habla el detective es evidente—. Él fue condenado por matar a sus padres. Es extremadamente inapropiado que se ponga en contacto con usted.

Aubrey vuelve a recogerse el pelo.

—Paul dice que hay una prueba nueva.

—¿De eso quería hablar conmigo? ¿De las fantasías de un criminal convicto?

Ella se enfurece ante su reacción.

—Yo quizá era muy joven cuando sucedió aquello y no lo sabía todo entonces, pero ahora he estado indagando. Siempre ha habido algo raro en este asunto. Cosas que no encajaban. Paul siempre ha declarado que no fue él, incluso después de todos estos años. Alguien relacionado con el caso fue a verlo y le dijo que lo incriminaron falsamente.

—¿Le ha dicho quién era esa persona «relacionada con el caso»? ¿Sabe cómo se llama?

—No, eso no me lo ha dicho.

El detective se ríe en tono burlón.

—Claro que no. Pero usted prefiere creer la palabra de un asesino convicto que la de los agentes de policía y los fiscales que trabajaron para que se les hiciera justicia a sus padres.

Ella se levanta tan bruscamente que la silla está a punto de volcarse y oscila unos segundos antes de volver a su posición. La parte superior de la cabeza de Aubrey desaparece del encuadre de la cámara.

—Que esté indagando sobre lo que él dice no significa que le crea a él más que a ustedes. No estoy pidiendo que lo saquen de la cárcel. Ni siquiera que reabran el caso. Lo único que quiero saber es si estarían dispuestos a revisarlo con una nueva mirada. Si ni siquiera va a considerar la posibilidad de que tal vez hubo algo más en lo que sucedió aquella noche, ¿por qué ha accedido a verme?

—Usted ha insistido mucho en hablar con nosotros sobre la muerte de sus padres…

Ella le interrumpe.

—Y entonces ¿qué? ¿Me ha recibido solo para complacerme? —Aubrey lo mira con expresión furiosa, casi gruñéndole.

Ben está pegado a la pantalla, sin perder palabra.

Todo lo que Aubrey está diciendo ahora ya me lo ha explicado a mí, pero es impactante ver cómo sale su dolor a la superficie. Conmigo siempre está calmada y nunca pierde el control.

—Mire, Paul Granger era un conocido traficante de drogas. Fue detenido más de una vez por venta y posesión de estupefacientes. Chocó contra el coche de sus padres y huyó de la escena, pero ni siquiera supo hacer eso bien, porque dejó allí su camioneta. Quizá yo no me sienta inclinado a aceptar lo que dice un camello mentiroso y ladrón sobre lo que ocurrió aquella noche. Estoy

intentando ser considerado, pero usted ha venido aquí a decirme que nuestro departamento se equivocó, que el fiscal se equivocó, que el juez se equivocó, y todo porque lo dice un asesino convicto.

Las palabras del detective hacen que ella vuelva a sentarse.

—He venido para que investigue todas las pistas. Es usted quien se lo está tomando como algo personal. —Su voz se ha suavizado.

—Su madre murió en el acto, pero su padre tardó más tiempo en sucumbir a las heridas que había sufrido. Transcurrió una hora hasta que alguien encontró el coche de sus padres, y entonces ya fue demasiado tarde para poder hacer algo por él. Si yo estuviera en su lugar, me tomaría como algo personal el hecho de que Paul fuera tan cobarde como para darse a la fuga, en lugar de encargarse de que su padre recibiera a tiempo una atención médica que podría haberle salvado la vida.

Ben y yo nos estremecemos ante el tono brutal con el que está hablándole a Aubrey, y yo no puedo evitar preguntarme qué estará pensando Ben en este momento. Escuchar esto sin duda debe traerle recuerdos de aquella noche, suponiendo que él estuviera implicado de algún modo.

En el vídeo, Aubrey se abraza con fuerza la cintura. Es evidente que esas palabras le han dado de lleno.

Al ver que ella no va a decir nada, el detective añade:

—Paul Granger tiene vías para poder presentar una nueva prueba, pero hacer que la huérfana de las víctimas venga a la comisaría no es una de ellas.

La huérfana de las víctimas.

Resulta duro mirar cómo le habla este capullo de ese modo.

—Eres un gilipollas, Walton —musita Ben.

Bueno, al menos estamos de acuerdo en una cosa.

Aubrey se desmorona en la silla. Ahora las lágrimas le ruedan por la cara sin que intente secárselas. Luego se levanta y desaparece del encuadre. Al cabo de unos segundos, concluye el vídeo.

Resulta imposible no compadecerla por todo lo que ha tenido que pasar.

Ben no se mueve durante varios minutos; solo parece mirar fijamente la pantalla congelada. Al fin, se gira con la silla y le veo la cara. Tiene la cabeza apoyada en el respaldo y los ojos cerrados. Hay una tensión en sus rasgos que no estaba antes de ver el vídeo.

Tras varios minutos, se estira y empieza a revolver el montón de papeles que tiene delante, sobre el escritorio, sin dejar de mascullar entre dientes.

—¡Mierda!

Ha gritado con tal fuerza que juraría que su voz ha llegado hasta la buhardilla. Se levanta con brusquedad y barre la superficie del escritorio con la mano derecha, de manera que los papeles salen volando y flotan en el aire hasta posarse suavemente en el suelo.

Uf, está muy cabreado.

Toma y suelta aire en bocanadas ruidosas y entrecortadas mientras contempla el estropicio. Tarda varios minutos en recuperar el dominio de sí mismo; entonces recoge los papeles con calma, uno por uno, como si no acabara de perder los estribos, y los coloca en un pulcro montón en la esquina del escritorio. Al acabar, se vuelve hacia el portátil que tiene a su espalda, sobre el aparador, saca el lápiz de memoria y lo deja sobre el escritorio.

Una vez que vuelve a estar todo en orden, va al mueble bar de la librería que ocupa la pared lateral. Se sirve una buena cantidad de

whisky en uno de los vasos de cristal tallado que le regalé en las primeras Navidades después de casarnos. Con el mismo dibujo que las copas de vino de nuestra lista de bodas. Echa la cabeza atrás y vacía el vaso de un solo trago. Suelta una tosecilla a continuación.

Yo pensaba que la borrachera de la noche del banquete de Ducks Unlimited había sido algo insólito, pero lo que desde luego no entra en sus normas es tomar una bebida fuerte a primera hora de la tarde. Aunque la verdad es que yo misma voy a necesitar unas copas cuando salga de esta buhardilla.

Ben vuelve a llenar el vaso y se toma su tiempo en esta segunda ronda, deambulando frente a su escritorio mientras va dando sorbos. Cuando el vaso está otra vez vacío, parece considerar la posibilidad de una tercera copa, pero al final da media vuelta y se sienta de nuevo tras el escritorio.

Saca algunos papeles del sobre donde estaba el lápiz de memoria.

—Ay, Aubrey, no podías dejar las cosas como estaban, ¿no? —musita para sí mismo.

Bueno, allá vamos. La entrega del Mustang me ha descolocado, pero ahora parece que estamos otra vez en ruta. Aubrey cree que Ben quería que yo estuviera hoy fuera de casa porque él iba a conseguir por fin la prueba que Paul asegura que lo libraría de la cárcel. Y está convencida de que, si esa prueba lo implica de algún modo, Ben no vacilará en destruirla. Por eso estoy aquí, armada con una serie de cámaras para tratar de captar todo lo que podamos. Pero mientras que Paul necesitaría algo que pueda admitirse ante un tribunal para cambiar su destino, yo no lo necesito. A mí me basta con una prueba fehaciente de sus actividades ilícitas para poder activar la cláusula de mi contrato prenupcial.

Después de leer los documentos que tiene delante, Ben coge su teléfono y hace una llamada. Por suerte, pone el altavoz.

Le responden al segundo tono.

—Sí.

Ben, sin molestarse en saludar, va directo al grano.

—¿Cuándo fue a hablar ella con los polis de Corbeau?

—Hace un par de meses. Mi contacto solo se enteró hace unos días. El departamento está en un estado caótico ahora mismo, desde que Walton asumió el mando.

A mí me consta que Ben tiene a sueldo a un par de detectives privados y supongo que este debe de ser uno de ellos.

—No te pago para que me pases información antigua. —Ben se levanta de la silla y deambula por detrás del escritorio—. Tú me aseguraste que Aubrey no sabía nada importante. Que Paul no le había contado nada concreto. ¡Pero ella le dijo a Walton que alguien relacionado con el caso había ido a ver a Paul! ¡Eso es bastante concreto, joder! ¿Crees que costaría mucho conseguir una lista de los visitantes de Paul Granger?

El hombre tarda unos momentos en responder.

—A mi contacto no se le escapa gran cosa, pero esto parece que sí.

—Ahora tendremos que darle algo a Aubrey; si no, va a convertirse en un problema. No es que me entusiasme complicarle más la vida a esa chica, pero tengo que conseguir que deje de cuestionarlo todo.

Si había una pequeña parte de mí que pensaba que podríamos haber interpretado mal todo esto, ahora acaba de desvanecerse.

—Entendido, me ocuparé de ello. ¿Cuándo piensas ir a abrir la caja fuerte? —pregunta el detective.

Ben mira su reloj y se va a la cocina con el teléfono en la mano para continuar la conversación. Saca una botella de agua de la nevera, desenrosca el tapón y da un largo trago.

—Tengo un par de reuniones aquí primero. Iré para allá después, alrededor de las seis.

¿Se va? ¿Y de qué caja fuerte está hablando?

No puede marcharse. Tengo las cámaras instaladas aquí.

—No habrá nadie en casa de Foster, ¿no? —pregunta Ben—. Me voy a cabrear si conduzco hasta Corbeau y resulta que hay alguien allí.

¿Cómo?

¿Se va a Corbeau?

¿Foster? ¿Se refiere a Kevin Foster?

—La casa estará vacía. El sobrino de la señora Foster, Nathan, ha estado yendo y viniendo durante toda la semana pasada para echar una mano. Él se encargó de llevarla a casa de su hermana anoche.

Ben toma un sobre de FedEx que estaba en la esquina de la encimera de la cocina junto con el resto del correo que ha recogido antes. El sobre ya está abierto, así que lo pone boca abajo y lo sacude. Caen una sola hoja de papel y un objeto estrecho y alargado. Lo coge y lo examina.

—Será mejor que funcione esta puta llave.

—Funcionará —dice el detective—. ¿Qué harás si no está en esa caja fuerte para armas?

Ay, mierda. Me hundo en la silla mientras trato de seguir todo lo que estoy descubriendo. Nadie va a traerle la prueba aquí. Él va a ir

a buscarla, y por algún motivo cree que está en una caja fuerte en la casa de Kevin Foster.

Kevin es el hombre de confianza de mi padre, y sus manos están tan sucias como las de papá, pero todavía no sé qué relación tiene él con este asunto.

¿Tal vez Kevin Foster ayudó de algún modo a Ben a encubrir su implicación en el accidente?

Mientras deambula por la cocina, Ben va dándole vueltas a esa extraña llave en la mano.

—Si no está allí, es que no existe, porque ya he buscado en todos los demás sitios.

Estoy tan concentrada en esta nueva información que no me doy cuenta de que alguien ha llegado con un coche hasta que oigo el timbre. Debe de ser una de las personas con las que acaba de decir que va a reunirse. Echo un vistazo a la cámara que he colocado en el porche delantero, pero el visitante ya ha pasado de largo.

Ben mira por la ventana.

—Te llamo luego —dice, cortando la llamada. Empieza a moverse hacia la puerta principal, pero luego recuerda que tiene la llave en la mano. Mira alrededor, como pensando qué hacer con ella. Se acerca a la mesita que tengo junto a la nevera, donde llevo mi calendario y pago las facturas, y tira la llave en el tarro de cristal que contiene bolígrafos, rotuladores y tijeras.

En cuanto abre la puerta, veo con toda claridad quién está en el umbral.

Me quedo boquiabierta.

—¿Qué demonios…? —mascullo.

Plantada en el porche delantero está mi cuñada, Margaret.

17

Aubrey

ANTES DE LA COARTADA

Lunes, 28 de septiembre

Deacon y yo nos detenemos en el aparcamiento, una fila más allá de donde está aparcado el coche de Camille.

—No te pongas nerviosa. Tú tienes toda la ventaja —dice Deacon, poniéndome una mano en la rodilla para que deje de moverla.

—Lo sé. Tienes razón. Pero ¿y si está rodeada de un montón de gente cuando salga?

—Entonces la abordaremos en otro sitio.

Esta será la primera vez que hable con Camille desde que ella se presentó en el bar para echarme en cara que me estaba acostando con su marido. Me he preparado para esta conversación durante los últimos días, principalmente para que no me sorprenda con la guardia baja como aquella vez.

El detective privado que Ben contrató lo ha traicionado y ahora le pasa toda la información a Deacon a medida que la recibe. Este tenía razón: su lealtad está al servicio del mejor postor.

Ben se dio por vencido al ver que se enfrentaba a una tarea que no podía realizar él solo y tuvo que hacer partícipe a Vic de sus planes. Cuando crees que la información que buscas está en una caja fuerte para armas de un metro y medio de altura y doscientos kilos de peso, no te queda más remedio que buscar ayuda para poder acceder a ella.

Sin embargo, para forzar una caja fuerte de ese tipo, o bien necesitas a un cerrajero experimentado, que no será fácil de encontrar dado que vas a pedirle que abra una caja que no es tuya, o bien tendrás que taladrar la cerradura, cosa que alertaría a los dueños de que ha sido forzada.

Pero lo curioso de una caja fuerte para armas es que hay un modo alternativo de abrirla que no resulta tan complicado…, con tal de que no te importe esperar alrededor de una semana. En el modelo que pretenden forzar, hay un ojo de cerradura oculto detrás de la placa de apertura electrónica. Lo único que necesitas es el número de serie de la caja fuerte, cosa que es fácil de averiguar si cuentas con una plataforma rodante y un colaborador lo bastante fornido como para inclinar la caja y mirar debajo. Luego le pides una llave de repuesto al fabricante, lo cual también resulta sorprendentemente fácil, porque ellos no guardan registros de los propietarios de sus cajas fuertes.

Y ese colaborador fornido es Vic, el detective privado.

Ben recibirá la llave en algún momento de la semana que viene y tiene planeado abrir la caja cuando esté seguro de que no habrá nadie en la casa.

—Ahí está. —Deacon señala al grupo de mujeres que están saliendo del edificio tras su reunión de la Junior League, una

organización de voluntariado femenino. Por suerte, Camille se despide y se aleja del grupo para ir a buscar su coche.

Justo cuando voy a bajarme del nuestro, Deacon me detiene.

—Recuerda. Lo más sencillo posible. Necesitamos que ella crea que Ben tiene a alguien que va a traerle la prueba, no que él va a ir a buscarla.

Asiento.

—Vale, sin complicaciones. Lo más sencillo posible.

Tengo los nervios más crispados que nunca. Ben va a tomarse muchas molestias para asegurarse de que Camille esté fuera de casa, así que necesitamos que ella se quede allí para ver lo que hace. También sabemos que una parte esencial del plan de Ben es acceder a la caja fuerte de Foster, motivo por el cual debemos colocar un rastreador en su coche para saber cuándo se dirige hacia allá. Esa parte, sin embargo, hemos decidido guardárnosla para nosotros. Es necesario que Camille crea que es ella quien controla cualquier información que aparezca, porque yo no estoy segura de que esté dispuesta a compartirla con nosotros. Cuando Deacon me dijo que quizá deberíamos ser creativos, no bromeaba. Tengo la sensación de que, si la cago ahora, todo nuestro plan se irá al garete.

Deacon se baja también, pero permanece junto al coche mientras yo echo a andar hacia ella.

—Estaré aquí por si me necesitas —dice para tranquilizarme.

Camille se detiene de sopetón al verme.

—Me preguntaba cuándo iba a aparecer otra vez —dice. Abre la puerta del conductor, tira el bolso dentro y luego se vuelve hacia mí.

Yo cruzo los brazos. Confío en tener un aspecto duro, no aterrorizado.

—Seguramente ya ha indagado sobre mí a estas alturas. Y ya debe saber quiénes eran mis padres.

Son unas palabras destinadas a impactarla y, a juzgar por su leve estremecimiento, deduzco que lo he logrado.

—Sí. Y lamento mucho su pérdida.

—Yo también he indagado sobre usted. Sobre usted y Ben. Ambos son de Corbeau. El sitio donde ellos murieron.

Camille asiente. Luego recorre el aparcamiento con la vista para comprobar que no hay nadie lo bastante cerca para escuchar esta conversación. Por suerte, estamos solas.

Doy un paso hacia ella.

—Ben debía tener, no sé, veinte o veintiún años cuando se produjo el accidente, ¿no? Es curioso lo que se puede averiguar en internet. Su madre todavía vive unas casas más allá de donde vivía Paul Granger. ¿Qué posibilidades hay de que ambos se conocieran, de que se vieran con frecuencia?

Ella aprieta los labios, como queriendo impedir que salga de ellos algo que luego vaya a lamentar.

Recordando el diálogo que he ensayado con Deacon, entro a matar.

—Usted tiene un marido corrupto. Tiene una familia corrupta. Turbia, deshonesta. —Hago una pausa teatral—. Y no me creo que a mis padres se les hiciera la justicia que merecían.

Mis palabras quedan flotando entre ambas.

Camille se yergue, como si por fin hubiera recuperado algo de energía.

—¿Cuál es el objetivo de esta visita?

Es ahora cuando esto puede funcionar o volverse contra nosotros. O bien ella se asustará lo bastante como para colaborar, o bien saldrá corriendo para contárselo todo a su marido. Deacon y yo hemos repasado durante días los pros y contras de esta forma de abordarla, pero al final hemos llegado a la conclusión de que no nos queda otra alternativa. Para que yo tenga alguna posibilidad de conseguir lo que Ben está buscando, necesito a Camille. Y debo venderle la idea de tal manera que se convenza de que su única opción es trabajar conmigo, no contra mí.

Doy un profundo suspiro.

—Necesito su ayuda. Y, francamente, usted necesita la mía. Hay algo que debe saber. Ben estuvo implicado en el accidente que provocó la muerte de mis padres y ese dato va a salir a la luz. Él no puede hacer nada para impedirlo. Y lo sabe. Yo ando tras él. Sé lo que hizo. Por eso ha estado vigilándome. —Es un farol, pero veo en su cara que se lo está tragando.

Camille da un paso atrás.

—No entiendo…

—Hay una prueba que demuestra que Paul Granger es inocente. La misma que demostrará la culpabilidad de Ben. —Sí, es una exageración, pero el hecho de que él esté tan obsesionado buscando cualquier información que ande suelta por ahí me dice que nuestra corazonada no es tan descabellada.

Camille se queda lívida.

Ahora debo suavizar el tono.

—Camille, si he de serle totalmente sincera, yo sé que las posibilidades de que Ben rinda cuentas por lo que hizo hace tantos

años son muy escasas. Él tiene conexiones que yo ni siquiera puedo imaginar. Y si algo me ha enseñado toda esta historia es que cuando la gente quiere saltarse la ley o infringirla para protegerse, eso es lo que sin duda acabará pasando.

Ella niega con la cabeza.

—¿Qué pretende decir?

—Pase lo que pase, su marido encontrará la manera de seguir libre y Paul se quedará en la cárcel.

—Entonces ¿para qué está haciendo esto?

—Quiero saber de una vez por todas qué les sucedió de verdad a mis padres. Quiero dejar de especular y obtener respuestas. El hecho de no saber me está matando. Ben se apoderará de esa prueba antes de que yo pueda hacerlo, de eso estoy completamente segura. Yo solo quiero saber en qué consiste antes de que la destruya. Después podré seguir adelante con mi vida.

Las lágrimas me resbalan por las mejillas, a pesar de que yo no quería mostrarle tanta emoción. Aunque una parte de lo que estoy diciéndole no es cierta, este último sentimiento sí lo es. Necesito superar esto del modo que sea para poder seguir adelante.

—Aubrey, entiendo lo que me dice y se me rompe el corazón al escucharla. De veras. Pero no sé lo que quiere de mí. Ni tampoco cómo cree que puedo ayudarla.

Me seco las lágrimas y me recompongo.

—No puedo explicarle cómo lo sé, pero Ben se reunirá con alguien en su casa el próximo sábado, alguien que le dará lo que él ha estado buscando.

Ella se desinfla al escuchar estas palabras.

Yo me lanzo de cabeza.

—Estoy especulando, pero ¿usted estará fuera ese fin de semana? Me consta que viaja mucho para su blog de gastronomía.

Ella asiente, pero no dice nada.

Recuerdo su aspecto cuando se presentó en el bar. Estaba hecha una calamidad. Había salido en plena tormenta para preguntarme si me estaba acostando con su marido. Una mujer no hace algo así a menos que su matrimonio esté muy mal.

Así pues, añado:

—Me da la sensación de que yo no soy la única que quiere saber cómo es Ben realmente y qué es lo que ha hecho.

Ella se pone tensa.

—Si me niego a ayudarla, ¿qué hará?

Es una pregunta que había previsto. Que esperaba que me hiciera.

—He estado sopesando mis opciones. La policía no sirve de mucho porque es muy reacia a revisar los casos cerrados. Pero están los medios de comunicación. Yo podría encontrar a uno de esos grupos de pódcast a los que les encanta hurgar en casos antiguos.

No me hace falta conocer a Camille para saber que ella no soportaría verse arrastrada a la luz pública de esa forma.

—¿Cómo pretende que veamos esa prueba que usted cree que Ben va a conseguir?

Procuro que no se me note el asombro que siento. Para ser sincera, yo creía que apenas había posibilidades de que ella fuera a considerar siquiera la idea de ayudarme.

—Hemos de idear un modo de que usted también esté en casa, pero sin que él lo sepa. Usted puede instalar unas cámaras. —Señalo a Deacon, que está a mi espalda—. Y nosotros podemos enseñarle

cómo prepararse para que vea lo que él esté viendo. Para que pueda grabarlo.

Ella menea la cabeza.

—Ben sigue mi rastro a todas horas. Con mi teléfono, con mi coche, con mis tarjetas de crédito. Es imposible sorprenderlo. Controla cada uno de mis movimientos.

Ladeo la cabeza mientras reflexiono sobre sus palabras. Que te rastreen no es nada nuevo. Antes de que mis padres murieran, mi madre seguía todos mis movimientos usando la aplicación Life360, pero mis amigos y yo nos empleamos a fondo para asegurarnos de que solo viera lo que nosotros queríamos.

—¿Y si él controlara cada uno de mis movimientos, pensando que es usted?

18

Hank

DESPUÉS DE LA COARTADA

Martes, 13 de octubre

Ey, Hank —dice Camille con voz rasposa.

—Ey, solo te llamaba para ver cómo estabas y para decirte que el detective Sullivan se pasó ayer por aquí. Ya han terminado con tu casa.

—¡Ah! ¿Tan pronto?

—Sí, no han tardado mucho, más que nada porque deben haberse centrado en el despacho de Ben. Voy a enviar a un equipo para limpiar el estropicio que habrán dejado. El polvo para detectar huellas lo deja todo perdido. Es posible que empiecen mañana; si no, lo más tarde el jueves. Deberían haber terminado el viernes o el sábado, y entonces ya podrás volver a casa cuando quieras.

—No me entusiasma estar en casa de mis padres, pero no creo que pueda volver allí, al menos hasta que atrapen al que haya hecho esto. ¿Te dijo el detective si tenían alguna pista?

Me arrellano en mi silla, girándola hacia la ventana.

—No. Y no podrá decirnos gran cosa; de lo contrario, pondría en peligro su investigación. Así que vamos a estar en la inopia por el momento, hasta que estén en condiciones de hacer una declaración pública.

Ella tarda bastantes segundos en responder.

—¿Crees que tienen algún sospechoso?

—Creo que están investigando a todas las personas relacionadas con Ben.

Camille se queda callada, así que cambio de tema.

—Hay algo que te quería preguntar. ¿Ese Mustang de 1970 aparcado junto al garaje es de Ben?

Otra larga pausa.

—Sí. Lo compró hace poco.

Mientras miro el tráfico que circula frente a la ventana, reflexiono un momento y llego a la conclusión de que eso no encaja en modo alguno con el Ben que yo conocía. Pero no voy a presionarla sobre este punto.

—Me sabe mal cargarte con más cosas ahora mismo, pero el detective Sullivan necesita interrogarte formalmente.

—¿Qué significa «formalmente»?

—Tan solo que se hará concertando una cita, no de un modo improvisado como el sábado. Tendrá preguntas preparadas. Tú eres la esposa de Ben. Eres la persona que lo encontró. Era de esperar que quisieran hablar contigo, probablemente más de una vez. Y no hay motivo para que no cooperemos.

—Por supuesto —murmura ella—. ¿Dónde será? ¿Tengo que ir a la comisaría?

—Lo haremos mañana en la sala de reuniones de la oficina. Pensé que era mejor que pasaras antes el rosario de esta tarde.

—Uf, el rosario. Le dije a mi madre que esperase hasta que tuviéramos organizado el funeral y que lo hiciéramos entonces, pero ella y papá ya lo tenían planeado una hora después de que yo llegara a su casa el domingo por la noche.

El funeral no se celebrará hasta que entreguen el cuerpo, cosa que podría tardar un poco.

—Sí, estoy de acuerdo en que es muy pronto, pero supongo que la mayoría de la gente siente la necesidad de hacer algo, ya me entiendes, aunque solo sea rezar por él.

Ella gime con tono lastimero.

—Va a ser una pesadilla. Sé que todos lo hacen con buena intención, pero ya no estoy segura de cuántas veces más podré aguantar que me digan: «Lamento tu pérdida». Y solamente han pasado dos días. —Suelta una risa llorosa—. Por Dios, ¿qué me pasa? La gente solo quiere ser amable y yo no hago más que quejarme.

El peso de la conversación hace que me eche hacia delante en la silla, con los codos apoyados en las rodillas.

—Yo quizá no sea capaz de decir las palabras adecuadas, pero lo que puedo asegurarte es que a mí puedes decirme lo que quieras sin temor a ser juzgada. Yo también soy de una ciudad pequeña, así que me hago una idea de la cantidad de gente bienintencionada que se habrá presentado en casa de tus padres para darte el pésame desde el momento mismo en que llegaste, y de lo agotador que debe ser.

Ella suelta un sollozo desgarrador.

—¿Sabes? A mí me llevó algún tiempo, pero al final ya me había reconciliado con la idea de ser vista solamente como la «esposa de Ben», como si esa fuera la única forma de definirme. Siempre se esperaba que asumiera ese papel, toda mi persona quedaba definida por esa posición. Yo me esforzaba siempre para no hacer nada que lo eclipsara. Y ahora, en un abrir y cerrar de ojos, me he convertido en la «esposa del abogado asesinado». Y no sé qué se supone que debe hacer o decir esa esposa.

El silencio entre ambos se alarga mientras asimilo sus palabras. Las sopeso debatiéndome entre la Camille que yo creía conocer y la Camille que estoy descubriendo hoy. Me pregunto por primera vez si no soy yo el único que sintió una punzada de alivio al enterarse de que Ben había muerto.

—A mí me parece que la esposa del abogado asesinado puede hacer lo que le dé la puta gana. O nada en absoluto. También creo que ella puede mandar a todo el mundo a la mierda si le apetece. No le debes nada a nadie.

Camille suspira estremecida. Está llorando y yo me siento como un gilipollas por haber abordado así la cuestión, hasta que ella me dice:

—Gracias por no andarte con rodeos. Por darme el espacio para decir cosas que horrorizarían a la mayoría de la gente. —Luego cambia bruscamente de tema—. ¿Qué crees que esperará ese detective de mí? Yo no sé… quién le ha hecho esto a Ben.

—Lo único que se espera es que respondas con sinceridad a sus preguntas. —Me tomo unos momentos para decidir cómo formular la parte siguiente—. A mí puedes contarme cualquier cosa. Ya lo sabes.

No puedo librarme de la sensación de que me está ocultando algo. Y yo no puedo ayudarla si ella no confía en mí.

Camille permanece callada al otro lado de la línea tanto tiempo que miro el teléfono para ver si se ha cortado la comunicación.

—Gracias, Hank. Te lo agradezco.

—Yo siempre estaré aquí a tu disposición. Nos vemos en el rosario.

Cuando ella cuelga, me quedó mirando el ajetreo de la calle a través de la ventana, dándome unos minutos para digerir todo lo que me ha dicho. Al oír que se abre la puerta de mi oficina, salgo de mi ensimismamiento.

Lila trae una carpeta azul bajo el brazo, una bolsa de papel marrón en una mano y una gran taza de café en la otra. Deja la bolsa y el café en un lado del escritorio y me mira con expresión mordaz.

—He supuesto que, si no le traía el almuerzo, usted se quedaría aquí comiéndose los puños antes que salir a buscar algo.

Cojo primero el café.

—No sé qué haría sin usted.

—Yo tampoco. —Lila me tiende la carpeta en lugar de dejarla encima del montón que hay en la esquina del escritorio—. Uno de los clientes de Ben está en la sala de espera. Se empeña en verle hoy. Este es su expediente.

Cojo la carpeta con un suspiro quejumbroso y la abro. El nombre que figura en la carátula me sorprende: Pete Sanders, director ejecutivo de una de las mayores empresas de construcción de Baton Rouge.

—Dígale que estoy terminando una reunión y que le recibiré en breve.

—De acuerdo —dice ella, saliendo y cerrando la puerta.

Para tratarse de un caso tan importante, el expediente contiene muy poca información. Solo los datos de contacto y un listado sobre las actividades de la empresa, pero casi nada sobre el delito que se le imputa, salvo una copia de la acusación original. Nuestro bufete no suele asumir demasiados casos de guante blanco, pero Ben hizo una excepción con Pete porque está muy bien relacionado en los círculos sociales en los que él se movía.

Pete ha sido procesado por una práctica clásica de soborno. Le acusan de ofrecer dinero a los funcionarios del Departamento de Transportes a cambio del contrato para reconstruir varios puentes dañados durante el último huracán que pasó por aquí. Él insiste en su inocencia y asegura que los licitadores perdedores están propalando falsas acusaciones.

Miro el montón de carpetas de la mesa que me traje del despacho de Ben. Si la memoria no me falla, una de ellas está llena de documentos sobre este caso. Voy a buscarla, me la llevo al escritorio y la abro.

Contiene una gran cantidad de información, incluyendo notas manuscritas sobre el caso.

Y entonces caigo en la cuenta. Ben guardaba un juego de expedientes aquí y otro muy diferente en casa.

En las notas manuscritas, fechadas hace unos seis meses, queda claro por qué. Hay una lista de las personas que han acusado a Pete Sanders de maniobras ilícitas, así como datos de la vida privada de todos ellos, incluidos los nombres y las direcciones de sus familiares, e informaciones delicadas que ninguno querría que se hicieran públicas. Y luego una nota críptica que dice: «El Jefe proporcionará la fecha y las horas».

¿Quién demonios es «el Jefe»?

Cuanto más leo, más incómodo me siento. Es obvio que Ben estaba planeando intimidar a los testigos, o ya lo había hecho.

Lo último que deseo ahora mismo es mantener una conversación con Pete Sanders, pero lo mejor será arrancarse esa tirita cuanto antes.

Le envío un mensaje a Lila para que lo haga pasar.

La puerta se abre y mi secretaria extiende un brazo para indicarle que entre en mi despacho.

Pete está cerca de los sesenta. Es un hombre de estatura media, pero con una complexión corpulenta que le da un aspecto rechoncho. Y en lugar de asumir su calvicie, se peina el escaso pelo de atrás hacia delante para formar una cortinilla que le cubra la parte superior de la cabeza.

Me levanto cuando entra, pero no rodeo la mesa para saludarle como haría normalmente.

Nos damos la mano por encima del escritorio y le indico la silla que hay junto a él.

—Siéntese y cuénteme qué le trae por aquí.

Él se toma su tiempo para acomodarse sin dejar de mirarme en ningún momento. Yo me relajo, dándole la impresión de que tengo todo el día.

—Puesto que Ben ha muerto, ¿esta conversación está protegida por la confidencialidad entre cliente y abogado? —No es una pregunta del todo inesperada, pero la brusquedad con que la formula resulta chirriante, lo mismo que el hecho de que no exprese sus condolencias por la muerte imprevista de Ben.

—Sí, por supuesto.

—Bien, perfecto. Necesito saber qué pasa ahora con mi caso.

Me echo hacia atrás en la silla mientras le explico lo que dirá la carta que Lila está redactando y que mañana enviará a todos los clientes de Ben.

—Cuando fallece un miembro del bufete, el miembro o miembros restantes, yo en este caso, revisará cada caso abierto y decidirá si la firma puede seguir representando al cliente o tiene que derivarlo a un nuevo abogado. Obviamente, el cliente tiene derecho a opinar y puede optar por marcharse o quedarse, dependiendo de la decisión del bufete.

Pete no lo sabe aún, pero es sin ninguna duda uno de los que derivaré a otro abogado.

Él se inclina hacia delante, con las manos en las rodillas.

—No, no me entiende. Lo que quiero saber es qué pasa con mi caso. Ben lo tenía prácticamente resuelto, así que… ¿ahora qué?

Ladeo la cabeza, dándole la impresión de estar desconcertado.

—¿Resuelto? —Hojeo las escasas páginas del expediente que estaba en la oficina—. ¿Usted iba a aceptar un trato con la fiscalía o…?

Pete se echa hacia delante aún más, casi pegando la cara a mi escritorio.

—¡Totalmente resuelto, joder! Lo que quiere decir que esos pedazos de mierda del Departamento de Transportes se retractarán si no quieren que sus sucios secretillos salgan a la luz. Esos hijos de puta cogieron tan contentos mi dinero, pero después, en cuanto fueron interrogados, me delataron.

Yo no sabía si él pensaba hacerse el tonto o iba a hablar claro y a decirme que Ben estaba intimidando a los testigos, pero, bueno, ya

está claro.

Alzo una mano.

—Señor Sanders, permítame que le diga que no sé a qué se refiere. Estoy seguro de que Ben habrá actuado en su defensa del mejor modo posible, pero ateniéndose siempre a las leyes a las que todos estamos…

No me deja terminar. Se levanta de golpe y barre con la mano la superficie de mi escritorio. Las carpetas salen volando y, aunque trato de cogerlas antes de que caigan al suelo, no consigo atrapar ninguna.

—¿Qué demonios hace?

Pete, con la cara roja, me apunta con un dedo.

—Déjese de esas chorradas grandilocuentes. Este jodido bufete se creó a base de tratos por la puerta de atrás. No me diga que se cree que un chico recién salido de la facultad ganó el caso del representante Wells por sí solo, teniendo en cuenta el montón de pruebas que había contra él, sin que alguien se encargase de hacerlas desaparecer. Entérese de cómo iba a arreglárselas Ben para que desaparezca la acusación y termine de una puta vez lo que él empezó. No le va a gustar lo que ocurrirá si el caso llega a juicio.

Dicho esto, se marcha de malos modos justo cuando Lila asoma la cabeza.

Ella lo sigue con la mirada y luego entra corriendo para ayudarme a recogerlo todo.

—¿A qué ha venido eso?

—Ese hijo de puta se cree que puede amenazarme —murmuro mientras reúno las carpetas del suelo y las tiro sobre el escritorio.

Ahora me estoy preguntando cuántos clientes como Pete Sanders tenía Ben.

—¿Quiere traerme un listado impreso de todos los casos de Ben que aún están abiertos? Solo con los nombres de los clientes. —Voy a cotejarlos con el montón de expedientes que me traje de su casa —. Otra cosa. Ben se refiere en sus notas a alguien llamado «el Jefe». Pregúntele a Tricia si sabe quién es. Tal vez sea un investigador privado al que recurre, o algo por el estilo.

Joder, Ben. Maldita sea.

19

Aubrey

LA COARTADA

Sábado, 10 de octubre

Decir que me pone nerviosa entrar en una prisión de máxima seguridad sería un eufemismo.

El terreno donde se halla la prisión fue en tiempos una plantación llamada Angola, así que la mayoría de la gente la conoce con ese nombre y no con el oficial, Penitenciaría del Estado de Luisiana. Angola es la prisión de máxima seguridad más grande de Estados Unidos y un sitio brutal donde estar encarcelado. Tiene una larga y siniestra historia. Realmente siniestra. Los grupos de activistas llevan décadas haciendo campaña para que se introduzcan cambios y han obtenido con los años algunas pequeñas victorias, pero aún queda mucho camino por recorrer. A mí se me encoge el estómago cada vez que pienso en lo espantoso que sería que Paul Granger hubiera sido encerrado aquí por un crimen que no cometió.

Deacon se detiene cerca de la entrada y, después de poner punto muerto, se vuelve hacia mí.

—¿Estás absolutamente segura de que quieres hacer esto?

Yo asiento e intento tragarme el nudo que tengo en la garganta.

—Pienso que debo hacerlo, especialmente después de todo lo que he descubierto en las últimas semanas.

—De acuerdo. Tómate el tiempo que haga falta. Yo te esperaré aquí.

Me bajo del coche antes de que me entren las dudas. El trayecto hasta la entrada del centro de visitantes resulta sobrecogedor, sabiendo lo que hay al otro lado de la alta valla rematada con alambre de cuchillas.

Hay una fila de personas esperando para firmar en el registro. Tardo unos diez minutos en llegar al mostrador. El guardia me observa cuando me acerco a la ventanilla. Hay una gruesa mampara de cristal entre nosotros, con un pequeño cajón abajo que está abierto por mi lado.

—Identificación y nombre del recluso al que quiere visitar.

Me saco del bolsillo el permiso de conducir y lo deposito en la bandeja metálica.

—Vengo a ver a Paul Granger.

El guardia tira del cajón, de manera que se cierra por mi lado y se abre por el suyo; examina mi permiso y empieza a teclear mi nombre en su ordenador. Tienes que estar en la lista de visitantes aprobados de un preso para que te dejen entrar. Paul Granger lleva un tiempo escribiéndome cartas para que vaya a verlo, así que me consta que estoy en esa lista; en cambio, es imposible que Deacon figure en ella, razón por la cual tiene que esperar fuera.

Ambos hemos leído las normas una docena de veces. Yo me he asegurado de no llevar ninguna ropa de aspecto similar a la de los

reclusos o los celadores. Tampoco nada demasiado ceñido o revelador. Solo llevo conmigo la documentación, nada más, así que no debería haber ningún motivo para que me nieguen la entrada.

El cajón se desliza y vuelve a abrirse. En su interior están mi permiso de conducir y una hoja plastificada.

—Por favor, lea las normas y dígame si las ha entendido.

Leo la hoja.

> El recluso al que tiene permiso para visitar está autorizado a tener contacto con usted. Los visitantes pueden abrazar y darle al recluso un beso breve en señal de afecto —no un beso largo— al empezar y finalizar la visita. El único contacto permitido es cogerse de las manos. Las muestras de afecto excesivo o las conductas sexuales inapropiadas entre los reclusos y los visitantes están terminantemente prohibidas. Cualquier contacto inapropiado entre un recluso y un visitante constituirá un motivo para interrumpir la visita de inmediato.

Dejo la hoja plastificada en el cajón y miro al guardia.

—He comprendido las normas.

—Siga hasta la zona de control. Tiene permitido un máximo de dos horas de visita.

Me sitúo en la siguiente cola. Esta se parece a la del control de seguridad de un aeropuerto. Volvemos a enseñar los documentos de identidad y todas nuestras pertenencias pasan por una máquina de rayos X mientras atravesamos un detector de metales. La única

diferencia con un aeropuerto es que aquí hay unos perros enormes sujetos con cadenas por los guardias.

No me imagino cómo podrías arriesgarte a pasar algo de contrabando frente a estos perros.

Una vez que hemos cruzado el control de seguridad, nos suben a un viejo autobús escolar pintado de blanco con el nombre oficial de la prisión en un lado. Hay un breve trayecto hasta el edificio donde podremos reunirnos por fin con los reclusos. Por lo que he podido averiguar, en cuanto he declarado que venía a ver a Paul, los guardias le notificarán que tiene una visita e iniciarán el proceso para traerlo hasta aquí.

Nos bajan del autobús y nos llevan a un edificio rectangular. Por dentro, es un gran espacio abierto con mesas distribuidas por toda la sala. Cuando llego a una mesa vacía, noto que el sudor me resbala por la espalda. No sé si he estado nunca tan nerviosa en toda mi vida.

Un guardia se acerca y me pregunta:

—Nombre del recluso al que viene a ver.

—Paul Granger.

Él asiente, toma nota en su sujetapapeles y se aleja.

La sala está llena de gente, pues el horario de visita empezaba a mediodía, y hay tanto ruido que a duras penas oigo mis propios pensamientos, lo cual quizá tampoco me venga mal. Hay guardias patrullando por la sala que se encargan de hacer cumplir el contacto limitado que todos hemos tenido que aceptar antes de acceder a la prisión.

Identifico a Paul en cuanto entra. El guardia le señala mi mesa y, al cabo de un momento, lo tengo sentado frente a mí. Aunque solo

han pasado diez años, parece como si hubiera envejecido el doble. Ahora tiene cuarenta, pero su pelo está casi del todo gris y su cara, curtida y arrugada.

Me da la sensación de que se me está cerrando la garganta. Como si ni siquiera pudiera tragar saliva.

—No puedo creer que estés aquí. Que hayas venido a verme después de tantos años. —Parece aliviado. Tan contento que me hace sentir incómoda.

Aguarda a que le diga algo, cualquier cosa, pero es como si yo no pudiera articular palabra.

—¿Estás bien, Aubrey?

Esta es la primera vez que lo veo en persona desde que fue condenado. Muevo la cabeza para asentir y, finalmente, inspiro hondo y carraspeo.

—Tengo que hacerte algunas preguntas.

Él asiente varias veces rápidamente.

—Pregúntame lo que quieras.

—En la carta que me escribiste, decías que había una nueva prueba que demostraría que tú no estabas conduciendo tu camioneta aquella noche, pero que no ibas a decirme cuál era. Ahora estoy aquí, sentada frente a ti, y creo que ha llegado el momento de que me lo digas. ¿De qué se trata?

Él parece sorprendido por mi pregunta. Pero yo necesito la respuesta. Y no hay motivo para que no me la dé. Paul nunca me ha mencionado el nombre de Kevin Foster, así que no se imaginará que yo sé que él es su fuente. Nosotros lo hemos descubierto porque el investigador privado ha traicionado a Ben.

El riesgo que estamos corriendo es enorme y necesitamos toda la información posible. Tenemos que saber qué estamos buscando, si se trata de un dispositivo digital, de fotografías o de una grabación. O simplemente de un montón de papeles. Tenemos que poder estrechar la búsqueda cuando se presente la ocasión.

Al ver que no responde de inmediato, le recuerdo lo que acaba de decirme.

—¿Qué ha pasado con lo de «pregúntame lo que quieras»?

—Perdona. Te voy a responder. Pero, por favor, estoy confiando en ti. Tú no sabes lo fácil que sería que desapareciera esa prueba. Y me temo que, si la gente equivocada se entera de que existe, acabará desapareciendo.

—No estaría aquí si no me tomara muy en serio este asunto.

Pasan unos cuantos segundos más.

—Es un vídeo de una cámara de seguridad de la gasolinera de la esquina que hay en el cruce donde se produjo el accidente.

Aguardo a que diga algo más, pero él se me queda mirando.

—Y esa… persona que vino a verte y te contó esto, ¿te dijo cuándo consiguió la prueba? ¿Fue entonces o hace poco?

—Me dijo que la había conseguido a la mañana siguiente del accidente.

—Deduzco que era un policía el que vino a verte. —Estoy presionándolo para ver si va a confiarme el nombre de Foster—. Quiero decir, ¿quién más revisa las cámaras de vigilancia a la mañana siguiente de un accidente?

Paul abre mucho los ojos.

—Eh…, por favor, no me obligues a responder.

Así que la respuesta es no. Resulta que no confía en mí hasta ese punto.

—¿Tú le preguntaste por qué no entregó el vídeo aquella mañana?

Paul se encoge de hombros.

—Se lo pregunté. Lo único que me dijo fue que entonces estaba haciéndole un favor a alguien.

—Pero ¿el vídeo muestra algo? ¿Algo que demostraría que tú no eras el conductor?

—Sí, eso es lo que dice.

Esto resulta tremendamente frustrante en muchos sentidos.

—¿Te dijo quién era el conductor?

Paul menea la cabeza.

—No, no me lo dijo. En realidad, él no quería contarme nada de esto. Solo vino a disculparse conmigo porque, por su culpa, yo estoy encerrado aquí. Me dijo que había encontrado a Dios y que tenía que arreglar las cosas. Él sabía que yo no había matado a tus padres, pero dejó que la responsabilidad recayera sobre mí. Yo le dije que solo podría perdonarlo si me sacaba de aquí. Ese es el único motivo por el que me habló del vídeo. Luego me dijo que buscaría un modo de conseguir mi libertad, pero que estaba en una posición difícil. Hay algunas personas muy bien relacionadas que van a cabrearse si las traiciona, y le preocupan su esposa y sus hijos. Me pidió que no contara nada hasta que él pensara cómo hacer llegar el vídeo a la gente adecuada.

—Pero tú sí lo contaste. Vi los posts de tu madre en las redes sociales. Ella se lo está diciendo a todo el mundo.

Él cierra los ojos con fuerza. Una expresión dolida le cruza el rostro. Deduzco que no le dejan acceder a internet y que

seguramente no lo sabía.

—No debería haber hecho eso. Después de que yo le explicara que había una nueva prueba, mamá contactó con ese grupo que nos ayuda a presentar una apelación. Yo pensé que un abogado me guardaría el secreto, así que me pareció bien. Pero no sabía que ella iba a hacerlo público así. —Se pasa una mano por la cara—. Mierda. Seguramente por eso… ese tipo… no ha vuelto a aparecer. Probablemente está cabreado conmigo por contárselo a mamá.

Me echo atrás en la silla. Ay, Dios. Paul no lo sabe. Kevin Foster murió hace más de un mes.

—He de irme. Me pondré en contacto contigo si descubro algo. —No puedo ser yo quien le diga que Foster está muerto.

Se le demuda el rostro.

—¿Ya te vas? Yo dispongo de hasta dos horas para cada visita.

—Lo siento. No puedo quedarme más tiempo.

Él se saca algo del bolsillo y lo desliza por encima de la mesa. Es un punto de libro hecho en cuero.

—Gracias por venir a verme.

Yo no lo toco y miro a los guardias. Una de las normas era muy clara: no pueden intercambiarse objetos entre los visitantes y los reclusos.

Paul debe percibir mi inquietud porque dice:

—Tranquila. Me han dado permiso para traerte esto. Como lo he hecho aquí, en el taller, puedo regalárselo a quien yo quiera.

Este punto de libro hecho a mano no es lo único que he recibido de él. En las cartas que me ha enviado siempre incluía alguna cosa.

Cojo el punto de libro, me levanto y me alejo rápidamente hacia la salida. Hay todo un proceso para salir, al igual que lo había para

entrar.

Por fin estoy en el autobús que se dirige a la entrada. Ha sido mucho más duro de lo que esperaba. Quizá no haya sacado todas las respuestas que buscaba, pero al menos ahora sé en qué consiste esa prueba que anda por ahí. Durante diez años he creído que Paul era el responsable de la muerte de mis padres, pero ahora ya no estoy tan segura.

Deacon está esperándome fuera cuando salgo por la entrada de visitantes. Me da un abrazo mientras yo parpadeo para contener las lágrimas.

—¿Estás bien?

Asiento sobre su pecho.

—Vale. Salgamos de aquí.

Me lleva al coche y enseguida estamos otra vez en la carretera de Saint Francisville. Bajo la visera de mi lado y empiezo a alisarme el pelo para volver a ponerme la gorra y la peluca. Le cuento lo que he averiguado.

—Es un vídeo de una cámara de vigilancia de una gasolinera.

—¿Y se ve claramente al conductor?

Me encojo de hombros.

—Él me lo ha presentado como si fuera así, pero estoy segura de que en realidad no lo ha visto. Además, Foster no le dijo quién conducía la camioneta. Y Paul tampoco sabe que Foster ha muerto.

Deacon baja la radio y se arrellana en su asiento.

—Lo que tenemos más a nuestro favor es que nadie sabe que nosotros estamos enterados de lo que Foster guardaba en su caja fuerte, así que es mejor que Paul no sepa que está muerto. El miedo a cabrear a Foster es lo único que hace que se mantenga callado.

—Sí, supongo que tienes razón.

—He recibido un mensaje de Shane mientras tú estabas allí. Han conseguido colocar el rastreador en el Range Rover de Ben. O sea que tanto si coge ese coche como el Mustang para ir a casa de Foster, lo sabremos.

Me vuelvo a colocar bien la peluca con la ayuda del espejito y luego cierro la visera.

—Vale, perfecto.

Pero Ben no será el único que se presente en la casa de Foster. Deacon tiene planeado ir allí también.

—¿Y si no va esta noche, como nosotros creemos? —pregunto, volviéndome hacia él.

—Plan B. Nosotros sabemos que tiene la llave y, gracias a Shane y Eddie, podemos entrar en su casa. Si no va esta noche, entraremos para cogerle la llave y abrir la caja nosotros mismos.

Espero que la cosa no llegue a ese punto.

El trayecto hasta Angola me ha parecido interminable, pero ahora recorremos el camino de vuelta a Saint Francisville en un abrir y cerrar de ojos. Ya estamos otra vez en la tienda de piensos. Deacon se detiene en el mismo rincón del aparcamiento donde todos nos hemos reunido antes y pone el coche en punto muerto.

—Le he enviado un mensaje a Serenity cuando hemos salido de Angola, así que debería aparecer en cualquier momento —dice—. ¿Tú vas a estar bien aquí durante el resto del día?

—Sí, será muy fácil. Solo debo seguir el resto del programa que ella me ha diseñado.

—No vaciles en largarte, si es necesario. No te metas en apuros por ella.

Le doy un apretón en el brazo.

—A mí me preocupas tú. ¿Y si las cosas no salen como esperas cuando Ben vaya a casa de Foster?

Deacon me dirige una gran sonrisa.

—No te preocupes por mí. Esto no es más que un trabajillo de sábado por la noche.

—Lo cual no hace que me sienta mejor.

Él se inclina hacia mí.

—En serio, no te preocupes. Ben no se esperará que yo aparezca. Vamos a sorprenderlo y a quitarle lo que lleve encima. Y luego nos largaremos.

En ese momento llega Serenity, lo que pone fin a la discusión. Me bajo del coche y la espero junto al capó.

—¿Todo bien? —pregunto.

—Sí, todo bien. —Me da un abrazo y me susurra—: Cuídate. Nos vemos luego en casa.

Me siento al volante del coche de Camille y miro cómo se alejan. Echando un vistazo al reloj, calculo cuánto falta para reunirme con ella. Son las cuatro de la tarde, así que solo me quedan ocho horas. No es más que un turno en el bar.

Me pongo en marcha y paro en la primera boutique que veo. Ha llegado el momento de gastar un poco.

20

Camille

LA COARTADA

Sábado, 10 de octubre

Margaret Everett.

La esposa de mi hermano.

Incluso en esta imagen reducida y granulosa, está tan impresionante como lo ha estado siempre desde que Silas empezó a salir con ella en secundaria.

¿Es esta la «reunión» que Ben tenía planeada antes de ir a casa de Foster? ¿Por qué necesitaba montar un plan tan elaborado para reunirse con ella?

Ben le indica con un gesto que entre.

—Pasa. ¿Te apetece beber algo?

—Sí. Agua, por favor.

Me muevo con sigilo por la buhardilla mientras los observo. Ya llevo horas aquí arriba y me siento muy inquieta. Lo que yo esperaba ver era cómo alguien le traía a Ben la información, pero hasta ahora no ha pasado nada parecido. Resulta difícil no tener la sensación de

que me han tendido una trampa en cierto modo, de que Aubrey sabía más sobre lo que iba a pasar hoy de lo que me ha contado y de que yo solo soy un peón en su juego.

En lugar de llevarla al despacho, la guía hasta la cocina. Ben se toma su tiempo para ir a la nevera, saca una botella pequeña de agua y la deja sobre la isla central; luego le señala el taburete más cercano a la esquina. Ella se sienta, desenrosca el tapón y da un sorbito, mientras que Ben se sitúa frente a ella, en el otro lado de la isla.

—Gracias por acceder a verme. —Margaret lo mira agitando las pestañas, tal como siempre hace con mi hermano. ¿Para qué ha venido?

—Claro, ya sabes que estoy siempre a tu disposición. —La actitud de Ben es distendida, pero su forma de ladear la cabeza y la línea de su boca me dicen que no le complace esta visita.

A mi mente acuden recuerdos de ciertos momentos entre ellos que yo había preferido ignorar. Ligeros roces que no eran exactamente inapropiados, pero parecían un poquito demasiado íntimos. Alguna mirada entre ambos que suscitaba la impresión de que compartían los mismos secretos. Nada abiertamente sexual, pero sí una familiaridad que no era normal.

Ahora, sin embargo, el lenguaje corporal de Ben me confunde.

—Te ha enviado Silas… —No es una pregunta.

Ella niega con la cabeza y estruja la botella con la fuerza suficiente como para que se derrame el agua.

—No, él no sabe que estoy aquí.

Ben se la queda mirando.

—En la colecta de fondos me dijiste que necesitabas hablar conmigo. En privado. ¿Qué sucede?

—Creo que Silas está a punto de hacer algo drástico. Está entrando en pánico. Sabe que tú has estado vigilando a Aubrey y está convencido de que Foster, antes de morir, le envió a ella lo que tenía. Y de que es solo cuestión de tiempo que tú se lo arrebates.

¿Cómo?

¿Por qué Margaret y Silas saben de Aubrey?

¿Y Foster ha muerto? ¿Cuándo murió?

No, no, no.

Esto no me gusta.

No me gusta la sensación de ser la única persona de mi familia que no sabe lo que está pasando.

Antes de que Ben pueda responder, Margaret añade:

—Silas tiene a alguien vigilándola también. Consiguió unas fotografías en las que apareces tú hablando con dos tipos que viven allí y arreglan coches en el garaje. —Señala hacia el sendero de acceso—. Fotos de ellos trabajando en ese coche que tienes ahí afuera.

¿Qué demonios está pasando aquí?

¿Shane y Eddie viven en esa casa con Aubrey? Cuando yo indagué un poco, después de encontrar aquella servilleta del bar, me centré en la otra mujer que vive allí. Pensaba que Ben me estaba engañando y apenas presté atención a los tipos que viven en la casa.

Mi mente gira a tal velocidad que casi me entra un mareo. Y luego me siento cabreada. Muy cabreada.

La risa de Ben resuena en la cocina.

—¿Me tomas el pelo? ¿Te has molestado en venir para decirme que Silas está espiándome? —Alza la mirada hacia el techo, moviendo lentamente la cabeza de un lado a otro—. Esto es increíble. Me subestimas si crees que no sé todo lo que está haciendo tu marido.

—No, no es por eso. Deberíamos colaborar todos juntos. Pero no lo estáis haciendo y, si seguimos así, nos va a explotar todo en la cara.

Ben tiene una expresión escéptica mientras rodea la isla para acercarse a ella.

—Eso ya lo intenté. Randall y Silas olvidan que si ellos están enterados de esa mierda de Foster es solo porque yo se lo expliqué cuando el expediente del caso aterrizó en el escritorio de Hank.

Margaret suelta una carcajada.

—Bueno, perdona. Yo solo estoy procurando que nadie haga una locura, porque parece que todos estáis perdiendo el juicio con este asunto. Ellos piensan que tú vas a utilizar la prueba en su contra. Eso es lo que les preocupa. ¡Tú solo tienes que decirles que no vas a hacerlo!

Ben da otro paso hacia ella, lo que hace que Margaret se eche atrás en el taburete.

—Tienen motivos para preocuparse. ¡Te aseguro que lo primero que haré será utilizarla para liberarme de las garras de Randall Everett, con las que me ha tenido sujeto durante todos estos años!

—Tú sabes que, si consigues esa prueba el primero, esto no acabará bien para ti. Ninguno de los dos te permitirá jamás tener un poder de ninguna clase sobre ellos.

Ben acerca la cara a la de Margaret. Veo cómo se le hincha una vena en la frente.

—Yo no accedí a encubrir a Silas la noche en que mató a esa gente solo para que el puto Randall Everett pudiera controlar el resto de mi vida.

Espera un momento.

Espera, espera.

¿Qué está diciendo?

Fue Ben el que estuvo implicado aquella noche, ¿no?

Ben.

No Silas.

Silas ni siquiera estaba en Corbeau aquel verano. Yo me fui de mochilera por Europa y Silas estuvo trabajando en un rancho de Texas.

Por eso nunca había considerado siquiera que Silas pudiera haber estado implicado en el asunto.

Ben se aparta de Margaret con las manos en los bolsillos; una extraña calma desciende sobre él.

—Yo jamás habría accedido a ser su coartada si hubiera sabido que eso iba a convertirme en la marioneta de Randall durante todos estos años, ni más ni menos que todas las personas que hacen trabajos sucios para él.

Me siento asqueada. Y confusa.

¿Era Silas el que conducía la camioneta de Paul aquella noche?

Y todo el mundo en mi familia parece saberlo, excepto yo.

La rabia me sube del fondo de las entrañas y se extiende por todo mi cuerpo. Estoy temblando, estoy furiosa. Y triste. Y asqueada.

Esto es una pesadilla.

Entonces Ben le lanza una mirada mordaz.

—¿Para qué has venido, en realidad? Esta conversación podríamos haberla tenido por teléfono.

Ella se vuelve hacia él.

—Ya te lo he dicho. Estoy preocupada por Silas. Y creo que él quiere contárselo todo a Camille. Le incomoda que ella no sepa lo que sucedió ni hasta qué punto tú estás involucrado con Randall. Ya sabes lo furiosa que se pondría.

Él se cruza de brazos. Puede ser muy intimidante cuando quiere.

—Me importa una mierda lo que le cuente. Esconderá la cabeza bajo el ala como ha hecho toda su vida. A Camille le encanta fingir que no sabe de dónde sale el dinero y adopta una posición de superioridad moral, siempre y cuando no le afecte a su tren de vida. Y esto no es distinto.

Me derrumbo en el suelo y tengo que taparme la boca para sofocar el grito que estoy deseando soltar.

Margaret deambula en círculos por la cocina ante la mirada de Ben.

—Randall no se quedará de brazos cruzados esperando a ver qué pasa.

Ben da un golpe en la encimera y ella pega un respingo.

—Yo ya estoy harto de Randall. Harto de asumir los casos que él quiere que lleve, simplemente para evitarles la cárcel a sus amigos corruptos. Harto de ayudarlo a llenarse los bolsillos. Ha llegado la hora de llenarme los míos. Y no voy a empezar a seguir ese camino con Silas. Esta basura se acaba esta noche. Y lo último que necesito es tu jodida ayuda para hacerlo.

Vuelvo a desplomarme en la silla y trato de recuperar el aliento. No tenía ni idea de que Ben hubiera estado tan involucrado en las mierdas de mi padre durante todos estos años. Eso es precisamente lo que yo no quería. Nunca he deseado vivir así. Por eso he dudado tanto en fundar una familia, porque nunca he querido traer un hijo a este tipo de vida tan corrompida.

Hay un temblor nervioso en la voz de Margaret cuando vuelve a hablar:

—Ya veo que tienes un plan. ¿Qué piensas hacer?

Ben se le acerca tanto que apenas hay espacio entre ambos. Aprieta la mandíbula. Conozco esa mirada. Está haciendo un esfuerzo para no perder los estribos. Le rodea las muñecas con las manos, inmovilizándolas.

—¿Ha sido Silas quien te ha enviado aquí? ¿Os habéis vuelto contra mí?

Ella niega con la cabeza.

—¡No! ¡Él está en la granja! ¡Te juro que él no me ha enviado! —Noto por su expresión que Ben le está apretando demasiado fuerte.

—Nos conocemos desde hace mucho, Margaret. No lo olvides, yo soy el guardián de los secretos.

Margaret se zafa de él y retrocede.

—Será mejor que me vaya. Pronto se preguntará dónde estoy.

Se me revuelve el estómago y siento fuertes punzadas en la cabeza. La bilis me sube por la garganta. Corro al cubo y vomito todo lo que tenía en el estómago hasta que solo doy arcadas. Me entran sudores por todo el cuerpo y me siento pegajosa. Necesito un buen rato antes de regresar tambaleándome a la silla.

Cuando vuelvo a coger la tableta, Margaret se ha ido y Ben está otra vez en el despacho, trabajando como si no le importara nada, mientras que yo estoy aquí con la sensación de que todo mi mundo ha saltado por los aires.

Soy idiota. Rematadamente idiota. Antes, mientras hablaba por teléfono, él ha dicho que tenía un par de reuniones antes de ir a casa de Foster, y a mí se me encoge el estómago al preguntarme quién va a presentarse ahora. No sé si seré capaz de soportar más descubrimientos sobre Ben o mi familia.

Su teléfono empieza a sonar.

—Sí. —Ben se echa atrás en la silla mientras escucha a su interlocutor—. Saca una foto y envíamela.

La llamada concluye. No puedo ver la pantalla de su teléfono desde este ángulo, pero parece que él esté esperando a que le llegue la fotografía que ha pedido. Se nota claramente en qué momento la recibe porque se yergue en la silla.

Ben mira el teléfono un buen rato y luego da unos golpecitos en la pantalla en un gesto un tanto frenético. Al cabo de unos minutos, se lleva el aparato otra vez a la oreja.

—Salgo ahora de casa —dice en cuanto le responden, y luego cuelga con la misma brusquedad.

No sé cuál es el asunto que lo reclama, pero me alegro de que se vaya porque yo tengo que salir de esta buhardilla y de esta casa antes de perder el juicio. Antes de hacer algo que tenga que lamentar.

Ben recoge rápidamente, cierra el portátil y toma sus llaves. Al cabo de unos minutos, oigo el ruido característico de la puerta del garaje al abrirse.

En cuanto oigo que vuelve a cerrarse, me pongo en marcha. Salgo de la buhardilla, bajo corriendo las escaleras hasta la planta baja, me voy directa a la cocina y cojo la cámara. Luego entro a toda prisa en su despacho para coger la que hay allí. Acerco una silla y me subo encima para alcanzar la estantería donde la he escondido. No sé lo que voy a hacer con la grabación, pero no quiero dejarla aquí, porque hay muchas posibilidades de que nunca vuelva a poner un pie en esta casa.

—Tú no deberías estar aquí.

Doy un grito y pierdo el equilibrio. Aterrizo en el suelo, junto a la silla volcada.

Y ahí está Ben, apoyado en la pared, mirando las cámaras que han caído a mi lado.

21

Ben

DIEZ AÑOS ANTES

Pasan unos minutos hasta que los golpes me despiertan del todo. Me levanto tambaleante de la cama y abro la puerta de la habitación solo para descubrir que no hay nadie. ¿Acaso lo he soñado?

Toc, toc, toc.

—¡Ben! ¡Abre!

Los golpes vienen de la ventana. Cruzo la habitación todavía medio dormido y, al apartar las cortinas, veo a Margaret.

Abro la ventana de inmediato.

—¿Estás sangrando?

Ella se pasa la mano por la frente para limpiarse la sangre.

—Solo un poco, me parece. —Se vuelve y tira del brazo de Silas para hacerle entrar por la ventana—. Necesitamos que nos ayudes.

Tirando yo hacia dentro y ella empujando desde fuera, tardamos unos minutos en meterlo dentro. Él gime al aterrizar en el suelo y se lleva la mano a una parte de la frente que también tiene ensangrentada.

—¿Qué demonios os ha pasado?

La llamada que he recibido sobre mamá esta tarde ha sido el final de mierda de lo que ya era una semana de mierda, y lo último que me hace falta en la medianoche de un viernes son las mierdas en las que se hayan metido el hermano pequeño de Camille y su novia.

Margaret no responde hasta que se ha colado en la habitación y ha cerrado la ventana y corrido las cortinas.

—Algo terrible, Ben. —Al fin me mira a los ojos—. He pensado que tu casa era el sitio más cercano a donde ir.

Si se han metido en un lío en esta parte de la ciudad, sin duda no puede ser nada bueno.

Silas está muy maltrecho. Apenas parece consciente y la frente no cesa de sangrarle. Tiene la rodilla derecha tan hinchada que se ve dos veces más gruesa que la izquierda.

Al volver en sí, recorre despacio mi habitación con los ojos vidriosos.

—¿Dónde coño estamos? —dice con voz rasposa. No es de extrañar que no reconozca mi habitación porque nunca había estado en mi casa. De hecho, Camille solo ha venido aquí unas pocas veces, pese a que llevamos saliendo desde el último año de secundaria.

Margaret se deja caer junto a él.

—Estamos en casa de Ben.

Silas se la queda mirando.

—Estábamos en aquella camioneta…

Ella asiente.

Él intenta incorporarse, pero acaba cayendo sobre Margaret.

—Mierda, me duele la cabeza.

Joder, vaya desastre.

Cojo una toalla y se la tiro a Margaret.

—Prefiero que no me manche la alfombra de sangre.

La observo mientras le seca la cara a Silas.

Estos dos son una auténtica calamidad. Silas es la encarnación del engreído gilipollas que sabe que el dinero resuelve todos los problemas y que él nunca deberá cargar con las consecuencias. Papá siempre lo ha arreglado todo y siempre lo hará. Margaret procede de la misma parte de la ciudad que yo, vive a un par de calles de aquí; le echó el lazo a Silas en segundo de secundaria y ya no lo ha soltado.

Hay un montón de similitudes entre ella y yo, y a mí no se me escapa que la mayoría de la gente de esta ciudad nos pone a los dos en el mismo saco cuando hablan de las parejas que han escogido los hijos de Randall Everett. Es evidente que Randall preferiría que ambos se relacionaran con gente que él considerase de su altura social, pero no hay nadie que encaje en esa categoría en esta ciudad. Los Everett constituyen una clase por sí solos.

Se hicieron grandes esfuerzos para que Camille mantuviera sus opciones abiertas cuando la enviaron a estudiar a la Universidad de Tulane, en Nueva Orleans. Y habría resultado fácil conseguirlo, porque yo fui a la Universidad Estatal de Luisiana, pero de algún modo conseguimos seguir juntos. Aunque no estoy seguro de que nuestra relación sobreviva a su periplo veraniego por Europa. Sus llamadas y sus mensajes se están volviendo cada vez menos frecuentes.

A Randall le gusta mandar fuera a sus hijos durante el verano. Se supone que Silas está trabajando en un rancho ganadero de Texas, pero no deja de venir a escondidas para ver a Margaret siempre que se presenta la ocasión.

—¿Alguien va a contarme qué ha pasado?

Silas me mira con expresión confusa y se vuelve hacia Margaret.

—Nos hemos subido a esa camioneta —dice simplemente. Su memoria parece haberse interrumpido en ese momento.

Me aprieto el puente de la nariz y hago un esfuerzo para no perder los estribos con este par de idiotas.

—Deduzco que ha habido un accidente, ¿no?

Él se lleva las manos a la cabeza y se agarra el pelo, gimiendo de dolor.

—¿Por qué estábamos en esa camioneta?

—¿Cuánto ha bebido? ¿Y qué ha tomado? —le pregunto a Margaret—. ¿Y de quién era la camioneta? —Silas tiene un Jeep de esos potentes, no una camioneta. Margaret no tiene coche.

Ella ignora mi pregunta y responde a Silas.

—Querías ir a comprar algo de comida. ¿Recuerdas?

Él levanta la cabeza de golpe.

—Joder. Si lo recordara, ¿te estaría preguntando por qué estábamos ahí?

Esto la deja sin aliento.

—Vale, vamos a calmarnos —digo—. Ella solo está intentando ayudarte, Silas. No seas gilipollas.

Margaret alza las manos para defenderlo, aunque no se lo merezca.

—No pasa nada, Ben. Está confuso. Y herido.

Yo ya no aguanto más sin saber qué está pasando.

—Margaret, o me dices qué ha ocurrido o ya podéis salir por la ventana y largaros a otro sitio.

Silas se vuelve hacia ella, como si su respuesta le intrigara tanto como a mí.

—Estábamos en casa de Paul Granger…

Yo la interrumpo, mirando a Silas.

—Tu padre se pondrá furioso si se entera de que frecuentas la casa de Paul.

—Deja que termine. —Ahora es él quien la defiende a ella.

Margaret me lanza una mirada y luego se concentra en Silas.

—Todos estaban allí: Grant y Emily, Jack, Nathan y Sam. De fiesta. Tú has querido quedarte cuando los demás se han ido a la fábrica de algodón.

La fábrica está justo en las afueras de la ciudad, y los chicos de secundaria suelen ir allí cuando no tienen otra cosa que hacer.

—Silas, ¿no se suponía que tú debías estar en Texas ahora mismo?

Él se tumba en el suelo, tapándose la cara con la toalla.

Los ojos de Margaret se llenan de gruesas lágrimas.

—Yo lo convencí para que viniera este fin de semana.

Margaret y Silas se graduaron hace poco, en el mes de mayo, y están viviendo ahora ese extraño verano en el que, aunque todo aún sigue igual, se sabe que el cambio está al caer, porque solo faltan unas cuantas semanas para la universidad. Es como un picor del que no consigues librarte. Un anhelo de algo que todavía no sabes qué es, lo que suele llevar a cometer estupideces. Mis amigos y yo solíamos frecuentar la casa de Paul, pero luego dejamos de hacerlo. El grupo de Silas, sin embargo, está empezando ahora a recorrer ese camino.

—¿Por qué no os habéis ido con todos los demás? —le pregunto a ella.

—Él tenía hambre, pero su Jeep no estaba allí. Paul se había quedado frito, así que hemos cogido su camioneta —dice con una voz aguda, estridente.

Silas se remueve en el suelo, tratando de encontrar una posición cómoda para su rodilla inflamada. Mantiene la toalla sobre la frente.

—Recuerdo que estábamos en casa de Paul. Recuerdo que hemos dicho que iríamos a comprar comida. Después lo tengo todo borroso. —Habla arrastrando la lengua, y yo no sé si recordará esta conversación mañana, y mucho menos el accidente—. No deberías haberme dejado conducir.

Margaret suelta un ruidoso sollozo.

—O sea que habéis cogido la camioneta para comprar comida y habéis tenido un accidente.

De nuevo, ambos la miramos buscando su confirmación.

—Sí. Había un coche. Ha aparecido de repente.

—¿Dónde ha sido? ¿Ha habido algún herido? —pregunto, aunque me aterroriza oír la respuesta.

Ella se encoge de hombros y empiezan a caerle las lágrimas.

—En Maple Road. Nos hemos bajado de la camioneta y hemos echado a correr. —Eso queda a solo unas calles de aquí.

Silas aparta la toalla.

—¡Mierda! —Empieza a dar golpes en la alfombra con la mano—. ¡Mierda! ¡Mierda!

—No grites. Vas a despertar a mi madre. —Mi madre está medio inconsciente en su habitación, y aunque no creo que una bomba fuera capaz de despertarla, es mejor que Silas baje la voz.

Saco el móvil de mi bolsillo trasero.

—Voy a llamar a tu padre, Silas.

Él levanta la cabeza.

—¿Qué? ¡No! ¿Para qué vas a llamarle? —Ahora parece asustado de verdad.

—¡Porque esto no puedo manejarlo yo solo! Has robado una camioneta, has chocado con otro coche y te has largado de allí. Y seguramente se cabreará cuando se entere, pero los dos sabemos que es el único capaz de sacarte de esta mierda.

Silas se desploma otra vez, pero es evidente que sabe que tengo razón.

—¿Dónde está el baño?

—Al otro lado del pasillo.

Margaret lo ayuda a levantarse y trata de acompañarlo, pero él se zafa de ella.

—No necesito tu ayuda para mear.

Ella se aparta y Silas está a punto de caerse de culo, pero se agarra del extremo de mi cama. Si esto no fuera tan trágico, resultaría cómico.

Mientras Silas sale de la habitación tambaleándose, Margaret vuelve a sentarse en el suelo.

—No le digas al señor Everett que estoy aquí. Que yo estaba con él. —Lo dice con una voz apagada, rota—. Ese hombre me odia. Quiere que Silas rompa conmigo.

En ese momento, muy a mi pesar, siento cierta camaradería con ella. Los dos estamos luchando con uñas y dientes para conservar la pareja en contra de los deseos de Randall Everett.

—Márchate. Vete a casa. Yo no diré que estabas aquí, pero no puedo prometerte que Silas no lo haga.

—No lo hará. Él sabe cómo reaccionaría su padre. Silas me quiere.

Me cuesta trabajo no poner los ojos en blanco. Para mí está clarísimo que Silas solo se quiere a sí mismo y que será un milagro si todavía siguen juntos en cuanto haya empezado el primer semestre.

Él parece estar algo mejor cuando vuelve a mi habitación dando tumbos, porque se ha lavado la sangre de la cara, aunque aún tiene la camisa manchada.

Margaret se levanta y se lanza en sus brazos, con lo que ambos están a punto de caerse.

—Ben dice que debería irme antes de que llegue tu padre, porque ya sabemos cómo se pondrá. Llámame luego, cuando puedas hablar.

Al ver que asiente, ella se aparta acongojada, como si separarse de él le resultara doloroso. La expresión de Silas no refleja lo mismo.

—Puedes salir por la puerta principal —le digo a Margaret.

Cuando ella se ha marchado, Silas se deja caer en mi cama y luego se tumba.

—Llámale y acabemos con esto de una vez.

Este estropicio no será tan fácil de esconder debajo de la alfombra como todos los demás. Esto es solo el principio.

Vacilo unos segundos antes de marcar el número del señor Everett. Es tarde, pero sé que me responderá.

—Ben, ¿hay algún problema? —Habla con voz ronca, como si lo hubiera despertado.

—Sí, señor. Silas está en mi casa. Ha habido un accidente.

—Que se ponga.

Le paso el teléfono a Silas.

—Hola, papá. La he cagado.

Silas mantiene la cabeza gacha mientras habla en voz baja por teléfono, repitiendo lo que ambos hemos sabido por Margaret. Y tal como ella ha supuesto, no menciona que su novia estaba presente. Luego se queda callado y escucha lo que está diciéndole su padre.

Al colgar, nos quedamos los dos en silencio un buen rato.

—Viene para aquí —dice Silas por fin—. ¿Podría tomarme un café?

La adrenalina provocada por el accidente y la huida hasta aquí seguramente lo ha despejado un poco, pero es evidente que no está sobrio, y deduzco que quiere estarlo antes de que llegue su padre.

—Sí. Dame un minuto.

Me voy a la cocina. Nuestra cafetera es vieja, pero todavía consigue hacer un café decente. Vuelvo con dos tazas, una para él y otra para mí, porque parece que la noche va a ser larga. Le doy la suya con un par de analgésicos.

—Tómate esto con el café.

Él se levanta y deambula renqueante por la habitación, dando sorbos a su taza, como si a pesar de su embriaguez supiera que tiene que estar preparado para lo que se avecina.

—¿Tienes otras heridas, aparte de las de la frente y la rodilla? —Lo último que me hace falta es que el único hijo varón de Randall Everett se muera en mi habitación por una hemorragia interna.

—Qué demonios, no lo sé. Me duele todo.

El señor Everett tardará al menos veinte minutos en llegar, y eso suponiendo que no pierda más tiempo vistiéndose.

Silas deja su taza vacía en mi mesilla y se vuelve a tumbar en mi cama.

—Ahora no podré salir nunca de Corbeau.

Yo estoy sentado en la silla de mi escritorio y me giro al oírlo.

—¿Qué quieres decir?

—La he cagado. Papá lo arreglará y luego lo utilizará contra mí toda la vida. —Habla en voz tan baja que casi no le oigo. Y luego se queda frito.

Mientras duerme la mona, yo camino por la habitación. Cuanto más tarda el señor Everett, más nervioso me pongo.

Por fin suena en mi teléfono el zumbido de un mensaje anunciándome que está fuera. Me acerco a la cama y tengo que sentar a Silas para conseguir que se despierte.

—Tu padre está aquí.

Silas me sigue por el pasillo. Ahora se mueve de un modo más estable que cuando ha llegado, pero aún no está del todo despejado.

Randall nos está esperando en mi pequeño porche delantero. Las luces están apagadas, pero la luna brilla lo bastante como para poder distinguir sus rasgos. Nos mira fijamente a los dos y, por algún motivo, me da la sensación de que yo también estoy en un aprieto.

Mientras él recorre con la vista la parte delantera de mi casa, yo trato de verla con sus ojos. Randall sabe dónde vivo desde que empecé a salir con Camille, pero nunca había estado aquí. Esta casa es tremendamente distinta de la que ellos tienen en las afueras. La primera vez que yo vi su casa fue durante una excursión de octavo curso, cuando estábamos estudiando la historia de Luisiana en la clase de Sociales. Los Everett ofrecieron a nuestra clase un tour por su granja y nos explicaron cómo se cultiva y se cosecha la caña de azúcar. La casa era la más grande que había visto en mi vida.

Sé que a Randall le revienta que yo presencie esto, sabiendo que él lo arreglará. Porque si algo tengo muy claro es que va a arreglarlo.

Él se acerca más a Silas, lo sujeta de la barbilla y le echa la cabeza hacia atrás para verlo mejor.

—¿Necesitas unos puntos?

—No, señor. —El tono y la actitud arisca que Silas empleaba con Margaret han desaparecido.

—Quizá tengan que examinarle la rodilla.

El señor Everett no se molesta en mirarme mientras sigue inspeccionando a su hijo.

—Qué jodido desastre —masculla. Se aparta de Silas con expresión asqueada—. ¿Quién más está enterado de lo ocurrido, aparte de tú y Ben?

Aguardo para ver si Silas menciona a Margaret. Él titubea el tiempo suficiente como para hacerme pensar que no va a decir que ella estaba presente, pero al final confiesa la verdad.

—Margaret estaba conmigo. Me ha ayudado a llegar aquí. La verdad es que, sin ella, todavía estaría sentado en esa camioneta.

—Si no fuera por ella, tú estarías trabajando en Texas y no relacionándote con camellos despreciables.

Silas mira hacia el suelo sin decir nada.

—¿Paul Granger sabe que has cogido su camioneta para dar una vuelta?

—No lo creo. Se ha quedado frito antes de que nos fuéramos.

Al ver que no va a sacarle nada más a su hijo, el señor Everett se vuelve hacia mí.

—Estoy seguro de que eres lo bastante inteligente como para suponer lo que vamos a necesitar de ti, pero voy a explicártelo para que te quede bien claro. No va a resultar sencillo arreglar este estropicio de mierda. Así pues, he aquí lo que ha sucedido esta noche. Silas ha decidido no marcharse con los demás a la fábrica de algodón porque había hecho planes contigo. Tú has ido a casa de Paul y has recogido a Silas y Margaret poco después de que todos se fueran. Una vez en tu coche, habéis dejado a Margaret en su casa. —Hace una breve pausa, mirando a Silas—. Supongo que es allí a donde se ha ido corriendo en cuanto ha sabido que yo venía.

—Sí, señor. —Apenas reconozco esta versión sumisa de Silas.

El señor Everett se vuelve otra vez hacia mí.

—Después de dejar a Margaret, tú y Silas os habéis ido a nuestro apartamento de Baton Rouge, donde habéis pasado el resto del fin de semana, tal como habíais planeado. Si alguien te pregunta, esto es exactamente lo que dirás.

No sé bien lo que yo me esperaba, pero desde luego no era esto.

—Usted quiere que yo sea su coartada.

—¿Tú quieres a mi hija?

La pregunta resulta tan sorprendente que doy un paso atrás.

—Usted sabe que sí.

—Pues eso te convierte en miembro de la familia. —Por su modo vacilante de pronunciar estas palabras, deduzco que le ha costado decirlas—. Y en una familia todos se ayudan unos a otros. La familia protege a la familia. La familia se ocupa de que sus miembros tengan éxito en la vida. —Hace una pausa teatral—. Si alguna vez la pelota ha estado en tu tejado, es en este momento. Nunca más tendrás una oferta como la que te estoy proponiendo.

Él es consciente de lo tentador que resulta esto para mí. Si encubro a Silas, él no se interpondrá en nuestra relación.

Pero todavía no ha terminado.

—Y luego está lo que ha ocurrido esta tarde.

Mi madre.

Ella no ha vuelto a ser la misma desde que mi padre murió el año pasado. Esta tarde he recibido una llamada suya en el trabajo. Estaba borracha, llorando y desvariando, y decía que íbamos a perderlo todo. La casa, su empleo, su coche. Yo sabía que ella tenía problemas emocionales y económicos, pero no que la cosa estaba tan mal. Y no puedo hacer gran cosa hasta que me gradúe, pues a duras penas consigo subsistir por mi cuenta. Las becas, los préstamos de estudios y un empleo de verano son lo único que me permitirá volver a la universidad este otoño.

La segunda llamada que he recibido esta tarde era del director de la oficina bancaria. Al parecer, mamá ha ido allí para suplicarles que le den más tiempo para pagar la hipoteca y un plazo del coche. A juzgar por las palabras del director, ha montado un numerito. Yo le he dicho que iría para estudiar el asunto, cosa que pensaba hacer durante la pausa del almuerzo del lunes. No debería sorprenderme que el tipo haya llamado al señor Everett después de hablar conmigo. No habrá querido perder la oportunidad de explicarle la situación de mi familia, ya que estoy saliendo con su hija.

—¿Cómo se encuentra tu madre ahora? He oído que ha pasado una tarde difícil.

Esto no debería resultar tan humillante como de hecho me resulta. Ella es una mujer en pleno duelo. He de tragarme el nudo que tengo en la garganta para poder responder.

—Está descansando.

En realidad, ha perdido el sentido antes de que yo llegara aquí. Estaba desplomada en el sofá con una botella de vodka al lado. La he metido en la cama sin que se despertara.

—Otra ventaja de formar parte de la familia…, de mi familia…, es que nosotros cuidamos de las personas que nos importan. Y como es evidente que a ti te importa tu madre, a mí también me importa, razón por la cual me ocuparé de que reciba la ayuda que necesita y de que el banco comprenda que es necesario un poco de indulgencia en tiempos difíciles como estos.

Mierda. Ahora sabe que me tiene atrapado. Porque el hecho de que esté dispuesto a no interponerse entre Camille y yo no garantiza que Camille y yo vayamos a seguir juntos. Ahora bien, ofrecerse a ayudar a mi madre lo cambia todo. Ella, con la depresión que la atormenta y la impulsa a beber, necesita ayuda. Ayuda económica. Cosa que yo no puedo darle.

—Ben, ¿tengo razón al considerarte parte de la familia?

Vacilo solo un segundo antes de responder:

—Sí, señor. Será un honor formar parte de su familia.

La cara del señor Everett se relaja por primera vez desde que ha llegado. Silas me mira fijamente, al parecer asombrado por el hecho de que haya aceptado el plan de su padre.

Randall me tiende la mano y yo se la estrecho. No puedo evitar la sensación de que acabo de hacer un pacto con el diablo.

—Espero que los dos estéis en la carretera de Baton Rouge en los próximos diez minutos. No paréis por el camino. Ni en ninguna parte. Llamaré mañana para ver cómo va todo.

—¿Y Margaret? —pregunta Silas.

—Hablaré con ella en persona.

Noto que Silas querría decir más, pero no lo hace.

—Y ninguno de nosotros le contará esto a nadie —dice Randall mirándome a mí—. Ni siquiera a Camille. ¿Lo entendéis? Nosotros cuidamos a las mujeres de nuestra familia. Nos ocupamos de que nunca tengan que preocuparse por las cosas que hacemos para protegernos unos a otros.

—Sí, señor —murmuramos los dos.

Él da media vuelta para marcharse, pero se detiene cuando Silas dice:

—¿Sabes si ha habido algún otro herido en el accidente?

La mirada que le dirige el señor Everett me provoca un escalofrío.

—¿Qué accidente? —Y luego se aleja.

Cuando me dispongo a volver dentro para recoger mis cosas y ponernos en marcha, Silas dice en voz baja:

—No tienes ni idea de lo que acabas de aceptar.

22

Hank

DESPUÉS DE LA COARTADA

Martes, 13 de octubre

La visita de Pete Sanders me ha dejado con una rabia larvada que amenaza con entrar en ebullición. Han pasado tres días desde que fue encontrado el cadáver de Ben, y da la impresión de que todo aquello por lo que tanto he trabajado se está desmoronando a mi alrededor.

Uno de los asistentes jurídicos, Scott, es con diferencia uno de los mejores investigadores que he conocido. Es capaz de encontrar una aguja en un pajar en un tiempo récord. Así que lo he sacado de su cubículo y lo he instalado en la mesa de mi oficina.

Ya estoy harto de ir siempre por detrás de los acontecimientos.

Llevamos un par de horas trabajando y él ya ha conseguido toda la documentación sobre el caso Paul Granger, incluida la transcripción de su juicio, así como información sobre Aubrey Price y los dos tipos que regentan la empresa que restauró el Mustang, Shane Phillips y Eddie Reynolds.

Shane y Eddie han trabajado durante la última década como mecánicos en varios talleres de reparación de la ciudad. Crearon una empresa de restauración de coches deportivos antiguos poco después de mudarse a la casa que comparten con Aubrey Price. Un post reciente colgado en redes sociales los mostraba celebrando un aniversario romántico, así que son pareja además de socios. Shane fue detenido por robo de coches cuando tenía veinte años y cumplió una pena de seis meses. Eddie nunca ha infringido la ley ni ha sido detenido.

A estas alturas ni siquiera me sorprende el modo en el que están todos conectados.

Ahora estamos entrando en los detalles del caso de Paul. Cuando lo examiné por primera vez, leí el resumen elaborado por un grupo de abogados que presta servicio legal gratuito, y eso me bastó para creer que tenía muchas posibilidades de ganar la apelación de su caso. No había pruebas forenses ni testigos oculares que hubieran visto a Paul conduciendo la camioneta aquella noche. El fiscal argumentó que los chicos que habían estado de fiesta en su casa se habían ido una hora antes del accidente, lo cual significaba que ninguno de ellos vio a Paul salir de su casa con la camioneta. Da la impresión de que, en cuanto la policía averiguó que él era el propietario, ya no hubo motivo para contemplar la posibilidad de que él no fuera el conductor. En conjunto, fue una investigación chapucera y negligente, aunque más bien previsible en el caso de un departamento de policía que apenas tiene experiencia en casos como este.

Pero ahora nosotros estamos indagando a fondo.

—Scott, saca el informe de la detención y hazme un resumen.

Él teclea unos momentos.

—Paul Joseph Granger. Varón blanco, treinta años. Detenido en su domicilio en el 742 de Oak Street, Corbeau, Luisiana, el 8 de julio de 2016, a las siete y doce minutos de la mañana. Detención efectuada por Kevin Foster. —Scott hace varios clics—. Foster fue también el primero en llegar a la escena del accidente en Maple Road. El informe dice que se presentó allí a la una y media de la madrugada. Él fue asimismo quien tomó declaración a todos los testigos.

Hojeo las páginas de los expedientes que Ben tenía en el despacho de su casa.

—Había más de dos docenas de personas en casa de Paul aquella noche… ¿y un solo agente tomó todas las declaraciones?

Más clics.

—Vaya.

La perplejidad de Scott hace que me vuelva hacia él.

—¿Qué?

—Kevin Foster fue el jefe de la policía de Corbeau durante los últimos treinta años.

Me levanto y me sitúo detrás de él para ver lo que está mirando en su pantalla.

—¿Estás diciendo que el jefe de policía fue el primero en presentarse en la escena en mitad de la noche?

Scott se encoge de hombros.

—Eso es lo que dice el informe.

Noto una extraña e inquietante sensación por dentro, aunque no sé bien qué es.

—¿Alguien llamó al 911 para avisar? ¿Cómo se descubrió el accidente?

—Ninguna mención de una llamada al 911. Lo cual no significa que no se produjera. Lo único que dice aquí es la hora a la que llegó Foster.

Considerando el asunto como si yo fuera el abogado defensor de Paul Granger, Kevin Foster sería la primera persona a la que intentaría desacreditar. Desmontaría cada declaración que él tomó, tratando de averiguar si pudo haber influido en los recuerdos de los testigos o recogido la información de forma incorrecta. Puesto que él fue además el primer agente en presentarse, trataría de determinar si manejó de forma inadecuada alguna prueba o no siguió el procedimiento correcto al recogerla.

—¿Dices que fue el jefe de policía? ¿Ya no lo es?

—No. Se retiró hace unos meses.

Scott pasa de una página a otra demasiado deprisa para que yo pueda examinarlas antes de que desaparezcan.

—Ah, un momento. Ha muerto.

Yo me incorporo de golpe.

—¿Muerto? ¿Cuándo?

En unos segundos, Scott encuentra su obituario.

—El primero de septiembre. Cáncer de páncreas. Espera. Su cuenta de Facebook sigue activa y está abierta.

Miro como abre un post antiguo.

—Diagnosticado en diciembre del año pasado.

Ambos leemos la entrada en la que Foster explica cómo se enteró y cuál era el pronóstico. Recorremos la página y vemos fotografías suyas en el hospital recibiendo tratamiento, así como un enlace a GoFundMe, una plataforma para recaudar fondos, y otro a una

cuenta de MealTrain, un programa de entrega de comidas a personas con dificultades.

Scott encuentra una foto suya tomada en el mes de mayo en un barco de pesca. Apenas se le reconoce, comparado con las primeras imágenes.

—Madre mía, es como si hubiera envejecido diez años —comenta Scott, y tiene toda la razón.

Hay un extenso post junto a la fotografía donde explicaba que el cáncer se había expandido, que había tomado la decisión de no seguir más tratamientos y que optaba por disfrutar lo máximo posible de sus últimos días. Eso debió ser justo antes de que decidiera retirarse.

Scott sigue revisando la página y se detiene en una ilustración que Foster colgó a finales de mayo. Es una imagen de Jesús ante las puertas del cielo.

—Aquí lo tienes. Encontró a Dios. Me lo estaba esperando.

—Venga ya —digo mientras leo los comentarios.

—En serio. A mi abuelo le pasó lo mismo. Le encontraron un bloqueo del ochenta por ciento en una arteria y, acto seguido, me entero de que estaba yendo a misa todos los días con mi abuela, pese que no lo había hecho desde hacía años. Luego le pusieron unos *stents* y le dijeron que iba a vivir, y no ha vuelto a la iglesia desde entonces.

Después de la primera imagen de Jesús, Foster ya no compartía otras publicaciones que no fueran contenidos religiosos sobre la salvación, el cielo, el arrepentimiento de los pecados y las súplicas de salvación.

—Estaba muy asustado ante la muerte y la idea de ir al infierno. Me pregunto cuántos cadáveres tendría en el armario —dice Scott.

—Sí, es un poco siniestro —comento, leyendo una larga y confusa publicación en la que decía que iba a «abandonar este mundo con el corazón puro tras haber hecho borrón y cuenta nueva»—. Vale, sigamos adelante porque no vamos a llegar a ninguna parte con Foster. ¿Quién era el abogado de oficio que asignaron a Paul?

La página de Foster desaparece y volvemos a los documentos del tribunal. Tras unos minutos, Scott dice:

—Un tipo llamado Mike Knox, pero ya no ejerce. Se trasladó a Nueva Orleans hace unos cinco años.

—¿Y el juez del caso?

Más clics.

—El juez Landis. Retirado.

Me incorporo y voy al otro extremo de la mesa.

—¿Quieres repasar las declaraciones de los testigos y hacer una lista de todas las personas con las que habló la policía y otra lista de los que estaban de fiesta en casa de Paul aquella noche?

Scott asiente.

—Me pongo a ello.

Yo vuelvo a examinar la carpeta que Ben tenía sobre Aubrey Price y Paul Granger. No puedo evitar la sensación de que se me escapa algo.

Al releer una de las notas de Ben, me detengo de golpe: «El Jefe. Angola, 6 de junio».

El Jefe.

Kevin Foster era el jefe de policía de Corbeau.

Cada uno de los expedientes que Ben tenía en casa o en su maletín hace alguna referencia a ese nombre. Son precisamente los expedientes que reflejan el tipo de conducta que podría haberle costado su licencia como abogado. Yo quería averiguar quién podía estar ayudando a Ben y ahora Kevin Foster se ha situado en lo alto de la lista.

Pero ¿por qué anotó Ben en el expediente de Paul que Foster había ido a Angola?

Vuelvo a pensar en los posts de Foster en las redes sociales y en el comentario de Scott, según el cual el jefe de policía «estaba muy asustado ante la muerte y la idea de ir al infierno». ¿Acaso la visita de Foster estaba relacionada con el arrepentimiento por sus pecados y el deseo de ser perdonado? ¿Fue allí para pedirle perdón a Paul?

Reviso el resto de las notas de la carpeta sobre Aubrey dando por supuesto que el Jefe es Foster, y todas cobran un sentido totalmente distinto.

Luego echo un vistazo a la docena de carpetas que Ben guardaba en su casa, todos esos duplicados que muestran que contaba con ayuda para falsificar pruebas e intimidar a testigos. Toda esa ayuda procedía del Jefe.

Foster estaba en Corbeau, así que tiene sentido que él hubiera podido encubrir un delito cometido allí. En Baton Rouge, sin embargo, no tenía la misma influencia. Así pues, ¿quién ayudaba a Ben en los casos de aquí?

Vuelvo a abrir el expediente de Pete Sanders y lo hojeo rápido hasta encontrar una lista de nombres que Ben empezó en el margen de una página, junto a una entrada especialmente reveladora sobre una de las personas que se habían presentado para testificar contra

Pete. El Jefe figura en lo alto y luego hay una flecha que apunta a otra docena de nombres; algunos los conozco y otros no. Todos han sido tachados.

Los nombres que conozco son de personas de Baton Rouge que ocupan posiciones muy diversas: otros abogados, un juez, un par de investigadores privados, un puñado de tipos que la oficina del fiscal ha tratado de atrapar durante años por diferentes delitos.

Releo la lista tres veces hasta que lo comprendo.

Lógicamente, una vez que Foster se retiró y descubrió a Dios, ya no podía seguir siendo útil como antes. Así pues, Ben estaba intentando averiguar a quién recurría Foster cuando tenía que resolver algo fuera de Corbeau.

Vuelvo a la carpeta sobre Aubrey. «El Jefe. Angola, 6 de junio».

¿Y si Paul Granger no era el único al que Foster sentía que debía pedir perdón?

¿Cuántas de las personas que aparecen en estos expedientes estaban luchando para salvar el culo ante la posibilidad de que Foster se arrepintiera de sus pecados y la verdad saliera a la luz?

¿De qué magnitud habría sido el problema para Ben en ese caso?

Enorme.

Como para acabar con su carrera.

¿Incluso para acabar con su vida? ¿Podría ser ese el motivo de que lo mataran?

Hay algo que todavía se me escapa, pero ahora mi lista de quién podría haberlo matado y por qué se reduce al grupo de expedientes de esta mesa.

—Scott, ¿hay algún modo de saber quién fue el mayor donante en la campaña de elección de Foster? —Estoy bastante seguro de cuál

es la respuesta, pero no quiero sacar conclusiones precipitadas.

—Claro. Dame un minuto.

Mientras espero a que él encuentre ese dato, releo los documentos de los demás expedientes, tomando nota cada vez que mencionan al Jefe.

—Vale. Foster se presentó sin oposición a sus tres últimas elecciones, pero, aun así, siguió aceptando donaciones. —Se inclina sobre la pantalla—. Guau. Para tratarse del puesto de jefe de policía en una ciudad del tamaño de Corbeau, recibió algunas bastante cuantiosas.

Ya, seguro que sí.

Scott se echa hacia atrás y me mira con expresión preocupada.

—Sea lo que sea, no te apures. Dímelo.

Él asiente y vuelve a mirar la pantalla.

—El mayor donante es Randall Everett. Y el siguiente, el señor Bayliss.

23

Camille

LA COARTADA

Sábado, 10 de octubre

Tú no deberías estar aquí.

Ben se aparta de la pared en la que estaba apoyado y se acerca. Yo aún estoy en el suelo, de modo que retrocedo hasta que choco con la librería. La silla sigue volcada entre ambos.

Él se detiene frente a mí.

—Obviamente, tenemos un problema.

No es una pregunta, así que no respondo.

—Levántate. —Me tiende una mano, pero yo no sé si cogerla. Ben no se mueve, permanece ahí con la mano tendida, aguardando a que yo me decida a aceptar su ayuda. Me pongo de pie en un instante y, con la misma rapidez, aparto mi mano de la suya.

—Iba a llamarte para decirte que venía para aquí. He empezado a encontrarme mal y quería acostarme en mi propia cama. —Mi mente da vueltas a toda velocidad.

Él ladea la cabeza y arquea una ceja. Saca su móvil y vuelve la pantalla hacia mí.

—Entonces ¿quién está en Saint Francisville haciendo compras con tu tarjeta de crédito y conduciendo tu coche? ¿Quién lleva encima tu teléfono?

Es Aubrey con la peluca. Está delante de una caja registradora, sujetando una lámina enmarcada de hojas de helecho. La imagen está tomada prácticamente de espaldas, pero se le ve un poco el perfil. Una persona que no me conociera tal vez creería que soy yo, pero para Ben salta a la vista que no es así. No voy a contarle nada. Se pondría furioso si supiera que es Aubrey.

—La verdad es que me he quedado un poco perplejo al recibir esta fotografía. Si tu coche y tu teléfono estaban en Saint Francisville, ¿dónde demonios estabas tú? Luego he comprobado la ubicación de tus demás dispositivos —dice, señalando el iPad que tengo bajo el brazo—. Imagínate mi sorpresa cuando el puntito azul ha aparecido aquí.

Yo no digo nada. Me quedo ahí, paralizada. No sabía que pudiera rastrear también la tableta.

Soy idiota. Rematadamente idiota.

Ben se agacha y recoge las cámaras que han ido al suelo cuando me he caído de la silla.

—¿Qué son estas cosas?

Empiezo a temblar. Ben nunca me ha maltratado físicamente, pero me aterroriza lo que pueda hacer cuando descubra lo que he grabado hoy.

Su expresión cambia al darse cuenta de lo que son.

—¿Cuántas más hay en la casa?

—Eh…, un par más.

Él arruga la frente.

—Enséñamelas todas.

Ben me sigue de cerca mientras yo voy hacia la puerta principal. No me atrevo a mirarle cuando saco la pequeña cámara de la maceta del porche delantero, que me permitía ver claramente el sendero.

—¡Joder, Camille!

Me vuelvo y le tiendo la cámara. Él me la arrebata de la mano.

—¿Estaban conectadas a la nube?

Niego con la cabeza.

—No. Solo con una tarjeta de memoria interna.

Él vuelve a la cocina, coge una de esas bolsas térmicas que utiliza para llevar las bebidas cuando juega al golf y mete dentro las tres cámaras.

—¿Dónde están las demás?

Hay un silencio mortal mientras vamos de una habitación a otra para recogerlas. No sé por qué me estoy rindiendo de esta manera, como no sea por el temor a lo que pueda suceder si las descubre por su cuenta.

—¿Ya está? —Sacude la bolsa ante mis narices, haciendo que las cámaras repiqueteen dentro.

De nuevo en la cocina, tira la bolsa sobre la encimera y me señala el taburete donde Margaret estaba sentada hace solo media hora.

—No voy a sentarme ahí. —Voy hasta la mesita y me dejo caer en la silla más cercana.

Él abre cada cámara por la parte trasera y saca las tarjetas de memoria, que son diminutas, más pequeñas que la uña de un

pulgar. Observo cómo va al fregadero, abre el grifo y las arroja para que se vayan por el sumidero. Luego, por si acaso, pone en marcha el triturador de desperdicios. El crujido metálico del aparato inunda la cocina.

Finalmente, viene a sentarse en la silla que tengo al lado. Parece calmado, pero es una imagen engañosa. Por debajo de esa fachada, está hirviendo de rabia.

—Has hecho un gran esfuerzo para asegurarte de que yo no supiera que estabas en casa, que me estabas filmando. ¿Por qué?

No voy a permitir que él le dé la vuelta a la situación. Puedo estar aterrorizada, pero también estoy cabreada, así que me concentro en ese sentimiento y dejo que salga a la superficie.

—Tú has hecho un gran esfuerzo para que creyera que seguías en Nueva Orleans. ¿Por qué?

Él se acerca más, dejando apenas unos centímetros entre ambos. Su boca se tuerce en una sonrisa.

—Me gusta ver lo furiosa que estás conmigo. Prefiero esta Camille a la mocosa enfurruñada que has sido últimamente.

¿Qué demonios? ¿Acaso cree que esto es un juego?

—No sé de qué estás hablando.

Ben se levanta y se inclina sobre mí. Pone las manos en los reposabrazos de mi silla, acorralándome.

—Claro que lo sabes. Ha resultado tremendamente difícil vivir contigo en los últimos meses. Siempre malhumorada. Atacándome y luego castigándome con el silencio. Así que, cuéntame, ¿qué motivo tienes para estar tan cabreada? Di lo que tengas que decir. Es algo que te ha estado atormentando, lo sé.

Le doy un empujón en el pecho. Él se echa un poco hacia atrás, pero no se mueve de su sitio. Está pulsando todas las teclas para provocarme, para ponerme a la defensiva. Quiere averiguar lo que sé. Lo que he oído. Lo que he descubierto hoy y lo que ya había descubierto. Y por algún motivo, no puedo evitarlo y reacciono tal como él espera.

—¿Yo estaba incluida en el trato que hiciste con papá para encubrir a Silas? A cambio de una coartada, ¿conseguiste una esposa?

Ben da un paso atrás, con el rostro demudado.

—Tú no tienes ni idea de lo que he hecho por tu familia. Por tu hermano. He hecho todo lo que querían durante años. —Abre los brazos abarcándolo todo—. Me he encargado de que tuvieras una vida de ensueño y tú me pagas merodeando por la casa para espiarme.

Me levanto de la silla, mandándola hacia atrás hasta que choca con la pared.

—Parece más bien que es mi padre quien se ha encargado de que tú tuvieras una vida de ensueño. Está claro que jamás habrías tenido tanto éxito sin su ayuda.

Nos miramos el uno al otro. Él aprieta los labios, como tratando de refrenar sus palabras. Finalmente, me pregunta:

—¿Por qué estás aquí espiándome? Te has pasado todos estos putos años ignorándolo todo de buena gana. Dispuesta a tomar lo que se te daba y a esconder la cabeza bajo el ala. ¿Qué es lo que ha cambiado?

Es la segunda vez que dice eso sobre mí.

—¿Escondiendo la cabeza bajo el ala? —Se me escapa un grito antes de que pueda contenerme—. Yo sabía que te traías algo entre manos. Simplemente no sabía qué era. —Aún no estoy dispuesta a dejar que sepa que Aubrey está involucrada en esto porque no sé cómo reaccionará. Todavía sigo rezando para que no la reconozca en esa fotografía que acaba de enseñarme.

Él suelta una ronca risotada.

—¡Joder! ¿Y todo esto porque creías que «me traía algo entre manos»? Qué absurdo. ¿Y qué pensabas hacer? ¿Divorciarte? Porque ya te digo que eso no va a suceder.

—¡No vas a poder impedir que me divorcie de ti! ¡Me tiene sin cuidado el trabajo sucio que hayas hecho para mi padre o para Silas! Ya he descubierto lo suficiente para saber que no quiero seguir casada contigo.

Él menea la cabeza y suaviza la expresión.

—¿Qué crees que has descubierto? Nos has oído hablar a Margaret y a mí de algo que sucedió hace una década. Te has enterado de que hice lo que tu padre me pidió para proteger a tu hermano. ¿Acaso vas a contárselo a alguien? ¿Acaso vas a contar lo que hizo Silas? —Me estremezco ante sus palabras—. Puedes abandonarme, pero te irás con mucho menos de lo que tenías cuando te casaste conmigo, gracias al contrato prenupcial que firmaste. Y te lo garantizo, tu padre se pondrá de mi lado, no del tuyo, puesto que yo soy la única persona que podría mandar a su hijo pródigo a la cárcel.

Me pongo a temblar cuando da un paso hacia mí. Me coge una mano.

—¿Y a dónde vas a ir, Camille? ¿Otra vez a casa, en Corbeau? Lo único que yo estoy haciendo es tratar de liberarme de las garras de tu padre. Lo mismo que llevo intentando desde hace años. Ya habíamos hablado de ello. Tú has dado por supuesto lo peor de mí, de manera que has retorcido lo que has visto y oído para que encajara con esa versión. Pero los dos seguimos queriendo exactamente lo mismo. Que tu padre salga de nuestra vida. Eso es lo único que estoy tratando de hacer.

Empiezo a dudar de mí misma, pero intento no olvidar que es un maestro de la manipulación.

—No. Estás tergiversando las cosas.

—No estoy tergiversando nada. Tú has aplicado tus ideas y sentimientos a mis actos. Lo has interpretado todo pensando en ti, no en mí.

¿Qué demonios pasa aquí? Pretende que me sienta culpable y lo está consiguiendo de verdad.

Ya no sé qué pensar, y eso es lo peor.

Ben da otro paso hacia mí.

—Ya he hecho planes que lo cambiarán todo. Que nos liberarán de la soga que tu padre nos ha puesto al cuello durante todos estos años. Podemos resolver esto. Encontrar un modo de que las cosas vuelvan a funcionar. Sé que no soportas que la gente hable de ti. De nosotros. De tu familia. Solo debes confiar en mí como antes. Confía en mí tal como yo confío en ti. Me mata que hayas perdido la fe en mí hasta ese punto. Lo único que yo he deseado siempre es cuidarte. Darte la vida que te mereces.

Está dándole la vuelta a la situación, convirtiéndome en la mala.

¿Yo soy la mala?

Me doy cuenta de que estoy dejando que tome las riendas de la conversación, como siempre hago. A él se le da muy bien manipular a la gente, a sus clientes, a los jurados…, a cualquiera que se le ponga delante.

—Me voy. —Empiezo a caminar hacia la puerta de la cocina.

Él me sigue.

—¿Quién te está ayudando? ¿Quién es esa mujer?

Me giro en redondo y veo que ha vuelto a abrir la fotografía en su móvil.

—Y a ti ¿quién te ha enviado esa foto? ¿Qué suponías que ibas a pillarme haciendo?

Se le pone la cara roja. No puede soportar que le haya espiado. Que sepa todo lo que hoy ha hecho aquí. Pero él no sabe lo que yo he hecho ni quién me ha ayudado. Estoy segura de que está repasando mentalmente todo el día, minuto a minuto, para deducir cuánto he llegado a descubrir.

Mira la fotografía, luego echa un vistazo hacia su despacho y me mira a mí. Yo vuelvo a dirigirme hacia la puerta, pero él me sujeta del brazo. Me arrastra fuera de la cocina y a través del vestíbulo hasta entrar otra vez en su despacho. Estamos junto a su escritorio, donde veo una foto de Aubrey Price en una carpeta abierta. Ben me suelta para coger esa fotografía. Cuando coloca juntas ambas imágenes, queda claro quién me está ayudando.

—Tiene que ser una jodida broma. —Sus ojos me taladran—. De entre todas las personas posibles, ¿por qué es Aubrey Price la que se está haciendo pasar por ti?

Ay, mierda. Se le marca esa vena en la frente.

No respondo. No abro la boca.

—No tienes ni idea de lo que has hecho. —Tira la foto impresa y su móvil sobre el escritorio—. Ahora vas a cargar tú con esta mierda. —Ben retrocede, se aparta de mí—. Tendrás que explicarle a tu padre por qué has metido a esa mujer en este asunto.

Eso me asusta más que ninguna otra cosa.

Pero no pierdo el tiempo intentando comprender a qué se refiere; salgo disparada hacia la puerta y vuelvo corriendo a donde está aparcado el Honda.

Una vez dentro, suelto un grito. Me tiemblan las manos y vuelvo a tener ganas de vomitar. Las lágrimas me ruedan por la cara.

¿Qué he hecho?

Cojo la bolsa de plástico del asiento trasero, saco el teléfono de prepago que compré en Target y lo enciendo. Pensé que quizá necesitaría un teléfono en algún momento y que no tendría ninguno porque Aubrey se habría llevado el mío. Hago una llamada que realmente no deseo hacer, pero me temo que no me queda otro remedio. Mi hermano responde al segundo tono.

—Hola.

—Si, soy yo. Cam.

Él vacila un momento antes de responder.

—¿Desde qué teléfono me llamas?

—Es uno de esos de prepago. —Se me quiebra la voz—. Estoy en un aprieto y no sé qué hacer.

—Has hecho lo correcto. Llamar a tu familia. ¿Qué sucede?

Se me escapa un sollozo y necesito unos segundos para recuperar la voz.

—Es Ben. Me ha sorprendido espiándolo y se ha puesto como loco.

—Cuéntamelo todo.
Y eso hago.

24

Hank

DESPUÉS DE LA COARTADA

Martes, 13 de octubre

Llego a la iglesia para asistir al rezo del rosario por Ben con unos minutos de antelación.

Lo más fácil sería deslizarme en uno de los bancos de atrás, pero sé que debo situarme delante, cerca de la familia. Hay más personas de lo que esperaba y mis pasos resuenan mientras recorro la larga nave central. No me extrañaría que la mitad de la gente que ha venido lo haya hecho para cotillear, para ver de cerca a la Camille Bayliss que acaba de quedarse viuda.

La diviso en la primera fila, flanqueada a un lado por la familia de Ben y, al otro, por la suya.

En la tercera fila se alza una mano y veo a Lila, que me hace una seña.

—Le he guardado un sitio —me dice.

Paso por delante de unos tipos con los que Ben jugaba al golf para sentarme junto a ella. Tricia y el resto de nuestros empleados están

distribuidos en los bancos de detrás.

—Casi llega tarde —me dice ella al oído.

—Más vale tarde que nunca —respondo.

Ella me pasa su móvil con la aplicación de notas abierta.

—Esto es lo que tiene para mañana.

Repaso la lista, preparado para tropezar con más bombas a punto de explotar. Están el interrogatorio formal que le hará el detective Sullivan a Camille y luego una cita con el juez Whittaker. Quiere hablar del juicio de Ben que debía empezar mañana. Al parecer, ya se había aplazado tres veces y el juez quiere fijar de inmediato una nueva fecha.

Termino de mirar el resto de la lista y le devuelvo el móvil a Lila.

—¿Puede enviármela?

—Ya se la he compartido en un mensaje. Solo tiene que abrirlo y aceptar. La iré actualizando cuando haga falta y usted puede añadirme notas. He pensado que sería más fácil así, porque su teléfono no ha parado en todo el día.

Es cierto. Tengo un montón de notificaciones.

Cuando Lila empezó a trabajar conmigo, a mí me preocupaba un poco la dinámica que pudiera producirse. Era una mujer joven y atractiva, y yo enseguida pasé a depender de ella para casi todo, porque se las arreglaba de maravilla para mantenerme centrado y evitarme distracciones. Formamos un buen equipo, pero por suerte no ha habido ninguna química entre nosotros. De hecho, la mayoría de los días tengo la sensación de que, en lo que a cuidarme se refiere, habría superado incluso a mi madre.

—Gracias, Lila —susurro—. Por todo.

Ella me da un codazo.

—No me haga llorar. Acabo de retocarme el maquillaje.

El sacerdote sale de la sacristía y se dirige al púlpito. Los murmullos se extinguen mientras ajusta el micrófono.

—Buenas tardes a todos. Sé que hablo por toda la familia Bayliss al decir que significa mucho que hayáis venido para orar por Benjamin. —Sus palabras reverberan por todo el templo—. Su esposa, Camille, y su madre, Suzanne, así como el resto de la familia, se sienten reconfortadas por la cantidad de amor y apoyo que han recibido. Antes de que empecemos, quiero decir que Benjamin era una persona especial. Por muy ocupado que estuviera, yo sabía que siempre podía contar con él si aquí necesitábamos algo, tanto si se trataba de participar en el consejo parroquial como de proporcionar ayuda legal a miembros de la congregación que la necesitaban, pero no podían permitírsela. Serán muchos los que lo echen de menos, y yo mismo, para empezar, estoy cerca de ocupar el primer puesto de esa lista.

Dicho esto, hace la señal de la cruz y empieza a rezar el rosario. Aunque su voz se proyecta a través de los altavoces montados en las vigas, casi queda ahogada por el coro de la concurrencia que reza con él en voz alta.

Yo soy católico, aunque no muy practicante. Mi madre seguramente se remueve en la tumba al ver que las dos únicas misas a las que asisto son la de Navidad y la de Pascua. Pero por mucho tiempo que haya pasado, me sé todas las oraciones sin tener que pensarlo siquiera. Me arrellano en el banco y me dejo envolver por las palabras que suenan a mi alrededor, añadiendo mi voz a la de los demás. Cuando llegamos a la tercera avemaría, la cadencia de

la oración se vuelve casi hipnótica, con las mismas palabras repetidas una y otra vez a un ritmo sombrío.

El sol poniente baña el templo de rojo, verde y amarillo al colarse a través de las vidrieras. Los altos muros mantienen fresco el interior de la iglesia, lo que resulta reconfortante. Esto viene a ser como un oasis frente al calor y la humedad que todavía azotan la ciudad a estas alturas del otoño.

Las palabras del sacerdote vuelven a reproducirse en mi mente sobre el murmullo de fondo de las oraciones. Es evidente que cuando alguien no conoce realmente al finado, recurre a la información transmitida por la familia, pero no es el caso. Este sacerdote conocía bien a Ben, puesto que él era mucho mejor católico de lo que yo lo he pretendido jamás. Lo que el padre ha dicho sobre Ben era cierto, aunque también exagerado. Hemos encontrado una docena de casos abiertos que estaban relacionados con esta iglesia, pero él no los llevaba gratis. En todos ellos había un trueque. A cambio de sus servicios legales, recibía cosas como un año de cuidado completo del césped, dos juegos nuevos de neumáticos o cortes de pelo gratuitos. Esa pobre mujer habría tenido que cortarle el pelo durante una década para que ambos quedaran a la par.

Ben raramente hacía algo gratis.

Desde tan cerca, resulta fácil observar a su familia, que está sentada solo dos filas más adelante. Suzanne, la madre de Ben, ha empezado a sollozar en cuanto el sacerdote ha pronunciado su nombre y no da muestras de que vaya a parar. El padre de Ben murió cuando él estaba en la universidad, y la madre volvió a casarse con un hombre llamado William Lynch justo después de que

Ben se graduara en la facultad de Derecho. Creo que a él le caía bien William, aunque la verdad es que nunca hablaba de su familia.

Cuesta ver bien a Camille. Tiene la cabeza gacha, con la cara en gran parte oculta tras su larga melena. Además, lleva unas grandes gafas de sol. A mí, de todos modos, no me hace falta verle la cara para saber que está en tensión. Salta a la vista por la posición de sus hombros y por el esfuerzo que hace para volverse lo más pequeña posible. Tiene a cada lado un espacio libre de unos quince centímetros, pese a lo abarrotado que está ese banco. El pañuelo que estruja en un puño lo utiliza para secarse las lágrimas que le caen al principio de cada nueva oración.

Camille.

Yo he tenido mi ración de clientes culpables y, si soy de verdad sincero conmigo mismo, sospeché que habían cometido el delito del que se les acusaba a los pocos minutos de reunirme con ellos. Recuerdo bien el momento en que la vi a ella, sentada en los escalones de la entrada, y apostaría todo el dinero de mi cuenta a que el shock que había sufrido al encontrar muerto a Ben en esa casa enorme que compartían era auténtico.

La reacción más sincera que puedes detectar en una persona se produce en los primeros segundos después de recibir una noticia, buena o mala. Sin tiempo para digerirla, sin margen para dominarse. O hay shock o no lo hay. Por eso la mayoría de los detectives, cuando tienen que informar de una muerte a un posible sospechoso, lo hacen en persona.

Ojalá hubiera podido ver la reacción inicial de Camille cuando encontró el cuerpo de Ben, pero solo puedo guiarme por lo que me ha mostrado luego.

Concluimos la última oración. El sacerdote se guarda el rosario en un bolsillo oculto de su sotana y carraspea como tratando de recuperar su voz normal después de hablar tanto rato con ese tono monocorde.

—Gracias de nuevo por venir hoy a orar por Benjamin. La familia y yo os invitamos a pasar al salón de la parroquia para tomar un ligero refrigerio.

El padre baja del púlpito y, tras hacer una genuflexión frente al altar, se acerca al banco de delante donde se halla sentada la familia. Se inclina para hablar con ellos en voz baja y todos se ponen de pie y lo siguen por la nave central hacia la puerta de la iglesia.

En cuanto han pasado, todo el mundo se dirige hacia el salón de la parroquia. Cuando llego allí, la cola para hablar con la familia se extiende a lo largo de la estancia y sale por la puerta; seguramente debe llegar hasta el aparcamiento.

Sopeso la idea de irme y volver al trabajo, pero toda la oficina está aquí y quedaría fatal si me largase.

Suzanne y William son los primeros en saludar a la gente a medida que va llegando; luego está Camille, con la hermana mayor y el cuñado de Ben a su lado.

Y después está la familia de Camille. Sus padres, Randall y Marie, y Silas y Margaret. Camille se aparta de la fila al verme y me da un abrazo rápido; luego su madre hace que vuelva para presentarle a alguien. Randall me dirige un gesto con la cabeza y yo se lo devuelvo. No me apetece volver a hablar con él.

Cojo una silla y paso por detrás de la fila, donde quedo oculto en gran parte, y aguardo a que termine este ritual.

Aunque Ben y Camille proceden de la misma pequeña ciudad, sus familias no podrían ser más distintas.

La madre de Ben trabaja como auxiliar en el pequeño hospital local y su padrastro vende seguros. Viven modestamente en la misma casa donde se criaron Ben y su hermana. Nada más lejos de la casa enorme que Ben y Camille reformaron. Mientras que William y Suzanne llevan una vida sencilla, Ben parecía estar esforzándose para emular el estilo de vida en el que se crio Camille.

La mayoría de los presentes son amigos y conocidos de Ben y Camille que proceden de Baton Rouge, pero un número considerable son de Corbeau. A juzgar por los retazos de conversación que escucho a medida que avanza la cola, la gente de la ciudad natal de ambos se divide en dos categorías muy distintas: los relacionados con Ben y los relacionados con Camille.

Resulta interesante observar las diferencias y es difícil no advertir que los dos grupos no interactúan.

Y luego está el grupo de clientes pasados y actuales, que tienen que presentarse a sí mismos. Yo llevo los dos últimos días estudiando la agenda y los expedientes de Ben, con lo que me resulta más fácil reconocer sus nombres. Ellos pasan rápidamente de un familiar a otro porque nadie quiere entretenerse hablando con un montón de presuntos criminales.

Pero lo más fascinante es observar cómo Margaret Everett intenta una y otra vez cuidar de Camille y cómo ella la rechaza abiertamente en cada ocasión. Margaret se ha ofrecido a llevarle algo de beber, algo de comida, le ha sugerido que se tome un descanso e incluso, en un momento dado, ha intentado quedarse a su lado, hasta que

Camille se ha acercado aún más a la hermana de Ben, haciendo que esta quedara entre ambas.

Es evidente que hay un problema entre ellas. Los padres de Camille no parecen advertirlo, pero Silas está pendiente de lo que sucede y observa cada movimiento. También es interesante ver que Margaret iguala a Camille en su llanto, lágrima por lágrima.

Se me ha quedado el trasero entumecido sobre esta silla metálica, pero como todavía hay muchos de nuestros clientes sirviéndose ponche y pastel prefiero permanecer en mi escondite. Las conversaciones del tipo «¿Qué hay de mi caso?» son otra de las cosas que estoy procurando evitar. Con suerte, la cola terminará pronto y entonces podré salir de aquí.

Cuando ya llevamos media hora, Camille se vuelve para mirarme. Yo no estaba seguro de que ella supiera que estaba aquí sentado, pero evidentemente sí lo sabía. Me mira con lo que supongo que es una expresión suplicante y luego se vuelve hacia la mujer que tiene delante. Yo me lo tomo como un grito de ayuda, porque la cola todavía se extiende más allá de la puerta. Recuerdo la conversación que mantuvimos ayer por teléfono; parece que ya ha recibido todos los pésames que es capaz de soportar.

Me levanto, me acerco por detrás y, alzando la voz lo suficiente para que los demás familiares me oigan, le digo:

—Perdona la interrupción, pero hay varios empleados que quieren hablar contigo un momento y decirte lo apenados que están.

La madre de Ben le da un apretón en el brazo.

—Ay, Camille, qué amabilidad de su parte que hayan venido. Tienes que ir a hablar con ellos.

A ella le basta con este permiso para apartarse de la fila y pegarse a mi lado. Le pongo una mano en la espalda y la llevo hasta el otro extremo del salón, donde ya he localizado una salida discreta hacia el aparcamiento.

—Gracias —musita mientras abro la puerta.

El sol casi se ha puesto, dejando un cielo de tonos anaranjados, rosados y amarillos. Aunque ya no las necesita, Camille no se quita las gafas de sol.

—Tendrías que haberme hecho una seña antes. No tienes por qué saludar a todas y cada una de las personas que han venido.

Ella suelta una risa exasperada.

—Mi madre no estaría de acuerdo contigo.

Estamos apoyados en una pared lateral de la iglesia. El aparcamiento está lleno de coches, pero completamente desierto.

—Parece que no eres una gran fan de la esposa de tu hermano. —No sé muy bien por qué saco eso a colación, salvo porque la curiosidad me puede.

Camille ladea la cabeza.

—¿Tan evidente es?

Yo esbozo una sonrisa.

—Seguramente solo para mí, porque yo tenía un asiento de primera fila.

Ella mira para otro lado y apoya la cabeza en la pared con expresión derrotada.

—A Margaret le encanta ser el centro de atención, y el papel de cuñada afligida le proporciona una dosis de protagonismo. Pero la verdad es que toda mi familia es un completo desastre. Por eso,

cuando Ben me propuso que nos casáramos, yo le hice prometerme que nos distanciaríamos de ellos.

Nosotros dos hemos mantenido un montón de conversaciones a lo largo de los años, pero nunca hemos hablado de su familia. Y por lo que he descubierto, ahora sé que Ben no solo no se había distanciado de Randall, sino que al parecer Randall fue el responsable de gran parte de su éxito.

—Deduzco que él no cumplió su promesa, ¿no?

—Al principio, cuando nos casamos, mantuvimos cierta distancia. O eso creía yo. Papá sabe cómo atraparte en sus garras. Averiguando tus debilidades, explotándolas. Y averiguó las de Ben hace años.

Nos quedamos callados un buen rato.

—¿Tú sabes por qué Ben quería disolver nuestra sociedad? —le pregunto finalmente.

Ella no me mira al responder.

—Yo ya no pretendo saber nada sobre Ben.

Se abre la puerta y ambos damos un respingo. Es su madre.

—Camille, tu padre quiere presentarte a alguien.

Por un momento creo que Camille va a decirle a su madre que ya está harta y que no va a volver adentro, pero al final acaba cediendo. Yo la sigo, aunque solo sea para aprovechar la primera ocasión para volver a llevármela.

Ahora la colocan firmemente en su sitio, entre su madre y su padre. Y yo me siento de nuevo en la silla de antes.

Paso unos minutos revisando correos y actualizando la nota compartida con Lila, aunque sin quitar ojo a la fila.

Camille da un paso atrás de repente, como si algo la hubiera sobresaltado. Yo miro en derredor, pero nada me llama la atención. Su reacción, en todo caso, ha sido lo bastante chocante como para que no solo haya llamado mi atención, porque su madre se gira y le pregunta si se encuentra bien.

—Sí, sí, estoy bien. Es que no he comido nada y me he mareado un poco. Creo que voy a refrescarme un momento. Enseguida vuelvo.

Dicho esto, se aleja de la fila hacia el baño. Yo me pongo de pie para seguirla con la vista, y quizá también para coger algo de comer, cuando diviso a otra mujer que me resulta conocida. Tardo un momento en situarla.

Y al fin caigo en la cuenta, es Aubrey Price. La reconozco por las fotos de la carpeta de Ben.

Ha entrado por una de las puertas laterales y está mirando cómo atraviesa Camille el salón.

Antes de cruzar la puerta del baño, Camille echa un vistazo en dirección a Aubrey. Y Aubrey se dirige también hacia allí.

Justo cuando decido cortarle el paso y averiguar qué está haciendo aquí, alguien me llama. Me vuelvo y suelto un gemido por lo bajini al ver que es uno de los clientes de Ben.

—Señor Landry, me alegro de haberle encontrado. ¿Puedo preguntarle por mi caso?

—Sí, claro. Pero ¿me da un minuto antes para comprobar una cosa?

—Ah, por supuesto. Le espero aquí.

Y en ese breve lapso, tanto Camille como Aubrey han desaparecido tras la puerta del baño.

¿Qué demonios significa esto?

25

Aubrey

DESPUÉS DE LA COARTADA

Martes, 13 de octubre

Decir que Camille está cabreada al verme aquí sería un eufemismo.

Pero yo no iba a dejar escapar esta ocasión para hablar con ella. Los últimos cuatro días han sido una pesadilla. El domingo, todo el mundo en la casa estuvo pegado a la televisión mirando las noticias locales sobre la muerte de Ben. Y unas horas más tarde, la policía se presentó para interrogar a Shane y Eddie sobre el Mustang.

Ese fue un momento aterrador.

Y el hecho de que no se haya producido ninguna detención nos tiene a todos de los nervios. El asesino de Ben todavía sigue suelto, y resulta fácil suponer que su asesinato está relacionado con los planes que había hecho para el sábado. Unos planes que nosotros conocíamos.

Si yo hubiera imaginado que Ben iba a acabar muerto esa noche, jamás habría involucrado a mis amigos.

Ya es hora de tener una conversación franca con Camille. Apuesto a que ella no va a volver a presentarse en el bar próximamente. Y yo sabía que, si venía aquí, ella no tendría más remedio que hablar conmigo.

Camille está junto a los lavamanos con los brazos cruzados cuando yo entro por la puerta del baño.

—No deberías estar aquí. —Está cabreada, pero también nerviosa.

Echo un vistazo a los dos cubículos y veo que las puertas están abiertas, así que estamos solas. Por ahora. Alguien podría entrar en cualquier momento.

—Bueno, ¡es evidente que hemos de hablar! —Imito su pose y su expresión para que sepa que yo también tengo un buen cabreo—. ¡Estoy muerta de miedo! —Y entonces le hago la pregunta que era lo bastante importante como para arriesgarme a venir aquí—: ¿A Ben lo mataron mientras yo estaba haciéndome pasar por ti?

Ella palidece.

—Yo… no lo sé. La policía no nos ha dicho a qué hora murió. —Tras un momento, parece recobrarse—. Realmente no deberías haber venido.

—¿Qué demonios esperabas que hiciera? No he sabido nada de ti.

Camille se me acerca.

—No estado sola ni siquiera el tiempo suficiente para respirar hondo, mucho menos para pasarme por el bar. ¿Tienes idea de lo que han sido los dos últimos días para mí?

Parece hecha polvo, pero yo procuro no hacer caso. Podría ser una farsa. Esas oleadas de dolor que la asaltan podrían ser fingidas.

—¿Lo mataste tú?

Ella entreabre la boca y da un paso atrás, como si mi pregunta la hubiera golpeado físicamente.

—¡No, yo no lo maté! ¿Es eso lo que crees?

—¿Qué otra cosa voy a pensar? En las noticias no dejan de decir que él llevaba un tiempo muerto cuando lo encontraste el domingo por la mañana… ¡Y tú estuviste escondida en la casa el sábado hasta casi medianoche!

Ella menea rápido la cabeza.

—No, no estaba allí. Él me sorprendió justo después de que un investigador privado que trabaja para él le mandara una foto tuya, vestida como yo, haciendo compras en Saint Francisville.

Eso me desarma por completo.

—¿Cómo?

Camille no me mira.

—¿Ben sabía que era yo, y no tú, la que salía en la fotografía?

Ella asiente.

Ahora mi rabia se dispara.

—¿Por qué no me lo dijiste cuando intercambiamos los coches en la gasolinera? —Empiezo a caminar por el pequeño baño—. ¡Espera! ¿Por qué dejaste que siguiera suplantándote todo el día si él nos había pillado?

—Las dos nos estábamos ocultando cosas. ¿O acaso tú no tuviste nada que ver con el hecho de que tus compañeros llevaran allí el Mustang?

Mierda. No me esperaba que dedujera eso.

Mi expresión debe delatarme, porque ella entorna los ojos mientras me lo reprocha.

—Entonces no te pongas a gritarme por no habértelo contado todo. Tal vez no hemos confiado la una en la otra hasta el momento, pero vamos a tener que hacerlo a partir de ahora. Tú y yo hicimos el sábado cosas lo bastante cuestionables como para que la fiscalía pueda colgarnos el asesinato a una de las dos, o a ambas. La muerte de Ben es un acontecimiento de enorme trascendencia, y tampoco es que mi familia pueda hacer mucho.

Da la sensación de que se ha dejado una parte importante de esa frase. Tampoco es que su familia pueda hacer mucho… para protegerla *a ella*. Si yo no mantengo la boca cerrada sobre lo que hicimos, no me cabe duda de que me convertiré en el chivo expiatorio, igual que Paul.

—No tardarán mucho en descubrir que tú no estabas en Saint Francisville. Nosotras nos preparamos tan solo para que yo diera el pego si alguien me comparaba con la foto de tu permiso de conducir, pero no para resistir el escrutinio de una investigación.

Ella me mira un buen rato.

—Entonces parece que estamos de todas todas en el mismo barco. Solo debemos asegurarnos de no dar motivos para que nadie quiera indagar demasiado a fondo. —Se vuelve hacia el lavamanos y, tras abrir el grifo, se humedece los dedos y se los lleva a la cara. De veras que no tiene buen aspecto.

Coge una toalla de papel, se seca las manos y se gira hacia mí.

—Si no nos dejamos llevar por el pánico, todo esto se acabará pronto y no tendremos que volver a vernos nunca más. Ben está muerto. Sé que tú querías encontrar respuestas, pero las posibilidades que teníamos de conseguirlas han desaparecido con él.

Yo alzo los hombros al oírla.

—¿Así que eso es todo? ¿Y qué hay de Paul? ¿Sabías que hay un vídeo del accidente?

Camille se estremece, pero no puedo descifrar del todo su actitud para saber si eso es un dato nuevo para ella o no.

—A mí me gustaría verlo —insisto—. ¡Ver el momento en que mataron a mis padres, aunque el hombre que lo hizo esté muerto!

Ella da un paso adelante.

—¡No sé nada de un vídeo! Y no sabemos con certeza si él estuvo implicado en el accidente. Mi marido está muerto. Mi vida es un puto desastre ahora mismo. ¡Lamento no poder pensar en otra cosa!

Dejamos de hablar de golpe cuando se abre la puerta. Nos volvemos en direcciones opuestas y retrocedemos unos pasos. Una mujer mayor entra en el baño y mira a Camille.

—¿Cómo lo llevas, cielo?

Camille se recompone.

—Ahí, aguantando. —Tiene la cara tensa y parece temblorosa.

Decido lavarme las manos para hacer algo mientras la mujer le cuenta una historia de cuando Ben era pequeño. Luego, mientras me las seco, veo que la mujer ha entrado en uno de los cubículos. Camille se me acerca lo bastante para susurrarme al oído.

—Te llamaré al bar dentro de unos días para ver cómo va todo, pero ahora tengo que volver ahí fuera y tú debes marcharte.

Luego gira en redondo sobre sus tacones y sale del baño. Yo la sigo unos pasos por detrás. Observo cómo vuelve a ocupar su sitio frente a la cola mientras me dirijo hacia la salida.

Pero me detengo en seco al verlo.

El hombre trajeado que está junto a ella saludando a la gente como si fuera un miembro de la familia. Tiene al otro lado a una

mujer rubia que lo coge del brazo mientras se seca las lágrimas con un pañuelo de papel.

Él debe notar que lo estoy mirando porque sus ojos se encuentran con los míos desde el otro lado del salón.

Es él.

El tipo con el que estuve sentada en el bar Chantilly's el sábado por la noche.

El que coqueteó conmigo y me propuso que bailáramos.

Un tipo que evidentemente está emparentado con Camille Bayliss.

Envío un mensaje al grupo en cuanto subo al autobús para volver a casa.

Reunión urgente. Llegaré en 20

Deacon me llama nada más verlo.

—¿Qué sucede?

—Verás, ya sé que me dijiste que no fuera a ese rosario, pero lo he hecho. Tenía que hablar con ella. ¡Y no te lo vas a creer! Aquel tipo con el que estuve hablando en el bar Chantilly's… ¡estaba allí! Justo a su lado, en la fila de la familia para recibir el pésame. —Varios pasajeros se han vuelto a mirarme, así que bajo la voz—. ¿Crees que ella de algún modo me tendió una trampa?

—Mierda. No lo sé. ¿Dónde estás ahora?

—En el autobús.

—Vaya. Yo te habría llevado.

—No, no lo habrías hecho porque me dijiste que no viniera. Llegaré a casa en unos minutos.

—De acuerdo. Nos vemos allí.

Cortamos la llamada. Estoy temblando cuando me bajo en mi parada. Por suerte, solo hay dos manzanas hasta nuestra casa.

Cuando entro por la puerta de la cocina, todos están allí. Deacon aparta la silla que tiene al lado y me indica que me siente.

—He hablado con Camille en el baño de la parroquia donde se ha celebrado el rosario por Ben. Él descubrió que ella estaba escondida en la casa el sábado por la tarde. Alguien le envió una foto mía mientras estaba de compras vestida como Camille. —Miro a Deacon —. Creo que debió ser el investigador que nos estaba ayudando. — Sujeto el borde de la mesa con tanta fuerza que mis nudillos palidecen.

—Ese hijo de puta —dice Deacon al tiempo que da un puñetazo en la mesa—. Cuéntame lo que te ha dicho.

Cuando le pongo al corriente, se levanta y, sacándose el móvil del bolsillo, se va a otra habitación para hacer una llamada. Seguro que le va a cantar las cuarenta a Vic.

Eddie se deja caer en la silla que Deacon acaba de dejar.

—Mira las fotografías de la familia que he encontrado. A ver si reconoces a ese tipo del Chantilly’s —dice volviendo su teléfono hacia mí. Me basta con mirar la primera foto.

—Es él.

—Mierda —masculla Eddie—. Es el hermano de Camille. Silas.

—¿Cómo?

Shane no para quieto junto a la mesa.

—¿Qué significa esto? No puede ser una coincidencia.

Serenity suelta un suspiro exasperado.

—Claro que no es una coincidencia, no seas idiota. Camille se cargó a su marido mientras Aubrey le proporcionaba la coartada perfecta. Apuesto a que su hermano estaba allí para hacerla aún más sólida. —Yo me quedo con la boca abierta. Ella me mira desconcertada—. ¿Qué pasa? Es lo que yo habría hecho. Una coartada sólida como una roca.

Meneo la cabeza.

—Acabo de hablar con ella. Está hecha polvo. Y me ha dicho que ella no lo hizo.

Serenity suelta una risotada.

—¿Y tú te lo has creído? Ella quería acabar con su matrimonio y…, ¡bum!, ya lo ha conseguido.

—Joder, igual tienes razón —dice Eddie.

Yo me yergo en la silla.

—¡Yo no la encubrí para que ella lo asesinara!

Eddie se señala a sí mismo.

—Yo sé que no lo hiciste para eso. —Luego me señala a mí—. Y tú también lo sabes. —Me mira como si le doliera tener que pronunciar la siguiente frase—. Pero hay muchas posibilidades de que fuera para eso.

Deacon vuelve a entrar y oye la última parte de nuestra conversación.

—No es momento para teorías estúpidas.

—¿Qué ha dicho Vic? ¿Fue él quien le envió la foto a Ben? —le pregunto en cuanto se sienta a mi otro lado.

Él asiente.

—Sí. Ben le hizo vigilar a Camille para asegurarse de que estaba donde se suponía que debía estar. Dijo que ella estaba actuando de un modo extraño y que intuía que tramaba algo. Vic no tenía ni idea de que la mujer a la que seguía no era Camille. Y como nosotros no le contamos a él nuestros planes, no podía saber que nos los iba a joder.

Dejo caer la cara sobre las manos.

—Él también está cagado —añade Deacon—. Sabe que es solo cuestión de tiempo que la policía vaya a hablar con él.

Levanto la vista antes de preguntar:

—¿Nos delatará? ¿Les contará lo que estábamos haciendo? —Porque en ese caso yo aún parecería más culpable de lo que ya parezco.

Él niega con un gesto.

—Acabo de recordarle lo que le pasará si lo hace.

Me retuerzo las manos con el faldón de mi camisa mientras asimilo todo lo que ha dicho.

—En realidad, tengo la sensación de que Camille está mucho más expuesta que yo en esto. Yo tenía su teléfono. Su coche. Sus tarjetas de crédito. Eso supone confiar mucho en otra persona. En mí. ¿Realmente lo habría hecho si tenía planeado matar a su marido? Y de ser así, todos sabemos que yo debí cagarla en algún momento. Que me captó alguna cámara de vigilancia o algo por el estilo. ¡Y entonces parecerá que yo estaba ayudándola!

Shane ladea la cabeza.

—Estoy de acuerdo con Aubrey. Eso es asumir un gran riesgo.

La inquietud de Deacon por mí se refleja claramente en su rostro.

—El problema es que Ben está muerto y que las dos os tomasteis muchas molestias para ocultar vuestros movimientos ese día. Si la cosa llega a reducirse a su palabra contra la tuya, ¿a quién creerá la gente?

El estómago se me revuelve tan bruscamente que me tapo la boca con la mano porque siento como si estuviera a punto de vomitar. Claro que la creerán a ella. Y Camille tiene relaciones que yo no tengo.

Deacon se levanta, pone un trapo bajo el grifo y me lo trae.

—Póntelo en la garganta.

El frescor me alivia más de lo que imaginaba.

—¿Qué hago ahora?

—Nada —dice Deacon, y todos los demás asienten—. No digas nada. No hables con nadie. Tú misma lo has dicho; su esposa está más expuesta que tú. Esperemos a ver qué sucede.

—Camille me ha dicho que contactará conmigo dentro de unos días. ¿Hablo con ella?

Shane se detiene junto a mi silla.

—Demonios, no. Es más, sal corriendo si intenta hablar contigo.

Se abre la puerta trasera y todos nos volvemos. Es el novio de Serenity, Frank. Parece sorprendido al vernos a todos aquí sentados.

—Joder, perdón. —Le hace una seña a Serenity—. Te espero en la camioneta. —Y luego sale y cierra la puerta.

Ella se levanta de un salto de la mesa.

—He de irme. Que alguien me cuente lo que me haya perdido cuando vuelva.

Miro cómo sale volando con toda la despreocupación del mundo y me pregunto cómo puede estar tan calmada. Pero supongo que no

es su cuello el que está en juego, sino el mío.

Shane y Eddie también se marchan, pero ellos solo van al garaje. Deacon y yo nos quedamos solos en la mesa.

Él juguetea con sus llaves hasta que suelta una de la anilla.

—Yo también debo volver al trabajo. Sube a mi habitación y date un baño en mi bañera. Te he oído hablar tantas veces de ella que sé lo mucho que te apetece. No volveré en un par de horas, así que la tienes toda para ti.

—¿Hablas en serio? ¿Me la dejas usar?

Deacon vino aquí unos seis meses después que yo y se quedó lo que había sido en su día el dormitorio principal. Vio un cartel de SE ALQUILA cuando vino a «charlar» con uno de los vecinos. Esa es una de las unidades a las que me habría gustado cambiarme… Ya solo la bañera con patas de garra me hizo pensar mucho tiempo si valía la pena pagar un alquiler más alto. Pero no me decidí. Y todo salió del mejor modo posible, porque, si no, Deacon no se habría mudado aquí. Sin embargo, esa bañera está ahora desperdiciada del todo porque no hay forma de que pueda tumbarse cómodamente en ella.

Deacon me dirige una sonrisa torcida.

—Claro que puedes usarla. Te haré una copia de la llave para que la uses cuando quieras.

—Eres muy amable, gracias. —Está lo bastante cerca como para que pueda inclinarme y darle un abrazo rápido.

Él se pone de pie y se va hacia la puerta, pero se detiene antes de salir.

—Volveré dentro de un rato. Llámame si me necesitas.

—De acuerdo. —Ahora estoy más tranquila que cuando he llegado a casa, pero sé que este respiro no durará mucho.

¿Yo creo que Camille mató a su marido?

No, la verdad es que no.

Pero eso no quiere decir que la policía no vaya a centrarse en ella… o en mí, si averiguan lo que hicimos el sábado.

26

Ben

DIEZ AÑOS ANTES

El apartamento de los Everett en Baton Rouge es más bonito que mi casa de Corbeau.

Eran casi las dos de la madrugada cuando Silas y yo llegamos a Baton Rouge. Él se había quedado frito en el coche durante el trayecto y me costó arrastrarlo adentro. Volvió en sí durante el tiempo justo para meterse en la ducha y se cayó al tratar de salir porque aún estaba borracho.

Ahora está en el sofá. Ha preferido dormir ahí, y no en una de las tres habitaciones. El corte que tiene en la frente ha dejado por fin de sangrar, pero es probable que requiera un punto o dos. Le va a quedar una cicatriz muy fea. La rodilla aún la tiene hinchada, pero parece que solo está magullada.

El señor Everett quiere que nos quedemos aquí hasta el domingo. También que salgamos por ahí para cimentar la coartada. Pero a mí me parece una estupidez dejar que la gente lo vea todo magullado el día después del accidente.

Ya llevo un par de horas levantado cuando suena mi teléfono y veo el nombre de Camille destellando en la pantalla. No respondo hasta volver a entrar en la habitación donde he dormido.

—Ey, he estado intentando contactar contigo. —Me cuesta reprimir la frustración en mi tono de voz. Me da la sensación de que las cosas entre nosotros están en la cuerda floja ahora mismo y, a causa de la distancia, procuro no darle ningún motivo para romper. Especialmente después de anoche.

—Perdona, la diferencia horaria lo hace más difícil. Cuando pienso en llamarte, ya estáis allí en mitad de la noche.

—¿Dónde estás ahora?

—En Sevilla, España. ¡Es uno de los sitios que más me ha gustado hasta ahora! Y la comida es buenísima. Voy a tener un montón de contenidos para mi página cuando vuelva.

Camille se apuntó durante el último semestre a un curso de marketing en el que tuvo que abrir una página de internet para un proyecto. El curso ya ha terminado, pero la página sigue activa.

—¡Genial! Me muero de ganas de verlo.

Me tumbo en la cama y la escucho mientras me cuenta todo lo que ha hecho desde que hablamos por última vez. Mentiría si dijera que no me preocupaba lo que estaba haciendo o con quién iba a verse allí. Gente que se mueve en los mismos círculos y que dispone de los medios para moverse por Europa todo el verano como está haciendo ella.

Y aunque Camille deteste el poder que ostenta su padre, desde luego no detesta lo que su dinero le permite hacer. La matrícula en Tulane pagada al contado, el pequeño BMW que conduce, las

tarjetas de crédito sin límites… y un viaje por Europa con todos los gastos pagados. Es algo un poco hipócrita, en mi opinión.

Aunque, por otro lado, lo que pasa es que tengo celos.

Yo estoy decidido a ser algún día tan rico y poderoso como el señor Everett, si no más. Y ayudar a encubrir a Silas en lo de anoche ha servido para allanarme un poco más el camino.

—¿Y tú qué has estado haciendo? —pregunta Camille al fin.

—No mucho. Trabajar. Aquí la vida no es ni de lejos tan excitante.

—Estaré de vuelta en un par de semanas.

—Me muero de ganas de verte. —Y entonces suelto algo para ver cómo reacciona—. Me encontré con tu padre el otro día. Estuvo sorprendentemente simpático. Creo que me lo estoy ganando poco a poco.

Camille se queda callada.

—¿Sigues ahí?

—Sí. Seguro que quiere algo de ti. Ya sabes cómo es. Y ya sabes que no quiero que tengamos una relación demasiado estrecha con él.

—Sí, estoy de acuerdo. Es que me pareció un poco alucinante.

Salta a la vista que Camille no aprobará que acepte la ayuda que su padre está dispuesto a prestarme, así que tendré que mantenerlo en secreto.

—He de dejarte. Nos vamos a una clase de cocina a la que nos hemos apuntado. Pero te llamaré más tarde. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Justo cuando cuelgo, oigo a Silas en la sala de estar.

—Qué demonios —masculla cuando entro.

Poniendo los ojos en blanco, me desplomo en un sillón junto al sofá.

—Por favor, dime que lo recuerdas todo. Así no tendré que repasar lo que sucedió anoche.

Su expresión aturdida se endurece a media que le vienen a la memoria los detalles. Se vuelve a arrellanar en el sofá y aprieta los párpados.

—Mierda. Esto está jodido de verdad.

—Sí.

Abre otra vez los ojos.

—¿Hubo algún herido en el accidente?

—Ni idea.

Suelta un gemido y se tumba otra vez. Al menos le importa lo suficiente como para preguntar.

—¿Dónde está Margaret? —dice con voz apagada.

—Se fue corriendo en cuanto supo que tu padre venía hacia mi casa. Pero después de que tú le contaras que Margaret estaba contigo, creo que él pensaba hablar con ella.

—Mierda. Esto es un desastre. Seguro que papá está supercabreado. Y a mí me aterroriza averiguar si alguien salió herido. O muerto. No sé cómo podré vivir con una cosa así.

Yo me enderezo en la silla.

—Si alguien ha muerto, no puedes hacer nada para devolverle la vida. Ya encontrarás algún modo de enmendar las cosas más adelante, cuando te sea posible, pero ahora mismo debes dar gracias por no estar encerrado en una celda.

Silas vuelve la cara para ocultar los ojos llenos de lágrimas y se cubre con una manta. Yo tengo que reprimir mi irritación. El tipo

actúa como un idiota y, cuando la cosa se va a la mierda, se pone sentimental, mientras que yo daría cualquier cosa por tener las espaldas cubiertas como él, por tener un padre dispuesto no solo a retorcer, sino a quebrantar la ley por mí.

Mi teléfono vuelve a sonar. Es el señor Everett. Me pongo derecho en la silla, pese a que no puede verme.

—¿Sí?

—¿Cómo está Silas?

—Acaba de despertarse. Estaba un poco aturdido al principio, pero ahora ya está más despejado. ¿Quiere hablar con él?

—No. Ya me ocuparé de él más tarde. Llévalo a casa mañana por la noche. Kevin Foster estará allí cuando lleguéis. El nombre de Silas ya figura entre el grupo de gente que fue vista en casa de Paul Granger anoche, así que tendremos que ocuparnos de eso. Asegúrate de que vuestra historia sea coherente y de que él la explica con escasa o nula emoción. Ese será el momento que contará de verdad. No me vayas a decepcionar.

Antes de que yo pueda responder, corta la llamada. En el estado en que se encuentra Silas ahora mismo, me espera una dura tarea.

Kevin Foster es el jefe de policía de Corbeau y un buen amigo de los Everett. No me sorprende que vaya a ser él quien se reúna con nosotros y nos tome declaración. El señor Everett ha subrayado que debemos preparar una historia coherente, pero la verdad es que podríamos contarle a Foster cualquier cosa y él sacaría a Silas igualmente de la lista de sospechosos.

Después de esto, Silas va a estar en deuda conmigo toda la vida.

—Era tu padre.

Nada. No se mueve siquiera.

—Quiere que vuelvas a casa mañana por la noche. Foster estará allí para tomarnos declaración.

Nada, tampoco.

Cuando ya estoy a punto de apartar la manta para que me haga caso, suena un golpe en la puerta. Ambos reaccionamos a la vez.

Silas se incorpora, abriendo mucho los ojos.

—¿Crees que será la policía?

Encogiéndome de hombros, voy a la puerta y atisbo por la mirilla.

—No, es tu novia.

Él suelta un gemido mientras abro.

—¿Qué haces aquí? —Margaret tiene un aspecto penoso. Los ojos enrojecidos, la nariz irritada.

—Necesito verlo.

—Déjala entrar —dice Silas a mi espalda.

Margaret pasa por mi lado y corre hacia el sofá. Él levanta la manta para que se deslice debajo, a su lado. Ambos quedan cubiertos de pies a cabeza, pero la manta es tan delgada que los oigo igualmente.

—¿Cómo estás? —pregunta ella.

—Fatal. ¿Y tú?

—Bien. Solo preocupada por ti. Preocupada por todo. —Deduzco por su voz estrangulada que está llorando.

—¿Mi padre fue a hablar contigo anoche?

—Esta mañana, a primera hora. Me ha dejado aterrorizada.

Por supuesto.

—¿Qué te ha dicho?

—Me ha preguntado qué ocurrió y se lo he contado. Me ha soltado todo un rollo, eso de que los amigos son como de la familia y que la

familia siempre se mantiene unida. Procuraba que no sonara como una amenaza, pero eso es justo lo que era.

Se quedan callados unos minutos y yo me siento un poco ruin por permanecer ahí, escuchando su conversación, aunque al parecer a ellos no les importa hablar delante de mí. Hay tres dormitorios en este apartamento, si quieren un poco de intimidad.

Al ver que Silas no dice nada, Margaret añade:

—Tú sabes que no hace falta que me amenace. Tu secreto estará siempre a salvo conmigo.

Si algo tengo muy claro es que yo no voy a desperdiciar esta oportunidad, y parece que Margaret tampoco.

27

Camille

LA COARTADA

Sábado, 10 de octubre

He vuelto a Saint Francisville horas antes de lo que se suponía. Durante nuestra conversación por teléfono, le he confesado a Silas *casi* todo; le he explicado lo que me llevó a reunirme con Aubrey Price y que ella me convenció para que espiara a Ben. Y luego le he ido detallando todo lo que he descubierto.

Silas me ha escuchado en silencio y después me ha contado lo que ocurrió aquella noche, hace diez años.

Ha sido la conversación más sincera y descarnada que hemos tenido nunca. Silas parecía deshecho. Durante años ha habido una sombra oscura sobre él, y ahora por fin he descubierto por qué. No tiene ninguna excusa lo que hizo. Él era un chico idiota que tomó la nefasta decisión de ponerse al volante aquella noche.

Le he preguntado cuándo se enteró de que aquella pareja había muerto y él ha respondido: «Demasiado tarde para confesarlo. Una

vez que papá se involucró en el asunto, yo podría haberlo gritado en las escaleras del juzgado y nadie me habría hecho caso».

Cualquiera que no esté relacionado con Randall Everett desecharía esa respuesta como una chorrada y afirmaría que nunca es demasiado tarde, pero yo he entendido lo que quería decir. Nuestro padre ya lo tenía todo arreglado antes de que Silas estuviera sobrio del todo. Había reclutado a Ben como coartada y amenazado a Margaret de muerte, o poco menos, si se le ocurría hablar. Y tenía al jefe de policía dispuesto a mirar para otro lado. Todo ello solo unas horas después de que se produjera el accidente.

Mi padre tiene un poder al que nunca nos hemos podido resistir.

Durante esa conversación largamente demorada con Silas, me he dado cuenta de que yo nunca he logrado distanciarme de mi familia tal como creía. Ben ha estado conectado con él y con papá de un modo que yo nunca había intuido. Al encubrir a mi hermano, se aseguró un lugar en una de las familias más poderosas del sur de Luisiana.

Y no fue el único. Margaret se aseguró también su lugar aquella noche.

Silas me ha dicho que volviera a Saint Francisville y que esperase allí hasta la hora prevista para reunirme con Aubrey. Ha insistido en que la dejara terminar el día haciéndose pasar por mí y no le contara lo ocurrido con Ben. Aubrey es el factor incontrolable en esta coyuntura, y a ninguno de nosotros le conviene que sepa que Ben me ha pillado in fraganti y que ha descubierto que ella está aquí, haciéndose pasar por mí.

Yo he pensado en volver a mi habitación del hotel, pero me ha dado claustrofobia solo de pensarlo. Me subiría por las paredes

mientras esperaba a que el reloj se acercara a la medianoche.

Así pues, he estado siguiendo a Aubrey a distancia de un sitio a otro. Ella acaba de cenar y se suponía que debía ir a algún bar agradable donde tomarse un cóctel hasta que llegara la hora de reunirse conmigo en la gasolinera, pero no sé por qué ha acabado en un garito de mala muerte.

—¿Por qué te metes ahí? —digo en voz alta. Aparco en el borde del aparcamiento, junto a la carretera, y observo cómo entra tambaleante en el local. Realmente debería haber practicado un poco con esos tacones. Creo que puse demasiado énfasis en los aspectos menos importantes de mi personalidad. En vez de asegurarme de que pedía mi cóctel favorito, debería haberme preocupado más por su estabilidad al caminar.

Aubrey desaparece en el garito y yo pongo el Honda en punto muerto. Se me revuelve el estómago mientras espero a que termine esta noche. Silas iba a ir a mi casa a hablar con Ben, pero aún no he recibido noticias suyas, lo cual me pone muy nerviosa. No creo que esa conversación haya ido bien en absoluto. Y no quiero ni pensar en lo que van a ser los próximos días, cuando yo tenga que lidiar con Ben.

Pero ese problema queda para mañana. Falta poco más de una hora para que Aubrey y yo intercambiemos los coches, y no quiero pensar en nada más hasta entonces.

Este bar tiene un considerable flujo de clientes. Estoy mirando cómo entra y sale la gente cuando me llama la atención una cara familiar.

—Pero… ¿qué demonios?

Tanteo con la mano en el asiento del pasajero hasta encontrar el teléfono de prepago. Marco el último número al que he llamado y observo la reacción de Silas cuando nota la vibración de su móvil en el bolsillo. Mientras lo saca, recorre el aparcamiento con la vista.

—Dime, por favor, que no estás aquí —dice.

—¿Yo? ¡Eres tú el que no debería estar aquí!

Noto el momento en el que me localiza con la mirada. Antes, cuando hemos estado hablando, se lo he explicado todo sin ahorrarle detalle: desde el coche desvencijado que he comprado hasta el programa completo de Aubrey. Silas cuelga y camina hacia donde yo estoy. Se desliza en el asiento del copiloto y nos miramos el uno al otro. Han pasado solo unas semanas desde la última vez que nos vimos, pero han cambiado muchas cosas desde entonces.

Hay muchos secretos entre nosotros, muchas mentiras. Pero en el fondo, nosotros sabemos que somos los únicos capaces de entender de verdad lo que significa tener como padre a Randall Everett.

—¿Qué estás haciendo aquí? —me pregunta.

—No podía volver al hotel. Estoy de los nervios. Pero Aubrey no me ha visto. —Quizá yo tenga dos años más que él, pero está claro que siempre seré aquella niña que procuraba obedecer en todo momento y que temía defraudar a los demás—. ¿Qué te ha dicho Ben?

Él aprieta la mandíbula.

—No he podido hablar con él. He llamado a la puerta, pero no ha contestado —dice, encogiéndose de hombros—. O bien se había ido, o bien quería evitarme. Pero no podrá esconderse eternamente.

Lo único que no he mencionado antes, cuando he hablado con él, es que Ben pensaba ir a casa de Foster. Básicamente porque me

daba miedo lo que Silas podría hacer si siguiera a Ben hasta allí.

—Entonces ¿por qué has venido aquí? —pregunto.

Él señala el bar con un gesto.

—He llegado al restaurante donde me has dicho que ella estaría justo cuando estaba saliendo. Y la he seguido hasta aquí. Estaba dándole un minuto para sentarse antes de entrar.

—Pero ¿para qué?

—Me preocupa que la persona que le ha enviado a Ben esa foto de ella haciendo compras aún siga por aquí. Se me ha ocurrido venir para comprobar que va todo bien. Ella no debería estar metida en esto. Especialmente después de todo lo que ha sufrido. —Baja la cabeza como si se sintiera avergonzado.

—Ella quería hacerlo. Fue idea suya, de hecho. Es mucho más dura de lo que crees.

Él me dirige una sonrisa apenada.

—Estoy seguro de que lo es.

Girándome en mi asiento para poder mirarlo de frente, le pregunto:

—¿Tú sabías que Margaret pensaba ir a ver a Ben hoy?

—No. No debería haberlo hecho. Ya le dije que yo me ocuparía de esto.

—Ella le ha explicado a Ben que tú tienes a alguien vigilando a Aubrey. ¿Por qué?

—Hank recibió el expediente del caso de Paul a finales de junio y, poco después, fue a verlo. Luego le contó a Ben la conversación que había mantenido con él en Angola. Paul dijo que «el tipo» que tenía una prueba de lo ocurrido aquella noche estaba intentando hacérsela llegar a «la persona adecuada». Papá le puso vigilancia a

Foster, puesto que todos sabíamos que era el único que podía ser ese «tipo». Y él, en efecto, fue un par de veces al bar donde Aubrey trabaja, pero nunca llegó a hablar con ella. Nosotros creemos que estaba tratando de decidir si entregarle la prueba o no. Ben compró ese coche viejo para poder acercarse a ella. —Y añade, bajando la voz—: Si papá supiera que la tienes paseándose por aquí como si fueras tú, se pondría furioso de verdad.

—Yo no quiero que le pase nada malo a Aubrey. —Me siento orgullosa de la firmeza de mi voz.

Silas sigue recostado en el asiento, pero vuelve la cabeza hacia mí.

—Yo tampoco, Camille. Y he estado esforzándome por salvarle el culo al mismo tiempo que salvaba el mío. Sé que Ben estaba merodeando por su casa. Por eso tengo a alguien vigilándola. No te haces una idea de lo que ha sido tener esto sobre mi conciencia durante todos estos años. Saber que ella se quedó huérfana por mi culpa.

—La culpa de que Aubrey se haya visto metida en este lío es mía. Yo jamás debería haber ido a plantarle cara aquella noche.

Silas menea la cabeza.

—Si alguien tiene la culpa de haber metido a Aubrey en esto es Kevin Foster. Él tenía un pie en la tumba, así que, en cuanto sintió que las llamas del infierno le subían por las piernas, removió toda esta mierda. Bien podría haberles entregado lo que tenía a los federales. O enviarlo a los canales de noticias de la ciudad. Pero no hizo eso. Fue llorándole a Paul y se lo soltó ante sus narices como quien tienta al asno con una zanahoria.

Se me revuelve el estómago al oírlo.

—¿Te sientes mal por el hecho de que Paul esté cumpliendo condena en Angola?

Se le demuda el gesto.

—¿Si me siento mal porque Paul esté cumpliendo condena por un crimen que no cometió? Sí. ¿Me consta que Paul ha hecho un montón de cosas que lo habrían llevado a la misma prisión durante el mismo tiempo? Sí, también. Así que, la verdad, mis sentimientos hacia él son un poco complicados.

—¿Qué crees que va a hacer Ben? No quiero que se revuelva contra ti y diga que le obligaron a proporcionarte aquella coartada, o algo parecido.

Él suelta una risita.

—Ben no es un boy scout. Quizá no le guste mancharse las manos, pero todo su éxito no se debe solo a su gran cerebro y a su jodida buena suerte. Muy pocos de sus clientes son inocentes. ¿Y a quién llama cuando necesita que desaparezcan pruebas o que los testigos tengan un ataque de amnesia? A papá. Papá llama a Foster…, o eso hacía, y Ben consigue lo que quiere.

—Ben me ha dado a entender que papá le obliga a asumir esos casos. Como si él no quisiera hacerlo en realidad.

—Ben miente más que habla. En todos los casos que ha tomado por su cuenta, ha pedido ayuda. —Silas apoya la cabeza en el respaldo del asiento—. Y no temas que vaya a acudir a la policía si consigue lo que Foster tenía. Solo tratará de encontrar otro modo de utilizarlo contra mí. Pero eso no le resultará tan fácil como él cree.

—Tú deseabas alejarte de Corbeau y de papá tanto como yo —digo, cambiando de tema, puesto que Ben quizá esté apoderándose de esa prueba en este mismo momento.

Él me dirige una sonrisa amarga.

—Bueno, yo perdí el derecho a elegir después de coger la camioneta de Paul Granger. Me quedé atrapado desde entonces.

—Temo que vayas a transformarte en papá —susurro—. Más de lo que ya lo has hecho.

Silas suelta un suspiro entrecortado.

—Dios sabe que he cometido errores que me gustaría poder deshacer y que he hecho cosas de las que no me siento orgulloso, pero, desde que me gradué y volví a casa, lo único que hago es tratar de frenarlo cuando puedo y de limitar los daños cuando no puedo. Quizá no he ido a la cárcel por lo que les hice a los padres de Aubrey Price, pero estoy detrás de unos barrotes distintos, cumpliendo otro tipo de condena.

—Podrías haberme contado todo esto hace años. Podrías haber confiado en mí.

—Yo no confío en nadie.

Estoy a punto de decir algo más, pero él alza una mano.

—No vuelvas a Baton Rouge. Prométeme que mañana vendrás a mi casa después de ese acto religioso al que mamá quiere que asistamos. Entonces pensaremos cómo resolver todo esto.

Asiento y él se baja sin más del coche. Mientras cruza el aparcamiento y entra en el bar, yo barajo mis opciones. Podría ser una cobarde y evitar a Ben; esconderme en casa de Silas y dejar que él libre mis batallas por mí.

Pero si no me defiendo a mí misma ahora, nunca lo haré. Seguiré siendo la misma Camille de siempre, la que hace lo que le dicen y deja que los hombres que la rodean controlen las cosas.

Ahora todo ha cambiado.

Ahora sé lo suficiente como para que ni Ben ni papá puedan esgrimir esa cláusula prenupcial contra mí. Volveré a Baton Rouge a primera hora y le diré a Ben que quiero el divorcio.

28

Hank

DESPUÉS DE LA COARTADA

Miércoles, 14 de octubre

El teléfono de mi escritorio empieza a sonar y Lila lo coge porque está más cerca.

—Ey —dice, y se pone a ordenar mis cosas mientras escucha a Julie, la recepcionista—. Vale, gracias. —Cuelga y me mira—. Ha llegado Camille. Voy a buscarla.

Estábamos repasando otra vez el calendario y haciendo malabarismos con las fechas, porque me he reunido con el juez Whittaker para hablar del juicio que Ben había postergado una y otra vez, y me hado veinticuatro horas para que le proponga una fecha en la que esté disponible.

La puerta se cierra silenciosamente y, al levantar la vista, veo a Camille frente a mi escritorio, con los ojos húmedos y enrojecidos. Me pregunto si algún día se secarán.

—Hola, Hank —dice en voz baja, mientras se pasa por los ojos un pañuelo de papel arrugado.

La llevo al sofá, confiando en que cuanto más informal sea la situación, más se abrirá.

—Vamos a sentarnos y a repasarlo todo antes de que llegue el detective. ¿Qué tal el trayecto hasta aquí?

—Bien. Me ha traído Silas. A mi familia le preocupa que esté sola, ya que, bueno, no han detenido al que hizo esto.

Asiento.

—Lo comprendo. Nosotros hemos contratado aquí a un guardia de seguridad por la misma razón.

Nos pasamos la hora siguiente repasando todo lo que Sullivan le va a preguntar. Unos minutos antes de la una, nos trasladamos a la sala de conferencias para esperar su llegada.

La sala de conferencias es un rectángulo de cristal situado en mitad de nuestras oficinas, y a mí me parece que está diseñada de un modo nefasto. Las paredes cuentan con ese sofisticado sistema que te permite cambiar su opacidad, con opciones que van desde la completa transparencia en un sentido, de manera que podríamos ver el exterior, pero nadie vería el interior, hasta la falta completa de visibilidad. Esto será lo primero que cambiaré.

Pulso el botón del panel y el cristal se vuelve de un gris lechoso.

—Gracias —dice Camille—. Me estaba preguntando si todo el mundo iba a vernos aquí dentro.

Suelto un gemido antes de poder contenerme.

—Detesto esta sala.

—Ya. A mí tampoco me entusiasma, pero Ben se empeñó en montarla así. Pensaba que esta tecnología era genial.

Me tomo un momento para observarla. Tiene mal aspecto. Lleva el pelo recogido detrás de un modo desordenado que no parece

intencional. Las uñas se las ha mordisqueado por completo. Aunque me sentiría más preocupado si no tuviera esta pinta. Apenas han pasado setenta y dos horas desde que encontró el cuerpo de su marido en su propia casa.

—Recuerda, solo responde a lo que él te pregunte. —No sé bien por qué siento la necesidad de repetírselo, pero ella asiente como si comprendiera la parte que no digo en voz alta.

Inspira hondo y parece luchar para reprimir las lágrimas. Yo me inclino y le aprieto la mano.

—Esto es un procedimiento estándar. Sé que te resultará duro hablar de ello, pero yo estoy aquí a tu lado. Saldrá todo bien.

Lila llama a la puerta tres veces en rápida sucesión; luego la abre y hace pasar a Sullivan.

—Gracias por venir aquí. Se lo agradecemos —le digo, estrechándole la mano.

Él echa un vistazo alrededor y ocupa la silla situada frente a Camille.

—Esto es un entorno más agradable que el de la comisaría.

Lila sigue todavía en el umbral.

—¿Alguien quiere tomar algo? ¿Café? ¿Agua?

Camille y yo miramos a Sullivan.

—No, gracias. Estoy bien.

—De acuerdo. Avíseme si cambia de idea —dice Lila, retirándose. La puerta se cierra suavemente con un clic.

—Antes que nada, señora Bayliss, gracias por acceder a hablar hoy conmigo —dice Sullivan.

—De nada. Pero llámeme Camille, por favor.

—Muy bien, Camille. Responda lo que pueda, simplemente.

Sullivan saca su grabadora.

—Detective Sullivan entrevistando a Camille Bayliss, esposa de Benjamin Bayliss, respecto a los hechos del once de octubre. Se halla presente también el abogado de Camille Bayliss y socio de Benjamin Bayliss, Hank Landry. —Coloca la grabadora entre nosotros, en el centro de la mesa de conferencias, y le dirige a Camille una leve sonrisa—. Muy bien, dicho esto, ya podemos empezar. Necesito hacerme una idea clara de lo que hizo el domingo. Cuando hablamos en su casa, usted dijo que había pasado el fin de semana en Saint Francisville y que había regresado a media mañana. La llamada al 911 se recibió a las 10.48. ¿Esa era la hora a la que había planeado llegar a casa? ¿O era más temprano de lo previsto?

—Inicialmente, yo tenía planeado ir a Corbeau para asistir a misa con mi familia, pero no me encontraba bien y decidí volver a casa. —Camille retuerce el pañuelo de papel entre las manos de tal modo que va a acabar rompiéndolo en pedazos, pero al menos lo mantiene en su regazo, donde Sullivan no puede verlo.

Yo le he advertido que el detective querría dejar registrado en la grabación oficial todo lo que ya declaró en su casa, de manera que los primeros veinte minutos iban a consistir en repasar lo que le dijo entonces.

Sullivan toma algunas notas, a pesar de que está grabándose todo.

—Usted dijo que el sábado por la noche se había parado a tomar una copa antes de volver al hotel. ¿Correcto? —pregunta el detective, todavía mirando sus anotaciones.

Ella vacila un instante y luego dice:

—Sí. En el bar Chantilly's.

Él vuelve unas páginas.

—Se detuvo allí porque aún no le apetecía retirarse. ¿Correcto?

Camille asiente.

—Señora Bayliss, necesito que responda en voz alta, por favor.

Ella carraspea.

—Sí, es correcto.

—Gracias. ¿Y a qué hora llegó al Chantilly's?

—Cuando acababan de dar las diez.

Las respuestas de Camille son un poco rígidas, pero teniendo en cuenta la situación y el tema que estamos abordando, no puedo reprocharle nada por el momento.

—¿Y a qué hora se fue de allí?

—Poco antes de medianoche.

—Hablé con el camarero que estaba trabajando la noche del sábado, Ray Simmons. Me dijo que usted se encontró a alguien allí. Que estuvo sentada con un hombre en la barra durante todo el tiempo. ¿Puede decirme de quién se trataba?

Ella tose para aclararse la garganta.

—Sí, me encontré allí con mi hermano Silas. Tomamos una copa y nos pusimos al día, porque hacía tiempo que no lo veía.

Yo ya me he sorprendido cuando ella ha mencionado esto antes, mientras lo repasábamos todo; de lo contrario, Sullivan habría visto la cara de estupefacción que he puesto al enterarme. Yo creía que Camille y Silas no tenían una relación tan estrecha, y no puedo evitar la sensación de que aquí hay algo que se me escapa.

—¿Estuvo en el Chantilly's con su hermano, Silas Everett? —Sullivan mantiene el bolígrafo suspendido sobre el cuaderno

mientras la observa.

Ella asiente; luego recuerda la grabadora que tiene delante.

—Sí.

—¿Tenía planeado reunirse allí con él? ¿O fue una coincidencia?

Camille parpadea rápidamente, y eso es mala señal. Le da un aspecto agitado y nervioso. Sullivan también se da cuenta.

—Había visto a Silas en un acto de beneficencia unas semanas atrás y quedamos en tomar una copa, ya que Corbeau está muy cerca de Saint Francisville.

Es exactamente lo mismo que me ha dicho a mí, pero no puedo evitar preguntarme si Sullivan se sentirá tan escéptico como yo al escucharlo.

—¿Sería posible que yo hablara con su hermano?

Levanto la mano, impidiendo que Camille responda.

—Solo para asegurarme de que estamos en plena sintonía. Nosotros no nos oponemos a que contacte con Silas Everett, pero lo que yo entiendo es que usted necesita hablar con Camille sobre el pasado fin de semana porque que es una testigo, no una sospechosa. ¿Es correcto?

Estoy forzando un poco la situación, pero si él la considera una sospechosa, voy a interrumpir el interrogatorio de inmediato.

Sullivan se recuesta en la silla y me mira.

—Camille Bayliss no está considerada una sospechosa. En estos momentos.

Esto último es deliberado. Le hago un gesto a Camille para que responda a la pregunta.

—Él vendrá a recogerme cuando hayamos terminado y está preparado para contarle con toda exactitud lo que hice.

Tengo que hacer un esfuerzo para no aporrear la mesa con la cabeza. Formularlo así viene a ser la peor manera de hacerlo cuando pretendes que alguien corrobore tu historia.

Esta es la parte peliaguda. No se trata solo de la anatomía de una coartada —tener a *alguien* que atestigüe que estabas en otro sitio cuando se cometió el crimen—, sino del aspecto psicológico de la coartada: que ese *alguien* sea creíble. Un miembro de la familia provoca escepticismo por sistema, sobre todo si está «preparado» para declarar, como ella ha dicho.

—Muy bien, hablaré con él si lo veo al salir de aquí; si no, necesitaré que venga a comisaría. —Sullivan levanta la vista del cuaderno—. ¿Se le ocurre alguien que quisiera hacerle daño a su marido? ¿Había tenido alguna pelea con un amigo? ¿Estaba enfrentado con un vecino? ¿Alguien de su pasado había reaparecido?

Ella se mordisquea el labio inferior. Es la primera vez que parece realmente nerviosa ante una pregunta.

—No, no se me ocurre nadie. —No sé muy bien cómo, pero sé que está mintiendo.

Sullivan asiente despacio. Él percibe todo lo que yo veo.

Dejando su bolígrafo sobre la mesa, saca de su bolsa una fotografía y nos la pasa. Es una imagen que los canales de noticias han utilizado muchas veces al informar sobre el caso. Una revista de moda de Luisiana le hizo recientemente a Ben un reportaje, que apareció publicado con esta foto tomada en el despacho de su casa. En la imagen, Ben está repantingado en su silla, con los pies apoyados en la esquina del escritorio. Cuando yo la vi por primera vez, pensé que parecía un engreído gilipollas. No es mi fotografía preferida de él.

Y la verdad es que ahora me intriga saber por qué nos la muestra Sullivan.

—Todos hemos visto esta foto —dice, echándose hacia delante—. Señora Bayliss, ¿podría mirar los objetos que hay sobre el escritorio?

Camille se seca las lágrimas y se concentra en la imagen.

—¿Qué debo buscar exactamente?

—Me consta que esta foto fue tomada en primavera, cuando se publicó el reportaje, pero ¿diría usted que los objetos decorativos de la parte de delante estaban aún ahí cuando se marchó de casa el viernes? ¿O el escritorio fue decorado así para la sesión fotográfica?

Estudio la imagen. Hay bastantes cosas ahí que reconozco, pues yo he estado en ese despacho en múltiples ocasiones. Está el mazo que le regaló un juez al retirarse de los tribunales porque Ben había ganado el último juicio que él había presidido. Están las balanzas de latón que le regaló su madre cuando se graduó en la facultad de Derecho. Y también esa caja de madera que contiene un cuchillo de caza.

—Estos objetos siguen en su escritorio. Ben no es la clase de persona que dispone un decorado para salir en una foto —dice Camille. El labio inferior le tiembla cuando pregunta—: ¿Por qué?

—Los resultados preliminares del registro no contienen ninguna señal de que la entrada hubiera sido forzada. Nuestra primera idea es que el asaltante llegó después del señor Bayliss y que este le dejó entrar en la casa. La única señal de lucha era una silla volcada de lado. Normalmente, cuando se produce un robo, se aprecian signos de que los intrusos han registrado los cajones y los armarios, y le aseguro que no suelen hacerlo de un modo especialmente pulcro y

ordenado. En este caso, en cambio, tanto el despacho como el resto de la casa estaban intactos.

Camille sujeta el borde de la mesa mientras le escucha con los ojos fijos en él.

—Había varias heridas distintas en el cuerpo del señor Bayliss. No tenemos aún el informe completo del forense, pero, a juzgar por los resultados preliminares, parece que fue apuñalado múltiples veces en el pecho. La maza y las balanzas seguían sobre su escritorio cuando nosotros llegamos a la escena, pero esa caja de madera había desaparecido. Y no había ni rastro del cuchillo por ninguna parte. Creemos que podría haber sido el arma utilizada para matarlo, pero no lo sabremos con certeza hasta que tengamos más datos sobre la hoja, o hasta que lo recuperemos y veamos si su tamaño coincide con las heridas.

Camille se descompone por completo. Se le demuda el rostro y sacude los hombros en un acceso de llanto. Necesita varios minutos para poder articular palabra.

—Yo… puedo darle unos… datos sobre… ese cuchillo.

Sullivan me mira, pero yo aguardo a que Camille le explique cómo es que tiene esa información.

Finalmente, se recompone lo suficiente para hablar.

—Ese cuchillo lo hizo un forjador artesano de Corbeau. El mango era del asta de un ciervo que Ben había cazado. Yo encargué el cuchillo el año pasado como regalo de Navidades. Las medidas y la descripción de la hoja figuran en un certificado que tengo en casa en una carpeta. Me encargaré de que reciba una copia.

La gente va a enloquecer cuando conozca este detalle. Ya me imagino con qué rapidez correrá la historia de que Camille lo mató

con un arma que ella misma había encargado para él.

—No piensa hacer esto público, ¿no? —pregunto.

Sullivan entiende por qué lo pregunto sin necesidad de que se lo diga.

—No —dice, meneando la cabeza—. Este detalle no se lo comunicaremos a la prensa por ahora. Sobre todo porque no sabemos dónde está ese cuchillo.

Camille se hunde en su silla, con los ojos vidriosos.

—¿Usted y Ben tenían problemas maritales?

Me dispongo a protestar por la pregunta, pero ella me pone la mano en el brazo, deteniéndome. Antes de responder, se aclara la garganta.

—No, no los teníamos. Es decir, sí teníamos las típicas discusiones de todas las parejas. Yo pensaba que él pasaba demasiado tiempo en la oficina y él pensaba que yo gastaba demasiado, pero nada más aparte de eso.

Es una buena respuesta. Y es cierta. Yo sé lo mucho que trabajaba Ben, y con frecuencia le oía quejarse por la factura de la tarjeta de crédito.

Pero Camille está destrozada y no quiero que responda a esta clase de preguntas en su actual estado.

—Sully, creo que ya es suficiente por hoy.

29

Aubrey

DESPUÉS DE LA COARTADA

Miércoles, 14 de octubre

Dejo mi portátil en el sendero de acceso mientras pienso en la mejor manera de destruirlo. O más concretamente de deshacerme de todo lo que me relaciona con Camille y Ben, que es mucho.

La angustia que sentí al marcharme de la iglesia donde se había celebrado el rosario ha vuelto redoblada esta mañana. Ayer fue un día mentalmente extenuante, así que hoy he decidido que ya estoy cansada de pensar y que voy a hacer algo al respecto. Y protegerme a mí misma es lo mejor que puedo hacer. No entiendo gran cosa de ordenadores, pero sí sé que borrar tu historial de búsqueda no significa que desaparezca para siempre. Al parecer, siempre hay un sistema para recuperar los datos.

La policía ya ha venido una vez aquí, así que hay muchas posibilidades de que vuelvan. Este portátil tiene que desaparecer. Hice una última búsqueda anoche para evaluar hasta qué punto

estoy jodida si resulta que Ben fue asesinado mientras yo estaba en Saint Francisville y ellos vienen a preguntar cuál es mi coartada.

Para contar con una coartada irrefutable, necesitaría una prueba de que yo no estaba donde se cometió el crimen, de que no tuve la oportunidad de cometerlo y (puntos extra) de que no tenía motivo para cometerlo. Y la mejor prueba posible son los recibos de las tarjetas de crédito, la ubicación de un teléfono móvil, los servicios de localización de un vehículo y los metadatos de vídeos y fotografías.

Todo eso se lo proporcioné a Camille.

Para mí misma no tengo nada de eso.

Mi propio móvil permaneció inactivo durante doce horas. No se me había ocurrido lo que significaría que no mostrara nada. Ningún movimiento. Ninguna actividad. Sin la menor cobertura. Eso en sí mismo parece constituir más bien un motivo de alerta.

Otro tipo de prueba eficaz es un testigo que declare que estaba contigo cuando se cometió el crimen. Sin embargo, todas las páginas web sobre temas jurídicos que he visitado consideran que esa es una evidencia más endeble, pues ahí entra en cuestión el carácter del testigo, si es una persona fiable o si tiene algo que ganar al proporcionar la coartada.

Yo cuento con esa prueba.

Más o menos.

Mis compañeros estuvieron conmigo a primera hora de ese día, pero lo que estuvieron ayudándome a hacer no nos dejaría en buena posición. Cualquiera de ellos, sobre todo Deacon, mentiría por mí y diría que estuve en casa aquella noche, pero como resulta que vivo con una pandilla de delincuentes, no estoy segura de que nadie

fuera a creerlos. Y no quiero meterlos en este asunto aún más de lo que ya los he metido.

Puedo demostrar que estuve en Angola. Pero hay un problema también en eso. En primer lugar, Ben aún seguía vivo mientras yo estaba allí, o sea que no me sirve de gran cosa. En segundo lugar, dado que fui a ver a Paul y considerando lo que este representa en mi historia y lo que yo creo que Ben hizo, eso solo sirve para darme un motivo, no una coartada.

Y luego está el problema del Chantilly's. Silas Everett también se encontraba allí, y él declararía sin la menor duda que estuvo con Camille, no conmigo.

Estoy bien jodida.

—Diría que no andas tramando nada bueno.

Me giro en redondo y suelto un grito de sorpresa al ver a Deacon a solo unos pasos.

—¡Me has dado un susto! —Prefiero ignorar su comentario.

Él se acerca. Ahora estamos el uno junto al otro, mirando el portátil que he dejado en el suelo.

—No sé si quiero saber lo que estás haciendo.

—Estoy tomando precauciones. He estado buscando a Ben en Google desde que Camille se presentó en Doug's. Incluso miré su dirección en el mapa y averigüé qué autobús me dejaría más cerca de su casa antes de decidir enfrentarme a ella a la salida de su reunión de la Junior League. Así que voy a destruir el portátil para que nadie se entere. Ya me entiendes, por si alguien viene a investigar. —Ambos sabemos que «alguien» es la policía.

Deacon permanece en silencio a mi lado. Estoy esperando que me diga que esto es otra idea estúpida, pero esta vez me sorprende.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

Suelto una risotada.

—Estoy pensando en todos los modos que hay de cagarla, según internet, cuando la gente intenta destruir un cacharro de estos. Es más difícil de lo que crees deshacerte de todos los componentes de un ordenador. Y ahora también tengo esas búsquedas en mi historial.

Él se agacha y estudia el portátil como si fuera una bomba a punto de explotar.

—¿Qué tal si le prendemos fuego?

—Ya lo he pensado, pero la página que he leído decía que, si lo quemas, todavía cabe la posibilidad de recuperarlo parcialmente. Tendríamos que incinerarlo. Como hacen con los cadáveres en el crematorio. —Me vuelvo para mirarlo—. ¿Tú conoces a alguien en el sector de las funerarias?

Ahora es él quien se ríe.

—No, lo siento. No puedo ayudarte en eso. ¿Qué tal con agua?

Me encojo de hombros.

—Algunas webs dicen que también podría restaurarse en parte. Al parecer, la tecnología de recuperación de datos es impresionante. No quiero hacer nada que implique el riesgo de una recuperación parcial. Y antes de que lo digas tú, ya sé que estoy dándole demasiadas vueltas. Debería tirarlo al río y ya está, pero no puedo. Me parece… demasiado fácil y, por tanto, no lo bastante bueno. —Hago una pausa y añado—: Lo único que he encontrado que parecía prometedor es destrozar los componentes internos, sobre todo el disco duro, en trocitos diminutos.

Él me mira con una sonrisa torcida.

—Entonces vamos a necesitar un martillo grande. —Se levanta y, dando media vuelta, va hacia su coche. Yo le sigo de cerca.

—No sé si quiero saber por qué llevas un martillo grande en el maletero.

Deacon menea la cabeza.

—No, probablemente es mejor que no lo sepas.

Abre la puerta trasera y veo una gran caja de herramientas junto a una bolsa negra de lona.

—Seguramente tampoco me conviene saber qué hay en esa bolsa —le digo.

Él se vuelve hacia mí.

—Hoy estás pensando lo peor de mí —dice riendo—. Yo no voy en coche por la ciudad recogiendo cadáveres.

—No sé muy bien lo que haces. —Señalo con un gesto su enorme físico—. Pero sí sé que utilizas ese corpachón para que la gente se cague de miedo. Y tú también lo sabes.

Deacon se ríe entre dientes. En realidad, se ríe de la descripción que he hecho de él.

—Vale, está bien.

Coge un martillo que debe de ser tres veces más grande que uno normal y vuelve a donde está el portátil esperando.

—Ey, puedo hacerlo yo. No quiero convertirte en cómplice.

Él pone los ojos en blanco.

—¿Cómplice de qué? ¿De un montón de búsquedas en internet?

—Es un delito frecuente —mascullo, cogiendo el extremo del martillo que Deacon tiende hacia mí. Ambos lo sujetamos unos segundos y él por fin lo suelta. El martillo cae inmediatamente al suelo, arrastrándome a mí también.

Otra vez esa risita.

—Acabarás haciéndote daño si pretendes dar toda la cantidad de martillazos necesaria para que el portátil quede destrozado… ¿Cómo lo has dicho? ¿En trocitos diminutos?

Dejando el martillo en el suelo, me levanto y me sacudo la tierra de la mano con la que he parado la caída.

—Podrías haberme dicho que era tan pesado.

No voy a mentir; es impresionante mirar cómo Deacon destruye por completo mi portátil. Para mayor seguridad, acabamos metiendo todos los trozos en una triple bolsa, usando ese tipo de bolsas de basura negras muy gruesas. Él está sudando cuando la levanta y le da una buena sacudida. El repiqueteo de todos esos trocitos ahí dentro consigue que me relaje por primera vez desde hace días.

—Y ahora ¿qué? —pregunta.

—Estaba pensando que podríamos esparcirlos por la ciudad en distintos cubos de basura.

La mirada que me dirige me dice que ya se ha cansado de seguirme el juego.

—¿Qué tal si los tiramos al río? Dejemos que la corriente los arrastre al golfo.

—Vale, sí. Eso también sirve.

Arrojar los restos de mi portátil al río es más bien un anticlímax, y ahora me doy cuenta de que podría haber tirado el cacharro sin destrozarlo y que habría desaparecido igual. Así pues, sin darle muchas vueltas, arrojo también mi teléfono mientras la última pieza del portátil se hunde bajo el agua.

Nos alejamos de la orilla del río y paramos en una tienda donde me compro un nuevo móvil. No tengo ese dinero, en realidad, pero

de ningún modo puedo pasar sin un teléfono.

Mientras salimos del aparcamiento, me vuelvo hacia Deacon.

—¿Podemos hacer una parada antes de volver a casa?

Deacon y yo cruzamos las verjas y avanzamos lentamente por el estrecho y sinuoso camino, adentrándonos entre los árboles hasta donde ya no se puede seguir.

—¿Es aquí? —pregunta Deacon.

—Sí.

Él pone punto muerto.

—¿Quieres que te espere o te acompaño? —Me pasa las flores que acabamos de comprar en el súper.

—Espera aquí, si no te importa. No tardaré. —Cojo las flores y me bajo antes de empezar a pensar en lo amable que ha sido conmigo en los últimos días. Incluso más de lo normal.

Yo he estado de los nervios toda la semana y sé que hay algo que puedo hacer para sentirme tal vez un poco mejor.

El sol arroja un suave resplandor dorado a través de las nubes y una brisa fresca sopla a lo largo del prado agitando las ramas de los árboles. Sigo el sendero hasta el final y empiezo a caminar con cuidado por el césped. Al otro lado de la cerca, hay un banco bajo la sombra de un nogal. Aparto las hojas, las cáscaras y las ramitas caídas antes de sentarme.

Hay lápidas más bonitas y más grandes en este cementerio, pero yo creo que mamá y papá tienen el mejor sitio de todos. Están al fondo del recinto, rodeados por otras tumbas por tres lados, no por cuatro. No sé por qué me parece importante este detalle, pero así

es. Además, durante la mayor parte del día están protegidos de los elementos. Las ramas del nogal parecen extenderse más por este lado de la cerca, como si supieran lo especiales que eran mis padres y que merecen estar protegidos del sol cuando alcanza su punto más álgido.

—Iba a esperar hasta averiguar la verdad de un modo u otro, antes de volver. Pero ahora me da miedo que nunca llegue a saberla —les susurro, acercando el ramo de flores.

La única respuesta es el canto de las cigarras entre las ramas.

—No me doy por vencida, pero quizá tarde un poquito más en encontrar las respuestas que todos nos merecemos. Yo creía tener un buen plan, pero acabo de tirar mi portátil al río Mississippi, trocito a trocito, así que supongo que me hace falta un plan nuevo. —La brisa se lleva mi leve risita.

Me levanto del banco y me siento con las piernas cruzadas sobre la hierba, frente a la base de las lápidas, justo entre las dos. Necesito estar más cerca. Entierro la cara en los suaves pétalos de las flores e inspiro hondo. La fragancia de mi niñez. Las rosas eran las flores preferidas de mi madre.

Saco una y la coloco ante la tumba de papá; luego deposito el resto del ramo frente a la de mamá y pongo una mano en cada lápida de granito.

—No puedo creer que ya no estéis desde hace diez años —susurro con voz estrangulada mientras trato inútilmente de contener las lágrimas. Resigo con el dedo las fechas de la lápida de papá y me detengo en la del día en que murieron, él solo una hora después de mamá. Me pregunto por enésima vez si las cosas habrían terminado de otro modo en caso de que yo hubiera estado con ellos.

Mis padres habían ido a Corbeau para asistir a la boda de un primo lejano. Yo debería haberlos acompañado, pero dejaron que me lo saltara cuando una amiga y su familia me invitaron a un concierto que se celebraba en Nueva Orleans aquella misma noche.

Han transcurrido diez años desde que otro vehículo se saltó un stop y embistió el coche de mis padres, cambiando mi vida para siempre. En aquella carretera oscura y desierta, el conductor tomó una decisión. Se fue. Huyó del lugar. No llamó para pedir ayuda, pese a que los informes posteriores demostraron que mi padre no había muerto en el acto. ¿Podría haberse salvado si hubiera recibido atención médica inmediata? El hecho de no poder responder a esta pregunta me ha atormentado durante una década.

Sin embargo, el desesperado deseo de descubrir la verdad podría ser mi perdición. Quizá debería haberlo dejado correr, en lugar de perseguir a Camille e insistir en que colaborase conmigo.

Pero no quise dejarlo. Tomé la decisión de utilizarla a ella para atrapar a Ben cuando la abordé a la salida de la reunión de la Junior League, y no sería difícil que alguien creyera que lo hice para poder vengarme matándolo.

Una mano se posa en mi hombro, sobresaltándome.

—No quería asustarte. Te he llamado varias veces antes de acercarme. —Es Deacon. Está acuclillado a mi espalda sobre la hierba—. Es que ha pasado mucho rato y estaba un poco preocupado. ¿Estás bien?

—Perdona —digo, secándome las lágrimas—, me he quedado un poco ensimismada.

Él se incorpora y se aparta.

—No hay prisa. Tómate todo el tiempo que quieras. Solo quería comprobar si estabas bien.

Yo me levanto.

—No, ya estoy lista. Tengo que estar en el bar dentro de poco, así que ya es hora de marcharse.

Deslizo la mano por la parte superior de cada lápida.

—Esto quizá haya sido un contratiempo, pero os prometo que averiguaré lo que os pasó realmente aquella noche.

30

Camille

DESPUÉS DE LA COARTADA

Miércoles, 14 de octubre

Estoy temblando en mi silla junto a Hank cuando él da por terminado al fin el interrogatorio formal.

—Sully, creo que ya es suficiente por hoy. Ya ve lo duro que es esto para la señora Bayliss. Si tiene otras preguntas, con mucho gusto nos volveremos a reunir aquí, pero ahora debo insistir en que le demos un respiro.

Salta a la vista que al detective no le entusiasma que suspendamos el interrogatorio tan de repente. Hank me ha dicho antes que lo interrumpiría si creía que nos estábamos metiendo en un terreno que no le gustaba y que entonces yo permaneciera callada y dejara que él asumiera el papel del malo. Supongo que cuando el detective ha empezado a preguntar si Ben y yo teníamos problemas matrimoniales, Hank ha pensado que estábamos entrando en un terreno pantanoso.

Y no está equivocado.

Aguardo a que el detective decida exhibir su poder y amenace con citaciones y todas esas cosas que se ven en las series policiales, pero él asiente y empieza a recoger sus cosas. Sullivan debe tener su propia opinión sobre el motivo por el que Hank ha decidido interrumpir el interrogatorio, pero ahora no tengo la energía necesaria para preocuparme por eso.

Bastante difícil es dar un paso tras otro ahora mismo.

Mi móvil vibra con un mensaje de Silas. Está esperando fuera.

—Detective Sullivan, mi hermano está aquí si quiere hablar con él. —Prefiero terminar con esto cuanto antes para que el detective pueda pasar a otra cosa.

Él se yergue y asiente.

—Sí, estaría bien. —Luego mira a Hank con expresión mordaz—. ¿Cree que habrá algún problema si él se reúne aquí con nosotros, o ya será demasiado para la señora Bayliss?

Es una pulla ante la que hago un gran esfuerzo para no reaccionar.

Hank esboza esa sonrisita suya. La que te da a entender que piensa que eres un idiota sin decirlo abiertamente.

—Creo que podemos permitirnos los pocos minutos que debería necesitar para hablar con el señor Everett. —Luego Hank me mira a mí—. ¿Quieres decirle que entre?

Asiento y le envío un mensaje a Silas, explicándole lo que se va a encontrar. Al cabo de unos minutos, Lila lo hace pasar a la sala de conferencias.

Silas saluda a todo el mundo y se sienta a mi lado, dándome un apretón en la mano.

—¿Estás bien?

Debo tener los ojos enrojecidos e hinchados, así que no puedo ocultar cómo me he descompuesto.

—Sí, estoy bien.

Hank se echa hacia delante para dirigirse a Silas.

—El detective tiene algunas preguntas para ti.

Sullivan ha vuelto a sacar su grabadora y la ha puesto en marcha sobre la mesa. Hace la misma introducción, diciendo su nombre y el de Silas, y menciona también que Hank y yo todavía estamos presentes. Luego suelta una risita y se dirige a mi hermano.

—Señor Everett, estoy seguro de saber cuál va a ser su respuesta, pero ¿puede decirme, por favor, dónde estuvo el sábado por la noche?

Silas se arrellana en la silla. Parece relajado y yo no dejo de envidiar su capacidad para ocultar tan bien sus emociones.

—Claro. Estuve tomando una copa con Camille. Ella me había dicho que estaría cerca de Corbeau cuando nos vimos en la colecta de fondos de la Fundación Tarver Braddock.

—¿Y dónde se tomaron esa copa?

—En un bar llamado Chantilly's.

El detective vuelve a tomar notas, mientras que Hank y yo escuchamos la conversación en silencio.

—¿Y a qué hora se fueron?

Silas ladea la cabeza mientras piensa.

—Creo que Camille se fue alrededor de medianoche. Yo no tardé en marcharme también.

El detective Sullivan deja su bolígrafo y lo mira.

—¿Y a dónde fue al salir del Chantilly's?

—A casa.

—¿En Corbeau?

Silas sonríe.

—Es la única que tengo.

—¿No se dirigió a Baton Rouge?

La mano de Silas se estremece ligeramente. Espero que yo sea la única que lo ha notado.

—No. No hice eso.

Hank interviene.

—Creo que el señor Everett ya ha respondido a la pregunta que confirma dónde estaba la señora Bayliss el sábado por la noche. O sea que si no hay nada más…

El detective sonríe.

—Sí, así ha quedado establecido donde estaban la señora Bayliss y el señor Everett entre las diez y las doce de la noche. Pero yo me centro más bien en las horas anteriores, entre las seis y las ocho de la tarde, que es cuando el forense ha situado la hora de la muerte.

Oh, mierda.

Cada uno de nosotros reacciona de un modo distinto. Hank parece visiblemente desconcertado; Silas permanece rígido. A mí se me empiezan a caer las lágrimas otra vez.

Una hora más o menos después de que yo saliera de casa, alguien fue y asesinó a Ben. No puedo evitar pensar en lo que Silas me dijo en el coche, antes de meterse en el bar. «No he podido hablar con él. He llamado a la puerta, pero no ha contestado». Esto hace que me cuestione cosas que no quiero cuestionarme.

En todo caso, esta noticia lo sitúa allí en ese marco temporal. En cuanto a mí, en aquellos momentos estaba acechando a Aubrey

mientras ella se paseaba haciéndose pasar por mí, aunque no tengo nada para demostrarlo.

Esto es una pesadilla.

Hank es el primero en recobrarse.

—Sully, ¿estoy entendiendo mal el propósito de esta visita? Nosotros hemos sido abiertos y transparentes con usted. Está bien claro dónde se encontraba la señora Bayliss el sábado, y no fue en absoluto cerca de Baton Rouge.

Quizá acabe vomitando. Encima de esta mesa.

Silas añade por su parte:

—Si necesita saber si yo tengo una coartada, solo tiene que preguntarlo. Estuve trabajando en la granja con uno de los sacudidores de nueces hasta que fui a reunirme con Camille. Mi esposa, Margaret, puede verificarlo si es necesario. Dígame tan solo cuál es la mejor manera de que ella se lo confirme.

Oh, Dios. Margaret se marchó de mi casa como una hora antes que yo. La cosa no pinta bien para ninguno de nosotros.

El detective, que ha captado la hostilidad procedente de nuestro lado de la mesa, alza una mano. Estamos todos cayendo de lleno en su juego, lo sé.

—Faltaría a mis obligaciones si no hiciera las preguntas difíciles. —Se vuelve hacia Silas—. Ya me dirá cuándo es un buen momento para hablar con su esposa.

Hank se pone de pie.

—Sully, mi oficina contactará con usted para organizarlo.

Silas casi parece sorprendido ante la oferta tácita de Hank de resolverle esta cuestión.

El detective Sullivan capta la insinuación nada sutil de que el interrogatorio ha concluido. Por segunda vez, recoge sus cosas mientras Silas y yo lo observamos.

Nos quedamos sentados mientras Hank lo acompaña fuera de la sala. Ambos permanecemos callados; no deseamos comentar nada de esto mientras estemos aquí dentro. Finalmente, Hank regresa, se desploma en una silla frente a nosotros y mira a Silas.

—¿Tu esposa de verdad va a poder responder por ti durante ese periodo?

Silas asiente.

—Sí, por supuesto. —Luego se echa hacia delante, apoyando los brazos sobre la mesa—. ¿Crees que Camille corre el riesgo de ser acusada del asesinato de Ben?

Me siento orgullosa de no estremecerme visiblemente ante su pregunta.

Hank me mira a mí y se vuelve de nuevo hacia Silas.

—No lo creo. Ella tiene un montón de recibos que demuestran dónde se encontraba durante la ventana temporal en la que se van a centrar. Me preocupa más que Sullivan no tenga ninguna pista y que por eso esté buscando lo que no hay.

—A nuestro padre no le hace gracia que estés haciéndote cargo del bufete. Y representando a Camille.

Me vuelvo hacia mi hermano.

—¡Silas! ¿Por qué dices eso?

Hank se echa a reír.

—Ah, vuestro padre ya me dejó bien claro lo que piensa de mí. Si tienes algo productivo que decir, hazlo, por favor. De lo contrario, me

espera un largo día de trabajo y creo que hablar de las cosas que Randall Everett aprueba o no es una pérdida de tiempo.

Silas arquea una ceja; yo los observo fascinada.

—¿Quieres saber por qué Ben quería echarte del bufete?

La pregunta hace que Hank se eche hacia atrás, como si mi hermano le hubiera dado un golpe.

Silas no aguarda a que responda.

—Ben pensó que podría corromperte. Y como tú procedías de la oficina del fiscal, confiaba en que conocerías sus puntos débiles; que sabrías qué tipos aceptaban sobornos, cuáles podían ser influenciados y utilizados. Él había estado apoyándose durante años en Foster, pero quería a alguien que respondiera ante él, no ante papá. Así que, francamente, tómate como un cumplido que ya no quisiera contar contigo. En cuanto a mí, me siento mejor sabiendo que eres tú, y no Ben, quien le cubre las espaldas a Camille.

Sin palabras. Hank y yo nos hemos quedado sin palabras.

—Añadiré una cosa antes de que te dejemos tranquilo —dice Silas al tiempo que se levanta—. Ben no consiguió todo el éxito que tuvo, ni tan rápidamente, sin ensuciarse las manos y crearse enemigos. Tú encárgate de que Camille se mantenga fuera del punto de mira del detective y yo me encargaré de que las promesas que Ben no llegó a cumplir no vengan a complicarte la vida.

Hank está rígido en su silla; yo me tapo la cara con las manos y suelto un gemido.

Es una pesadilla.

Mi peor pesadilla

—Vamos, Camille.

Hank no dice nada cuando salimos. Yo espero hasta que estamos en el coche para arremeter contra mi hermano.

—¿Qué demonios ha sido eso? ¿Por qué estás amenazando a Hank? ¡Él no ha hecho otra cosa que intentar ayudarme!

Silas parece calmado mientras conduce a través del tráfico de la tarde. Demasiado calmado teniendo en cuenta lo que acaba de ocurrir ahí dentro.

—Él ha de saber a lo que se enfrenta. Hay una montaña de mierda con la que va a tener que lidiar si se hace cargo del bufete. Y una de dos: o se pone duro para manejarlo, o sale volando de allí y deja que otro se haga cargo.

Me echo atrás en el asiento y cierro los ojos.

—No puedo creer que esté pasando esto. Nada de todo esto.

—Debería haberte contado la verdad hace años. Quizá, si lo hubieras sabido, no te habrías quedado atrapada en un matrimonio con ese hijo de puta. Yo tal vez estaba en deuda con Ben, pero tú no.

—Tú también te quedaste atrapado con Margaret, ¿no?

Él apoya la cabeza en el respaldo, pero no responde a mi pregunta, así que le hago otra que tal vez no quiera escuchar.

—¿Realmente ella podrá cubrirte?

Silas me lanza una mirada rápida y vuelve a concentrarse en la carretera.

—Yo no maté a Ben.

No respondo porque no sé si le creo.

—Escucha, Camille. Foster no solo guardaba el vídeo de lo que les pasó a los padres de Aubrey aquella noche. Guardaba cosas de todo lo que papá le había pedido que hiciera desde antes de que

naciéramos nosotros. Estuvo acumulando pruebas durante años porque temía que papá se volviera contra él. Y yo, en su lugar, habría hecho lo mismo.

—¿Cómo? ¿Qué estás diciendo?

—Cuando fue diagnosticado y supo que iba a morir, Paul Granger no fue la única persona con quien fue a hablar. Básicamente, hizo todo un tour para tratar de compensar a la gente a la que creía haber perjudicado. Mantuvo al margen el nombre de papá en la mayoría de los casos, porque, aunque le daba miedo morir, también seguía dándole miedo papá. Pero nosotros nos enteramos de todos modos. Y yo fui a verle.

—¿Qué te dijo?

Silas pone los ojos en blanco.

—Las típicas chorradas que cabe esperar de alguien en su posición. «Las pruebas están en un lugar seguro y, si me sucede algo, saldrán a la luz».

—¿Tú le creíste?

Él se encoge de hombros.

—Lo suficiente para no presionar demasiado. Esperamos durante meses para ver qué iba a hacer, pero al final no entregó las pruebas tal como amenazaba, porque sabía que perdería todo su poder en cuanto lo hiciera. Por eso, ahora que está muerto, estamos todos removiendo cielo y tierra para averiguar dónde las guardaba.

Me muerdo el labio y decido contarle la parte que omití el sábado.

—Aubrey dijo que hay un vídeo del accidente. Que eso es lo que tenía Foster. Y Ben creía que lo guardaba todo en la caja fuerte para armas de su casa. Llegó hasta el punto de conseguir una llave de

repuesto para abrirla y, la noche en la que fue asesinado, pensaba ir a casa de Foster para llevárselo.

Silas para en la cuneta y pone punto muerto.

—Intuyo que quieres decirme algo más.

—Yo vi dónde puso la llave. Si murió a esa hora tan temprana, no creo que pudiera ir a casa de Foster, o sea que la llave tal vez siga ahí.

—¿Dónde está?

Le describo lo que vi a través de la cámara que había montado. Finalmente, me pregunta:

—¿Por qué no me lo contaste el sábado, cuando nos vimos delante del Chantilly's?

—Porque entonces creía que Ben estaba vivo y que iba a ir a casa de Foster, y que si te lo contaba, tú habrías ido también allí. —Me vuelvo hacia el otro lado y miro por la ventanilla—. Y me daba miedo lo que pudiera pasar si os encontrabais los dos allí.

31

Hank

DESPUÉS DE LA COARTADA

Jueves, 15 de octubre

Aunque le he prometido a Lila que me iba a casa, debo pasarme primero por comisaría y tener una charla con el detective Sullivan.

Mientras camino hacia su cubículo, todos los agentes y detectives con los que me cruzo aprovechan la ocasión para echarme en cara que me haya pasado al «lado oscuro».

—¡Ya sería hora de cambiar de rollo! —les replico.

Algunos simplemente se ríen, pero uno de ellos, al ver que me acerco, se empuja con la silla de su escritorio para salir rodando hasta el pasillo.

—Hank, lamento lo de Ben. Me supo muy mal enterarme de lo que le pasó.

Vuelvo a sentir esa cuchillada en las entrañas. El dolor es un cabrón de cuidado. Igual que la culpa, porque no lo estoy llorando tanto como debería.

—Gracias, hombre. Se lo agradezco. Y también el esfuerzo de todos para atrapar a quien lo haya hecho. Estamos del mismo lado en esto.

Él alza el puño y yo lo choco con el mío mientras sigo adelante. Me da tiempo de inspirar hondo unas cuantas veces antes de llegar al cubículo de Sullivan, y así consigo volver a meter el dolor, la pena y la tristeza en el sitio donde los había enterrado.

—Nunca le van a perdonar que cambiara de bando —me dice el detective cuando ocupo la silla vacía que hay junto a su escritorio.

—Sí. Ya lo sé.

—¿Cómo lo lleva?

—¿Quiere la respuesta que todo el mundo espera oír, o quiere la verdad?

Él me sonríe con tristeza.

—Yo siempre prefiero la verdad.

—Pues la verdad es que no sé cómo estoy. Entre hacer malabares con mis propios casos y los de Ben, entender los entresijos de su patrimonio, mantener la oficina en marcha y asegurarme de que Camille está bien, todo ello mientras estoy de luto por mi amigo…, ya no sé si voy o vengo. Me alegro de que mañana sea viernes; así podré poner fin a esta semana y, con suerte, recuperar unas cuantas horas de sueño.

Sullivan hace una mueca y yo toso para suprimir la emoción de mi voz.

—Quizá le he sido más sincero de lo que usted deseaba.

—Así es como yo me sentiría en su lugar —dice él, y me desliza un sobre grande de papel manila, volviendo por suerte al asunto que tenemos entre manos—. Estos son los objetos que Ben llevaba

encima y que ya estamos autorizados a devolver. Tiene que firmar, verificando el contenido y haciéndose responsable de ellos.

—Claro.

Abro el sobre, saco las cosas, una a una, y pongo mis iniciales junto al nombre del objeto que figura en la lista grapada delante. Para las llaves, hay una foto en el formulario en la que aparecen desplegadas. Examino cada llave para comprobar que coinciden.

—Parece que está todo aquí. —Vuelvo a guardarlo todo dentro y firmo al pie del formulario; luego arranco la hoja y se la doy a Sullivan—. ¿Y el teléfono móvil?

—Hemos de quedárnoslo un poco más de tiempo.

Me echo hacia delante en la silla y bajo la voz, porque no es que haya mucha privacidad aquí.

—Dígame que tiene un sospechoso.

Él frunce el ceño y menea la cabeza.

—Ojalá lo tuviéramos. Dado que el cuchillo es probablemente el arma homicida, esto parece más bien un crimen inducido por la pasión, no premeditado. Algo se torció esa noche y alguien aprovechó que el cuchillo estaba al alcance de la mano.

Reflexiono sobre todo lo que he descubierto desde el domingo. Aunque un crimen «inducido por la pasión» quiere decir simplemente un crimen cometido al calor del momento y no planeado de antemano, la palabra «pasión» siempre confunde a la gente por su connotación sexual. Habrá quienes oirán ese término en relación con el caso y darán por supuesto al instante que lo hizo Camille, basándose solo en esas connotaciones.

—Si usted sabe que ese cuchillo ha desaparecido es solo por la fotografía que aparecía en un reportaje. Pero es razonable suponer

que alguien fue allí aquella noche sabiendo que había un arma a mano. No estoy seguro de que pueda descartar la premeditación.

Sullivan se echa a reír, menando la cabeza.

—Los malditos abogados defensores siempre tratando de complicar mi trabajo… Aunque eso sería difícil de vendérselo a un jurado.

—Dígame al menos que ha descartado a Camille.

Él reacciona con sorpresa.

—No estoy descartando a nadie por el momento. Considero sospechoso a todo el mundo. —Su mirada penetrante me dice que yo tampoco me libro.

Pongo los ojos en blanco.

—Por Dios, Sully. Usted la ha visto. Está destrozada.

Él se encoge de hombros y alza una ceja.

—Ambos sabemos que estar alterado no es una señal de inocencia. Lo único que puedo decirle es que por ahora no hemos descartado a nadie.

Ahora es él quien se inclina hacia mí.

—Me han hecho saber que ya tenemos todos los datos que necesitamos sobre la señora Bayliss y que no hay motivo para otro interrogatorio. Los dos sabemos de dónde proceden esas presiones.

Eso tiene que obedecer a las influencias de Randall. Ben ha contado siempre con el apoyo de su suegro y de sus conexiones, así que es lógico que Randall esté interviniendo ahora para proteger a Camille.

—Pero ya que ha venido por su propia iniciativa, puedo aprovechar para preguntarle por esto. —Se inclina hacia delante, coge una hoja de una de las muchas carpetas de su mesa y me la

pasa—. Alguien le envió a Ben una foto de Camille tomada en una tienda de Saint Francisville el pasado sábado.

Sullivan habla con tono neutro, pero no se me escapa que él tiene sus propias ideas sobre esto y que probablemente no son favorables para Camille. Con las presiones para que la deje en paz, sin embargo, no puede hacer gran cosa al respecto.

Examino la impresión de la fotografía controlando mi propia reacción. Esta no es Camille. Entiendo por qué alguien como Sullivan, que no la conoce tan bien como yo, pueda creer que sí lo es. En la imagen, la mujer está vuelta hacia un lado, hablando con la dependienta de la caja registradora. Su larga melena oscura le tapa parcialmente el lado de la cara. La iluminación no es buena. El atuendo es el que cabría esperar de Camille. Pero no es ella.

—¿Quién se la envió a Ben?

—Bueno, eso es lo más complicado. En el contacto del móvil no figura un nombre, solo una cifra de tres dígitos que supongo que significaba algo para Ben. El número ha sido rastreado y corresponde a un teléfono de prepago. Ben tiene en su móvil una docena de contactos de este tipo. Hemos conseguido relacionar algunos con los investigadores privados a los que recurre el bufete. Por supuesto, unos tipos muy lacónicos a la hora de hablar. Malditos paranoicos. Ben llamó a quien le envió esta foto, fuese quien fuese, casi inmediatamente después de recibirla. La llamada duró menos de un minuto. Tanto el envío de la foto como la llamada se produjeron a primera hora de la tarde. Un par de horas antes de su muerte.

Tengo la sensación de que el corazón se me va a salir del pecho. Ben, igual que yo, habría visto en el acto que esta no era Camille.

Cuando levanto la cabeza, Sullivan me está mirando fijamente. Trata de captar mi reacción al ver esta foto por primera vez. Ese momento decisivo que resulta tan verdadero. Por eso me la ha enseñado ahora. Ha utilizado la excusa de devolverme las cosas de Ben para hacerme venir aquí, pero era de esto de lo que realmente quería hablar.

—Entonces ¿usted piensa que Ben tenía a uno de sus investigadores vigilando a Camille mientras ella estaba fuera de la ciudad?

Él mueve la cabeza de un lado a otro.

—Sí, me inclino a pensar eso. Lo cual me lleva a creer que había entre ellos más problemas de los que ha reconocido la señora Bayliss.

—Me parece que tiene razón al llamarnos malditos paranoicos.

No tengo por qué darle mi opinión a Sullivan. Si él quiere demostrar que esto significa que Ben y Camille tenían problemas, yo no pienso ayudarlo. Le devuelvo la hoja.

Su sonrisa desaparece.

—Sé que todo esto es duro para usted, Hank. Resulta muy duro sacar a colación este tipo de cosas, pero yo estoy obligado a hacerlo.

—Lo sé —respondo—. ¿Alguna otra pista que pueda explicarme?

Sullivan suelta un profundo suspiro.

—Ya sabe que no debo comentarle estas cosas. Pero usted ha estado en este lado. Y sabe lo complicado que es diseccionar una vida como la de Ben. Los clientes, los casos, las familias que sienten que no se hizo justicia cuando él consiguió un veredicto de no culpable. —Coge su bolígrafo y empieza a darle vueltas, abstraído,

sumido en sus pensamientos sobre las dificultades de este caso—. Sí hemos tropezado con algo que nos ha disparado las alarmas.

Sus palabras quedan flotando en el aire. Yo permanezco aparentemente relajado en mi silla, aunque por dentro se me comen los nervios.

—¿De qué se trata? —digo con el tono más aburrido posible.

—Ya sabe que, cuando llegamos a la escena del crimen, había una carpeta abierta en el escritorio de Ben. Legalmente, nosotros no podemos examinar esas carpetas, pero, si la información está a la vista, sí estamos autorizados a mirarla.

Trato de actuar como si no supiera a dónde quiere ir a parar.

—Tendrá que recordarme cuál era la carpeta que estaba encima.

—Era información sobre una mujer llamada Aubrey Price.

Frunzo el ceño ligeramente.

—Ah. Todavía no he llegado a esa. ¿Por qué le llamó la atención?

Él saca otra fotografía.

—Esta es ella.

Es una foto suya de perfil. No tengo ni idea de dónde o cuándo fue tomada, pero cuando él la coloca sobre la mesa junto a la fotografía de «Camille» que enviaron al móvil de Ben, la verdad es que tendrías que ser muy idiota para no apreciar el parecido.

—Una chica guapa.

—Aubrey Price vive en la misma casa que los mecánicos que le restauraron a Ben ese Mustang. El coche que le entregaron el mismo día en que fue asesinado.

Yo me reclino en la silla.

—¿Ah, sí? Qué increíble.

Se le tuerce hacia arriba la comisura de los labios.

—Si cree que es increíble, a ver qué le parece esto otro. A los padres de Aubrey Price los mataron en Corbeau. El tipo que fue condenado por su muerte, Paul Granger, vivía en la misma calle que Ben.

Alzo las manos como rindiéndome.

—No voy a mentirle, Sullivan. Está consiguiendo que me dé vueltas la cabeza. Parece una extraña coincidencia, la verdad. —Suelto una risotada que suena un poquito demasiado ruidosa incluso para mis propios oídos.

Él me sostiene la mirada.

—Hank, usted es una buena persona. Una persona con principios, cosa que Ben no tenía.

Esta conversación debe terminar. De inmediato.

Asiento y me levanto de la silla.

—Avíseme si podemos serle de ayuda. Nosotros hemos estado revisando los casos abiertos de Ben para comprobar que no se nos escape nada. Lo que más deseamos es que atrapen a su asesino.

Sullivan asiente y yo me retiro.

Por más veces que golpee el volante con la mano no consigo aliviar mi frustración. Estoy inquieto. Ansioso.

En lugar de volverme a casa, decido dar un rodeo.

Hay dos tipos jugando a billar en una de las mesas y una pareja en un reservado del fondo del local, así como un tipo sentado en un taburete hacia la mitad de la barra. Ni rastro de Aubrey Price, a pesar de que la carpeta de Ben sobre ella dice que trabaja aquí cada noche, salvo el domingo y el lunes.

Escojo el taburete situado a la mayor distancia posible del resto de la gente, porque bastante difícil será de por sí conseguir que ella hable conmigo en caso de que aparezca. No quiero que le inquiete la posibilidad de que puedan escuchar nuestra conversación.

Aubrey sale de una puerta del fondo cargada con una bandeja de vasos.

Gracias a Scott, que me hizo un resumen sobre ella y sobre la gente con la que vive en esa casa, he conseguido memorizar los puntos básicos acerca de cada uno utilizando la misma técnica que me ayudaba a recordar con facilidad las diferentes jugadas de fútbol americano.

«Aubrey Price, blanca, veintiséis. Empleada como camarera en Doug's durante los últimos cinco años y residente más antigua de la casa. Sin antecedentes, ninguna detención. Huérfana a los dieciséis cuando un conductor borracho mató a sus padres. Vivió con sus tíos maternos hasta la mayoría de edad. Nunca se ha casado; ninguna señal de estar en pareja».

Ella coloca los vasos sobre la barra y se seca las manos con un paño mientras se me acerca.

—¿Qué le pongo?

—Una Ultra de barril.

Aubrey se va a servir mi cerveza y luego me la coloca delante.

—¿Algo más?

—Cinco minutos de su tiempo, si es posible.

—¿Para qué? —pregunta.

—Me llamo Hank Landry. Soy el socio del bufete de Ben Bayliss.

Ella retrocede un paso al oírlo. Recorre el local con la vista, sin duda deseando encontrar alguna tarea que requiera su atención

inmediata, pero resulta que no hay ninguna. Al final parece resignarse a hablar conmigo porque yergue los hombros antes de volver a mirarme de frente.

—También soy el albacea de su patrimonio, y ahora mismo estoy tratando de familiarizarme con sus asuntos, cosa extremadamente difícil porque al mismo tiempo estoy pasando el duelo por la pérdida de mi amigo y socio. He descubierto algunas cosas que me han dejado un poco perplejo.

Ella alza una ceja.

—¿Hay alguna pregunta en lo que acaba de decir?

Mi risotada nos pilla a los dos desprevenidos, pero al menos alivia un poco la tensión.

—Tengo un millón de preguntas, pero casi todas habrían de ser para Ben y, bueno, eso no va a ser posible. Pero sí, tengo una pregunta. ¿Por qué asistió al rosario por Ben el martes?

Ella entreabre la boca y parpadea varias veces. Pero se recupera de inmediato.

—Su esposa tomaba clases de yoga con Serenity, una compañera de mi casa. Ella quería asistir, pero no ir sola, así que accedí a acompañarla y quedamos allí. Pero Serenity es como es y al final se escaqueó y no apareció.

La he subestimado. Esperaba que mencionara a Shane y Eddie, lo cual me habría llevado a preguntar por el Mustang.

—¿Algo más? —dice.

—Otra cosa, si me lo permite. ¿Por casualidad estuvo usted en Saint Francisville el sábado pasado?

Una expresión de puro shock cruza su rostro durante una fracción de segundo, pero enseguida la oculta. Luego ladea la cabeza,

estudiándome.

—Esa es una pregunta bastante extraña, ¿no?

Me encojo de hombros.

—Como le he dicho, Ben ya no está aquí para responder a mis preguntas. Y me da la sensación de que hay algo que se me escapa. Solo estoy tratando de que todo esto cobre sentido.

—Pues bienvenido al club. Yo llevo muchísimo tiempo tratando de que las cosas cobren sentido. —Echa un vistazo al reloj de pared que hay detrás de la barra—. Y sus cinco minutos se han terminado.

Hago una inclinación.

—Me parece justo. Le agradezco su tiempo.

Mientras ella se aleja, doy un sorbo a mi cerveza, pensando que ha sido una pésima idea venir aquí y ponerla sobre aviso de que quizá sepa cosas que en realidad no sé. Pero si de algo estoy seguro es de que la mujer de la fotografía que había en el móvil de Ben era Aubrey Price. Y lo cierto es que su nombre ha estado revoloteando alrededor de Ben desde que apareció su cuerpo el domingo por la mañana. Camille me está ocultando muchas cosas.

Aubrey se asegura de no volver a acercarse durante la siguiente media hora, y yo comprendo que ya no voy a sacarle nada más. Quería encontrar algún indicio de que estoy en la dirección correcta y su forma de reaccionar me ha confirmado que así es.

Dejo un billete de veinte en la barra para pagar la cerveza con una generosa propina y salgo del bar. Solo me he alejado unos pasos de la puerta cuando veo que me sigue un tipo.

Y como Scott es muy concienzudo y me incluyó en su resumen fotografías de cada uno de los compañeros de Aubrey, ahora

reconozco a este tipo, a pesar de que no he reparado en él mientras estaba ahí dentro.

«Francis Deacon, mestizo (el padre es blanco; la madre, cubana), treinta y dos años. Le llaman Deacon. Expediente sellado de un centro de menores. Un par de arrestos desde que cumplió dieciocho. Hurto menor, resistencia a la autoridad y varios cargos por peleas. Nada más desde que empezó a trabajar para un corredor de apuestas llamado Chris Ricci, primo hermano por el lado paterno. Nunca se ha casado; ninguna señal de estar en pareja».

El tipo se planta frente a mí, cerrándome el paso.

—Disculpe —digo, desplazándome hacia la derecha para sortearlo, pero él imita mi movimiento. Me pongo las manos en los bolsillos, mostrándole que no represento ninguna amenaza, aunque ambos sabemos que él podría darme una paliza fácilmente—. Mire, no sé bien cómo le he molestado, pero preferiría largarme y dejarlo correr.

Él cruza los brazos sobre su pecho y no parece tener la menor intención de dejarme pasar.

—¿Por qué ha venido aquí?

—¿Por qué he entrado a tomarme una cerveza? —Sospecho que no se va a tragar esta respuesta.

—Inténtelo de nuevo.

Ya me lo imaginaba.

—Deduzco que usted sabe quién soy y quién era mi socio, o sea que vamos a saltarnos esa parte. Tenía algunas preguntas para Aubrey Price y he decidido pasarme por aquí y hacérselas. ¿De acuerdo? —Estoy demasiado cansado para seguir jugando al gato y el ratón—. ¿Tenemos un problema?

—¿Lo tiene Aubrey?

Saco las manos de los bolsillos y las pongo a los lados, como rindiéndome.

—Yo no tengo ningún problema con Aubrey. Lo que estoy intentando averiguar es qué demonios pasaba con Ben. —Dejo estas palabras flotando en el aire unos momentos y añado—: Usted trabaja para Chris Ricci, ¿no?

Capto un ligero tic en su ojo derecho. Luego da un paso hacia mí. Yo me siento orgulloso de mí mismo por no retroceder.

—Le aseguro que no soy tan idiota como para querer cabrearle. Me alegro de que Aubrey tenga a alguien que la cuide. Yo no soy su enemigo. Ni el de ella. Lo único que pretendo es entender lo que Ben estaba haciendo.

Una leve sonrisa cruza su rostro, lo cual me inquieta más que la mirada agresiva que me dirigía antes.

—¿Quiere saber lo que su colega andaba tramando? Quizá debería preguntárselo a su esposa. Estoy seguro de que ella podrá responder a todas sus preguntas.

Doy un paso atrás porque no me esperaba que él fuera a meter a Camille en esto.

—Camille Bayliss está destrozada por la muerte de su marido y ha colaborado gustosamente con las autoridades con la esperanza de que encuentren al asesino lo antes posible. —Este tipo puede decirme a mí lo que quiera, pero no voy a permitirle que hable mal de ella.

Se echa a reír.

—Vale, ya veo. Se muestra muy protector con ella. Tal vez más de lo que uno debería con la viuda de su socio muerto.

Esto ya sí que no lo aguanto.

Pero Deacon no ha terminado.

—Si usted sabe algo sobre Chris Ricci y la gente que trabaja para él, entonces tendrá claro que no vacilamos en proteger a uno de los nuestros.

Nos miramos unos segundos llenos de tensión.

—Mensaje recibido.

Antes de que pueda pasar por su lado, añade:

—Ya entiendo que está en una situación complicada y que quiere aclarar toda esta mierda. Solo he mencionado a la esposa porque, igual que usted, yo estoy tratando de proteger a alguien que me importa.

Titubeo unos segundos y saco la cartera.

—Aquí tiene mi tarjeta. Con mi número de móvil. Si sucede… algo importante, llámeme.

32

Aubrey

DESPUÉS DE LA COARTADA

Viernes, 16 de octubre

Suelto un gemido cuando entramos en el sendero y veo que el patio trasero está todavía lleno de gente. Estoy llegando a casa varias horas antes de lo normal. Doug se hizo un lío con los turnos, tenía a más empleados de la cuenta trabajando y necesitaba que alguno de nosotros saliera antes porque había demasiada gente detrás de la barra. Normalmente, yo soy la última en ofrecerme en estas ocasiones, dado que necesito el dinero, pero esta semana ha sido demasiado larga y agobiante.

Resulta, sin embargo, que es viernes por la noche y me había olvidado de que Serenity ha decidido montarle una fiesta de cumpleaños a su novio, Frank, en el patio trasero. Ese reducido espacio está abarrotado y no hay signos de que la fiesta vaya a concluir. Debería haberme quedado en el trabajo.

—Hay mucha más gente de lo que ella había dicho. —Deacon pone punto muerto y se dispone a bajarse del coche, pero yo lo

detengo poniéndole una mano en el brazo. Esta semana me ha traído a casa cada noche, y no voy a mentir, me estoy malacostumbrando un poco.

—Es el cumpleaños de Frank. Si el resto de nosotros está de acuerdo, yo también. —La multitud y el ruido no van a molestar a Deacon, así que, si él obligara a Serenity a terminar la fiesta más pronto, sería solo por mí.

—Nadie más tiene la ventana a unos pasos de donde ella ha colocado el barril de cerveza.

Yo me quito el cinturón de seguridad, me inclino hacia él y le doy un abrazo.

—Gracias por traerme. Es mucho mejor que caminar.

Él me sujeta de la camiseta por detrás antes de que pueda bajarme.

—Espera. —Abre la consola y saca una llave—. Aquí tienes la llave de mi habitación que te prometí. Quédate ahí esta noche. Ahí arriba no los oirás. Usa la bañera otra vez, si quieres.

—Pues te tomo la palabra en lo de la bañera, pero estoy segura de que la gente se habrá ido cuando haya terminado de bañarme, así que me puedo ir a mi habitación. No me gustaría nada que tú acabaras antes de la cuenta y no pudieras dormir un poco porque yo estoy ahí.

Él se echa a reír y se me acerca un poco más.

—Si te soy sincero, no me disgustaría encontrarte en mi cama.

Yo me pongo roja y entierro la cara en su hombro. La enorme sonrisa bobalicona sigue ahí cuando vuelvo a alzar la mirada hacia él, con lo cual todavía me ruborizo más.

He estado sola muchísimo tiempo. Demasiado asustada para abrirle la puerta a nadie, para dejar que alguien se acercara. No fuera a ser que lo perdiera como perdí a mis padres.

Pero entonces comprendo que ya le he abierto la puerta a Deacon. Ya he intimado con él lo bastante como para sentirme destrozada si algo le sucediera. Podría decir que no me he dado ni cuenta, pero no es así. Ha sido algo que se ha desarrollado poco a poco desde que él se mudó a esta casa. Esta semana simplemente ha puesto de manifiesto la cantidad de veces que recurro a Deacon y la firmeza con la que él se mantiene a mi lado sin vacilar.

Su mano se desliza en la mía; nuestros dedos se entrelazan.

En cuanto noto el contacto de su piel, comprendo que estos sentimientos, aunque acabe de reconocerlos como lo que son, no los siento yo sola.

Debe de haber algo en mi expresión que le hace pensar que se ha propasado, porque empieza a retirar la mano. Yo se la aprieto más, atrapándolo.

—Seguramente doy la impresión de estar asustándome o de no estar abierta a esto, sea lo que sea, pero sí lo estoy. Es que me cuesta un poco dejar que alguien se me acerque. Y no sé cómo darte las gracias por todo lo que has hecho por mí. No solo esta semana. ¿Crees que no sé que eres tú el que rellena mi detergente para la ropa y quien se encarga de que haya comida en mi armario? Pero eso no es justo. Tú has sido encantador conmigo y yo no he hecho nada tan amable por ti.

En su mirada hay sorpresa, pero luego aparece algo más. Quizá sea una sensación de alivio al ver que por fin me he dado cuenta de

lo que él intentaba mostrarme. Desliza la mano libre por mi mejilla, luego por el pelo.

—Tú me has confiado tus mayores secretos. Has recurrido a mí cuando necesitabas a alguien. Creo que estamos empatados.

Permanecemos así unos segundos hasta que él retira lentamente la mano de mi cara y luego desenlaza los dedos de los míos.

—Será mejor que me vaya. Estoy a punto de saltarme el trabajo y entrar contigo, pero Chris me mataría. Quédate en mi habitación. Me encantaría encontrarte allí cuando llegue a casa.

Se me hace un nudo en la garganta y no me salen las palabras, así que me limito a asentir. Él me observa desde el coche mientras doblo la esquina y desaparezco de su vista.

He pasado de temer esta noche a estar deseando que llegue.

Abro la puerta exterior de mi habitación para recoger mis cosas antes de subir a la suya. Entro primero en el baño, meto en mi neceser el champú y otros productos para el pelo y luego me acerco a la cómoda para coger un pijama.

Justo cuando meto la mano en el cajón superior, noto algo afilado. «¡Ay!». La saco y veo que me sangra un dedo. Con mucho cuidado, aparto las prendas una a una hasta que lo veo.

No me doy cuenta de que estoy gritando hasta que Shane y Eddie entran corriendo en mi habitación. Shane se detiene derrapando junto a mí.

—¿Qué pasa?

Eddie va a mirar al baño, como si estuviera buscando a un intruso, y luego aparta la cortina para examinar la ventana.

Tengo la mano lastimada apretada sobre el pecho y trato de acompasar mi respiración.

Shane se inclina para mirar en el cajón y luego se vuelve hacia mí, desconcertado.

—¿Qué demonios es esto?

Eddie también se acerca a verlo.

—Mierda, un puto cuchillo. Es enorme. —Coge unos shorts de pijama y, usándolos para sujetar el mango, lo saca para examinarlo.

—¿Eso es sangre seca? —pregunta Shane.

Me siento como si fuera a desmayarme o a vomitar cuando veo las siglas grabadas en la hoja: BWB.

Recuerdo que en el programa del rosario por Ben figuraba su nombre completo: Benjamin Wyatt Bayliss.

BWB.

—No. No, no, no…

Shane retrocede un paso.

—Joder. Este cuchillo parece el mismo que el que había en el escritorio de Ben Bayliss.

—¡Y esas son sus iniciales! —Yo también retrocedo, tropezándome con mis propios pies—. ¡Alguien quiere incriminarme! —Me pego a la pared y me llevo la mano al corazón, como si pudiera impedir que palpite cada vez más rápido.

—Mierda —dice Eddie, alzando el cuchillo para verlo mejor.

Shane lo agarra del hombro y lo empuja hacia la puerta.

—Tenemos que sacar esto de aquí. Ahora mismo.

Eddie todavía sujeta el cuchillo con los shorts de pijama, pero se lo pone en la espalda al salir de mi habitación. Shane se sitúa justo detrás para ocultarlo a la vista. Yo voy pisándoles los talones. Ninguno de los invitados a la fiesta nos presta atención cuando cruzamos el patio hasta el garaje. Nos vamos directos al coche en el

que los chicos empezaron a trabajar al terminar con el Mustang de Ben. Lo han elevado a unos sesenta centímetros por encima del suelo y le han quitado los cuatro neumáticos, que están en un lado.

—Saca el cárter de aceite —dice Eddie. Shane se tumba en la pequeña plataforma con ruedas que utilizan para deslizarse debajo del coche. En un par de minutos vuelve a deslizarse fuera, con la pieza apoyada sobre el pecho y el estómago. Eddie tira el cuchillo y mis shorts de pijama dentro del cárter, que está lleno de aceite hasta la mitad. Ambas cosas se hunden en unos segundos, desapareciendo de nuestra vista.

—Vale, vuelve a colocarlo.

Ay, Dios mío.

Una vez que Shane sale de debajo del coche, Eddie nos apremia a abandonar el garaje.

—Vamos a sentarnos —dice Shane.

Yo encuentro una silla plegable libre no lejos del barril de cerveza. Eddie llena unos vasos para los tres mientras Shane acerca otras dos sillas y coloca una a cada lado de la mía.

Tengo palpitaciones y me tiemblan las manos de tal modo que la cerveza se derrama por el borde del vaso.

—No puedo quedarme aquí de brazos cruzados. He de averiguar quién ha entrado en mi habitación. Quién puede haberme hecho esto.

Voy a levantarme, pero Eddie me pone una mano en la pierna, obligándome a permanecer en mi silla.

—No, vamos a esperar aquí. Ya habrá tiempo para eso más tarde, pero no ahora.

Shane apoya el brazo en el respaldo de mi silla y me pone la mano en el hombro.

—La única razón para dejar algo así en un sitio que pueda descubrirse fácilmente es que la policía lo encuentre. Se supone que tú no tenías que estar aquí. Que deberías seguir en el trabajo. Así que hay muchas posibilidades de que la policía aparezca antes de la hora prevista de tu llegada.

—¿Crees que la policía va a presentarse aquí? —digo con voz chillona.

Shane asiente.

—Sí, lo creo.

—Y nosotros —dice Eddie— vamos a poner cara de sorpresa cuando lleguen, porque lo único que estamos haciendo es disfrutar de la fiesta de cumpleaños del novio de nuestra compañera.

La espera resulta insoportable. Solo falta una hora para que termine mi turno normal y no sé qué vamos a hacer si pasa ese tiempo y no aparece nadie. Pero cuando ya casi empiezo a pensar que los chicos han exagerado, un ruido de sirenas hace que nos volvamos todos.

El sendero solo permite que pase un coche, pero el ruido nos dice, sin lugar a dudas, que hay más de uno frente a la casa.

Media docena de polis irrumpen en el patio trasero. Alguien apaga la música mientras todos nos los quedamos mirando.

Uno de los polis se adelanta.

—Necesito que todos permanezcan donde están. Estamos buscando a Aubrey Price.

Los tres nos ponemos de pie y yo levanto la mano lentamente.

—Yo soy Aubrey Price.

Él se me acerca y me tiende un papel.

—Tenemos una orden de registro de su vivienda.

No me hace falta fingir sorpresa porque, aunque los chicos me han advertido que esto era probable, me tiene completamente anonadada que esté sucediendo de verdad. Cojo el papel, pero no lo miro.

—No entiendo. ¿Para qué tienen que registrar mi habitación?

—Está todo explicado en la orden, pero, para resumírselo, estamos buscando un cuchillo de caza cuya descripción coincide con la del que desapareció de la casa de los Bayliss.

—¡Esto es demencial! ¡Yo no tengo ningún cuchillo!

Eddie me pone la mano en el brazo.

—Aub, es mejor dejar que hagan lo que tienen que hacer.

Serenity se acerca.

—No sé por qué están aquí, pero esto es una idiotez.

Shane la mira meneando la cabeza y le dice en voz baja:

—No les des ningún motivo para arrestarte, ¿vale?

Da la impresión de que va a explotar contra los polis, pero Frank la rodea con un brazo y le susurra algo al oído. No sé qué le habrá dicho, pero al parecer consigue calmarla.

El poli mira a Eddie, a Shane y a Serenity.

—¿Ustedes son los otros residentes?

Ellos asienten.

—Hay otro más, pero trabaja de noche —añade ella.

Eddie pregunta:

—¿Esa orden cubre el registro de toda la casa o solo el espacio de Aubrey?

—Solo el espacio al que tiene acceso la señora Price, es decir, su unidad y las zonas compartidas. No vamos a entrar en las demás unidades. El administrador nos ha proporcionado un plano detallado de la casa. La señora Price permanecerá aquí fuera, pero los demás residentes tienen libertad para volver a sus unidades. Solo deben permanecer fuera de las zonas comunes.

—Nos quedaremos aquí con Aubrey hasta que hayan terminado —dice Shane.

Hemos podido esconder el cuchillo, pero no hemos comprobado si habían puesto algo más en mi habitación para que la policía lo encontrara.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Parpadeo para ahuyentarlas, pero enseguida vuelven a aparecer y se acaban derramando por mis mejillas. Me revienta llorar. Lo odio. Pero ahora que he empezado, no puedo parar.

Shane me arrastra otra vez a las sillas en las que estábamos sentados y Eddie nos sigue.

La fiesta de Frank se interrumpe. Después de que la policía haya interrogado a algunos, todos deciden que ya es hora de irse a casa. Nadie quiere verse atrapado en este lío. Frank, sin embargo, acerca unas sillas para él y Serenity y se queda con nosotros, cosa que le agradeceré eternamente.

Los polis entran y salen de la casa, pero por fortuna nadie se mete en el garaje. Shane y Eddie pagan cien dólares mensuales más por su alquiler, así que no puede considerarse una zona común.

Deacon está enterado de lo que ocurre porque Shane le ha llamado por teléfono, pero nosotros hemos decidido que, si las cosas

se tuercen aquí, él nos será de más ayuda permaneciendo al margen. Tal vez necesitemos a alguien para sacarnos del calabozo.

Cerca de la una de la madrugada, el poli que ha hablado antes con nosotros sale de la casa, seguido por la media docena de agentes que lo acompañaban, y se acerca a donde hemos estado esperando pacientemente.

—Hemos efectuado el registro y no ha aparecido nada. Si tienen alguna pregunta, pueden llamar al número que figura en el papel que les he dado.

Nosotros nos limitamos a mirarlo.

Al ver que no vamos a decir nada, añade:

—Ya puede entrar cuando quiera en su unidad, señora Price.

Da media vuelta para marcharse, pero nosotros seguimos sin movernos. No lo hacemos hasta que el último agente desaparece.

Cuando nos quedamos solos, llamo a Deacon.

—Se han ido.

—Llego en cinco —dice. Y cuelga.

Serenity le indica a Frank con una seña que la siga a su habitación, que queda encima del garaje.

—Ya nos contaréis mañana. Nos vamos a la cama. —Yo le agradezco que se lleve a Frank, porque no podríamos hablar abiertamente con él delante.

Los demás nos vamos a la cocina y esperamos allí a Deacon.

Eddie tira la copia de la orden sobre la mesa.

—Luego me daré una vuelta por la casa para comprobar que no han roto nada. En algún momento, todos los demás tendremos que revisar nuestras habitaciones para cerciorarnos de que los polis no se han metido donde no tenían autorización para hacerlo.

Shane saca un par de cervezas de la nevera y me ofrece una, pero yo la rechazo.

Me restriego la cara con las manos. Me gustaría poder borrar los signos de lo mal que lo he pasado, pero empiezo a llorar otra vez en cuanto Deacon entra por la puerta trasera.

Al verme, se acerca corriendo y se sienta a mi lado.

—¿Estás bien?

Asiento y él me rodea con un brazo, atrayéndome hacia sí.

—¿Qué demonios ha pasado?

Eddie le pone al corriente de todo. Deacon juguetea abstraído con las puntas de mi pelo y yo, mientras los escucho barajar distintas teorías, me acurruco todavía más contra él.

Finalmente, Deacon dice:

—Hablemos por la mañana con Serenity para que nos haga una lista de la gente que ha venido a la fiesta, ya que podría ser alguno de ellos el que ha colocado ahí el cuchillo. No podemos hacer mucho más esta noche. Hasta que averigüemos quién ha sido, la casa debe permanecer totalmente cerrada. No puede entrar nadie, aparte de nosotros. ¿Todo el mundo de acuerdo?

Todos asentimos.

Shane y Eddie se van a su habitación. Deacon y yo nos quedamos solos en la cocina. Por lo tenso que parece, deduzco que está cabreado. Se aparta un poco de mí para poder sacarse la cartera del bolsillo. Coge una tarjeta que tiene guardada ahí y la apoya en el salero para mirar el número.

—¿A quién llamas?

—A ese abogado, Hank. El que se presentó anoche en Doug's.

—¿Para qué vas a llamarlo?

Él termina de marcar y pulsa el botón de llamada.

—Me dijo que lo llamase si pasaba algo importante. Y esto parece la hostia de importante.

Pese a lo tarde que es, Hank Landry se presenta cuarenta y cinco minutos después. Mientras esperábamos, Deacon ha echado un vistazo en mi habitación, pero ninguno de los dos hemos entrado. Queríamos que el abogado la viera tal como los polis la han dejado.

Recibimos a Hank en el jardín de delante, después de que le mandara un mensaje a Deacon diciendo que estaba aparcado frente a la casa.

El ambiente es más bien tenso. Nosotros no somos amigos. Tampoco trabajamos juntos. Pero, de un modo extraño, hemos acabado conectados.

—Enséñenme la habitación que han registrado. —Es lo único que dice cuando lo guiamos alrededor de la casa hasta el patio trasero y nos metemos por mi entrada exterior para no despertar a Shane y Eddie.

Se queda rígido al ver el desbarajuste que han dejado en mi habitación.

—¿Le han dado una copia de la orden?

Le paso el documento que me ha entregado el poli y nosotros dos nos quedamos a su lado en silencio mientras él lo lee.

Cuando ha terminado, echa un vistazo alrededor.

—¿Y han dicho que no han encontrado nada?

Asiento.

Hank recorre la habitación y se detiene junto a mi cómoda, donde habían dejado el cuchillo. Obviamente, eso no se lo hemos contado.

Deacon se pone nervioso y endereza el colchón sobre el somier; luego recoge las sábanas y la colcha para volver a hacer la cama. Yo le agradezco el esfuerzo, pero no sé si volveré a ser capaz de dormir aquí tranquilamente.

—¿Qué es todo esto? —pregunta Hank.

Tengo que rodear un montón de ropa para ver a qué se refiere.

—Mierda —mascullo al acercarme—. Son las cartas y los regalos que un recluso de Angola llamado Paul Granger me ha estado mandando durante los últimos meses. Debe haber sido la policía la que los ha dejado así, porque estaban guardados en el cajón.

Las cartas están desplegadas y amontonadas sobre la cómoda, junto a los objetos de cuero que Paul confecciona y que me envía con cada una.

Hank ladea la cabeza.

—¿Regalos?

El hecho de que no me pregunte quién es Paul Granger me dice que está mucho más enterado de lo que pasa de lo que dejó entrever anoche en el bar.

—Hace objetos de cuero y los vende en los mercadillos que organizan en Angola los domingos de abril y octubre.

Él los coge uno a uno y los inspecciona. Hay una cartera, un par de pulseras, un joyero y un punto de libro.

Luego se concentra en las cartas y las lee atentamente.

—Sus argumentos son convincentes —digo.

Hank no hace caso a mi comentario.

—Todas las cartas —dice— están manuscritas, excepto esta. ¿Cuándo la recibió?

—A ver, un momento. —Reordeno las cartas, emparejándolas con los objetos—. Esta llegó con la cartera y contenía también una estampa de san Judas Tadeo, que es el santo patrón de las causas perdidas. Paul es un poco dramático en este sentido. Las pulseras llegaron por separado con estas otras dos, y la mecanografiada llegó dentro del joyero. Es la última que recibí.

—¿Y el punto de libro?

Meneo la cabeza.

—Llegó sin ninguna carta. —No voy a contarle que fui a ver a Paul en persona el pasado fin de semana.

Hank lo recorre todo con la vista y da un paso atrás.

—No sé bien qué quiere que haga respecto a todo esto.

—Usted vino anoche a Doug's por algo. —Deacon ha permanecido callado hasta ahora—. Deduzco que sabe más de lo que dice. Los polis creían que el cuchillo que desapareció de casa de los Bayliss estaba en esta habitación. Pero que le quede claro que, si Aubrey está en el punto de mira de la policía, Camille también. Aunque creo que eso usted ya lo sabe.

Hank suelta un profundo suspiro. Parece cansado. Agotado. Esta semana tampoco ha sido fácil para él.

Deacon se le acerca un poco más y baja la voz hasta casi susurrar.

—No es posible salvar a una sin salvar a la otra.

La sombría expresión de Hank me dice que no está convencido de que sea así.

—Pregúntele a Camille por qué asistí al rosario —le suelto—. Por qué estuve en Saint Francisville. —Es un poco arriesgado decirle

esto, pero vale la pena correr el riesgo teniendo en cuenta que un asesino ha entrado en mi habitación y dejado un arma homicida.

Él se vuelve y estudia mi rostro mientras parece sopesar lo que va a decir.

—Creo que será mejor que me vaya. Si necesita consejo legal, mi bufete puede recomendarle a alguien.

Y se marcha sin más.

—Mierda —dice Deacon.

—¿Crees que hemos hecho bien llamándole? —pregunto, dejándome caer sobre la cama.

—¿Quién demonios lo sabe? Pero sí creo que es un tipo honesto. Y no creo que vaya a dejar que tú cargues con la culpa si eso implica que Camille también tenga problemas. —Deacon se acerca y tira de mi brazo hasta levantarme—. Vamos a hacer una cosa. Coge lo que necesites y súbelo a mi habitación. Te ayudaré a instalarte allí. Yo puedo quedarme aquí esta noche, si así te sientes más cómoda.

—De acuerdo.

Buscamos por la habitación el cargador de mi móvil, mi almohada favorita y un pijama. Está todo hecho un desastre. Mi tristeza se transforma en rabia. No solo ha violado mi intimidad el que ha colocado aquí ese cuchillo, sino también la policía, que ha puesto mi habitación patas arriba. Cuando tengo todo lo que necesito, subimos a la de Deacon. Me meto en su cama mientras él enchufa mi cargador.

—¿Y ahora qué hacemos? —Tal vez debería corregirme y decir «¿Y ahora qué hago?», pero él no parece inmutarse.

—Esta noche, no mucho. Procura descansar un poco y mañana haremos planes. Voy a darme una ducha rápida y luego bajaré a tu

habitación.

Observo cómo coge ropa limpia de su armario para llevársela al baño y, en ese momento, no solo me siento furiosa por el hecho de que alguien esté intentando colgarme el asesinato de Ben, sino porque ese alguien me ha arrebatado una noche con Deacon que estaba esperando con ilusión. Es el peor momento posible para empezar algo con él, pero si una cosa he aprendido es que no debes esperar cuando deseas algo, porque nunca sabes cuánto tiempo tendrás para conseguirlo. Él ha sido muy delicado conmigo, lo cual es realmente encantador de su parte. Pero no es eso lo que quiero ahora mismo.

Sin pensarlo demasiado, aparto la colcha, me quito la ropa y me meto en la ducha con él.

33

Ben

DIEZ AÑOS ANTES

Los dos nos mantenemos en silencio en el trayecto de vuelta a Corbeau. Margaret pasó ayer unas horas con Silas en el apartamento y luego se fue a casa. Yo pedí una pizza y miramos un partido de béisbol, intercambiando apenas unas pocas palabras. Antes de este fin de semana, Silas y yo nos llevábamos bien. Él es un par de años más joven que nosotros, o sea que no es que estuviéramos muy unidos, pero podíamos mantener una conversación con facilidad.

Le lanzo una mirada.

—El silencio empieza a resultar cansado.

Silas está arrellanado en el asiento del copiloto, mirando por la ventanilla.

—Ya sé que piensas que debería estar agradecido por el hecho de que estés mintiendo por mí, pero yo no te pedí que lo hicieras; te lo pidió mi padre.

—Entonces ¿no quieres que lo haga?

Él se encoge de hombros.

—No importa lo que yo quiera. Tú estás obligado a hacerlo y yo a dejarte hacerlo. Ninguno de los dos ha tenido elección en ningún momento.

—Ya veo —digo riendo—. Es una pena para ti que tu padre se esté ocupando de que no vayas a la cárcel por conducir borracho y Dios sabe qué más. Aún no sabemos qué ha pasado con la gente con la que chocaste. —Él se estremece ante mis palabras.

Las emisoras de noticias de Baton Rouge no han informado del accidente, así que aún no nos hemos enterado de si alguien salió herido.

—Lo que esté haciendo mi padre lo hace por él y por el buen nombre de la familia, no por mí. Tú eres lo bastante idiota para creer que ahora tienes cierto poder sobre él. Y mi padre dejará que lo pienses mientras le sirva para mantenerte controlado. Lo que él ha hecho en realidad es averiguar tu precio, que ha sido bastante bajo, la verdad. Ahora bien, lo que le haya pasado a la gente del otro coche recae sobre tus espaldas también. Así como lo que le suceda a Paul Granger, porque a él van a hundirlo por esto.

—Todo lo que tú quieras, pero Paul debería haber ido a la cárcel hace años. Se te olvida que yo soy de la misma zona de la ciudad. Es un traficante al que le tiene sin cuidado la calidad de su producto o la gente a la que envenena con él. La única razón de que esté libre es que la gente de tu zona tendría que reconocer que sus hijos son drogadictos. Seguramente se salvarán algunas vidas metiéndolo entre rejas.

Él suelta un gruñido, mostrando que no está de acuerdo con mi modo de juzgar a Paul. Que indague por su cuenta y descubrirá que no exagero.

—¿Preferirías que te metieran a ti en la cárcel por lo ocurrido? ¿En serio? Yo sé cómo vives y no creo que te fuera muy bien entre rejas.

Silas se vuelve finalmente.

—No, no quiero acabar en la cárcel, pero eso no significa que no me sienta como una puta mierda por lo que he hecho. Y por la gente contra la que choqué. Y también por Paul, aunque se merezca estar en prisión.

Entramos en el sendero de acceso de la propiedad familiar. Es lo bastante largo como para que no se vea la casa desde la carretera.

El señor Everett me ha llamado antes de que saliéramos de Baton Rouge y me ha dicho que trajera a Silas, pero que yo no entrase. Ha añadido que alguien se pasará por mi casa más tarde para tomarme declaración.

Hay un coche de policía en el sendero, lo que nos confirma que Foster ya está aquí. Silas se endereza, pero no puede ocultar la expresión de su rostro. Una expresión jodidamente lastimosa.

—Tienes que recomponerte. Si lo estás pasando tan mal, dile a tu padre que te pague un loquero con el que puedas hablar.

Silas pone los ojos en blanco y se baja del coche en cuanto me detengo.

En lugar de volver directo a mi casa, me paro en el sendero de acceso a la de Margaret. Me digo a mí mismo que solo quiero hablar con ella, pero la verdad es que aún no estoy preparado para lidiar con mamá. El señor Everett me ha enviado un correo esta tarde con todas las medidas que piensa adoptar respecto a ella la semana próxima. En cuanto yo firme mi declaración, mamá quedará libre de

deudas y entrará en un centro donde la tratarán de su depresión y de la adicción al alcohol que le ha provocado.

El sendero de Margaret está vacío, tal como esperaba, porque sus padres trabajan en turnos de fin de semana y ella no tiene coche. Para visitar a Silas ayer, tuvo que tomar prestado el de su amiga. Llamo con los nudillos y luego toco el timbre, pero nadie viene a abrir.

Me cuesta bastante colarme entre los descuidados matorrales del costado de la casa. Acabaré cubierto de arañazos y raspaduras cuando consiga acercarme lo suficiente para dar unos golpecitos en el cristal de su habitación.

Por suerte, la cortina está lo bastante entreabierta para que la vea dentro. Está en la cama, con un portátil delante y los auriculares puestos, lo que seguramente explica que no me haya oído.

Agito los brazos y por fin consigo llamar su atención. No pretendía sobresaltarla, pero eso es lo que hago.

Margaret se toma su tiempo para acercarse a la ventana.

—¿Para qué has venido? —dice cuando la abre.

Yo la aparto un poco para poder meterme dentro.

—Tú te colaste en mi habitación, así que yo puedo colarme en la tuya.

Ella se gira, coge la manta del extremo de la cama y se envuelve los hombros con ella.

—Solo quería ver cómo estabas. Comprobar que te encuentras bien.

Ella pone los ojos en blanco y vuelve a desplomarse en la cama, aguardando a que confiese por qué he venido.

—Quieres comprobar si voy a guardarle el secreto a Silas, que ahora es tu secreto también, ya que tú lo estás encubriendo. Te tiene sin cuidado cómo esté yo. —Se ciñe más la manta alrededor del cuerpo—. ¿Te has enterado de que la pareja del otro coche ha muerto?

Se me encoge el estómago. Mierda. Silas no lo va a asimilar fácilmente, y ahora se me ocurre que por eso el señor Everett no quería que yo entrase cuando dejara allí a Silas. Apuesto a que está tratando de controlar los daños.

Me siento mal, pero me digo a mí mismo que nada de lo que yo haya accedido a hacer podría haber evitado esas muertes. La responsabilidad es de Silas, no mía.

Margaret se muerde el labio inferior. Sus ojos se ponen vidriosos.

—Yo no creía que el accidente fuera tan grave. Nosotros apenas salimos lastimados.

—Puedes hablar de ello, si quieres. No voy a contar nada, por supuesto.

—¿Has hablado ya con la policía?

Niego con la cabeza.

—No, Silas está con ellos ahora mismo. Se supone que vendrán a mi casa más tarde. ¿Tú ya has hecho tu declaración?

—Foster vino aquí ayer —dice, pellizcando el borde de la manta.

Se vuelve a hacer un silencio que resulta incómodo.

—Bueno, si tú estás bien, creo que me voy a ir. Pero llama a Silas. Él lo está llevando fatal.

—De acuerdo, lo llamaré —dice, apartándose el pelo de la cara—. El señor Everett pasó de intentar alejarme de Silas a decirme que yo formaba parte de la familia. ¿A ti también te lo ha dicho?

Me apoyo en el marco de la puerta.

—Sí. Nunca había estado tan amable desde que empecé con Camille.

—Sí, conmigo igual. —Juguetea con las puntas de su pelo, enrollándolas alrededor de un dedo—. Algo ha cambiado, ¿no? Yo me estaba aferrando a Silas a duras penas, y ahora me da la sensación de que lo tengo agarrado con ambas manos. El señor Everett hará lo que haga falta para tenernos contentos, ahora que vamos a guardar el secreto de Silas.

La misma idea me ha estado rondado durante los últimos dos días.

—Pero eso no significa que él no vaya a aprovechar la primera ocasión para librarse de nosotros —añade Margaret—. Tú y yo no seríamos en absoluto su primera opción para sus hijos si él pudiera imponer su criterio.

Sí, yo también estaba pensando lo mismo.

—Hemos de mantenernos unidos —digo—. Yo te apoyo si tú me apoyas.

—En todo caso, ahora Silas y Camille están atrapados con nosotros. No está mal para dos chicos de clase baja del lado sur de Corbeau. —Y por primera vez desde el sábado por la noche, ella esboza una sonrisa.

34

Camille

DESPUÉS DE LA COARTADA

Sábado, 17 de octubre

Silas y yo entramos en el garaje de mi casa. Yo no me muevo del asiento del copiloto. Hemos venido con mi coche porque el mecanismo de apertura está programado directamente con él. Esta es mi única forma de entrar en casa, puesto que me he acostumbrado tanto al teclado de la puerta del garaje que ya no llevo nunca encima la llave de la entrada principal.

—No sé si voy a ser capaz de entrar. —La policía ya terminó el registro hace días, pero el servicio de limpieza especializado en escenas criminales tardó un poco en venir y yo no pensaba entrar hasta que hubieran acabado.

Técnicamente, tengo libertad para volver a casa, pero mis padres creen que es demasiado peligroso, teniendo en cuenta que la policía no ha hecho ninguna detención. Y la verdad es que no sé si podría quedarme aquí aunque hubieran atrapado al asesino de Ben.

Silas pone punto muerto, pero no apaga el motor.

—No tienes que hacerlo. Puedo entrar yo un momento y coger la llave.

Empieza a bajarse, pero yo lo detengo.

—Espera. Dame solo un minuto.

—Lo que te haga falta —dice, y se arrellana en el asiento.

—Tengo la sensación de que, si no entro ahora, nunca podré hacerlo.

Me asalta un cúmulo de emociones. Aunque sé que Ben no está tendido en el suelo del despacho, eso es lo único que me imagino cuando pienso en entrar. El dolor que siento en el pecho se reaviva al enfrentarme a la idea de entrar en la casa que él amaba. La casa a cuya reforma dedicó tanto tiempo. La casa que siempre me ha parecido más suya que mía.

No quiero ser de esas personas que edulcoran todos los malos momentos con alguien tan solo porque esa persona ha muerto, pero la pena tiene una curiosa capacidad para que los momentos buenos que compartimos brillen más en mi memoria. Los recelos e inquietudes que impulsaron cada uno de mis actos del pasado fin de semana me parecen ahora menores.

Me doy unos minutos para concentrarme en la realidad, repasando todos los motivos por los que volví aquí a hurtadillas y subí a la buhardilla para espiar a Ben hace exactamente una semana. Los recuerdos coloreados de rosa no se sostienen frente al hecho de que estamos aquí para encontrar la llave de la caja fuerte de un policía muerto y poder recuperar así la prueba que Ben pensaba utilizar contra mi hermano. Es una manera horrible de enfocarlo, pero es lo único que me devuelve a la realidad.

—No quiero apremiarte, pero solo tenemos un tiempo reducido para entrar en casa de Foster mientras su esposa está fuera esta tarde.

Silas se las ha ingeniado para que la señora Foster salga de casa. El Departamento de Policía de Corbeau rendirá homenaje hoy a Kevin Foster; celebrarán una pequeña recepción y le entregarán a ella una placa. Me tiene impresionada que mi hermano haya sido capaz de montar eso en un par de días.

—Vale… Ya estoy lista.

Él se baja rápido del coche, mientras que yo me muevo más despacio. Le sigo hasta la puerta y le digo el código de cuatro dígitos que hay que introducir para desbloquearla. Una vez abierta, Silas entra sin más en la cocina, pero yo me quedo parada en el garaje.

Al ver que no lo he seguido, vuelve a mi lado.

—No tienes por qué entrar.

—Sí, debo hacerlo.

Él extiende el brazo y yo me agarro de él como si me fuera la vida en ello. Lentamente, me lleva a través de la puerta.

Un intenso hedor antiséptico me golpea en cuanto estamos dentro. Silas abre la marcha por la cocina. Hay una gran quietud en el ambiente, como si la casa supiera que ha sido abandonada.

Esos estúpidos crisantemos siguen todavía sobre la encimera. Son los crisantemos que me hicieron sentir tan satisfecha por haberlos comprado de antemano cuando Ben me preguntó por qué estaba en la tienda de piensos. Qué ingenuidad la mía al preocuparme por la posibilidad de que él me pillara en una mentira. Las diminutas flores se han marchitado por falta de agua, como si la casa hubiera succionado la vida de todo lo que contiene.

Me acerco a la mesita donde llevo mi calendario y pago las facturas, y cojo el tarro en el que están los bolígrafos y los rotuladores. Lo vuelco todo y busco entre los diversos objetos hasta encontrar la llave.

—Justo donde él la dejó.

Silas conduce también el coche mientras volvemos a Corbeau. Hemos salido de casa en cuanto hemos encontrado la llave. Él me ha preguntado si no quería coger algo de ropa u otras cosas, pero yo no me he animado a pasar de la cocina. Giro la llave en mis manos mientras pienso en el cambio drástico que ha sufrido mi vida esta semana.

—¿Crees que mataron a Ben por esta llave?

Silas tarda un rato en responderme.

—Es lo que supongo. Cuando Ben vino a decirnos a papá y a mí que Hank había recibido el expediente de Paul, estaba muy asustado. Le inquietaba lo que ocurriría si la verdad salía ahora a la luz; cómo podría perjudicar eso a su carrera. Papá se puso furioso, pero no estaba tan preocupado por Paul como por la cantidad de pruebas que Foster había ido acumulando a lo largo de los años. El caso de Paul Granger nos estallaría en la cara a Ben y a mí, pero todo lo demás lo destruiría a él.

Puedo imaginarme lo cabreado que debía estar papá.

—¿Y qué hizo Ben cuando se dio cuenta de eso?

—Se volvió contra nosotros inmediatamente. Se le veía en la cara. Casi podías escuchar las ideas que le rondaban. Pensaba en todo el

control que tendría sobre nosotros si era él quien conseguía primero esas pruebas.

Los árboles desfilan borrosos ante la ventanilla mientras asimilo todo lo que Silas me está contando. Me avergüenza comprender lo ingenua que he sido, darme cuenta de que toda mi familia sabía más sobre mi marido que yo misma.

—Yo siempre pensé que Ben y yo éramos mejores que mamá y papá —le confieso, sin atreverme a mirarlo—. Que éramos superiores a ellos. O sea, pensaba que Ben no era perfecto y que caminaba sobre la fina línea que nos separa de lo que es ilegal, pero no tenía ni idea de hasta qué punto había cruzado al otro lado. Ni de que papá le ayudaba. Me siento una idiota de remate.

—No te sientas así. Me alegro de que no lo supieras. Para mí era un alivio que tú fueras tan felizmente ajena a todo eso. El problema de Ben era que no entendía lo que significaba convertirse en miembro de esta familia. Papá quería controlarlo tal como nos controlaba a nosotros. Al principio, a él no le importaba porque papá se encargaba de que tuviera grandes clientes y ganara todos esos casos. Pero después comprendió que no puedes quedarte solo con la parte que te gusta, que estás atrapado en todos los aspectos. Si Ben hubiera conseguido toda esa información, la habría aprovechado al máximo contra todos nosotros.

Me vuelvo para mirarlo.

—¿Papá hizo que lo mataran?

Silas menea la cabeza.

—No lo habría hecho antes de que nosotros nos hubiéramos apoderado de esas pruebas. Antes de asegurarse de que Ben no tenía una copia escondida en alguna parte.

Es una forma muy cruda de responder, teniendo en cuenta que se trata de mi marido.

—Entonces ¿quién lo mató?

Él se encoge de hombros.

—Sinceramente, no lo sé. Foster no solo estaba confesando sus pecados, sino también delatando a quienes lo habían ayudado, porque sin duda él había contado con ayuda lo largo de los años. Quizá alguien que echó una mano a Foster en el pasado se enteró de lo que tramaba Ben aquel día y temió que pudiera utilizar esa información en su contra. Pero también cabe la posibilidad de que no fuera nada de esto. Quizá tuvo algo que ver con uno de sus casos. Quizá estaba liado con alguien y el marido se enteró. Qué demonios, Camille, no lo sé.

Me recorren escalofríos mientras reflexiono sobre sus palabras. Ya hemos llegado otra vez a Corbeau y nos dirigimos a casa de los Foster. A medida que nos acercamos, mis pensamientos dejan de lado lo que le pasó a Ben para centrarse en lo que estamos a punto de hacer.

—¿Vamos a parar en el sendero y entrar, así como así? —pregunto.

—Yo me he ofrecido a llevarte primero a casa de papá.

—Y yo te he dicho que quería venir contigo.

Silas trata de aparentar que esto no le afecta, pero, a juzgar por la crispación con la que agarra el volante, deduzco que está haciendo un gran esfuerzo para dominarse.

Él señala el asiento trasero.

—Para eso es la cesta de regalo. Nosotros la dejaremos en el felpudo de la entrada; así, si alguien dice que vio nuestro coche

aquí, la señora Foster pensará que simplemente hemos pasado para dejarle esto.

Me mordisqueo las uñas, que ya tengo destrozadas.

—Pero ella se enterará de que hemos estado aquí.

Él asiente.

—Ese es el truco. No tratas de ocultarlo, lo reconoces. Respondes a la pregunta antes de que te la hagan.

—Algo malo tiene que pasarte para que tu mente funcione así.

Silas se ríe entre dientes, aunque suena más bien apenado.

—Papá ha tenido mucho tiempo para adiestrarme.

Se detiene en una gasolinera no lejos de la casa de los Foster.

—¿Para qué paramos aquí? —pregunto.

Él saca su móvil.

—Simplemente para asegurarnos de que la señora Foster ha asistido a la ceremonia en la ciudad. —Envía un mensaje y luego esperamos unos minutos hasta que recibe la respuesta—. Ya podemos ir para allí.

El corazón me palpita acelerado cuando entramos en el sendero. La casa de los Foster está en las afueras, en una pequeña parcela, así que al menos los vecinos no viven demasiado cerca unos de otros. Es una casa modesta teniendo en cuenta la cantidad de dinero que él debió ganar haciéndole todo el trabajo sucio a papá a lo largo de los años.

—Coge la cesta —dice Silas cuando ha aparcado.

Hago lo que me dice y lo sigo a la puerta del cobertizo para los coches.

—¿Cómo vamos a entrar?

—Foster guardaba una llave aquí dentro, en un gancho de este armario.

Abre el armario del cobertizo y en unos segundos tiene en la mano una llave de la puerta de la casa.

—No muy astuto para ser un poli —murmuro.

—Esto es Corbeau, y todo el mundo sabía con quién estaba relacionado. Nadie iba a meterse en su casa.

—Excepto tú.

Él alza una ceja.

—Sí, excepto yo.

Dejo la cesta de regalo y la tarjeta sobre el felpudo de la puerta y luego sigo a Silas adentro. Me parece terrible estar andando por la casa, sabiendo que cuando vuelva su viuda no tendrá ni idea de que hemos entrado aquí. Nos basta con echar un vistazo en un par de habitaciones para encontrar la caja fuerte. Es enorme. Mucho más grande de lo que imaginaba.

—Es casi tan alta como yo. —La caja fuerte para armas se alza en la esquina de un pequeño despacho, junto a un sillón reclinable que parece tener al menos veinte años de antigüedad.

—Bueno, sí. Está pensada para guardar media docena de rifles de caza.

Papá tiene una habitación entera reforzada para estas cosas, así que yo nunca había visto una caja fuerte de este tipo. Me da la sensación de estar acercándome a una bomba que hay que desactivar.

Saber que hay muchas posibilidades de que Ben fuera asesinado por lo que hay detrás de esa puerta me revuelve el estómago.

Y me aterroriza.

Silas extrae el mecanismo circular donde se halla la cerradura digital y lo deja colgando de los cables rojo y azul que la alimentan. Debajo hay un pequeño ojo de cerradura.

—Esta es la alternativa por si falla el sistema eléctrico —dice, sacando la llave de repuesto e introduciéndola en el orificio. Ambos contenemos el aliento cuando la gira en la cerradura. Suena un clic y entonces Silas hace girar la rueda y oímos cómo se descorren los cerrojos.

Inspirando hondo, abre la puerta.

Está completamente vacía.

No hay ni un solo objeto ahí dentro.

Cuando me dispongo a decir algo, ambos oímos un ruido procedente de la parte delantera de la casa. Apenas hemos tenido tiempo para girarnos en redondo cuando alguien entra bruscamente en la habitación. Silas me sitúa de un empujón detrás de él, emparedándome entre su espalda y la puerta abierta de la caja fuerte.

—¿Qué coño estás haciendo aquí? —grita.

Con el corazón a cien por hora, me asomo desde detrás y veo al tipo que siempre parece estar junto a Aubrey Price. Su compañero Deacon.

—Me imagino que lo mismo que vosotros —dice él.

Y entonces observo que ambos llevan pistola y que se apuntan mutuamente. No tenía ni idea de que Silas llevara un arma encima.

Los dos se quedan mirando un buen rato mientras yo me aferro a la parte posterior de la camisa de mi hermano.

—Sé quién eres —dice Silas al fin—. Siempre andas vigilando a Aubrey Price. ¿También mataste a Ben por ella?

Atisbo por encima de su hombro para ver cómo reacciona Deacon.

Él lo mira con una sonrisita que no acierto a descifrar.

—Yo podría preguntarte lo mismo, ya que eres tú quien ha tenido problemas para mantener controlado a tu cuñado.

Aubrey aún cree que Ben fue de algún modo el responsable de la muerte de sus padres. No puede saber que fue Silas. Ahora Ben ya está muerto. ¿Qué le pasaría a Silas si la verdad saliera a la luz? El peligro al que se enfrentaría no sería solamente legal; me estoy dando cuenta de que también su vida podría correr peligro. Más allá de lo que Silas hiciera, sigue siendo mi hermano y no quiero que le pase nada.

Da la impresión de que estamos en un compás de espera que no concluirá hasta que alguien salga herido, pero de repente Deacon baja la mano y deja la pistola junto a su cadera.

—A juzgar por esa caja fuerte vacía que tienes detrás, parece que los dos llegamos tarde, o quizá es que nunca estuvo aquí lo que buscamos.

Silas tensa los hombros, pero no baja la pistola.

—A menos que me digas cómo es que estás aquí, esto no va a acabar bien para ti.

—Trabajo para Chris Ricci. ¿Lo conoces?

Por el respingo que da Silas, nos queda claro a ambos que sí.

—Bien —dice Deacon, sonriendo. Luego hace un gesto con la cabeza hacia la parte delantera de la casa—. Tengo a uno de los míos afuera. Si yo no salgo, esto tampoco terminará bien para ti. Pero estoy dispuesto a hablar en cuanto apartes esa pistola de mi cara.

Silas titubea unos segundos y baja el arma.

—Empieza a hablar.

—Ben confió en el tipo equivocado. Contrató a un investigador privado para que le ayudara a conseguir la llave de esa caja fuerte. Y resulta que ese tipo le debe a Chris un jodido montón de pasta. ¿A quién crees que fue leal?

Cuando yo estuve observando a Ben, me quedó claro que sus planes para aquel día iban más allá de lo que nosotros habíamos previsto. No debería sorprenderme descubrir que Aubrey sabía más de lo que me había hecho creer, pero aun así me quedo sin aliento.

—De acuerdo. Pero ¿cómo cojones sabías que nosotros estaríamos aquí ahora? Hoy.

Él se encoge de hombros.

—Digamos que, cuando tuvimos acceso al coche de Camille, aprovechamos la ocasión.

Silas suelta una maldición y yo me inclino y le pregunto en voz baja:

—¿Qué quiere decir?

—Que pusieron un rastreador en tu coche cuando Aubrey lo estuvo conduciendo por ahí.

Deacon nos resume el plan B que han seguido. Él pensaba presentarse aquí la semana pasada para sorprender a Ben, pero obviamente Ben no llegó a venir. Y desde entonces ha estado vigilando mi coche.

—Ben se tomó muchas molestias para conseguir la llave de una caja fuerte vacía —dice Silas.

—Y ahora ¿qué? —pregunto yo.

—Mi plan —dice Deacon— es salir de aquí y explicarle a Aubrey que esa prueba no estaba en la caja fuerte. —Y dicho esto, da media

vuelta y sale de la habitación.

Silas y yo nos quedamos inmóviles, mirando el umbral ahora vacío.

—Maldita sea —masculla Silas, relajándose un poco cuando oye cómo se cierra la puerta principal.

—Esto significa que papá está equivocado. Si Foster le hubiera enviado la prueba a Aubrey, Deacon no habría venido a buscarla.

Silas apoya la espalda en la caja fuerte y cierra los ojos.

—Si no está aquí, ¿dónde cojones está?

35

Hank

DESPUÉS DE LA COARTADA

Domingo, 18 de octubre

Pregúntele a Camille por qué asistí al rosario».

Esta frase me ha acosado durante todo el fin de semana. Me ha atormentado. Me ha tenido despierto por la noche.

Le mando a Camille un mensaje diciéndole que tenemos que hablar. Mi teléfono tarda menos de un minuto en sonar.

—Ey —dice cuando contesto—. ¿Qué ocurre?

—Ey, quería ver cómo estás. ¿Qué tal te encuentras hoy?

Es domingo y ha pasado justo una semana desde que ella encontró a Ben. Me imagino que es un día duro al final de una dura semana, así que no me lanzo enseguida a interrogarla sobre Aubrey Price y Saint Francisville.

—Mejor de lo que suponía que iba a estar, aunque ese listón estaba muy bajo. Me parece que el hecho de llevar ropa normal, y no un pijama que se me estaba soldando a la piel, es una buena

señal. —Habla con desenfado, pero todavía se percibe un peso en su voz.

—Sí, es buena señal.

—¿Querías hablar conmigo de algo o solo llamabas para comprobar que me he levantado de la cama?

Tengo debilidad por Camille. Más de lo que habría reconocido cuando Ben estaba vivo. Es curioso que Deacon lo haya captado antes que yo mismo. Y él tenía razón al decir que estoy tratando de protegerla. Pero no puedo hacerlo si no conozco la verdad.

—Recibí una extraña llamada el viernes por la noche.

—Ah, ¿sí? ¿De quién?

—La policía hizo un registro en una casa para buscar el cuchillo de caza de Ben.

—¿Cómo? ¿Dónde?

—La dueña de la vivienda me llamó después de que el registro concluyera sin ningún resultado. Se llama Aubrey Price.

Su grito ahogado me dice todo lo que necesitaba saber.

—No entiendo. ¿Por…, por qué te llamó a ti? —dice.

Me quedo un momento callado.

—Camille —digo al fin—, yo no te puedo ayudar si tú no compartes conmigo tus secretos.

Toda su emoción se desborda con un repentino sollozo que resulta desgarrador. No deja de llorar durante varios minutos y yo me odio a mí mismo por haberla abatido más de lo que ya lo estaba.

Por fin parece recobrarse.

—No puedo hablar ahora, pero… ¿estás libre más tarde?

—Sí, estoy disponible siempre que me necesites. ¿Quieres que nos veamos en casa de tus padres o en otro sitio?

—No, aquí no. Pero no quiero conducir con mi coche…

—Te puedo pasar a recoger. Tengo algo que hacer alrededor de la hora del almuerzo y luego puedo ir para allá.

—De acuerdo, Hank. Nos vemos entonces —dice, y cuelga.

Miro mi reloj. Pienso bien lo que tengo que hacer en este intervalo.

Ya es hora de mantener una conversación con Paul.

A los ojos de un forastero, el Rodeo de la Prisión Angola debe parecer demasiado absurdo para ser real. Cada domingo de octubre, la cárcel que alberga a los criminales más peligrosos del estado de Luisiana abre sus puertas a personas de todas las edades.

Hay las típicas actividades que cabe esperar en un rodeo, como la monta de toros y las carreras de barriles, pero también otras que son exclusivas de Angola. Por ejemplo, el póquer de presos: los reclusos se sientan en torno a una mesa de póquer en mitad de un estadio y entonces sueltan a un toro salvaje que se lanza directamente hacia ellos. El que permanece sentado más tiempo gana. Y también hay un concurso llamado «ordeño de vaca salvaje», que es exactamente lo que su nombre indica.

Los reclusos que se apuntan a estas actividades, arriesgando su integridad y hasta su vida, tienen sus motivos para hacerlo. El dinero del premio se deposita en su cuenta del economato y pueden usarlo para adquirir cosas tan preciadas como un cepillo de dientes nuevo, una manta extra e incluso comidas especiales. Y supongo que el derecho de presumir de una victoria en la versión Angola de las antiguas carreras de cuadrigas es un aliciente en sí mismo. Además,

la vida carcelaria es muy monótona. Cada día es igual que el anterior. Me imagino que la oportunidad de romper esa rutina entrenándote para montar un toro debe resultar atractiva.

Los reclusos que poseen habilidades creativas pueden participar también. Tienen la posibilidad de vender su mercancía desde detrás de una valla de tres metros y medio de alto rematada con alambre de cuchillas. Los productos, desde cinturones y bolsos hasta rótulos de madera, joyas y ropa, se exhiben en mesas dispuestas al otro lado de la valla. Y ellos pueden regatear con los clientes para vender al mejor precio posible sus creaciones artesanales, lo que no deja de ser un modo menos arriesgado de ganarse un dinero.

Aunque la mayoría hace sus tratos desde detrás de la valla, aquellos que han mostrado una conducta modélica son recompensados con un grado de libertad del que no han disfrutado desde que los encarcelaron. Esos reclusos están en unos cobertizos, sentados detrás de sus mesas, sin una valla que los separe de los clientes. Ahí es donde estará Paul Granger, cosa que he descubierto esta mañana al volver a revisar su expediente.

Yo ya he asistido a este rodeo una vez, cuando estaba en la universidad. Un nutrido grupo de estudiantes vinimos aquí y nos pasamos una tarde observando el caótico alboroto de las competiciones, aunque no visitamos esa zona de artes y oficios.

No es infrecuente que los amigos y familiares de los reclusos compren una entrada y se pasen el día a su lado mientras ellos hacen sus negocios. He pensado que puedo seguir su ejemplo para hablar unos minutos con Paul de un modo extraoficial.

Por todas partes hay guardias armados hasta los dientes, pero el proceso para acceder al recinto es bastante sencillo. No llevo

ninguna bolsa o maletín, así que me basta con vaciar los bolsillos y atravesar los detectores de metales. Y luego ya estoy dentro.

El aire está fuertemente impregnado del olor a hamburguesas, perritos calientes, palomitas y churros. Las hileras de mesas de los cobertizos son muy largas, pero se agradece la sombra porque la temperatura aún ronda los treinta grados, pese a que ya estamos a mediados de octubre.

Todos los reclusos situados detrás de las mesas están vueltos hacia la entrada principal, a la espera de que aparezca alguien especial con quien pasar el día o de que se presente la posibilidad de una buena venta que engrose su cuenta hasta que el mercadillo vuelva a abrirse en primavera.

Yo me reuní una vez con Paul, así que sé a quién estoy buscando, pero cuando voy por el tercer pasillo empiezo a temer que no esté aquí. Podría ser que se hubiera metido en un lío y que no le hayan dejado participar en los eventos de hoy. O que lo haya vendido todo en las muestras anteriores y ya no le quede nada que ofrecer. Por un momento, me inquieta pensar que he hecho el viaje en balde.

Y entonces lo veo. Me dirijo hacia su mesa, pero antes de llegar allí se me adelanta una familia de cinco miembros.

—¡Oh, estos me encantan! ¿Los ha hecho usted mismo? —La madre hurga entre los objetos de cuero que Paul tiene expuestos en su mesa.

Aprovecho estos momentos para mirar lo que vende. Él aún no ha advertido mi presencia porque está concentrado en la familia que tiene delante.

Cuando lo encerraron, acababa de cumplir los treinta y no hay motivo para creer que entonces poseyera esta destreza, así que no

solo ha aprendido un nuevo oficio, sino que lo ha ido perfeccionando. Hay pulseras y collares de cuero trenzado, muñequeras y cinturones de todas las tallas, y unos puntos de libro estupendos. Veo algunos objetos como los que le regaló a Aubrey. Las costuras son impecables, al igual que las técnicas de curtido que utiliza para obtener la coloración definitiva. Fuera de estos muros, podría vender sus piezas por diez veces más de lo que cobra aquí.

—El cuero procede de las vacas de la prisión, una vez que son sacrificadas para alimentarnos. No las han matado para sacarles la piel, cosa que me parece importante. Todo está cosido a mano. No encontrará nada de mejor calidad en ninguna parte. —Tiene razones para estar orgulloso de su trabajo.

Regatea con el padre por una pulsera que quiere la hija y al final acuerdan una cifra solo ligeramente inferior a la que pedía en principio.

Una vez que la familia se aleja, Paul se vuelve hacia mí. Está claro que me reconoce en el acto.

—¿Qué le trae de nuevo por aquí? —Tiene la expresión de un ciervo deslumbrado por unos faros. Estoy seguro de que se ha enterado del asesinato de Ben, de manera que mi visita puede resultarle inquietante.

—Sus piezas son preciosas.

Una sonrisa se extiende por su rostro ante este cumplido y parece relajarse un poco.

—Gracias. No hay mucho más que hacer aquí dentro. —Luego vuelve a ponerse en guardia—. ¿Para qué ha venido?

—¿La verdad? Tengo un par de preguntas que espero que me aclare.

—¿Sobre mi caso?

Niego con la cabeza.

—No. Sobre Aubrey Price.

Él da un paso atrás.

—¿Por qué? ¿Porque ella vino a verme?

No es lo que esperaba que dijera.

—¿Cuándo vino a verle?

Su expresión se crispa un poco, como tratando de averiguar si estoy tendiéndole alguna trampa, así que añado:

—Mire, yo estoy intentando ayudarla. Es posible que esté en un aprieto.

Se le demuda el rostro.

—Mierda. No. No es posible que vayan también a por ella.

—Respóndame para que yo pueda ayudarla. —Tal vez estoy exagerando un poco mi relación con Aubrey, pero ella me abrió esa puerta cuando me llamó para avisarme de que la policía había registrado su vivienda.

—Estuvo aquí el sábado pasado. Era la primera vez que venía a verme.

El sábado pasado. El día que mataron a Ben.

—¿Era una visita prevista?

Paul niega con la cabeza.

—No. Se presentó sin más.

—¿Le dijo por qué? —Cuesta mucho arrancarle cada respuesta.

—Sí. Tenía algunas preguntas, igual que usted.

Nos miramos el uno al otro. Yo aguardo a que añada algo más, pero no lo hace.

—¿Puede decirme lo que quería saber?

Él se limita a encogerse de hombros.

—No quiero hacerle perder el tiempo, ni tampoco perderlo yo. Usted ahora puede ser sincero conmigo. Si está en mi mano ayudarle de algún modo en su caso, lo haré.

Tarda un poco más en responder, pero al fin acaba cediendo.

—Era lo mismo que usted quería saber cuando vino a verme la primera vez. Quería datos concretos sobre esa nueva prueba.

—O sea que Aubrey también estaba enterada de eso.

Paul asiente.

—¿Y usted le dijo en qué consistía exactamente?

—Sí. También puedo decírselo a usted. Es un vídeo de una cámara de vigilancia. Pero, antes de que me lo pregunte, no, nunca he visto lo que hay en ese vídeo.

Pienso en la nota manuscrita de Ben que había en su carpeta sobre Aubrey y Paul.

—¿Kevin Foster vino a verle a principios de junio? ¿Fue él quien le habló del vídeo?

Paul abre mucho los ojos. Es la confirmación que necesitaba para saber que el Jefe y Kevin Foster eran la misma persona.

—Sí, fue él.

—¿Kevin le dio algún otro dato, aparte de hablarle de la existencia del vídeo?

—Me dijo que el conductor había estado en mi casa aquella noche. Debería resultar sencillo cotejarlo con esa lista de gente.

Sé a qué lista se refiere. Es la que le pedí a Scott que investigara a fondo.

Paul sujeta con fuerza el borde de la mesita.

—Quizá usted pueda llamar a Foster y hablar con él. ¡Pero no le diga que yo le he dado su nombre! Bueno, en realidad no ha hecho falta, usted ya lo sabía. Pero no quiero que lo asuste y que ya no vaya a ayudarme.

Yo tuerzo el gesto.

—Paul, lamento ser yo quien le dé la noticia, pero Kevin Foster falleció hace poco más de un mes.

Él palidece y vuelve a sentarse en la silla de madera de detrás de la mesa.

—Entonces ya nunca voy a salir de aquí.

Me inclino hacia delante.

—Escuche, hay muchas posibilidades de que esa prueba que él tenía no pudiera sostenerse ante un tribunal. Yo debería demostrar que se ha mantenido la cadena de custodia y un montón de cosas más. Pero ahora, después de revisar otra vez su caso, ni siquiera estoy seguro de que la necesitemos. Hay elementos suficientes para hacerme pensar que sería posible una apelación.

Él se queda mirándome con la boca entreabierta.

—¿Va a aceptar mi caso?

Alzo una mano.

—Lo estoy estudiando. No puedo prometerle que pueda sacarle de aquí, pero, si de verdad creo que hay una vía posible, asumiré el caso.

Él se levanta de golpe y trata de abrazarme, pero yo le sujeto las manos entre las mías y nos damos un extraño apretón.

—¡No sé cómo darle las gracias!

Yo asiento.

—Una última pregunta antes de irme. Háblame de la última carta que le envió a Aubrey. La mecanografiada. Donde le decía que esperaba que ella tuviera más suerte de la que ha tenido usted, ¿recuerda?

Paul arruga la frente, desconcertado.

—No sé de qué me habla.

Cojo de la mesa un pequeño joyero semejante al que vi la noche del viernes en la habitación de Aubrey.

—Se la envió con uno de estos.

Él ya está negando con la cabeza antes de que termine.

—Yo le envié una cartera y algunas pulseras porque caben en un sobre plano. Le di un punto de libro cuando vino la semana pasada. No le habría enviado uno de estos joyeros. El envío es demasiado caro porque hace falta una caja. Además, aquí no nos dejan usar ordenadores, así que solo se pueden enviar cartas escritas a mano.

La cabeza me da vueltas. Aubrey cree que el joyero y la carta procedían de Paul, y no hay motivo para que mintiera sobre esto. Pero si no los había enviado él, ¿quién lo había hecho?

—¿Lleva una lista de las personas que le compran estas cosas? —Mientras lo pregunto, comprendo que es una posibilidad muy remota.

—No, casi todo lo vendo en los mercadillos de artesanía a la gente que pasa por aquí.

—Casi todo. Y lo demás ¿dónde lo vende?

Paul se echa a reír.

—No, este es el único sitio donde vendo mis cosas. Pero me han dado permiso para regalárselas a la gente que viene a verme.

Suelto un ruidoso suspiro. Me compadezco de Paul, pero la verdad es que hace que sea muy difícil ayudarlo.

—¿Le ha regalado a alguien un joyero?

—Sí, le di uno a Foster. —Coge uno de la mesa—. Era muy parecido a este.

Joder. Paul no le envió ese joyero a Aubrey, pero Foster sí pudo habérselo enviado. Por eso la carta estaba impresa y no escrita a mano.

—Quizá fue Foster quien se lo envió a Aubrey con una carta. El suyo parece igual que este. Pero ¿por qué no le mandó simplemente una carta?

Su rostro se ilumina.

—¡Tal vez le envió el vídeo!

Meneo la cabeza.

—No, ella me dijo que solamente contenía la carta. —Aubrey tendría que haberse dado cuenta si hubiera habido también un USB u otro dispositivo donde almacenar archivos digitales.

—¿Miró en el compartimento de la base?

—¿Qué compartimento? —La noche del viernes examiné el joyero con mucha atención y no vi ningún compartimento en la base. Paul advierte mi perplejidad y le da la vuelta al joyero.

—Hay una pequeña lengüeta aquí debajo. Solo hay que tirar de ella para que se abra la base. Es un espacio donde puedes guardar cosas que no quieres que encuentre nadie. Se lo enseñé a Foster cuando se lo regalé, así que igual lo puso ahí dentro, ¿no?

Miro en derredor para ver si alguien nos está observando. Me dan ganas de salir disparado y volver volando a casa de Aubrey para

echarle otro vistazo a ese joyero, pero no quiero darle falsas esperanzas a Paul.

—Déjeme investigar un poco. Me pondré pronto en contacto con usted.

—Gracias, hombre. Se lo agradezco mucho. Estaría bien poder salir de aquí antes de que me muera.

36

Aubrey

DESPUÉS DE LA COARTADA

Domingo, 18 de octubre

La de ayer fue una noche difícil y agitada. Yo ya estaba al límite después de haber encontrado el cuchillo en mi cajón el viernes por la noche y de sufrir poco después el registro de la policía. Pero cuando Deacon llegó a casa ayer y me contó lo ocurrido en casa de Foster, ya no aguanté más y me descompuse. Aquella era mi última oportunidad de saber quién fue el causante de la muerte de mis padres, y ahora nunca lo sabré.

Deacon está preparando unos sándwiches de queso al grill mientras yo trato de sacarle un par de tazas de café a la máquina antes de que expire para siempre.

—Por favor, por favor, un poquito más. —El cacharro escupe y salpica, y yo sostengo la taza en alto para recoger cada una de las gotas que salen disparadas por las pocas boquillas que aún funcionan.

Ya con los sándwiches en los platos y con media taza de café para cada uno, nos sentamos a la mesa de la cocina. Deacon ha pegado su silla a la mía tanto como ha podido y me rodea la cintura con un brazo, atrayéndome hacia sí. Yo le dejo hacer encantada.

Me he despertado en su cama por segunda mañana consecutiva, con la espalda contra su pecho y sus brazos a mi alrededor. Lo primero que me ha dicho ha sido: «Vas a malacostumbrarme despertando así».

Lo mismo digo.

Estuvimos hablando hasta la madrugada. Debatimos si Foster tenía realmente lo que decía tener y, en caso afirmativo, qué había hecho con ello. También repasamos todas las hipótesis sobre quién estaría interesado en incriminarme por la muerte de Ben. Una lástima, pero no llegamos a ninguna conclusión.

Por suerte, Shane y Eddie sacaron el cuchillo del cárter el sábado a primera hora y se deshicieron de él. No les pregunté dónde lo tiraron y prefiero no saberlo. Me alivia saber que ha desaparecido.

Serenity entra alegremente en la cocina con un vistoso caftán.

—Buenos días, chicos.

—Ey, Serenity —digo.

Ella se detiene de golpe, mirándome.

—Ay, cielo, ¿estás bien? Ya sé que ha sido una semana infernal, pero da la impresión de que no te vendría mal uno de mis batidos.

Yo me apresuro a negar con la cabeza. La última vez que me persuadió para probar uno de sus mejunjes, me entró un subidón que no había experimentado nunca y estuve tres días sin dormir.

—No, no, estoy bien. Pero gracias.

—Vale, bueno. Dímelo si cambias de idea.

Se acerca a la cafetera y empieza a prepararse una taza. Deacon le pregunta:

—¿Pudiste pedirle a Frank una lista de la gente que estuvo aquí el viernes por la noche?

—¡Sí! Anoche, cuando volvió del trabajo, me anotó los nombres en un papel. Voy a buscarlo a mi habitación.

Deacon la detiene antes de que salga.

—Oye, no vamos a dejar que venga gente a casa durante una temporada, hasta que averigüemos qué está pasando. ¿Te parece bien?

—Por supuesto. Bueno, mi grupo habitual de yoga viene aquí a mediodía. —Serenity me sonríe tímidamente—. Pero, si te vas a sentir incómoda, podemos buscar otro sitio.

—No, tú grupo puede seguir viniendo —le digo. Todos los domingos a mediodía, si el tiempo lo permite, da una clase de yoga en el patio trasero.

—No hay nadie nuevo en el grupo, ¿no? —pregunta Deacon.

Ella menea la cabeza.

—No. Son los mismos que llevan viniendo desde hace años.

—Gracias, Serenity.

Ella desaparece y yo doy un último sorbo a mi café.

—Voy a necesitar el día entero para ordenar mi habitación —le comento a Deacon. Es algo que había evitado hasta ahora.

—No tenemos por qué ocuparnos hoy de eso. Puedes quedarte en mi habitación por el momento. De hecho, lo prefiero.

Me apoyo contra él.

—¿Puedo ordenar mi habitación y quedarme igualmente en la tuya? Porque la verdad es que no dejo de pensar en el desbarajuste

que hay allí dentro.

Él se levanta, me pone de pie a mí también y me arrastra por el breve pasillo hasta mi habitación.

—Pongámonos manos a la obra y luego subiremos a echar una siesta.

Llevamos trabajando un par de horas y todavía queda mucho que hacer. Deacon me sirve de gran ayuda con las cosas pesadas, pero yo soy la única que puede ordenarlo todo.

—Me muero de hambre —dice—. Ese sándwich de queso era poca cosa. —Está plantado frente a la cama, en el único trecho despejado —. ¿Tú tienes hambre? Puedo salir a comprar alguna cosa.

Tengo sobre el regazo un montón de calcetines que estoy tratando de emparejar.

—Me zamparía una hamburguesa con queso ahora mismo.

—Hecho. —Se detiene antes de salir de la habitación—. Eddie y Shane están en el garaje, por si los necesitas. Y Serenity y su grupo están en el patio trasero con el culo mirando al cielo. Eso debería ahuyentar a cualquiera que pretenda entrar aquí.

Le arrojo un calcetín.

—Voy a contarle que has dicho eso.

Él se ríe.

—Se lo diré yo mismo. —Se acerca a la puerta exterior, pero solo para comprobar que está cerrada, y luego sale por la puerta interior. Es con estos pequeños gestos solícitos con los que consigue que me flaqueen las rodillas.

Al cabo de un momento, oigo cómo arranca su coche y sale marcha atrás por el sendero. Me levanto del suelo y decido tomarme un descanso mientras espero a que vuelva. Estoy preparándome un té cuando Frank entra por la puerta trasera.

—¿Te importa que ponga una lavadora? —pregunta.

—En absoluto.

Él coloca la cesta sobre la mesa de la cocina y empieza a clasificar la ropa en montones. Por la variedad de colores, deduzco que hay cosas de Serenity mezcladas también, y lo encuentro entrañable.

Dejo los platos del almuerzo en el fregadero y miro por la ventana.

—Serenity tiene hoy un montón de gente.

Frank se echa a reír.

—Debo reconocer que me sorprende que todas esas señoras mayores puedan contorsionarse de ese modo.

—¡Deberías probarlo! Acabas de celebrar un gran cumpleaños, así que quizá te convenga mantenerte ágil a tu provecta edad.

—Ja, ja. Muy graciosa.

Suena mi teléfono y yo titubeo un momento porque no reconozco el número, pero al final contesto.

—¿Sí?

—Aubrey, soy Hank Landry.

—Ah, hola.

—Escuche, esto le va a parecer extraño, pero ¿puede coger aquel joyero que le envió Paul Granger?

Eso no es ciertamente lo que esperaba que me pidiera.

—Claro, espere. —Vuelvo a la habitación y lo cojo de encima de la cómoda. Echo un vistazo alrededor y, como está todo cubierto de

ropa y no hay dónde sentarse, lo llevo a la mesa de la cocina—. Vale, ya lo tengo.

—Dele la vuelta.

—Un momento. Voy a poner el altavoz. —Pulso el botón y dejo el teléfono sobre la mesa—. ¿Me oye?

—Sí.

Frank vuelve del lavadero, deja la cesta vacía sobre la mesa y observa cómo le doy la vuelta al joyero.

—Vale, ¿qué tengo que mirar?

—Debería haber una lengüeta en una esquina. Quizá esté escondida en la costura.

Tanteo el borde de la base y tropiezo con un bulto en la esquina.

—Creo que la he encontrado. Aunque no sé si sobresale lo bastante para cogerla. ¿Cómo sabía esto?

Él tarda unos segundos en responder.

—He ido hoy a Angola a hablar con Paul, y resulta que tenía otro joyero como ese. Al parecer, suele poner un compartimento secreto en algunas de las cosas que hace.

—Ah, vaya… De acuerdo.

Tiro de la pequeña lengüeta, pero no consigo moverla.

—Toma, usa esto. —Frank tiene en la mano una navaja multiusos y saca unas pequeñas pinzas.

—Gracias. —Las cojo y veo que me sirven. Tras unos cuantos tirones, la base del joyero se abre y algo cae y rueda por la mesa—. ¡Joder! ¡Había un USB aquí dentro!

—Escuche, Aubrey. Paul no le envió ese joyero, pero le dio uno igual a Foster cuando él fue a verlo.

—¿Cómo?

—Si no le importa, voy para allá. Me gustaría ver lo que hay en ese lápiz de memoria.

En parte me entran ganas de colgar. No creo que él se pusiera de mi lado si hubiera algo aquí que pudiera perjudicar a Camille o a su familia. Pero entonces no tendría por qué haberme hablado de este compartimento. Podría haberse limitado a buscar el modo de quitarme el joyero.

Se me quiebra la voz cuando pregunto:

—¿Esto es lo que estoy pensando?

—Creo que podría serlo. ¿Puedo acercarme y verlo con usted, por favor?

—Sí, vale. —Y corto la llamada antes de que pueda decirme nada más.

Miro el lápiz USB. Me tiembla la mano al cogerlo.

Por esto mataron a Ben. Por esto pusieron el arma homicida en mi habitación.

Hay mucha gente que lo está buscando.

Y yo lo he tenido durante semanas sin saberlo.

Frank abre unos ojos como platos.

—Ya te lo explicaré luego, pero no sé cuánto tiempo tengo hasta que él llegue, y antes quiero ver lo que hay aquí. Mi portátil… se estropeó. ¿Tienes alguno que me puedas prestar? —le pregunto.

Él asiente.

—Sí, claro. Voy a buscarlo.

Mientras aguardo a que vuelva Frank, examino de nuevo el joyero por si se me escapa algo más. Seguramente debería revisar a fondo las demás cosas que Paul me envió.

Frank no tarda en volver. Pone su portátil sobre la mesa y yo le paso el lápiz de memoria. Él lo examina un momento.

—Mierda. Es un USB. El Mac solo tiene un puerto USB-C. Necesito un adaptador para enchufarlo. Espera, voy a buscar el que tengo en mi bolsa.

Da media vuelta y se dirige a la unidad de Serenity.

Tengo la sensación de que todo mi cuerpo vibra de puros nervios. Tal vez estoy a punto de ver cómo murieron mis padres.

No sé si podré aguantarlo.

Pero también pienso que he esperado tanto para saber la verdad que debo mirarlo.

Deacon entra por la puerta trasera al cabo de unos minutos con una bolsa de plástico.

—¡Espero que aún tengas hambre! —Luego me mira—. ¿Qué sucede?

Le muestro el joyero.

—Hank ha ido a ver a Paul a Angola. Y Paul le ha dicho que hay un compartimento secreto en la base. Lo he abierto y resulta que había un lápiz USB dentro.

Él mira en derredor.

—¿Dónde está? Puedo ir a buscar mi portátil.

—No, lo tiene Frank —digo, meneando la cabeza—. Ha ido a buscar un adaptador para poder enchufarlo.

Deacon se vuelve hacia la ventana que hay sobre el fregadero.

—Frank se ha ido. Me he cruzado con él cuando estaba llegando.

—¿Qué?

Paso corriendo por su lado y salgo al patio. La camioneta de Frank ha desaparecido.

Y el lápiz USB también.

37

Camille

DESPUÉS DE LA COARTADA

Domingo, 18 de octubre

Estoy mirando el reloj y cuento los minutos que faltan para que Hank venga a recogerme. Tengo todas las maletas preparadas, porque, cuando me vaya de aquí, no pienso volver. Ya bastante dura ha sido la semana de por sí, pero estar de nuevo en casa de mis padres me está matando.

Es como si la distancia que había logrado establecer durante los últimos diez años se hubiera evaporado por completo. Papá se ha empeñado en que fuéramos todos a la iglesia y nos sentáramos en el banco que ha sido nuestro desde que yo era un bebé. Luego hemos almorzado aquí en familia.

Mamá ha llevado la conversación en la mesa todo el rato, charlando de naderías.

—Seguramente comeremos las sobras para cenar —dice—. No soporto desperdiciar toda esta comida.

Todo el mundo marea su plato con desgana porque nadie salvo mis padres desea estar aquí. Papá disfruta teniéndonos a todos juntos en casa, como si el asesinato de mi marido no fuera el motivo que me ha traído aquí. El periodo de luto ya ha pasado para ellos.

—Yo tengo otros planes para la cena —digo.

Papá se yergue en su silla.

—No sé si es buena idea que te vean cenando por ahí una semana después de que hayan matado a tu marido.

Sus palabras me sientan como una bofetada. Es la primera vez que menciona la muerte de Ben y, naturalmente, la utiliza como un arma.

Yo sujeto con fuerza el tenedor.

—Hank va a pasar a recogerme. Tenemos un montón de cosas por revisar y no quiero aplazarlo más.

Silas me mira inquisitivamente, pero no hago caso. Margaret no para de dar sorbos a su copa de vino, sin prestar atención a las miradas de reprobación que le lanza mamá. Beber durante el almuerzo del domingo es del todo censurable a su modo de ver.

—Podéis hablar de todo lo que haga falta aquí mismo —me dice papá, con una mirada penetrante.

Antes habría cedido y seguido obediente sus indicaciones, pero me niego a amoldarme a mi antiguo papel más de lo que ya lo he hecho.

—No. Ya hemos hecho planes y no voy a cambiarlos.

Se hace un denso silencio en la mesa. Finalmente, mamá interviene para aliviar la tensión.

—Todo el mundo ha tenido la amabilidad de traer comida esta semana. La nevera está a reventar. Te daré unas cuantas cosas para

que se las des a Hank. Nosotros no podemos comérnoslo todo. —Luego mira a Margaret—. Tú también puedes llevarte algo a vuestra casa.

Ella asiente, pero no levanta la vista del plato.

El resto del almuerzo transcurre en silencio, y Margaret se marcha en cuanto han retirado los platos de la mesa.

Yo estoy deseando salir de aquí, aunque soy consciente de que no puedo volver a la casa que compartía con Ben. Es algo que quedó demostrado ayer. Silas no deja de decirme que eso es solo porque el dolor es muy reciente y aún tengo demasiado fresco el recuerdo de habérmelo encontrado de aquel modo, pero está equivocado. Nunca pasará el tiempo suficiente para que yo sienta aquella casa como mi hogar.

Silas me propuso que me quedara con ellos, pero eso viene a ser como quedarse aquí, puesto que su casa se halla en la propiedad familiar, a una distancia que podrías cubrir con un carrito de golf. Además, no soporto mirar siquiera a Margaret ahora mismo. No sé si mi hermano le ha contado que lo sé todo, pero me tiene sin cuidado.

Una vez que me haya instalado en un hotel, les diré a mis padres que no pienso volver, porque, si lo hago antes de irme, papá pondrá todos los obstáculos posibles para retenerme.

He decidido sincerarme con Hank y explicárselo todo. Él está obligado por el secreto profesional a guardarse todo lo que le cuente, pero creo que lo haría igualmente porque es un amigo. Aunque yo pondría mi vida en manos de Silas sin vacilar, él está involucrado en todo esto de un modo que condiciona sus actos. Lo cual no es mi caso. Necesito hablar con alguien que no esté implicado de ningún modo.

Silas nota que ando tramando algo, pero no ha dicho nada. He hablado con él antes de ir a la iglesia sobre la llamada de Hank y el registro de la casa de Aubrey. Su modo de reaccionar, o más bien de no reaccionar, me dice que ya lo sabía. El resto del día se lo ha pasado extrañamente callado, pero pegado a su teléfono. No sé lo que se trae entre manos, y prefiero no saberlo. Al principio me puse furiosa al saber que Ben, Silas y papá me habían ocultado tantas cosas, pero ahora agradecería aquella feliz ignorancia de antes.

Estoy guardando las últimas sobras del almuerzo cuando Silas aparece a mi lado con expresión tensa.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

—Necesito un favor.

Me seco las manos con un trapo y lo tiro en el fregadero.

—De acuerdo.

Él me indica que lo siga. Mamá ha desaparecido en otra parte de la casa y papá está medio adormilado mirando el partido de los Saints en la tele. No nos decimos una palabra mientras cruzamos el jardín hasta el almacén que hay al otro lado del sendero. Es un gran edificio metálico donde se guardan la mayor parte de los equipos, pero también alberga una pequeña oficina en la que papá y Silas se ocupan de los asuntos de la granja.

En el interior del almacén solo penetra la luz de las pocas ventanas que hay en el lado izquierdo. Antes de entrar en la oficina, Silas se detiene.

—Mi hombre ha encontrado el vídeo. Lo ha tenido Aubrey durante todo este tiempo. Ahora me lo acaba de traer y…, bueno, la idea de mirarlo me resulta inquietante, pero necesito ver lo que contiene. He pensado que si estabas tú…

Está muerto de miedo. Le espanta ver lo que hizo hace ya tantos años. Y aunque esté luchando con ese sentimiento, para mí es un alivio verlo así. Quiere decir que es humano. Que papá no lo ha corrompido del todo.

—Claro, lo miraré contigo.

Él asiente con brusquedad, pero, mientras abre la puerta de la oficina y me hace pasar, noto en sus ojos que se siente aliviado. No esperaba que hubiera nadie, así que me sobresalto al ver a un hombre sentado en el sofá.

—Perdona, me has dado un susto —digo, llevándome la mano al pecho.

Él ladea la cabeza, pero no dice nada. Silas cierra la puerta.

—Este es Frank. Trabaja para mí.

—¿Eras tú el que vigilaba a Aubrey?

Frank mira a Silas, que se ha sentado detrás del escritorio y me indica que me acomode en la silla del otro lado.

—Frank encontró el modo de acercarse a ella —dice Silas en tono críptico.

Me vuelvo para mirarle.

—Así es como supiste que la policía había registrado la casa, ¿no?

Él asiente.

—Sí, Frank me mantenía informado.

Me dejo caer en la silla frente al escritorio.

—¿Papá sabe que tienes el vídeo?

Silas niega con la cabeza.

—No. Aún no. Tengo que pensar cuánto le voy a contar de todo esto. Su forma de arreglar los problemas tiende a ser un poco más

brutal de lo que a mí me gusta. —Hace una pausa y se gira hacia Frank—. Vale, dámelo.

Me recorren una serie de emociones que no sabría describir mientras Frank se saca del bolsillo un lápiz USB y se lo pasa a Silas.

—No lo habría encontrado si no hubiera estado allí cuando Aubrey ha recibido una llamada de Hank Landry.

Me enderezo en la silla al oír su nombre.

—¿Qué quieres decir?

—Al parecer, él ha ido hoy al rodeo de Angola y ha mantenido una charla con Paul. —Frank nos cuenta lo que han dicho Hank y Aubrey durante esa conversación telefónica.

No sé cómo tomarme que Hank la haya llamado para hablarle de esto.

Silas inserta el lápiz en el puerto del lado de su portátil mientras Frank se va hacia la puerta.

—Esperaré fuera —dice antes de salir.

Me levanto de la silla y me sitúo detrás de Silas para ver la pantalla sin obstáculos. Él mantiene el ratón sobre el icono del dispositivo, pero no lo clica todavía. Le pongo una mano en el hombro y le doy un ligero apretón. Finalmente, Silas lo abre y ambos vemos una lista de carpetas. Todas etiquetadas con fechas que se remontan a más de veinticinco años atrás.

—Dios mío. Tenías razón.

Mi hermano no dice nada; tan solo selecciona la carpeta con la fecha que corresponde a la muerte de los padres de Aubrey. Hay dos archivos. Uno de vídeo y otro de Word. Silas crispa el puño mientras se debate por dentro y, al final, clica el archivo de vídeo. La imagen es oscura y granulosa.

—¿Dónde es esto?

—En el aparcamiento del súper de Maple Road. —Señala el lado derecho de la pantalla—. El accidente se produjo aquí.

No hay movimiento durante unos cuantos segundos. Lo único que se ve es el cruce desierto, iluminado por una solitaria farola.

Y luego todo sucede muy deprisa. Un coche, presumiblemente el de los padres de Aubrey, entra en el encuadre desde la izquierda justo cuando una camioneta se salta la señal de stop. Ambos damos un respingo cuando colisionan los dos vehículos, a pesar de que el vídeo no tiene sonido.

—Oh, Dios mío. —Aunque la imagen sea en blanco y negro, resulta difícil mirarla conociendo el desenlace.

Los dos vehículos describen un círculo entero y, cuando se detienen, queda a la vista el lado del conductor de la camioneta de Paul. El morro está incrustado en la puerta del pasajero del coche de los padres de Aubrey. Es comprensible que su madre muriera en el acto. Durante unos segundos, no sucede nada.

No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que Silas me pasa un pañuelo de papel de la caja que tiene sobre el escritorio.

La puerta del conductor de la camioneta se abre. Despacio. Miro a Silas. Está totalmente concentrado en la pantalla, con la mandíbula apretada.

Una persona cae fuera desde el asiento del conductor. Yo estoy esperando ver a mi hermano, al Silas de hace diez años, pero no es él. Es una mujer. Con una larga melena rubia. Está desorientada. Y después se vuelve hacia el súper, de tal manera que la vemos con toda claridad.

—La muy hija de puta…

—¿Es…, es Margaret? —pregunto—. ¿Era ella la que conducía?

—Eso parece. —Habla con tal dureza que casi percibo la rabia que rezuma de él.

Observamos cómo Margaret parece entender poco a poco lo que ha ocurrido. Luego vuelve al lado del conductor y se inclina hacia el interior de la camioneta. Le cuesta unos cuantos minutos, pero al fin arrastra a alguien fuera. Es Silas.

Él, en cuanto está más fuera que dentro, cae al suelo. A ella le cuesta más o menos otro minuto conseguir que se despierte. Le seca la sangre de la cara con su propia camisa. Una vez que lo ha puesto de pie, Silas se mueve tambaleante. Parece borracho y es probable que sufra una conmoción. Al fin, parece recobrarse y se vuelve hacia el otro vehículo. Da un par de pasos hacia allí, pero Margaret lo coge de la mano y lo arrastra en la otra dirección. Ambos desaparecen por la esquina inferior del encuadre.

Al menos mi hermano trató de ver cómo estaban los ocupantes del coche, pero ella no vaciló en salir corriendo sin echar ni un vistazo para comprobar si alguien estaba herido.

No hay ningún movimiento en el coche de los padres de Aubrey. Silas me dijo que el padre, que era quien conducía, no murió a causa del impacto. Murió desangrado. Y él ha vivido con el remordimiento de no haberse encargado de que lo atendieran de inmediato.

Veo que ahora tiene los labios apretados con dureza.

—Lo primero que recuerdo es que entré medio cayendo a través de la ventana de la casa de Ben. Margaret estaba aterrorizada. Ben no entendía nada. Ella empezó a hablar del accidente. Me imaginé que era yo quien conducía. Dije algo así como: «No deberías

haberme dejado conducir». Y Margaret no me corrigió. Nunca. Durante todos estos putos años me ha dejado creer que yo era el conductor, que yo maté a esas dos personas.

El vídeo termina en seco. Silas pulsa unas teclas y abre el documento de Word. Es una carta de Kevin Foster.

A quien pueda interesar en relación con el caso de Paul Granger:

Fui al Sip and Save de Maple Road, en Corbeau, Luisiana, a primera hora de la mañana, después del accidente que causó la muerte de Henry y Vanessa Price, para llevarme cualquier vídeo de vigilancia en que pudiera haber quedado grabado el accidente. El supermercado estaba abriendo y el joven empleado me dio las cintas sin ningún problema. No miré lo que contenían hasta que llegué a casa. En ese momento, Paul Granger ya había sido detenido. Randall Everett fue inducido a creer que era su hijo quien conducía la camioneta y yo dejé que pensara que me había encargado de encubrirlo a él, a pesar de que el conductor era en realidad Margaret Wilson. Sabía que Randall Everett pagaría por mi silencio para proteger a su hijo, pero no para proteger a la novia de su hijo. Asumo toda la responsabilidad por el hecho de que Paul Granger fuera encarcelado, a pesar de que era inocente de ese crimen. Ahora me enfrento a la muerte y tendré que responder ante Dios por mi cobardía y mi codicia. Espero que, si dejo aclaradas las cosas, Dios verá lo mucho que me arrepiento y tendrá la gracia de perdonarme y dejarme entrar en el cielo.

1, Juan, 1.9: «Si confesamos nuestros pecados, él, que es fiel y justo, nos perdonará los pecados y nos limpiará de toda injusticia».

Silas se echa hacia atrás en la silla con los ojos cerrados. Inspira hondo, retiene el aire y luego lo suelta poco a poco. Parece a punto de explotar.

—Ahora se entiende por qué Margaret fue a ver a Ben. No estaba preocupada por mí, sino porque él iba a descubrir que era ella quien iba al volante.

—Sé cómo te sientes y entiendo por qué —digo—. Pero me inquieta lo que vayas a hacer.

Él menea la cabeza.

—No te preocupes por mí.

Aguardo a que diga algo más, pero no lo hace.

—Me voy de esta casa y no creo que vuelva nunca más.

Silas asiente, pero no abre los ojos.

—No te culpo.

—Voy a contarle a Hank lo del sábado pasado. Lo de Saint Francisville y Aubrey.

Otro gesto de asentimiento.

—¿A dónde irás si no te quedas aquí? —Él sabe que no volveré a la casa que compartía con Ben.

Me encojo de hombros.

—No estoy segura, pero ya lo pensaré. Hank va a venir a recogerme dentro de poco.

Silas suelta un profundo suspiro.

—Encontramos el rastreador que había en tu coche y lo quitamos. Ya no hay motivo para que no lo quieras conducir.

No hago caso de sus palabras. Él cree que estoy actuando tontamente, pero yo no sé cómo explicarle por qué todo me parece contaminado… Mi casa, mi coche…, todo. Cambio de tema.

—¿Vas a explicarle a todo el mundo que fue Margaret?

Silas se incorpora bruscamente, desconecta el lápiz de memoria y se lo mete en el bolsillo. Luego se pone de pie.

—No. Yo me encargaré de ella.

Cuando abre la puerta, veo que Frank está esperando fuera. Antes de salir de la oficina, Silas se gira hacia mí.

—Vuelve adentro y espera con mamá y papá hasta que llegue Hank.

Él se va a su casa para enfrentarse con Margaret y se lleva a Frank con él. No quiero estar cerca de la escena que se va a armar, pero tampoco quiero estar con mi padre ahora mismo. Ambos se marchan y yo me desplomo en la silla de su escritorio; trato de asimilar lo que acabo de ver.

Al cabo de unos minutos, decido llamar a Hank y pedirle que venga a recogerme ahora. Ya no quiero seguir aquí más tiempo. Salgo de la oficina y atravieso el almacén para dirigirme a la cocina, donde he dejado mi móvil.

—Él lo ha visto, ¿no?

La voz de Margaret me sobresalta y me giro en redondo para ver de dónde procede. Me llevo la mano al pecho, con el corazón acelerado.

Ella sale de detrás de unas estanterías metálicas que contienen fertilizante y otros productos químicos que se utilizan en la granja.

—¿Qué haces ahí escondida? —Me basta mirarla para que me hierva la sangre. Si Margaret no hubiera dejado que mi hermano creyera que él era el culpable de lo que ella hizo hace todos estos años, ¿hasta qué punto habrían sido distintas las vidas de cada uno de nosotros? Ben nunca habría caído en las garras de papá. Yo no

habría sido el premio que le habrían ofrecido en pago por su lealtad. Silas tampoco se habría quedado atrapado con Margaret.

—He visto a Frank cuando salía de comer y lo he seguido hasta aquí. Solo hay un motivo por el que puede haber venido. Silas me contó que tú le dijiste que había un vídeo, así que deduzco que lo habéis encontrado.

Habla de ello con todo descaro, como si fuera lo más normal del mundo.

—¿Te refieres al vídeo que muestra que eras tú, y no Silas, la que conducía la camioneta aquella noche? ¿A ese vídeo que demuestra que tú mataste a aquellas dos personas, pero has dejado creer a mi hermano durante todos estos años que él era un asesino?

Ella se me acerca enfurecida.

—Tú no puedes presentarte aquí otra vez después de tanto tiempo y actuar como si Silas te importara lo más mínimo. ¡No tienes ni idea de lo que *él* hubo de hacer para asegurarse de que *tu* marido tuviera éxito y tú disfrutaras de todo lo que quisieras!

Margaret gira sobre sus talones para salir del almacén, pero yo le doy alcance enseguida.

—Ah, no, qué demonios. No sé a dónde crees que vas, pero esto no ha terminado. —La agarro de la parte posterior de la blusa, dándole un tirón.

Ella resbala y pierde el equilibrio, arrastrándome con ella.

—¡Suéltame!

Margaret me aparta de un empujón, zafándose de mí, y se vuelve a poner de pie mientras yo aún sigo en el suelo.

—¿También mataste a Ben, asesina? ¡Sé que estuviste en mi casa aquel día!

Ella se detiene en seco. Se gira y baja la mirada hacia mí.

—No. ¿Me preocupaba lo que haría Ben si descubría que me había encubierto a mí y no a Silas? Sí, claro. Por eso quería hablar con él. Para ver si lo sabía. Pero yo no lo maté.

Entorno los ojos, mirándola con rabia.

—¿Por qué iba a creer a una mentirosa como tú?

Margaret suelta un grito y se abalanza sobre mí. Yo apenas tengo un instante para taparme la cabeza antes de que se me eche encima.

—¡Siempre te he odiado! ¡Tú le has dado la espalda a tu familia y, aun así, ellos te siguen adorando!

Intenta apartarme las manos, pero me mantengo firme. Me retuerzo, intentando rodar para quitármela de encima, pero me tiene atrapada. Me aparto una mano de la cara para empujarla. Ahora tiene una mirada enloquecida y su fachada de rubita boba ha desaparecido. Me pregunto hasta dónde está dispuesta a llegar.

Entonces coge algo del estante que tenemos al lado y lo levanta por encima de su cabeza.

Y luego se vuelve todo negro.

38

Hank

DESPUÉS DE LA COARTADA

Domingo, 18 de octubre

Por un momento, he creído que tendría que anular mis planes con Camille porque suponía que estaría ocupado en casa de Aubrey. Pero una conversación muy escueta con Deacon ha cambiado las cosas. Tras enterarme de lo ocurrido hoy allí, me queda claro que Frank era un infiltrado, porque, en cuanto se ha apoderado del lápiz de memoria, ha desaparecido.

Tengo mis sospechas sobre la persona para quien trabaja.

Camille no ha respondido a ninguna de mis llamadas, lo que también es preocupante. Llego un par de horas antes de lo que ella esperaba, pero mi instinto me dice que pasa algo extraño.

Una vez en la propiedad de sus padres, aparco entre la casa y un gran edificio metálico. Al bajarme del coche, veo que la puerta de ese almacén está completamente abierta y que el viento la golpea contra la pared. Decido ir a cerrarla antes de dirigirme a la casa. Nada más llegar al umbral, veo a Camille tirada en el suelo y echo a

correr hacia ella. La sangre se va extendiendo por debajo de su cabeza, y todo resulta tan parecido a lo que le ocurrió a Ben que me aterroriza pensar que Camille haya sufrido el mismo destino.

Arrodillándome a su lado, lo primero que hago es buscarle el pulso. Siento un tremendo alivio al notar una palpitación regular, pero la cantidad de sangre que mana de la herida de la cabeza me asusta muchísimo. Me da miedo moverla por la posibilidad de que pueda causarle más daño, pero, por otra parte, soy consciente de que necesita una atención inmediata y de que estamos a muchos kilómetros del hospital más cercano.

Después de comprobar que no hay otras heridas visibles, la cojo en brazos y corro hacia la salida. Silas y otro hombre están entrando justo cuando llego a la puerta.

—¿Qué demonios ha pasado? —grita Silas.

—La he encontrado así. Está inconsciente y sangra mucho.

Sin hacer más preguntas, él corre a mi camioneta, ya que es el vehículo más cercano, mientras que el otro tipo vuelve a entrar en el almacén. Silas abre la puerta trasera y me ayuda a meterla dentro.

—Quédate a su lado. Yo conduzco.

Se sienta al volante y arranca el motor. El otro tipo reaparece con un montón de toallas.

—Estas son nuevas, no están usadas. —Me las pasa y se sube al asiento del copiloto. En unos segundos estamos bajando a toda velocidad por el sendero hacia la carretera.

Aplico una toalla a la herida y presiono con fuerza. Camille no se mueve lo más mínimo.

Silas le pasa al otro su móvil.

—Llama al médico y dile que vamos de camino.

Ese otro tipo me resulta familiar, pero no acabo de situarlo.

—Ya sé que quizá tardaremos un poco más en llegar —digo—, pero hemos de llevarla a Baton Rouge.

Silas asiente.

—Sí, es lo que vamos a hacer. Solo quiero asegurarme de que mi contacto está allí.

Eso suena bastante turbio, pero no quiero discutir. Lo único importante ahora es que atiendan a Camille.

Finalmente, recuerdo de dónde conozco al tipo que está en el asiento del copiloto. Del informe que Scott elaboró sobre todos los compañeros de Aubrey. Aparte de Deacon y de los dos tipos que restauraron el Mustang, la única otra persona que vive allí es Tammy Simpson, también conocida como Serenity Woods. Da clases de yoga y asegura que no solo puede ver tus vidas pasadas, sino también tu futuro. Ha sido detenida múltiples veces por pasar cheques falsos, así como por falsificación y fraude. Casada y divorciada cuatro veces, su último matrimonio se disolvió antes de que se mudara a esa casa hace dos años.

Pero una de las fotografías que Scott sacó de las redes sociales la mostraba con su nuevo novio. El tipo que está sentado ahí delante.

—Tú eres Frank. El novio de Tammy.

Él me lanza una mirada.

—Ella prefiere que la llamen Serenity.

Miro a Silas.

—Tú lo mandaste allí para vigilar a Aubrey.

Él no me responde, pero no importa porque no era una pregunta.

Antes de que pueda preguntar nada más, Silas me dice:

—Hablaremos de esto luego, Hank. Cuando nos hayamos asegurado de que Camille está bien.

Silas está sentado en una dura silla de plástico mientras que yo deambulo frente a él. Nuestra llegada al hospital ha sido como una escena sacada de un serial médico de la tele. La persona a la que ha llamado Frank para decirle que íbamos de camino estaba totalmente preparada para recibirnos.

En cuestión de segundos, han cogido a Camille de mis brazos, la han puesto en una camilla y han desaparecido tras unas puertas correderas de cristal. Había al menos ocho personas atendiéndola.

Ahora, mientras nosotros aguardamos, la están examinando en una habitación. Frank ha desaparecido. Silas no ha dicho una palabra; permanece con los brazos cruzados, mirando la pared de enfrente.

Yo no puedo permanecer sentada. Tampoco quedarme inmóvil. Lo único que puedo hacer es andar de aquí para allá.

Al cabo de una media hora, la puerta se abre y yo me detengo en seco. Silas se levanta de la silla y se acerca al médico que sale a hablar con nosotros. Cuando se dan la mano, me queda claro que ese es su «contacto».

—¿Cómo está? —pregunta.

El médico me dirige una mirada y luego se concentra en Silas.

—Se recuperará. Ha recibido un golpe muy fuerte en la cabeza. Ha habido que ponerle unos puntos, así que hemos llamado a un cirujano plástico para asegurarnos de que la cicatriz no se vaya a notar demasiado cuando se cure la herida. Camille ha sufrido una

conmoción. Estaba bastante confusa cuando ha vuelto en sí, pero le hemos hecho algunas pruebas y no creo que vaya a quedar ninguna secuela. Vamos a mantenerla en observación al menos veinticuatro horas; luego podremos darle el alta, siempre que haya alguien disponible para vigilarla de cerca durante los próximos días. Tendrá que seguir un protocolo de conmoción cerebral.

Por mi época de jugador de fútbol americano, estoy al corriente de lo que sucede tras una conmoción. Se requiere mucho reposo, sobre todo mental, lo cual significa limitar el tiempo de pantalla. Y después de nuestra conversación de esta mañana, me consta que Camille no quiere estar en casa de sus padres.

—Yo puedo encargarme de vigilarla.

Silas y el médico se vuelven hacia mí.

No pretendía soltarlo así, tan bruscamente, lo que no quiere decir que no lo diga en serio.

Silas se vuelve de nuevo hacia el médico.

—¿Cuándo podremos verla?

—Puedo dejarte pasar ahora. Pero recuerda que necesita reposo y la menor cantidad posible de estrés.

Sin apenas dejarlo terminar, Silas pasa por su lado y entra en la habitación. Yo le sigo de cerca.

Camille parece más pequeña en la cama hospitalaria. Un vendaje le cubre la herida de la frente. Tiene los ojos cerrados, pero debe oírnos entrar porque dice con voz débil:

—¿Estoy muerta?

Silas, aliviado, se echa a reír.

—No, pero debería matarte por darme semejante susto. —Él se sitúa en un lado de la cama y yo en el otro. Camille abre los ojos y

parece sorprendida al vernos aquí a los dos juntos.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunto.

—Como si alguien me hubiera dado un golpe en la cabeza.

Silas se inclina sobre ella, ahora ya sin ganas de bromear.

—¿Quién ha sido?

Ella se pasa la lengua por los labios y tiene que carraspear antes de responder.

—Margaret.

Yo me quedo anonadado. A Silas, en cambio, no parece sorprenderle que su esposa haya atacado a su hermana.

Sí da la impresión de estar debatiéndose entre el deseo de permanecer con Camille y el de salir a buscar a su esposa.

—Yo puedo quedarme aquí con ella, si tienes algo que hacer.

Él se me queda mirando; sin duda sopesa sus opciones. Luego mira a su hermana.

—No tardaré. —Le da un apretón en la mano y sale de la habitación.

Camille se remueve en la cama para girarse un poco hacia mí. La maniobra le arranca una mueca de dolor.

—¿Necesitas algo? ¿Agua? ¿Calmantes? —Las cortinas están corridas y las luces del techo, apagadas. La única luz procede de los distintos monitores que hay junto a la cama.

—No. Quiero que me expliques lo que ha pasado. ¿Cómo he llegado aquí?

Le hago un rápido resumen de cómo la he encontrado y de lo que ha ocurrido a continuación. Ella lo escucha todo con los ojos húmedos.

Acerco una silla a la cama y me siento para que no tenga que alzar la mirada.

—Camille, ya es hora de que confíes en mí y me expliques lo que está pasando.

—Ay, Hank. Es algo terrible. —Una vez que empieza, las palabras fluyen a borbotones. Me cuenta todo lo que ocurrió hasta el sábado pasado, cuando Aubrey Price se pasó el día suplantándola (el mismo día en que Ben murió), y luego lo sucedido esta semana, incluida la intervención de Frank, la mano derecha de Silas, y lo del lápiz USB con el que se ha presentado esta tarde.

Yo me echo hacia atrás en la silla y me paso las manos por el pelo, mientras intento asimilar lo que me está contando. La mitad de esta historia es nueva, pero la otra mitad ya la conocía. Y ambas chocan entre sí de un modo alucinante. Cuando empiezo a entender lo que acaba de contarme, le aclaro las lagunas que ella tiene por su parte, explicándole mi visita a la casa de Aubrey y al bar donde trabaja, así como mi conversación de hoy con Paul.

—Pero ¿por qué te ha atacado Margaret de este modo?

—Silas ha creído durante todos estos años que era él quien conducía la camioneta de Paul y acaba de descubrir esta tarde que fue Margaret.

—¿Hay un vídeo en el que se ve eso?

—Sí. Yo lo he visto esta tarde con Silas.

Espero a que añada algo más, pero no dice nada.

—¿Y? ¿Qué piensa hacer? Porque no me lo imagino yendo a la policía.

—Ya te dije que mi familia no es como las demás. Ellos suelen ocuparse de sus propios problemas.

Estos sillones del hospital se despliegan y se convierten en una cama, aunque eso es una descripción muy generosa de la superficie sobre la que estoy tendido ahora mismo. Las enfermeras han pasado a ver a Camille hace media hora y, por fin, ella se ha quedado dormida.

La puerta se abre y, con la mano, me protejo los ojos de la franja de luz que entra desde el pasillo. Tardo unos instantes en ver que es Silas.

Él cierra la puerta y se acerca al pie de la cama de Camille.

—¿Cómo está? —susurra.

—Parece un poco mejor. Tenía un terrible dolor de cabeza hace un rato, pero las medicinas parecen haberla calmado. No sé si quiero saber lo que has estado haciendo…

Ha tardado horas en volver.

—He estado buscando a mi esposa, pero parece ser que ha desaparecido.

—No me digas más. —Porque, la verdad, cuanto menos me vea metido en esto, mejor.

—¿Camille te lo ha contado todo?

Asiento.

—Sí.

Silas se la queda mirando.

Tiro de la palanca que convierte de nuevo la cama en un sillón.

—No quiere volver a Corbeau. Yo tengo espacio de sobra en mi casa y puedo trabajar desde allí durante los próximos días para asegurarme de que sigue el protocolo de conmoción.

Silas no dice nada, se limita a asentir.

No sé cuánto tiempo permanecemos así, observando en silencio a Camille en la oscuridad. Finalmente, él se vuelve hacia mí.

—Puedo quedarme si necesitas ir a casa. Tu camioneta está afuera.

Me lanza el mando y yo lo cazo al vuelo.

—Gracias, estoy bien. Espero poder llevármela conmigo por la mañana.

Silas se va hacia la puerta.

—Me pasaré mañana por tu casa para ver cómo está. Le llevaré sus cosas de casa de mis padres, así tendrá un poco de ropa. Y luego deberíamos tener una conversación.

Asiento.

—Sí. Hay un par de cosas que quiero comentar contigo.

Scott acaba de enviarme por email una lista de las personas que estaban en la casa de Paul aquella noche, y una de ellas me ha llamado especialmente la atención.

39

Ben

DIEZ AÑOS ANTES

Es angustioso estar esperando a que la policía se presente para tomarme declaración. Han pasado dos días desde que dejé a Silas en su casa.

La pareja que falleció era de Baton Rouge y deja una hija adolescente. La gente no habla de otra cosa en la ciudad.

La detención de Paul fue tan rápida como era de esperar. La policía, en una campaña de relaciones públicas a gran escala, no ha parado de recordar a todo el mundo los demás delitos por los que ha sido detenido o considerado sospechoso a lo largo de los años, de manera que nadie le hace caso cuando afirma que lo han inculpado injustamente.

El martes, poco después de volver a casa del trabajo, oigo que llaman enérgicamente a la puerta y comprendo que ha llegado el momento. Me entran nervios, pero me armo de valor para lo que debo hacer. Al abrir la puerta, veo al jefe Foster con otro tipo que parece solo unos años mayor que yo y que va de paisano.

—Ey, Ben —dice Foster—. ¿Nos concedes unos minutos?

Asiento y les hago pasar. Luego le echo un vistazo a mamá para ver cómo se toma esta visita. Durante los últimos días se ha mantenido sobria, pero no le hará falta gran cosa para volver a la botella.

Foster le dirige una sonrisa.

—Disculpe la molestia, pero estamos investigando el caso del atropello con fuga del pasado fin de semana. El sospechoso ha dado un montón de nombres de personas que estuvieron en su casa aquella noche y que podrían haberse llevado su camioneta —dice Foster. Luego señala al tipo que lo acompaña—. Mi sobrino, Nathan. Está trabajando conmigo este verano y empezará en la academia de policía en otoño. He pensado que sería una buena experiencia para él poder observar. No solemos tener casos tan importantes, así que no he querido que se perdiera esta oportunidad.

Mi madre se lleva la mano al pecho.

—No creerá que Ben estaba en casa de ese Granger, ¿no? —Se vuelve hacia mí—. ¿Estás comprándole drogas a Paul Granger?

Pongo los ojos en blanco.

—No, mamá. Yo no estaba allí.

Foster se apresura a intervenir cuando parece que mamá va a empezar a llorar.

—Señora Bayliss, Paul no nos dio el nombre de su hijo. Pero sí el de Silas Everett. Hablé con Silas el domingo y me dijo que, cuando sus amigos se fueron de la casa de Paul Granger, Ben pasó a recogerlo por allí y ambos se fueron a Baton Rouge. Simplemente estamos haciendo el seguimiento para comprobar que tenemos los datos correctos.

Mamá se relaja y suelta un profundo suspiro.

—Bueno, casi me han provocado un ataque al corazón. Y sí, Ben y Silas estuvieron este fin de semana en Baton Rouge. Mi Ben le estuvo enseñando el campus, porque Silas irá a estudiar allí en otoño.

Foster asiente, complacido con su respuesta.

—Solo necesito una declaración por escrito de Ben para el expediente. Y también de usted, si no tiene inconveniente, ya que puede verificar que era allí donde estaban los dos.

—Ah, claro. Con mucho gusto.

Mierda. Mamá cree que está contribuyendo a resolver el caso, cuando en realidad le está proporcionando a Silas una coartada más sólida que yo mismo. Y ahora ya no hay modo de echarse atrás.

Foster se vuelve hacia su sobrino.

—Saca dos formularios de testigos para la señora Bayliss y Benjamin.

Nathan obedece y mamá y yo nos sentamos a la mesa de la cocina. Él nos pone los formularios delante mientras Foster nos pasa un par de bolígrafos que lleva en el bolsillo de la pechera.

—Lo único que deben hacer es rellenar la parte de arriba con su nombre, dirección y teléfono, y después, en el espacio en blanco de debajo, escribir su declaración. Ben, di con tus propias palabras que recogiste a Silas Everett en casa de Paul Granger y que ambos os fuisteis a Baton Rouge y pasasteis allí el fin de semana. En cuanto a usted, señora Bayliss, si simplemente verifica que tanto Ben como Silas Everett pasaron el fin de semana fuera de la ciudad, ya no necesitaremos nada más de su parte.

Yo aún no he entrado en la facultad de Derecho, pero estoy seguro de que el agente encargado de la investigación no debería decirnos lo que tenemos que escribir en nuestra declaración. El tipo ni siquiera intenta darle a esto una apariencia de legalidad.

Mamá firma al pie de su declaración y la desliza por encima de la mesa.

—Ahora que esto está aclarado, ¿alguien quiere un café?

Foster le sonríe.

—Me encantaría tomarme una taza.

Termino mi declaración y la releo para comprobar que están reflejados todos los detalles que acordamos Silas y yo. Luego la firmo y la entrego.

Y así, como si nada, ya está hecho. Mamá y yo le ofrecemos a Silas una coartada en bandeja de plata.

Mamá se vuelve hacia el sobrino de Foster.

—¿Quiere un café? Perdone, no he oído bien su nombre.

Él le sonríe.

—Nathan Sullivan. Pero puede llamarme Sully.

40

Aubrey

DESPUÉS DE LA COARTADA

Lunes, 19 de octubre

Los lunes son el único día de la semana que tengo la casa para mí sola. Deacon ha estado a mi lado desde el viernes por la noche. Ahora no deja de machacarse a sí mismo porque, en cuanto me dejó sola, Frank aprovechó la ocasión para robar el lápiz USB. Serenity también se culpa a sí misma. Más que desolada por el desengaño, está cabreada por el hecho de que Frank la haya utilizado para poder acecharme.

Aunque Deacon ha intentado quedarse hoy en casa, Chris lo necesitaba en el trabajo, así que le he obligado a marcharse. Lo mismo he hecho con Shane, Eddie y Serenity. Nadie debe perder un día de trabajo porque yo esté apenada y porque esta casa que creía segura ya no me lo parezca ahora.

He recibido mensajes de los cuatro durante toda la mañana, cosa que no deja de ayudar, pero ellos no pueden seguir así indefinidamente. Ahora que Frank ha desaparecido, y el lápiz USB

con él, estoy intentando convencerme a mí misma de que debo dejar de indagar sobre lo que les sucedió a mis padres. Todos coincidimos en que mis intentos de averiguar la verdad han sido los que me han puesto en el radar del asesino de Ben y también en que debo apartarme de ese foco.

Así pues, recojo mi ropa sucia y pongo la lavadora; luego hago la lista de la compra para enviársela a Deacon y que él se encargue de recogerlo todo en el trayecto de vuelta. Voy a fingir que llevo una vida normal hasta que me parezca… normal.

Estoy doblando las toallas cuando suena el timbre, y yo suelto un grito, como si alguien hubiera aparecido de repente, dándome un susto de muerte. Inspiro hondo varias veces y luego me dirijo lentamente hacia la puerta. Tragándome mi aprensión, atisbo por la ventana lateral para ver quién es.

Al abrir la puerta, procuro ocultar el pánico que me recorre.

—¿En qué puedo ayudarle? —Es el detective que se presentó aquí la noche en la que Ben apareció muerto.

Él me muestra la placa, igual que la otra vez.

—Detective Sullivan. Tengo unas cuantas preguntas adicionales que hacerle, si dispone de unos minutos.

—Eh…, de acuerdo. —Antes de que pueda pensar cómo voy a manejar la situación, él empieza a entrar, obligándome a retroceder. Él mismo cierra la puerta y luego nos quedamos los dos plantados en el vestíbulo, a pocos pasos de distancia. Está demasiado cerca. Esto no es normal.

—Tengo que hacerle unas preguntas sobre un hombre que ha pasado una cantidad considerable de tiempo aquí. Se llama Frank West.

Doy un paso atrás.

—¿Por qué me pregunta por él?

—He revisado todos los datos recogidos por los agentes que ejecutaron la orden de registro el viernes por la noche. La fiesta que se celebró en el patio trasero era una fiesta de cumpleaños que había organizado para él una de sus compañeras, ¿correcto?

Asiento.

—¿Conoce bien al señor West?

No me gusta por dónde va esto.

—Detective, no estoy segura de ser la persona con la que debe hablar sobre Frank.

Él da un paso hacia mí, acortando otra vez la distancia entre ambos.

—Señora Price, le será mucho más fácil responder a mis preguntas ahora que si me veo obligado a llevarla a comisaría.

Soy capaz de reconocer una amenaza. Esto no es normal. Sea lo que sea, no es normal.

—Yo no le conozco realmente.

Él entorna los ojos.

—Entonces ¿no sabe que trabaja para Silas Everett?

El asombro que siento no es fingido. Nosotros no sabíamos quién envió a Frank aquí.

—¡No! Yo… no lo sabía. Ya le he dicho que apenas lo conozco.

Él tuerce la boca.

—Pero sí sabe quién es Silas Everett, ¿no? Por su modo de reaccionar, es evidente que ese nombre le dice algo.

Mierda. Tengo que poner fin a esta conversación. Ahora mismo. Y solo conozco una forma de hacerlo.

—Quiero un abogado.

Él se echa a reír. De hecho, se ríe de mí.

—No. No vamos a hacer eso.

Lo miro boquiabierta.

—Usted no puede decirme que no.

Él da otro paso hacia mí.

—Yo puedo decirle lo que quiera. —Me sujeta tan rápidamente que no puedo reaccionar. Me retuerce el brazo hasta ponérmelo en la espalda y luego me atrae hacia sí. Acerca su boca a mi oído—. Escúcheme, y escuche bien. Parece que todos hemos estado buscando lo mismo, y algo me dice que lo tiene usted o que al menos sabe dónde está.

—¡No sé de qué me habla! —Las lágrimas me ruedan por las mejillas.

—Supongo que su novio, Deacon, se presentó por casualidad en la casa de un hombre muerto en Corbeau, ¿no? Mucha gente estaba deseando echar un vistazo en el interior de una caja fuerte para armas que hay allí. Y luego está Frank West, que ha pasado meses en esta casa, pero que ahora ha vuelto a Corbeau, lo que me hace pensar que su misión aquí ha terminado.

Forcejeo para liberarme, pero no digo nada.

—Camille Bayliss está ahora en el hospital. ¿Lo sabía?

Trato de menear la cabeza, pero él me sujeta con tanta fuerza contra su cuerpo que apenas puedo moverme.

Su boca se acerca tanto que noto sus labios en el contorno de mi oreja.

—Y Silas tiene problemas para localizar a su esposa, por lo que deduzco. Así que mi hipótesis es que él ha visto por fin el vídeo y

que se ha montado un buen alboroto. Apuesto a que usted no sabía que esa zorrita rubia fue la que mató a sus padres.

Me fallan las rodillas y estoy a punto de caer al suelo, pero el detective me rodea con el otro brazo.

—¿Cómo lo sabe?

¿Ha dicho eso solo para burlarse de mí? ¿Para que confiese algo? ¿O de verdad era Margaret quien conducía la camioneta de Paul?

Él no responde a mi pregunta.

—Tiene un minuto para contarme lo que necesito saber o me encargaré de que la metan en la cárcel por el asesinato de Ben Bayliss. Y también encarcelaré a todos sus compañeros.

El pánico me recorre de pies a cabeza. Pero también la rabia.

Estoy cabreada. ¡Cabreadísima!

—Parece que eso ya lo intentó. Qué mala suerte que esos polis no encontraran el cuchillo que usted dejó en mi habitación.

No sé lo que me impulsa a decir eso. No estaba del todo segura de que hubiera sido él quien lo hizo, pero, cuando me rodea la garganta con la mano y empieza a apretar, comprendo que he acertado. Él es el asesino de Ben.

—Ben cometió el mismo error que usted está cometiendo ahora. Yo le ofrecí un buen trato. Él solo tenía que dejar de indagar. Abandonar la búsqueda. Pero rechazó mi oferta, igual que usted ahora. Quizá la haya subestimado, pero no volveré a hacerlo —me susurra al oído.

Trato de liberarme, pero el tipo sigue estrujándome con tanta fuerza contra su cuerpo que no puedo moverme. Le doy patadas en los tobillos, le pisoteo los pies, pero él no deja de apretarme el cuello.

—Dígame lo que quiero saber y la soltaré.

Va a matarme.

—No se va a salir con la suya —digo, tratando de ganar tiempo hasta que se me ocurra el modo de liberarme.

Él se ríe.

—El primero en llegar a la escena del crimen es quien la controla. Lo aprendí hace muchos años. Y funciona aún mejor cuando tú la has creado. Podría estrangularla ahora mismo y hacer creer a todo el mundo que ha sido su novio.

Le clavo las uñas en la mano con tanta saña que seguro que le estoy haciendo sangrar.

Justo cuando empiezo a ver manchas y puntitos, me escurro de entre sus brazos y caigo al suelo. Parece que hay un barullo de pelea a mi espalda, pero yo aún estoy a gatas tratando de recuperar el aliento. Jadeo para tomar aire y estoy tan mareada que me derrumbo del todo. Cuando por fin puedo sentarme y darme la vuelta, veo que Deacon y el detective están enzarzados en el suelo en un apretado amasijo de miembros. Antes de que se me ocurra cómo ayudar a Deacon, suena un disparo y yo doy un grito.

Pasan unos larguísimos segundos antes de que uno de los dos se mueva. Deacon consigue liberarse y el detective se desploma como un muñeco, con un orificio en el pecho por el que no deja de manar sangre.

Corro hacia Deacon y me arrojo en sus brazos, sollozando.

—¡Oh, Dios mío! Creía que eras tú. ¡Creía que te había disparado a ti!

Él me estrecha con fuerza.

—¿Estás bien? Me daba muchísimo miedo no llegar a tiempo.

Yo asiento sobre su cuello.

—¿Cómo sabías que él estaba aquí?

—Me ha llamado Frank para avisarme. Él y Silas llegarán en cualquier momento. Entonces pensaremos qué demonios vamos a hacer.

Deacon me lleva a la cocina para que no tenga que seguir mirando el cadáver del vestíbulo. Ambos nos sentamos a la mesa conmocionados. Lo único que Deacon me ha contado es que Frank le ha llamado y le ha dicho que tenía que venir aquí lo más aprisa posible.

No sé cuánto tiempo transcurre hasta que Silas y Frank aparecen por la puerta trasera. Frank entra sin más, tal como ha venido haciendo durante los últimos meses. Por la manera que tiene Deacon de mirarlo, no me queda claro si quiere darle un puñetazo o un abrazo.

—La única razón por la que no te pego una paliza es porque has salvado a Aubrey.

Frank asiente.

—Me parece justo.

Deacon les cuenta a los dos lo ocurrido y luego se dirigen todos al vestíbulo. Yo no me muevo de la mesa.

Cuando regresan a la cocina, Deacon se sienta a mi lado y Silas y Frank se quedan junto al fregadero.

—¿Cómo sabíais que él estaba aquí? —pregunto.

Frank se pasa la mano por el pelo.

—Tengo una cámara instalada en el porche que muestra el patio de delante y el sendero. —Baja la cabeza, al parecer avergonzado por tener que reconocer que estaba espiando a todo el que entraba y salía.

Yo no puedo ni enfadarme, la verdad.

Silas se sienta finalmente frente a nosotros.

—En realidad, ha sido Hank el que nos ha dado el soplo. Revisó el expediente de Paul y miró la lista de las personas que estaban en su casa aquella noche, y se quedó de piedra al ver allí el nombre de Nathan Sullivan. Estuvo indagando un poco y descubrió que era el sobrino de Foster. Al parecer, Nathan pasó el verano con Foster en Corbeau antes de entrar en la academia de policía y se hizo amigo de algunos jóvenes de allí, incluido Paul.

Yo meneo la cabeza una y otra vez.

—No entiendo.

—Después de que Hank me dijera que Sullivan estaba en esa lista, repasé algunas de las carpetas más recientes del lápiz USB. Y ahí figuraba el nombre de Sullivan. Yo lo habría acabado descubriendo, pero Hank nos ha ayudado a deducirlo más rápidamente. Sullivan era el hombre de confianza al que recurría Foster cuando necesitaba ayuda para llevar a cabo un encargo de papá fuera de Corbeau. Papá prefería mantener sus manos lo más limpias posible, así que solo hablaba con Foster de lo que deseaba que se hiciera. Confiaba en él para manejar las cosas y no quería conocer los detalles, así que nosotros no habíamos descubierto esa conexión. Foster podía ser un pez gordo en Corbeau, pero por sí mismo no habría tenido ninguna influencia aquí, en Baton Rouge.

Yo les explico lo que el detective me ha dicho sobre Ben, así como el hecho de que fue él quien puso el cuchillo en el cajón de mi cómoda.

—Mató a Ben porque se negaba a dejar de buscar esos archivos.

Silas se encoge de hombros.

—Era imposible que Foster confesara sus pecados sin obligar a Sullivan a confesar los suyos también.

Inspiro hondo y miro a Silas a los ojos.

—Me ha dicho que tu esposa, Margaret, era quien conducía la camioneta de Paul aquella noche, cuando mataron a mis padres.

Él parece sorprendido, pero se recupera enseguida.

—Sí —dice, frunciendo el ceño—, eso es lo que se veía en el vídeo. Yo no tenía ni idea de que era ella la que conducía hasta que lo vi ayer.

Parece que quiere añadir algo más, pero no lo hace. Así que insisto.

—Yo creía que el conductor era Ben. ¿Por qué iba a esforzarse tanto en arrebatarle el vídeo a Foster si no era eso lo que mostraba?

—La verdad de lo que les sucedió a tus padres no era lo único que contenía el lápiz de memoria. Ben quería información que pudiera utilizar en su propio beneficio. Es lo único que puedo decirte.

—¿Y ahora qué pasa con Deacon? —pregunto.

Silas saca su teléfono.

—Hemos de avisar a la policía, pero confiad en mí para manejar la situación. —Se retira para hacer la llamada.

Yo era consciente de que no íbamos a poder evitarlo, pero llamar a la policía ha sido siempre el último recurso. Ellos no van a venir a ayudar a unas personas como nosotros. Van a venir a echarnos la

culpa. Y ahora solo puedo pensar en una cosa: Deacon ha matado a un policía. Es imposible que no acabe en la cárcel.

Cuando empiezan a rodarme las lágrimas por las mejillas, él me atrae hacia su regazo y me abraza con fuerza.

Shane y Eddie entran corriendo en la cocina, pero se detienen en seco al ver a Frank sentado a la mesa.

—Maldito hijo de puta —dice Shane, lanzándose hacia él, pero Eddie se apresura a sujetarlo.

Deacon alza la mano para calmar los ánimos.

—Tenemos un problema mucho más grave.

Mientras él los pone al corriente, Silas reaparece.

No parece muy contento al ver a Shane y Eddie aquí.

—No creo que sea buena idea que haya tanta gente involucrada.

Deacon se encoge de hombros.

—Los he llamado en cuanto he terminado de hablar con Frank para ver si ellos estaban más cerca de casa que yo. Les he dicho que Aubrey estaba en un apuro. Y nosotros aquí no tenemos secretos.

Noto que Silas no quiere decir nada delante de los chicos, pero eso ya está de más ahora.

—Escucha, todos estamos juntos en esta mierda, así que explícanos qué va a suceder ahora.

Silas se queda mirando a Shane y Eddie y luego se vuelve hacia Deacon.

—Un amigo del cuerpo de policía, amigo mío, no de mi padre, va a venir enseguida. Cuéntale la verdad. Que has entrado justo cuando Sullivan estaba estrangulando a Aubrey y que lo has derribado para que la soltara. Él ha sacado su pistola y habéis forcejeado. Y la pistola se ha acabado disparando y le ha dado en el pecho.

—Sí, claro. Y él se lo va a creer, seguro.

—Lo creerá. —Me señala con un gesto—. Con todos los moratones que le están saliendo a Aubrey en el cuello y la sangre que tiene bajo las uñas, quedará bien claro lo que Sullivan pretendía hacer y que ella solo ha intentado resistirse.

—Pero ellos se van a preguntar por qué me estaba estrangulando, ¿no? Querrán saber cómo estamos conectados. No podemos contarles que él intentó incriminarme por el asesinato de Ben y que nosotros nos deshicimos del cuchillo antes de que se presentara la policía.

Shane y Eddie intercambian una mirada que Deacon descifra en el acto.

—No os deshicisteis de él, ¿no?

Ellos miran a Silas antes de volverse hacia Deacon. Ambos niegan con la cabeza.

—Está a buen recaudo —dice Shane—. Los dos pensamos que tal vez llegaríamos a necesitarlo. Que podíamos colocarlo donde nos conviniera, en caso necesario.

Me quedo con la boca abierta mientras pienso lo que eso significa.

—Yo podría sugeriros el lugar perfecto para colocarlo —dice Silas, como leyéndome el pensamiento.

Sin decir más, Shane y Eddie salen corriendo de la cocina.

—Que encuentren el cuchillo en casa de Sullivan sin duda será de ayuda, pero no veo cómo puedes compaginar el hecho de que Sullivan matara a Ben con su decisión de venir hoy aquí para estrangular a Aubrey —dice Deacon.

Silas se arrellana en la silla.

—La verdad es que eso va a resultar más fácil de lo que crees. Paul Granger siempre ha dicho que alguno de los que estaban de fiesta en su casa aquella noche cogió su camioneta cuando él se quedó dormido y que fue esa persona la que chocó con los padres de Aubrey. Y tenía razón. El detective Nathan Sullivan estaba en la lista de esos posibles sospechosos y su tío fue el primer agente que se presentó en la escena. Es fácil conectar los puntos y deducir que Foster encubrió a su sobrino. Todo el mundo lo creerá porque es lógico. —Silas se vuelve hacia el vestíbulo, donde está el cadáver de Sullivan—. Y ninguno de los dos puede negarlo porque están muertos.

Deacon y yo lo miramos, asimilándolo todo. Pero aún no ha terminado.

—Hank ya ha ido a Angola para hablar con Paul de su caso. No necesitará gran cosa para subirse al carro y confirmar que él y Ben sospechaban de Sullivan.

Deacon ladea la cabeza, como si no creyera que vaya a ser tan fácil.

—¿Y por qué va a hacer eso Hank?

—Él va a estar muy ocupado haciéndose cargo del bufete, ahora que Ben ha muerto. Todo será más fácil si resulta que Ben murió mientras trataba de sacar a un inocente de la cárcel, sobre todo cuando todo el mundo sepa que fue un policía corrupto quien lo encerró allí. Los clientes harán cola en la puerta.

Meneo la cabeza pensativamente. Tiene razón, parece muy fácil.

—Pero ¿cómo se relaciona todo esto conmigo?

Él frunce el ceño. Su expresión me dice que lamenta lo que está a punto de pedirme.

—Cuando la policía te interrogue, vas a tener que decir que Foster te explicó que Sullivan conducía la camioneta aquella noche. Él fue a ver a Paul para aliviar su conciencia, pero tendrás que decir que también vino a verte a ti. No es del todo una mentira. Él te envió el lápiz USB. Quería que supieras la verdad.

Me mordisqueo el labio inferior mientras reflexiono.

—Suena demasiado fácil. Encaja demasiado bien. Como si tú hubieras sabido todo esto de antemano y hubieras tenido tiempo para resolverlo.

—Encaja bien porque se acerca mucho a la verdad. Simplemente estamos colocando a Sullivan al volante de aquella camioneta. —Parece molestarle que cuestione su versión, que lo cuestione a él.

—Y nadie descubrirá nunca que tu esposa mató a mis padres.

Silas se echa hacia delante, apoyando los brazos sobre la mesa.

—Yo me ocuparé de Margaret, pero no en público. Y con eso tendrá que bastar. —Luego señala a Deacon, pero sin apartar los ojos de los míos—. Es la única manera de que yo pueda evitar que Deacon vaya a la cárcel por matar a un poli. Si sale a la luz que Margaret estuvo implicada, no podré ayudarte.

Siento una rabia creciente al comprender que está poniendo condiciones para ayudarnos y que mi mentira servirá para proteger a su esposa, pese a que ella mató a mis padres, pero después miro a Deacon y tengo claro que no estoy dispuesta a poner en riesgo su libertad. Hacer que todo el mundo sepa quién mató a mis padres no va a devolverles la vida.

—¿Crees que será suficiente con que yo le diga a la policía que Foster me reveló que era su sobrino quien conducía la camioneta?

Él asiente.

—Sí. Tú eras el último cabo suelto que Sullivan tenía que atar después de matar a Ben. Por eso ha intentado silenciarte. Por suerte, Deacon ha llegado a tiempo para salvarte.

Deacon me atrae hacia sí y me susurra al oído:

—No accedas a hacer nada que no quieras hacer. Nosotros no hemos hecho nada malo. Yo te estaba defendiendo. Podemos arreglárnoslas sin la ayuda de Silas.

Me aparto para mirarlo, le cojo la cara con las manos y lo beso suavemente.

—Me encanta que me estés dando esa opción. Y gracias por salvarme. Ahora me toca salvarte a ti. —Me vuelvo hacia Silas. Hay barreras que nunca habrías imaginado que cruzarías y que desaparecen de golpe cuando alguien a quien amas está en peligro. Haré lo que haga falta para proteger a Deacon, tal como él me ha protegido a mí—. Trato hecho, con tal de que sirva para sacar a Deacon de este aprieto.

41

Camille

DESPUÉS DE LA COARTADA

Lunes, 19 de octubre

Suena el timbre y Hank se levanta de su improvisado escritorio en la mesa de la cocina. Estamos en su casa y él va a trabajar desde aquí durante los próximos días mientras yo me recupero en su sofá, que queda solo a unos pasos. En el hospital me han dado de alta este mediodía y me han puesto en manos de Hank. Él me ha propuesto que nos quedáramos los dos en mi casa, pensando que yo estaría más cómoda en mi propia cama, pero yo le he dicho que no iba a volver allí nunca más, y hablaba en serio. De hecho, le he pedido que la ponga en venta en cuanto queden resueltos los trámites testamentarios.

Hank ha hecho todo lo posible para que me sienta no solo cómoda, sino también a salvo, y yo tendría que estar ciega para no comprender que sus sentimientos van más allá de la amistad. Pero todavía no estoy preparada para abordar esa cuestión o mantener esa conversación, y él parece entenderlo también. Sabe que ahora

necesito un amigo más que cualquier otra cosa y parece satisfecho ejerciendo ese papel.

Hank vuelve a entrar seguido por Silas.

—¿Qué tal la paciente? —Mi hermano se sienta en el sillón que hay junto al sofá y me pasa una bolsa blanca de papel—. Te he traído esos almendrados que te gustan.

—Gracias. Me alegro de estar fuera del hospital. Hank es un excelente enfermero, aunque está siguiendo ese protocolo un poquito más estrictamente de la cuenta.

Hank se ríe.

—No vas a tener un tiempo de pantalla extra por muy enfurruñada que te pongas.

Silas intenta sonreír, pero la sonrisa no le llega a los ojos. Parece tenso.

—¿Qué ha ocurrido?

Él inspira hondo y se pasa la mano por la cara.

—Ha habido un incidente hoy en casa de Aubrey. Está a punto de salir en las noticias, así que he querido venir y contaros a los dos lo que ha pasado. —Le dirige una mirada penetrante a Hank—. ¿Hemos de firmar algún documento de mierda para hacerlo formal y que esto quede cubierto por el secreto profesional entre cliente y abogado?

—Creo que esa parte ya la hemos dejado muy atrás. Pero para hacerlo oficial, tú eres desde ahora mi nuevo cliente. Bienvenido al bufete Bayliss and Landry. Considérate totalmente a salvo.

Él asiente.

—El detective Sullivan está muerto —dice—. Deacon lo ha matado para defender a Aubrey.

—¿Qué? —Me incorporo tan deprisa que un agudo dolor me recorre todo el cráneo.

Hank se acerca al sofá.

—Nada de movimientos bruscos. Vuelve a recostarte.

Una vez que me acomoda de nuevo, mira a Silas.

—Empieza por el principio.

Y él así lo hace. Hank y yo nos quedamos mudos mientras asimilamos todo lo que Silas nos cuenta. Cuando termina, Hank se ha derrumbado a mi lado como si el peso de lo que acaba de oír fuera demasiado para soportarlo.

—¿Tú no conocías a Sullivan en aquel entonces? —le pregunto a Silas.

—No, pero yo solo estuve en Corbeau un par de veces porque me pasé la mayor parte del verano trabajando en aquel rancho de Texas.

—¿Crees que realmente podrás colgarle a él la muerte de los padres de Aubrey? —pregunta Hank.

—Tú sabes bien que lo único que impide que gane una de las partes es la resistencia que oponga la otra. Y la otra parte no va a ofrecer mucha resistencia en este caso. Si representas a Deacon y argumentas que Sullivan conducía la camioneta de Paul aquella noche y que con sus actos más recientes pretendía evitar que la verdad saliera a la luz, ganarás sin la menor duda. Y eso debería allanar el camino para la apelación de Paul.

—La muerte de Sullivan va a provocar un gran revuelo en toda la ciudad, especialmente cuando se sepa que fue él quien mató a Ben —digo.

—Sí, todos vamos a tener que capear el temporal. Voy a hablar con papá cuando salga de aquí, y no creo que vaya a ser una conversación fácil. Ahora que Foster y Sullivan están muertos, ha llegado el momento de que cambien las cosas. Voy a sugerirle que dé un paso atrás y deje que yo me haga cargo de todo. Él se va a resistir como gato panza arriba, pero, si no accede, yo me retiro del negocio. Y él no va a dejar que eso suceda.

Hank arruga la frente.

—¿Que tú te hagas cargo significa que vas a hacer las cosas legalmente?

Silas se encoge de hombros.

—*Un poco* más legalmente. Habrá que ensuciarse un poco las manos antes de que podamos hacerlo todo legal. Es lo mismo que en este asunto de Sullivan. Quizá él no mató a los Price, pero sí mató a Ben, de manera que no considero un problema que lo declaren culpable de ambas cosas. Aubrey quiere que Deacon conserve la libertad y que Paul recupere la suya, y este es el camino más sencillo para conseguirlo.

—¿Qué es lo que sabe Aubrey? —No puedo ni imaginarme lo que estará sufriendo ahora mismo.

—Prácticamente todo. Sullivan le contó que era Margaret quien conducía la camioneta. No he creído que necesitara saber más.

Hank se pasa la mano por la cara.

—Esto va a ser una pesadilla para el bufete. Los medios ya están desatados y esto no va a hacer más que añadir gasolina al fuego. Nunca van a dejar de hablar de Ben.

—Ese cabrón va a quedar en una posición bastante buena cuando haya pasado todo —dice Silas, meneando la cabeza. Luego, con una

voz estridente, añade—: El pobre Ben solo estuvo intentando sacar de la cárcel a un inocente hasta que ese poli corrupto lo asesinó.

Vuelvo a apoyar la cabeza en el sofá y cierro los ojos.

—Silas. Por favor. Todo esto está mal en muchos sentidos.

Mi hermano se encoge de hombros.

—A decir verdad, esta es la primera vez que me parece que todo está bien.

Permanecemos los tres callados unos momentos mientras digerimos todo lo ocurrido. A Hank le costará sobrellevar esta situación, pero estoy segura de que, a la larga, el bufete saldrá ganando con él al mando.

Me vuelvo para mirarlo.

—¿Puedo hablar un momento a solas con mi hermano?

Hank se levanta de inmediato.

—Claro. Estaré fuera, si me necesitas. —Seguramente se alegra de poder retirarse.

Hay un par de cosas que necesito comentar con Silas, así que empiezo por la más fácil.

—Voy a comprar esa casa en la que vive Aubrey y a hacer algunas reparaciones. Pasé por delante antes de abordarla por primera vez y está en un estado bastante deplorable. Le pediré a Hank que se encargue de hacerme el papeleo para poder regalársela a ella. Aubrey podrá venderla, si lo desea, o quedarse allí y cobrarles el alquiler a los demás… Eso es cosa suya, pero al menos así tendrá algunas opciones.

Silas ladea la cabeza mientras reflexiona sobre lo que estoy diciendo.

—Déjame pagar a mí las reparaciones.

Asiento. Ambos tenemos que resarcirla por lo que nuestra familia ha hecho.

Y ahora viene la parte más difícil de la conversación.

—¿Has localizado a Margaret?

Él se tensa ante la pregunta.

—Todavía no.

—¿Qué piensas hacer?

—Camille, tú has atisbado algo desde detrás de las cortinas, pero te aseguro que no te conviene apartarlas del todo. Tienes que dejar que yo me ocupe de eso a mi manera.

—No quiero que hagas nada de lo que luego te vayas a arrepentir.

Silas se ríe, pero suena apenado.

—Hay tantas cosas de las que me arrepiento que ya he perdido la cuenta. Durante diez años he creído que era un asesino y que salí impune de mi crimen mientras otro pagaba el pato. He vivido con esa culpa. Me he mantenido junto a papá no porque quisiera ser como él, sino para poder evitar otro incidente similar. Sabía que no podía volver atrás y cambiar las cosas, pero sí impedir que volviera a suceder algo así. He sacrificado mi vida porque creía merecer el castigo. He cumplido la pena, Camille, así que bien puedo ser el culpable del crimen.

Sus palabras me entristecen, porque, aunque Silas se ha esforzado todo lo que ha podido, ya se ha convertido en el tipo de persona que nuestro padre le ha enseñado a ser.

42

Aubrey

DESPUÉS DE LA COARTADA

Jueves, 22 de octubre

Suena la campanilla de la puerta y grito: «¡Bienvenido a Doug's!», e inmediatamente se me cae la botella de vodka al ver entrar en el bar a Silas Everett.

Doug oye el estrépito de cristales en el fregadero y acude corriendo.

—¿Estás bien?

Yo asiento, porque me he quedado completamente sin palabras.

La última vez que vi a Silas fue hace tres días, cuando había un poli muerto en mi casa y él me prometió cosas que yo no sabía si sería capaz de cumplir. Decir que he estado de los nervios desde entonces sería un eufemismo.

Hasta ahora, sin embargo, todo ha ido tal como él predijo. La muerte del detective ha ocupado todos los informativos, pero también el caso de Paul Granger. Ambas cosas quedaron ligadas

desde el primer momento, y es de lo único de lo que habla ahora todo el mundo.

Silas se sienta en un taburete del extremo de la barra, cerca de la puerta. Capto con el rabillo del ojo un movimiento en el fondo del local y veo que Deacon deja su taco de billar y viene hacia aquí. Apenas se ha movido de mi lado durante estos días.

Deacon se sienta dejando libre un taburete entre él y Silas. Ambos se miran y se saludan con un gesto, pero no dicen ni una palabra. Luego Silas se vuelve hacia mí.

—Ve a tomar su pedido. Yo limpio esto —dice Doug, recogiendo trozos de cristal y tirándolos a la basura.

Me da la sensación de estar avanzando a través de un barrizal mientras me dirijo al extremo de la barra. ¿Para qué ha venido? Una vez que se fue de mi casa el lunes, ya no había ningún motivo para que volviéramos a ponernos en contacto nunca más. Aunque agradezco todo lo que ha hecho por Deacon, lo cierto es que su esposa mató a mis padres y que ella aún sigue libre.

No digo nada cuando me detengo frente a ellos.

—Una Miller Lite.

Abro el frigorífico que tengo delante, saco una cerveza y se la pongo sobre la barra. Él coge la botella y señala con ella a Deacon.

—¿Puedo invitarte a una cerveza?

Él menea la cabeza.

—No. Estoy bien. Pero me encantaría saber qué te trae por aquí.

Silas echa un trago y deja la botella frente a él.

—Solo quería tomarme una cerveza. Han sido un par de semanas de mierda. Mi esposa, Margaret, no ha sido la misma últimamente. —Oírle pronunciar ese nombre me sienta como un puñetazo en el

estómago. Le lanzo una mirada a Deacon, pero él no aparta los ojos de Silas—. La verdad es que ha estado luchando con esos demonios durante los últimos diez años. Acabamos de descubrir que hizo algo terrible cuando era una joven ingenua y que se ha debatido con esa culpa durante todos estos años.

Estoy totalmente desconcertada. ¿Por qué dice todo esto?

—He sabido hoy que el fiscal del distrito no va a oponerse a la apelación de Paul Granger. No creo que tarde mucho en quedar libre. —Da otro trago a su cerveza y se seca la boca con la mano mientras me observa.

Yo me quedo mirándolo con la boca abierta. ¿Es esto lo que ha venido a decirme? ¿Que Paul saldrá pronto de la cárcel? Hank ya me lo había dicho.

Deacon se inclina hacia él.

—¿De qué coño va esto?

Silas alza una mano.

—Solamente me he pasado para tomarme una cerveza y charlar un poco. —Lanza un billete de cien dólares sobre la barra—. Bueno, tengo que irme. Como he dicho, Margaret lo ha estado pasando muy mal. Me temo que haya empezado a beber otra vez. Espero que no se ponga al volante de un coche. Eso sería trágico.

Ay, mierda. ¿Qué está diciendo? Deacon me mira a mí y luego a Silas. Él tampoco entiende nada.

Silas se levanta del taburete justo cuando suena su teléfono.

—Perdón, tengo que responder. ¿Hola? Sí, soy Silas Everett.

Nosotros lo observamos mientras escucha lo que le están diciendo. Baja la cabeza y se tapa los ojos con la mano.

—Voy para allá.

Cuelga y me mira fijamente.

—Es lo que me temía. Si me disculpáis, era una llamada del Departamento de Policía de Corbeau. La pobre Margaret ha sufrido un accidente fatal. —Hace una pausa y añade—: Quizá no sea esta la justicia que tú buscabas, pero es la única posible. —Luego da media vuelta y sale del bar.

Nosotros no nos movemos.

Nos ha dejado mudos.

—¿Acaba de pasar… lo que yo creo? —dice Deacon al fin.

—Se ha asegurado de hacerme saber que la persona que mató a mis padres ha encontrado el mismo destino. —Intento averiguar cómo me sienta esta noticia. Yo quería que Margaret rindiera cuentas de sus actos, pero nunca había dicho que quisiera verla muerta.

¿Su muerte representa un modo de hacer justicia para mí? ¿Para mis padres?

No estoy segura.

Ya no estoy segura de nada.

Lo único seguro es que esta es la forma de justicia que Silas pensaba que Margaret merecía, lo cual me hace sentir extraña. Intrigada e inquieta. Como si faltara todavía una pieza del puzle.

¿Acaso creía Silas que aplicando su propia forma de justicia cortaría la conexión que hay entre nosotros? Lo cierto es que aún estamos irrevocablemente ligados. Conectados para siempre de un modo retorcido y siniestro.

Porque si en algún momento le preguntan a Silas Everett dónde estaba cuando murió su esposa, Deacon y yo somos ahora su coartada.

Agradecimientos

Aunque este es mi octavo libro, ha sido el más difícil de escribir. Y han hecho falta un montón de personas para terminarlo, así que hay muchas a las que darles las gracias.

En primer lugar, unas gracias enormes a mi agente, Sarah Landis. Tengo mucha suerte de contar contigo y me siento muy agradecida por nuestra amistad. Sin tu constante orientación y apoyo, este libro no sería lo que es ahora.

Gracias a todas las personas de Sterling Lord Literistic, especialmente a Szilvia Molnar y al equipo de derechos extranjeros. ¡Me emociona que *Anatomía de una coartada* vaya a publicarse en todo el mundo!

¡Estoy muy contenta de que mis libros hayan encontrado un hogar tan increíble en Pamela Dorman Books en Estados Unidos y en Headline en el Reino Unido! Pamela Dorman, Jeramie Orton, Natalie Grant y Sherise Hobbs: ¡sois el *dream team* del mundo editorial y me siento muy agradecida por contar con vuestra competencia profesional! Gracias a Jane Cavolina por la primera lectura en el momento en que más lo necesitaba. Y gracias a todo el mundo en Viking, especialmente a Brian Tart, Andrea Schulz, Patrick Nolan y Kate Stark, por todo el apoyo que me habéis dado a mí y a mis libros. Y a todas las personas que han trabajado entre bambalinas

en *Anatomía de una coartada*: Tricia Conley, Tess Espinoza y Diandra Abernethy en gestión y producción editorial; Chelsea Cohen, como editora de producción principal; Jason Ramirez, Lynn Buckley y Ervin Serrano, por el precioso diseño de cubierta; Claire Vaccaro y Nerylsa Dijol, por el diseño interior; Mary Stone y Anna Brill, en marketing; y Rebecca Marsh, Carolyn Coleburn y Becca Stevenson, en publicidad. ¡Os doy las gracias a todos!

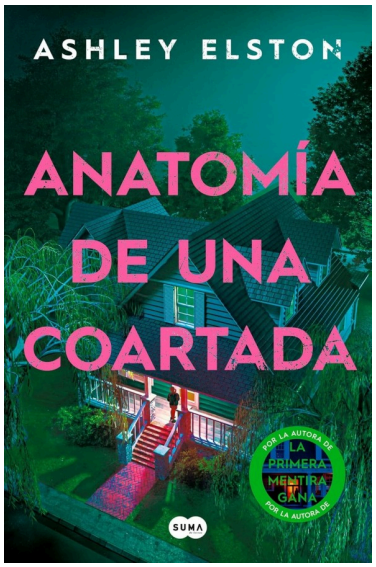
A Megan Miranda, Elle Cosimano y Julie Clark, gracias por ser las mejores críticas y amigas que una chica podría desear. No puedo ni imaginarme lo que sería hacer esto sin vosotras.

Soy muy afortunada por contar con tanta gente que me apoya. Gracias a mis amigos y familiares que leyeron los primeros borradores, me escucharon cuando necesitaba hablar con alguien y, en general, por ser en todo los mejores.

A mi marido, Dean, y a nuestros hijos, Miller, Ross y Archer, gracias por ser mis mayores fans. Os quiero mucho a todos y me siento agradecida todos los días por teneros.

Una nota especial: en este libro, Ben y Camille asisten a un acto de apoyo a la Fundación Tarver Braddock, que es una organización real creada por unos amigos de mi ciudad natal para honrar la memoria de su hijo Tarver. La misión de la Fundación Tarver Braddock es generar amor, risas y felicidad mediante actos de bondad aleatorios. Os invito a entrar en www.tarverbraddockfoundation.org y hacer una buena obra en nombre de Tarver.

Dos mujeres.
Un marido muerto.
Y solo una coartada…



Camille Bayliss sospecha que su marido oculta un secreto.

Aubrey Price está convencida de que el abogado Ben Bayliss sabe la verdad sobre la noche que le destrozó la vida diez años antes, pero no puede demostrarlo.

Juntas urden un plan arriesgado: durante doce horas, Aubrey se hará pasar por Camille. Y mientras Ben cree que tiene controlada a su esposa, a la que somete a una vigilancia constante, Camille será libre para poder espiarlo y buscar las respuestas que precisan.

Sin embargo, a la mañana siguiente Ben aparece asesinado. Las dos mujeres necesitan una coartada perfecta, pero solo una de ellas la tiene.
Y un solo paso en falso bastaría para que todo se derrumbara…

«No sabrás en quién confiar y no podrás dejar este excelente thriller hasta la última página».
MEGAN MIRANDA

Ashley Elston trabajó durante muchos años como fotógrafa de bodas antes de que su debut en la literatura para adultos, *La primera mentira gana*, ocupara durante semanas los primeros puestos de la lista de best sellers de *The New York Times*. La obra fue seleccionada para el club de lectura de Reese Witherspoon, sus derechos se han vendido en más de treinta idiomas y se va a llevar a la televisión.

Anatomía de una coartada es su segundo libro para adultos, y también ha escrito seis novelas juveniles. Ashley Elston vive en Luisiana con su marido y sus tres hijos.



Título original: *Anatomy of an Alibi*

Primera edición: octubre de 2026

© 2026, Ashley Elston
Esta edición se ha publicado por acuerdo con Sterling Lord Literistic y MB Agencia Literaria
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Santiago del Rey, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial basado en el diseño original de Ervin Serrano para Pamela Dorman Books - Viking
Imagen de portada: © Ervin Serrano

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87845-57-5

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @sumadeletras
Instagram: @sumadeletrased
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Anatomía de una coartada
1. Aubrey. La coartada
2. Aubrey. La coartada
3. Hank. Después de la coartada
4. Hank. Después de la coartada
5. Camille. La coartada
6. Camille. Antes de la coartada
7. Aubrey. Antes de la coartada
8. Hank. Después de la coartada
9. Aubrey. La coartada
10. Camille. La coartada
11. Hank. Después de la coartada
12. Aubrey. La coartada
13. Camille. Antes de la coartada
14. Hank. Después de la coartada
15. Aubrey. Antes de la coartada
16. Camille. La coartada
17. Aubrey. Antes de la coartada
18. Hank. Después de la coartada
19. Aubrey. La coartada
20. Camille. La coartada
21. Ben. Diez años antes
22. Hank. Después de la coartada
23. Camille. La coartada
24. Hank. Después de la coartada
25. Aubrey. Después de la coartada
26. Ben. Diez años antes
27. Camille. La coartada
28. Hank. Después de la coartada
29. Aubrey. Después de la coartada

30. Camille. Después de la coartada
31. Hank. Después de la coartada
32. Aubrey. Después de la coartada
33. Ben. Diez años antes
34. Camille. Después de la coartada
35. Hank. Después de la coartada
36. Aubrey. Después de la coartada
37. Camille. Después de la coartada
38. Hank. Después de la coartada
39. Ben. Diez años antes
40. Aubrey. Después de la coartada
41. Camille. Después de la coartada
42. Aubrey. Después de la coartada
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Ashley Elston
Créditos